

JAVIER HOLMES

**EL PRIMER
GRAN CASO
DE YAIZA
CABRERA**



NOVELA NEGRA
PARA ADULTOS

JH

JAVIER HOLMES

**EL PRIMER
GRAN CASO
DE YAIZA
CABRERA**

NOVELA NEGRA
PARA ADULTOS



JAVIER HOLMES

**EL PRIMER
GRAN CASO
DE YAIZA
CABRERA**



NOVELA NEGRA
PARA ADULTOS



Javier Holmes es el escritor de esta novela y, a la vez, es el nombre del detective protagonista que ha creado su autor y que ha dado vida a cuatro aventuras detectivescas publicadas todas ellas por Pinguin Random House en su versión digital. Se trata de un sabueso al que le gusta presumir de que Philip Marlowe es su mentor. En fin, un clásico de los que ya casi no quedan.

Esta es la quinta novela del escritor y en ésta, da vida a una nueva detective, joven y rebelde, que se ve involucrada muy a su pesar en un macabro asesinato: el de su ayudante en la empresa de auditoría de cuentas para la que trabaja. Todo apunta a su culpabilidad como pronto descubrirá el lector y su reto forzosamente deberá ser demostrar su inocencia.

Para los nostálgicos que hayan leído los cuatro casos de Javier Holmes, quiero hacerles un amable e inocente guiño. El detective también aparece en esta aventura, aunque tan sólo para prestar un tímido apoyo a nuestra heroína Yaiza Cabrera. ¡Qué falta le va a hacer! Y también para los nostálgicos del detective Holmes les he de decir que, si bien en el horno está ya la segunda aventura de Yaiza Cabrera, en la cabeza del autor se sabe que el ciclo del detective Javier Holmes no está definitivamente cerrado.

Si quieres conocer más sobre el autor, sobre el personaje y detective Javier Holmes o sobre la protagonista de esta quinta novela del escritor, entra en: **www.javierholmes.es**

Este trabajo va dedicado a todos aquellos que en algún momento de su vida han sido capaces de romper las cadenas que su educación, sus raíces o su familia les han impuesto y han gritado al viento: «¡Quiero vivir!».

«La lujuria es al resto de pasiones lo que el fluido nervioso a la vida.
La ambición, la crueldad, la avaricia, la venganza..., todas se basan en la lujuria».

El Marqués de Sade

PERSONAJES: -Yaiza Cabrera. Auditora de cuentas y protagonista de la aventura.

-Ismael Lorenzo. Atractivo ayudante de Yaiza.

-Leo&Blas. Leopoldo Medina y Blas Nieto. Socios de la empresa de auditoría para la que trabaja Yaiza.

-José Antonio Mendizábal. Líder de Fuerza Igualitaria (FI), partido ultraconservador y xenófobo.

-Filomeno Merlo. Secretario de FI y principal colaborador de José Antonio.

-Raquel Mendizábal. Esposa de José Antonio.

-Blanca Merlo. Esposa de Filomeno.

-Perla. Abogada de FI.

-Carlota Vilches. Madre de Yaiza y residente en La Laguna (Tenerife).

-Reinaldo León. Compañero sentimental de Carlota y policía jubilado.

-*Javier Holmes. Detective que colaborará puntualmente con Yaiza
-*Luis Bárcenas, inspector del cuerpo superior de Policía y amigo de Javier Holmes.

-Pedro Sánchez y Miguel Sánchez, hermanos y matones en la nómina de FI.

-Raúl Castro. Consejero de educación en la Comunidad de Madrid.

-Elena Malmierca. Ayudante de Raúl.

-Felisa. Delegada de TyCSA (Transparencia y Contabilidad). Empresa que subcontrata a Leo&Blas.

-Gloria Smith y Ferdinand Lacroix. Delegados en la UE para el asunto de subvenciones para formación.

-Klauss M. Líder de Partido Europeo Ultraconservador.

-Stephan Marcuse. Dirige la agencia de formación de FI.

-Lionel. Trabaja con Stephan.

-Carla Moro. Administrativa en la empresa de formación.

-Melitón. Profesor en la agencia de formación y que colaborará con Yaiza.

-Petros K. Cabecilla de Movimiento contra la Intolerancia.

-Malena. Compañera de Petros.

-Jaime Colombo. Detective contratado por FI.

-Belén Esteban. Periodista que edita un panfleto afín a FI.

(*) Ediciones BdeBooks (Penguin Random House) ha publicado cuatro

aventuras de Javier Holmes: *Mi primer gran caso* ©, *Por un puñado de vides* ©, *Olivas de acero* © y *La arena del tiempo* ©. **El detective aparece en esta aventura de forma voluntaria y con permiso de su autor.**

Capítulo 0 - PREFACIO

Me presentaré para que aquellos que no me conozcan, que serán la mayoría, puedan saber algo de mí antes de leer la excitante aventura que me tocó en suerte vivir.

Soy Yaiza Cabrera, nacida en un pueblo de Zamora hace veintisiete años, aunque en la actualidad estoy viviendo en el mismo corazón de Madrid, en la Plaza de Chamberí. Trabajo como detective en una pequeña empresa de la que soy única propietaria y única empleada. La he fundado hace unos días, porque antes yo no era detective, sino auditora de cuentas.

Hasta hace muy poco yo trabajaba para un gabinete de economistas que se dedicaban a lo que podían, generalmente a asuntos relacionados con la auditoría contable. El azar quiso que yo fuera a dar con mis huesos allí, a un despacho en el que pocas semanas después de que yo entrase en la empresa, encontraría muerto al que era mi ayudante, además de forma un tanto macabra.

Ese día nunca podrá irse de mi cabeza, cierro los ojos y aún lo veo allí. Nada más acceder a la oficina esa terrible mañana, me alertó el ruido que se escuchaba a través de la puerta de lo que bien podría ser una depiladora. Me hice la depilación láser hace un tiempo y no acostumbro a utilizar ese chisme más que cuando alguna ocasión especial lo requiere, y eso sonaba igual. Quizá fuera una afeitadora, probablemente Ismael se había adelantado para dar cuenta del trabajo pendiente. Lo cierto es que me sorprendió la falta del habitual silencio que solía reinar allí a esas horas tan tempranas, así que abrí con cautela. Era muy temprano, pues el trabajo que me traía entre manos me estaba dando más problemas de lo previsto. Además, ese día llegaba dispuesta a dar un brusco giro a mi tarea, de la que ya les hablaré más adelante. Era hora de dejar de ser una marioneta en manos ajenas y tomar las riendas de mi futuro.

Con la puerta abierta, y una vez que mis ojos hubieron recorrido toda la estancia, descubrí mi error. No era una depiladora lo que se escuchaba desde el exterior, ni tampoco una afeitadora. Nunca hubiera sospechado lo que me iba a encontrar en el interior. Mi ayudante yacía en el suelo, desnudo y boca abajo, sobre un charco de sangre. De su esfínter sobresalía un consolador rojo, de tamaño nada desdeñable, que no paraba de vibrar provocando el familiar sonido que me había alertado. O sea, que si las pilas aún estaban en condiciones de hacer funcionar el maldito aparato, eso debía forzosamente suponer que poco tiempo hacía del macabro suceso. Le tomé el

pulso y no percibiendo vida en ese cuerpo inerte y aún caliente, cogí el teléfono y llamé a la policía.

Así fue como dejé de ser auditora y me convertí en la flamante detective de la firma Yaiza y Asociados, pero no adelantemos acontecimientos que entre medias hay mucho que contar y no lo voy a hacer sin hablar un poco más de mí. Quiero que me conozcan antes de que a través de la historia que les voy a contar se lancen a juzgarme, porque estoy segura de que lo van a hacer, seré juzgada sin piedad.

Soy morena, muy morena. Mi cabello es denso, oscuro y brillante, con una larga melena que cubre la totalidad de mis hombros. Tengo un pecho de considerable talla y unas caderas ligeramente ensanchadas para mi altura, que no excede del metro sesenta ni un solo milímetro. En mis ojos es quizá en lo que el lector encuentre mi principal atractivo, son tan oscuros como mi pelo y capaces de robar el corazón a aquel que sea capaz de aguantar mi mirada. Aunque he de decir que las miradas masculinas, una vez ascienden desde el suelo, raras veces llegan hasta la altura de mis ojos. No caeré en la falsa modestia afirmando que eso no me agrada, me gusta y mucho. Me hace sentir bien y reafirma mi autoestima.

Visto siempre con tacones afilados, a ser posible de charol negro y medias o pantis, aunque sea verano. No salgo de casa sin exhibir mis pinturas de guerra por si algún enemigo se sitúa a mi alcance y luzco unas uñas de color morado tan afiladas como las agujas de mis zapatos. Que nadie dude de que esas uñas serían capaces de rasgar la piel a aquel que tratase de incomodarme con cualquier comentario que yo no considere apropiado. Algún varón, de esos dados a soltar impunemente improperios, podrá dar evidente prueba de que mis palabras son ciertas, pero no daré nombres para no dejar en evidencia a tan distinguidos especímenes.

Y así soy, muy atractiva por fuera y también algo por dentro: metódica, reflexiva, inteligente, aventurera y un sinfín más de adjetivos que de relatarlos de golpe podría llevar a que diera una imagen de mí demasiado egocéntrica y no es eso lo que pretendo relatando mi aventura, sino desvelar el motivo porque Ismael Lorenzo, mi ayudante, apareció asesinado aquella mañana.

No hace más de dos meses que finalicé mi licenciatura con especialización en Auditoría de cuentas y con el diploma en una mano y con un saco repleto de ilusión en la otra, me dispuse a encontrar trabajo en una España poco acostumbrada a tratar bien a sus retoños. Sé que los estudios

que cursé tienen poco de excitante, algo que podría parecer que no cuadrarse con mi personalidad, que sí lo es. Desde pequeña, los números han ejercido sobre mí una extraña influencia, quizá a modo de refugio para atenuar la soledad social que viví hasta que superé mi adolescencia, donde los libros fueron mi único consuelo, pero más tarde no. Como me dijo un psicólogo, «hasta que me encontré a mí misma, descubrí cómo era y me gustó lo que vi».

A ella, a mi soledad, contribuyó el acné que salpicó mi redonda cara de hoyuelos haciéndola parecer la piel de una naranja. Tampoco ayudaba el sobrepeso que yo me veía con cada visita al espejo de mi cuarto, ni mi corta estatura, que me encasillaba en el percentil de los más bajitos del aula y, por ende, me convertía en el blanco de las mofas cotidianas. Pero no me tengan lástima, porque tan solo se trataba de la metamorfosis de un gusano en mariposa, de esa crisálida salió lo que soy ahora, haciéndome sentir tan orgullosa. En esa etapa aprendí todo lo que más tarde necesitaría, me formé como mujer y en ella se forjó mi carácter, un carácter que tendrán la suerte de conocer.

Poco tiempo tardé en descubrir que todo aquello de lo que adolecía, o por lo menos yo consideraba que no tenía, era fácilmente subsanable. Comencé a llevar tacones que me elevaban por encima de la altura del resto, aprendí a enmascarar mi piel de naranja con una base de maquillaje que, además, daba un ligero toque picante a mis mejillas y el resto lo hizo un vestuario renovado y ligeramente atrevido. Bueno, para ser más sincera con mis lectores, he de decir que bastante atrevido. Puedo decir que, con mi falda ajustada y mi ensayado cruce de piernas, no hubo nadie durante el último año de instituto que me hiciera sombra ante el círculo de machos alfa más cotizado, casi todos repetidores y mayores que la que suscribe la presente aventura.

No tardaron en etiquetarme mis amables compañeras, corroídas por la envidia, y colgarme un sambenito del que nunca hice intención de despojarme. Me gustaba la situación devenida y me proponía disfrutar con ella. Es más, no tardé en descubrir que ese sambenito me proporcionaba un halo de glamur que contribuía aún más a mi éxito. Así que dejé que mis siempre atentas compañeras continuaran con su ímprobo trabajo de desprestigiar me y, por mi parte, me dediqué a aprobar mis estudios y a disfrutar de la vida rindiendo culto a un hedonismo al cual no espero renunciar nunca. Cada una reverencia a un Dios y para el mío no existe cruz

capaz de soportarlo por muy robusta que esta sea.

Mi primer trabajo, ya licenciada, fue en una gestoría especializada en la administración de fincas. Duré una semana, el tiempo necesario en darme cuenta de que el sexagenario gerente, fundador de la empresa, además de casado, no se iba a rendir en su propósito de llevarme a la cama. Se trataba de uno de esos babosos que no sabía entender el hecho de que una mujer acudiera con ropa sugerente a la oficina sin necesidad de que su deseo fuera acostarse con todo aquel que la mirase. Cuando comprendí que de eso no le iba a convencer, me despedí, no sin antes llamar por teléfono a su esposa para alertarle del mal bicho con el que se había casado. No me pudo atender demasiado tiempo, me dijo que estaba con su profesor de tenis, con el que se había lesionado el tobillo jugando y él le estaba aplicando un masaje que le relajaba todos sus músculos. Sentí una simpatía por esa mujer tan proporcional como el asco que sentía por su inmerecido marido. Llámenlo corporativismo de género, no voy a enfadarme por ello.

Un mes más tarde, entré a trabajar para Leo&Blas, dos economistas que se dedican a la asesoría fiscal y contable. El nombre de la empresa viene de sus dos únicos socios y fundadores. Leopoldo Medina cuenta con treinta años en su haber, es fibroso, de torso musculado, sensual cuando se mueve y lo mismo cuando no se mueve, talle envidiable y gay. No fue él quien me realizó la entrevista. No, fue su pareja sentimental, Blas Nieto, de más de cincuenta años, bastante calvo, prominente barriga y cubierto de rizado vello canoso por toda la parte visible de su cuerpo. Él fue el que me contrató después de decirme que la faldita me hacía el cuerpo muy mono y que le gustaba mi elegancia. También es gay, claro, pero con lo que me dijo demostró un gusto exquisito.

Cuando al día siguiente de ser contratada conocí a Leo, reafirmé ese dicho tan manido de que el amor es ciego. En este caso, el amor era ciego y tonto del todo, sin fisuras. Se trataba de una pareja que producía tal ruido cuando se veía, que los oídos zumbaban. Pero parecían felices.

Con ellos aprendí la parte del oficio que no enseñan en las universidades, o sea, casi todo. Y con ellos seguiría trabajando en la actualidad si no se hubiera producido el macabro asesinato de Ismael y presentado a mí en tan tenebroso envoltorio.

Llevaba un mes bajo las órdenes de Blas, ya que este trataba de no ponerme cerca de su amado esposo, quizá temiendo que le despertara su lado masculino, y una mañana me llamó a su despacho. Yo me senté, crucé

mi pierna de manera sensual dejando ver una porción generosa de mi muslo y le dediqué una sonrisa que ya comenzaba a ser de afecto. No era un mal jefe, por lo menos no mostraba interés en meterse en mi cama, lo cual suponía un avance sustancial con respecto a su predecesor y un avance con respecto a un razonable porcentaje de los varones que conocía.

—A ver, reina, ya llevas casi un mes con nosotros y pareces bastante espabilada. Así que te toca volar. ¿Conoces a TyCSA?, sí claro, son Transparencia y Contabilidad, una empresa muy seria y muy grande que auditan balances de importantes sociedades. Pues verás, Felisa es una de las socias y muy amiga mía. Con frecuencia nos pasan las migajas que ellos no pueden atender y, a veces, el mendrugo entero —reí por el desparpajo del que solía hacer gala mi jefe, aderezando sus mensajes con sus típicas frases metafóricas—. Ahora nos ha dado un pedazo de pan muy gordo. Vamos a auditar las cuentas de Fuerza Igualitaria que, como ya conocerás, es un partido político ultraconservador, antieuropeista y xenófobo. Ya ves, una joyita de partido. Afortunadamente en las pasadas elecciones no alcanzaron ningún escaño en el Congreso de los Diputados y nada permite vaticinar que eso vaya a cambiar a corto plazo. Bueno, el caso es que les vas a auditar su contabilidad y... —se calló lo que no era buen presagio.

Así que le ayudé acabando lo que Blas no se atrevía a decirme abiertamente:

—Sí, ya sé, quieres un informe sin salvedades, o sea, limpio. Vamos, que esos chicos son los más pulcros del mundo elaborando sus cuentas y quieres que sea yo la fedataria de esa afirmación. Para eso soy la nueva, supongo.

Blas rio abiertamente al ver que había sabido interpretar su titubeo. «Una, que es una profesional», pensé.

—Verás que se trata de un mero trámite, esos no tienen ni dónde caerse muertos y, por tanto, poco podría ser lo que trataran de ocultar. Pero parece que quieren optar a una subvención europea y están apoyados por el grupo político del mismo signo. Por tanto, precisan de unas cuentas auditadas y sin mácula. Es tu especialidad, así que, a partir de ahora este es tu trabajo, tu primer gran caso. ¿Te ves preparada, Yaiza?

Le obsequié con una sonrisa edulcorada y me levanté. Me bajé la falda que, siendo de tela elástica, se me había subido más de lo que solía acostumbrar, y me marché contoneando mi cuerpo, conocedora de que ese acto no iba a estimular el deseo de Blas, pero que a mí me hacía sentir bien. Si una es coqueta, lo es en todas las circunstancias. Ya en el umbral de la

puerta, me volví y lancé a mi jefe una pregunta que me rondaba en la cabeza:

—Jefe, si tan importante es el bocado que me ofreces, ¿Por qué no lo abordas tú o tu atractivo Leo? Vamos, no es que no me atraiga el trabajo, es sencillamente que la curiosidad femenina ha llamado a mi puerta. Y ya sabes lo que eso supone, porque tú, de intuición femenina, debes entender un rato.

—¡Querida palomita que empieza a volar! Te lo explicaré —teatralizó de manera excesivamente amanerada su respuesta—. Felisa es tan amiga mía que no le podría negar nada, ni siquiera esto, pero meterme a auditar los entresijos de una empresa cuya principal máxima es la preservación de una nueva raza aria, pues mira, no me llama. ¿Satisfecha?

Lo estaba.

Y así empezó todo.

Capítulo 1. Primer día

Salí del despacho de Blas. Estaba enfrentado al de Leo, su esposo, el cual, francamente, dedicaba muy poco tiempo al trabajo y bastante más a cuidar su cuerpo. Un cuerpo que, como ya he dicho, estaba poco necesitado de ello. Raro era el día que no se presentaba en la oficina con un par de bolsas con el logo de alguna tienda de renombre. «Pequeñas tonterías», acostumbraba a decir entre las risas de un Blas que le premiaba la ocurrencia con un pequeño cachete en la nalga además de satisfaciendo todas las facturas de sus compras.

Pero esa mañana la luz del despacho me indicaba que había roto su costumbre de no aparecer por la oficina antes de las doce, así que no perdí la ocasión y entré sin llamar previamente. Leo estaba desposeído del amaneramiento de su esposo y de no ser porque así lo declaraba él, nadie hubiera apostado por su condición homosexual. Pareció sorprenderse por la irrupción y, tras unos segundos, se recompuso y obsequiándome con su mirada de color miel silvestre me sonrió.

—Siéntate, Yaiza, cariño, hace un par de días que no te veo y no veas lo que te echo de menos —se esforzó en camelarme. En esas lides era exactamente igual que su amanerado socio. Un zalamero de mucho cuidado.

—Prefiero dejar a la vista este cuerpo para tu deleite. Sabes que no abandono la intención de llevarte al lado oscuro y arrastrarte por los procelosos lodazales de la lujuria. ¿Te dejarías? —bromeé.

Leo rio de manera silenciosa mirando a través del resquicio de la puerta, quizá temiendo que su marido no compartiese la chanza de escucharla. Aprovechando que mi seductora broma le había dejado desconcertado, abordé el hecho que pretendía con esa visita:

—¡En fin!, tú te lo pierdes. Blas me ha pedido que me ocupe de auditar a FI, cosa que me llena de orgullo por la confianza que habéis depositado en mí. Pero Leo, estoy sola y ya va siendo hora de organizar un poco la oficina. Necesito un ayudante. Llevo cuatro semanas con vosotros y soy la chica para todo, que si vete al registro, que si tráeme la memoria explicativa de tal empresa, que si... A ver, si me voy a dedicar a auditar cuentas, necesito un ayudante y así yo me puedo dedicar a lo que mejor sé hacer, a pensar.

—Pero cariño, ¿y por qué no se lo has pedido a Blas? —me preguntó sin estar falto de razón, ya que las grandes decisiones que había que tomar en la empresa, no pasaban precisamente por la mesa de Leo.

Mi respuesta, por obvia, no se hizo esperar:

—Leo, tú eres mucho más accesible, no te lo voy a negar. Y de Blas puedes sacar todo lo que te propongas. Yo no. Necesito que me eches una mano, eres mi chico, no me falles, por favor. ¿Lo harás? —le pedí juntando las palmas de las manos de la misma forma que mi madre me había enseñado a hacer cuando rezaba todas las noches antes de acostarme.

—No, Yai, ese deseo no te lo concedo, me niego —me respondió acompañando su negativa con un teatral gesto—. Será algo que tendrás que conseguir tú solita —remarcó las dos últimas palabras a la vez que me señalaba con el dedo índice acusador.

Se revolvió en su sillón con aire de victoria y me miró sonriendo desafiante.

—Vale, desaborido. No te necesito —hice ademán, falso ademán, de caminar hasta la puerta y con una sonrisa dulce enmarcada en mis labios carmín, le lancé a Leopoldo, mi otro jefe, un dardo que a buen seguro le iba a resultar venenoso. Era consciente de ello antes de hacerlo, por tanto, no se podía negar la premeditación—. Por cierto, Leo, ayer me di una vuelta por el gimnasio al que sueles ir; como dices que es tan bueno, acudí con intención de ver si era de mi interés. Y vaya si lo es. Tanto me gustaron sus instalaciones que las visité y quise probarlas acompañada por uno de los monitores. Así conocí a Luis, el más musculado de todos ellos, un chicarrón que no veas el cuerpo que tiene. Bueno, creo que sí lo sabes. Parece que te conoce y bien, según le pude sonsacar.

Fue un acto ruin, rastrero, miserable, mezquino e impropio de una persona de buen hacer. Pero no sé si ya lo dije cuando me definí, no me gusta que me nieguen aquello que deseo.

—¡Sal, loba!, vete de mi despacho —me gritó henchido de ira Leo. Había dado en el blanco, el tiempo que había dedicado a investigar en el gimnasio acababa de dar sus frutos. Desde hacía unos días intuía que las ociosas mañanas de Leopoldo no eran solo empleadas en las compras y mi curiosidad me empujó a sustituir la intuición por la certeza.

Salí apresurada de su despacho para evitar una nueva bronca, pero con una sonrisa. Sabía que el laurel del éxito me pertenecía en esa ocasión, aunque el método empleado dejase bastante que desear. Así se demostró una hora más tarde. Estaba sentada recabando información en internet sobre FI cuando entró Blas.

—No sé, princesa, como has engatusado a mi amorcito, pero me ha

pedido que te permita contratar un ayudante. Te voy a decir una cosa, no quiero juegos, ¿entendido? Dentro de dos horas vendrá un candidato que he solicitado a una empresa de trabajo temporal. Le entrevistas y si no es de tu agrado pedimos otro, pero en lo sucesivo, lo que necesites me lo pides a mí. ¿Trabajando ya con las cuentas? —me preguntó echando un vistazo al enorme archivador que contenía copia del balance y la cuenta de resultados de FI.

—Gracias, Blas. No he me he metido aún con las cuentas; ando conociéndolos para hacerme una idea de quiénes son —observé—. Siempre es bueno introducirse en el negocio antes de hincarle el diente a su contabilidad. Siempre ayuda.

—¡Ah!, para eso no te hace falta internet. Yo te diré quiénes son. Una banda de facinerosos que han prometido, si ganan las elecciones, erradicar de la Piel de Toro a todos aquellos que no piensan como ellos. No tienen más programa que cerrar fronteras, expulsar a los extranjeros sin permiso y endurecer la ley para restaurar un orden que, nostálgicos ellos, no se debería haber perdido. El líder, José Antonio Mendizábal, es un mal bicho, pero ya está acabado, próximo al retiro. El más peligroso es su secretario de organización, Filomeno. Un individuo con el pelo corto, engominado y peinado hacia atrás que se esfuerza en imitar el rostro del que fuera fundador de la Falange. ¿No te parece anacrónico? —se explayó mi jefe dejando en evidencia su orientación político-social.

—A mí sí me parece anacrónico, pero no lo es en otros países. Allende la frontera de los Pirineos tenemos un ejemplo donde un partido de corte ultraconservador florece, y eso por no hablar del centro de Europa. Lo que más triste me parece es que los votantes no sepan que detrás de esas promesas no hay un programa de contenido económico, no hay un compromiso con la sociedad. Solo populismo. En fin, el deber manda y les auditaremos las cuentas. Estate tranquilo que salvo que vea algo gordo el informe de auditor será sin salvedades —traté de tranquilizar sus ínfulas recientes al apaciguar sus dudas.

—Gracias, Yai, eres un sol. No me falles, se lo debo a Felisa. Algún día te hablaré de ella y de lo que nos une.

—Tengo tiempo, el trabajo puede esperar —me picó la curiosidad.

Blas rio y abandonó mi despacho. Creí que mascullaba, mientras salía, algo parecido a «condenada cría».

Seguí informándome sobre TI y poco más encontré. Parecía que estaban

inmersos en una estrategia de crecimiento y andaban necesitados de medios económicos para afianzarse dentro del espectro político nacional. No conseguía que me abandonase la picazón interna sobre el motivo que impulsaba a que Blas no pudiera negar a Felisa un favor que para él no debía de ser grato de hacer. El partido de José Antonio Mendizábal no se caracterizaba por su respeto por las personas de diferente condición sexual, como era el caso de Blas y de su socio y pareja. La condición hetero era la que ellos consideraban como la única, la de la naturaleza y la de Dios. Me apunté en una pequeña libreta, que siempre llevo en el bolso, esa que casi nunca releo, que debía investigar la amistad que unía a Blas y a Felisa. Era irrelevante para mi tarea, pero no lo era para satisfacer mi espíritu cotilla. Quién sabe si en el futuro el esfuerzo daría sus frutos, al igual que había dado el husmear por el gimnasio que frecuentaba Leo. Un hecho que me había valido un nuevo y flamante ayudante. Y probablemente un enemigo; tendría que trabajar esa posibilidad y esforzarme en cuidar la amistad de Leo.

No había pasado una hora y llamaron a la puerta de mi despacho. A través de ella entró un imberbe que bien podría tener mi edad, bien un par de años menos, con un traje marrón claro de corte esmerado y unos zapatos de piel marrón relucientes. Su moreno pelo corto estaba probablemente trabajado a fondo con navaja. En fin, impecable.

Con cara bobalicona y una sonrisa fingida, además de nerviosa, se presentó.

—Soy Ismael Lorenzo, me envía la agencia de contratación para ver si les cuadra mi perfil —y me entregó una carpeta en cuyo interior estaba su currículum. Eché mi silla hacia atrás, lo justo para poder cruzar mis piernas enfundadas en unos pantis enrejados dejándolas a la vista del púber y leí de forma somera lo que el papel contenía. La verdad es que me interesaba poco la formación académica del chaval, tampoco su experiencia. Simplemente deseaba a alguien que, sin protestar, hiciera todos los trabajos que hasta ahora venía haciendo yo. Vamos, un ejercicio en pro de mi ego.

Levanté la vista justo a tiempo de ver como las pupilas del candidato se esforzaban en recuperar la línea visual con mis ojos, perdidas como andaban contemplando el muslo de mi pierna derecha. No era feo, aunque le faltaba atractivo, quizá un punto de canalla. Parecía gracioso y obediente, podría servir. Quise bromear con él y lo hice como a mí me gustaba hacer, caminando sobre el filo de la navaja.

—Te podría preguntar muchas cosas, pero como de tus respuestas no me

iba a creer nada, pues en estos casos se miente más que se habla, te haré una, solo una pregunta. Así que piensa lo que vas a responder y no te equivoques. ¿Estás preparado?

Ismael me miró sin saber que decir. Le temblaban las manos. Así que seguí con el juego, jugué a ser Diosa.

—En las entrevistas de trabajo, cuando una mujer se sienta en la silla en la que estás tú y un hombre se sienta en la que estoy yo, ¿sabes cuál es la pregunta que nunca se hace, pero casi siempre se piensa? ¡Vaya acertijo! Sí, lo has pillado. ¿Estarías dispuesta a tener sexo conmigo? Esa es la pregunta que muchos capullos desean hacer cuando tienen una candidata delante —el temblor del muchacho ya era incontrolable, lo cual me colmaba de satisfacción—. Así que mírame bien y responde con toda sinceridad.

Ismael me miró, tal y como le había pedido, estaba confundido. Me imaginaba su cabeza en plena ebullición. Sus tics se manifestaron todos a la vez. Se mesaba el cabello, le temblaba el labio superior y levantaba de forma insistente el talón de su pierna derecha provocando un rítmico sonido al chocar el tacón de su zapato contra el suelo.

—Me temo que no entiendo la pregunta, señora —acertó a balbucear.

—Te la repetiré, ¡leches! Si te contrato y te lo pido, solo si yo te lo pido, y entiende esto que es importante, ¿tendrías sexo conmigo? —le pregunté de nuevo clavando mis pupilas en las suyas. Mi mirada le dolía, lo notaba.

Pasaban los segundos y el joven no acababa de decidirse. Sus tics eran de todo punto incontrolables. El tacón de su zapato ya debía estar totalmente desgastado y la baldosa del suelo también. Puesto que yo estaba disfrutando con la espera, no tenía prisa en que arrancase con su respuesta.

—Estaré a su entera disposición para lo que usted desee —consiguió articular, dudoso de si se trataba de la respuesta acertada.

Lo era. Mostré una sonrisa triunfante. Llamé a la agencia y les pedí que no enviaran más candidatos. No me sentía orgullosa del mal rato que le había hecho pasar a mi recién contratado ayudante, pero además de habérmelo pasado estupendamente, brindé en mi interior por todas aquellas mujeres que, de una forma u otra, habían tenido que pasar por la humillante situación de aguantar las lascivas miradas de quienes las entrevistaban, concedores de la necesidad de trabajo que existe.

Ya tenía a mi deseado ayudante, pero pocas ganas de comenzar a desasnarle, lo dejaría para otro momento. Decidí deshacerme de Ismael y planificar el trabajo que se nos venía, así que le pedí lo primero que se me

ocurrió para quitármelo de encima.

—Vale, voy a comprobar lo obediente que eres. Primero, arregla la situación administrativa con tu empresa para que se pongan de acuerdo con la gestora que lleva nuestros asuntos de recursos humanos y, cuando lo hagas, te presentas en este despacho con un café caliente del Starbucks que verás a escasos cien metros de esta oficina. Café solo y sin azúcar. Memorízalo porque nunca más te repetiré cómo quiero el café. Y así todas las mañanas cuando vengas. Un café para tu jefa, ¿entendido? Y recuerda, siempre atento a mis gustos, sé buen observador.

Ismael asintió y diligente salió tan deprisa que olvidó despedirse. Dudaba de que en vez de cumplir mi encargo no saliese corriendo como las liebres, en línea recta, y sin detenerse hasta pasadas unas cuantas manzanas.

Sin preocuparme demasiado por el hecho de la posible huida de mi nuevo colaborador, continué con mi labor de conocimiento de FI. Fisgando en la propia web del partido encontré que también se dedicaban a la formación de empresas y trabajadores capturando fondos europeos, algo que hacían a pequeña escala; pero dado el interés que estaban poniendo en el asunto, deduje que pretendían acaparar mayor cuota de participación en el negocio. Garantizaban que de esta manera las empresas formasen a sus trabajadores sin coste alguno para ellas ya que el dinero venía de Europa. Para tal fin tenían un departamento responsable al frente del cual estaban dos personas. Anoté sus nombres por si en algún momento podría necesitar algo de ellos: Stephan Marcuse y Lionel M. No parecían muy españoles.

Pinché en otro enlace, este en YouTube, y me encontré un vídeo en el que un hombre, bien entrada en la sexta década, se dedicaba desde un púlpito a arengar a una tropa de uniformados con camisas azules. El mensaje era claro, recuperar la unidad nacional, la integridad del territorio y expulsar a los enemigos del país para volver a ser Una, Grande y Libre. Casi nada. Se trataba de José Antonio Mendizábal y a su lado se encontraba el que debía ser su segundo, Filomeno, mucho más joven y luciendo una camisa azul similar a la de todos los acólitos que los escuchaban.

Tras el púlpito, en grande, el águila que tantas veces acompañó a la bandera nacional durante la Dictadura de Franco. En fin, nada que consiguiese enardecer mi espíritu patriota y sí bastante como para que mi estómago comenzase a mostrar indicios de acidez.

El vídeo finalizaba prometiendo trabajo y vivienda, aunque sin explicar la forma de conseguirlo. Tras unos minutos más, largos y tediosos, con todo

el séquito con la mano alzada, el vídeo ponía su fin.

Abrí el bolso y encontré un sobre de antiácidos. Me lo tomé con ansia.

Ojeé la carpeta con las cuentas anuales del partido y provista de un lapicero empecé a preparar las hojas de trabajo asignándome una parte del material y otra a Ismael, eso en el supuesto de que en este momento no estuviera temblando en un escondite tratando de recuperarse del susto que le había dado durante la entrevista.

Me prometí disculparme si lo volvía a ver. Me recosté en el sillón, puse los pies sobre mi mesa y con las manos cruzadas en mi nuca cerré los ojos y me dejé llevar por unos pensamientos inciertos a la vez que oscuros. Siempre había sido una mujer promiscua y liberal, preocupada de mi deseo por encima de todo. No acostumbraba a engañar ni a hacer falsas promesas susceptibles de partir el corazón de algún amante desnortado, y así pretendía seguir. Pero el candidato me había hecho sentir un gusanillo que nunca me había picado. El poder de tener a otro a mi disposición. Lo había iniciado como un juegucillo con el que animar la entrevista, pero he de reconocer que la situación tan difícil que le había hecho pasar a Ismael, teniéndolo ante mí atorado, me había excitado. Era un campo que no renunciaría a seguir explorando de surgir la ocasión.

Sentí un tímido dedo que tocaba mi hombro y abrí los ojos. No recuerdo cuánto tiempo llevaba durmiendo sobre mi sillón. Era Ismael, había regresado como una cándida ovejita a su redil. Sobre la mesa pude ver un solo vaso, de esos térmicos, de café. Bajé los pies de la mesa y me recompuse sin dar explicaciones. Para eso era la jefa.

—Siéntate, ayudante. ¿Todo arreglado? —pregunté.

— Sí, señora, se encarga la gestoría de todo. Su café está sobre la mesa. Espero que sea de su agrado —aclaró con voz tímida.

—Escucha, Ismael, antes, durante la entrevista, quizá me haya excedido. Tómallo como un juego inocuo con el que lo único que pretendía era conocerte. A veces, en una entrevista, una buena forma de conocer al candidato es ponerle en situaciones extremas para ver cómo reacciona. Eso es lo único que pretendía, así que no quiero malos rollos —disimulé.

—No se preocupe, es para mí un honor el trabajar para una mujer tan... —se atrancó.

—¿Simpática ibas a decir? —reí sacándole del atolladero.

—Espero no defraudarla —se atrevió a decir sin haber encontrado el calificativo hacia mí que se le había atrancado en la garganta.

Dejé la conversación banal para dar paso a los asuntos profesionales. No quería defraudar a Blas con mi primer trabajo. Así que puse al corriente a mi nuevo ayudante de cuál sería la tarea y cómo la había dividido, en dos partes. Por supuesto que todo el trabajo de oficina debería ser completado con el de campo. Tendríamos que visitar las instalaciones del partido para comprobar los activos reflejados en el balance, que no parecían excesivos, pero había que garantizar que no fueran ficticios. Uno de los riesgos al que se enfrenta un auditor es validar activos deliberadamente sobrevalorados con objeto de inflar el valor de una empresa en el balance.

También le hablé del negocio de formación, lo que suponía para el grupo una cantidad muy importante de ingresos. Quizá la principal. Incluiríamos a sus responsables en el trabajo de campo.

Estaba cansada, comenzaba a ser la hora en la que las ganas de trabajar volaban y no me apetecía que ese día fuera una excepción. Así que me propuse despachar de nuevo a Ismael y darme una vuelta por los tugurios de la ciudad. La entrevista me había abierto el apetito cual loba en noche de luna llena. Instintivamente, me quité un zapato para masajearme el pie. Los zapatos con tacón alto, aunque llevasen plataforma, me solían mancar el empeine. Los que llevaba en ese momento, aunque no eran tan nuevos, aún no estaban hechos a mis pies y me mortificaban lo suficiente como para respirar de alivio cuando me los quitaba.

Ismael me miró y se atrevió a decir:

—¿Un día duro?

—Nunca has llevado tacones, me imagino —le respondí justificando el que me hubiera descalzado, lo que podría interpretarse como de mala educación—. Así que te diré que es el precio que hemos de pagar las bajitas para ascender de categoría y conseguir atrapar las miradas masculinas. Vamos, para jugar en primera división.

Con una mano seguí aliviándome el dolor y con la otra cogí el café; aún estaba caliente. Miré a Ismael, no quitaba ojo a mis actos. Estaba ensimismado.

—Creo que usted sería objeto de las miradas de los hombres aún con chanclas de playa. ¿Desea que le ayude? —siguió con su pronunciación timorata, aunque con un mensaje resuelto y grato para mí.

—¿Te refieres al balance de FI, o te refieres a traerme más café? —jugué con él, ya que empezaba a intuir lo que el chico me ofrecía.

—Me refiero a calmar su dolor en los pies —aclaró.

Sabía que de aceptar el ofrecimiento me introduciría en un peligroso lodazal del que salir limpia iba a resultar complicado. Era mi ayudante, recién contratado y más joven. Mal lo pasaría de ser demandada. Aunque ese razonamiento, por peligroso, me resultaba aún más atractivo. Tener a mi ayudante entregado a mí, para servirme. ¿Qué tendrá lo prohibido para las almas impuras que tan atractivo nos resulta?

Así que deshice la dicotomía de un plumazo. Me calcé, me levanté y me aseguré de que ni Blas ni Leo estuvieran ya en la oficina. Normalmente era yo la encargada de cerrar. Una vez comprobado, moví el sillón hacia afuera de la mesa, atrapé mi café en la mano y me senté cruzando las piernas a la vista de Ismael.

Este hizo ademán de avanzar hacia mí, pero una mirada, de esas asesinas de las que soy tan pródiga en lanzar, lo disuadió. Se quedó plantado a escaso metro de mí y me contempló. No había lascivia en su mirada, me atrevería a decir que tampoco había deseo en ella, sino admiración. Me sentí adorada.

—¿Tienes experiencia en dar masajes a mujeres? —le provoqué.

—Bueno, hay una chica que trabaja en un periódico que, bueno, algo sí —seguía sin poder articular una frase sin titubear.

—¿Novia? —indagué.

—No, no es mi novia. Bueno, quedamos a veces. Solo eso —aclaró.

—En fin, tú te has ofrecido. Yo no te lo he pedido, así que supongo que un juez me creería. Te quiero de rodillas y empiezas por un pie. Tocas solo un pie, nada más. ¿Lo has entendido? —me lancé.

—Sí —respondió con un monosílabo.

—¿Sí qué? —le increpé amenazante.

—Sí, señora.

—Si tocas otra cosa que no sea el pie, te prometo que te llevas un recuerdo a tu casa, no lo olvides —tenía que dejar claro quién era la que manejaba la batuta allí. Siempre había considerado una virtud saber dejar claras las reglas en los primeros minutos de una relación, eso evitaba confusiones.

Tras unos segundos de duda se postró ante mí, con delicadeza tomó uno de mis zapatos y lo retiró del pie, lo acarició con devota pasión y miró mi cara con clara intención de comprobar mi reacción. Con una caída de párpados le animé a continuar. Apoyó con maestría el talón en su mano izquierda y con la derecha empezó a masajear la planta del pie cubierto con el panti enrejado. No era un masaje, me acariciaba, pero lo hacía con energía a

la vez que dulzura. Cerré los ojos y evoqué en mi mente la última imagen. Ismael, con su traje marrón y su corbata a juego, arrodillado mimándome el pie mientras lo contemplaba con admiración.

Sin abrir los ojos noté cómo acababa con la planta y comenzaba con los dedos del pie, uno a uno, de menor a mayor. Mentiría si no reconociese que estaba enormemente excitada, un electrizante calambre me recorría las piernas con cada caricia. Y así dejé pasar los minutos hasta que percibí que cesaba el masaje y después de dar un beso desprovisto de lujuria al pie, lo devolvía a su envoltorio para evitar la envidia de su hermano gemelo y simétrico.

Y así siguió el ritual, igual que el anterior, con la misma delicadeza, con la misma entrega. Sentía el calor de sus manos y me inundaba. Me dejé llevar, nada más podía hacer. Percibí humedad sobre la silla, podría ser el sudor, aunque no lo creía. Aquel imberbe se estaba empleando a fondo y había conseguido enardecer mi espíritu de hembra. Abrí los ojos con el beso que daba por finalizado el masaje y mirándome por primera vez sin timidez, me preguntó:

—¿Algo más, señora?

—Nada, te puedes ir. Mañana a las ocho en la puerta con el café de la mano. Y tráete crema, tienes las manos ásperas y no quiero que mañana me raspes los pies —no daba crédito a las palabras que habían salido por mi boca. En cuestión de minutos había pasado de ser una auténtica novata a una dómina experta.

—Así será, señora. ¿Algún tipo especial de crema? —me dijo haciéndome dudar si su pregunta era una burla. Pero el adusto gesto que su rostro mostraba me indicaba que no. Así que continué con la provocación.

—De un sabor que te guste, porque a diferencia de hoy, mañana, y ya sin pantis, te dejaré besarlos, metértelos en la boca y recrearte con ellos después del masaje. Así que busca un aroma que te estimule por si decidiese solicitar algo más de ti. Te lo tendrás que ganar, así que acude al trabajo bien desayunado.

Ya se iba, disciplinado, cuando le abordé con una última pregunta:

—Por cierto, cuando te hablé de FI, el partido que tenemos que auditar, parecías conocerlos. Sé que no es de mi incumbencia, pero ¿eres de ideología neonazi?

—¡Oh!, no, señora. Esa chica de la que le hablé, la que a veces me llama para, digamos, atenderla, se llama Belén Esteban y es periodista, o eso dice.

Edita el panfleto semanal del partido recogiendo todo aquello que sus dirigentes quieren comunicar. Por eso a veces lo leo y sé quiénes son los del FI.

—Espera, y eso, ¿es una casualidad? —pregunté sorprendida.

—No, no lo es. Pensé que le habían avisado de ese hecho. La agencia de contratación, al saber para qué era el trabajo, llamó a Belén, ya que ella sabía que yo andaba buscando empleo y soy economista. Señora, le prometo que a eso no se le puede llamar vinculación y por tanto no afecta al trabajo que tenemos que hacer como auditores independientes.

—¡Lárgate! —le grité perpleja. Me sentía traicionada por no haber sido avisada *a priori* de la vinculación, aunque fuera casual, de Ismael con la empresa que teníamos que auditar. Eso podía poner en entredicho la calidad e independencia de nuestro trabajo.

Vi salir a Ismael Lorenzo veloz tratando de evitar que se me escapase un impropio dirigido a él. Tuvo suerte de anticiparse a mi reacción porque la ira se estaba apoderando de mí.

Me debía relajar. Tocaba dar por finalizada la jornada laboral y tratar de evacuar el enfado que me había provocado la situación. Y, por qué no decirlo, también tocaba tratar de aliviar la excitación que hacía unos minutos me invadía y que aún seguía quemándome por dentro. Tomé mi agenda y repasé sus manoseadas páginas buscando al mejor candidato para el propósito fijado, hasta que mis ojos se posaron en un registro con un número de teléfono y un nombre que me traía recuerdos muy agradables.

Cogí el móvil, llamé y escuché el sí a mi oferta de quedar. No se lo pensó demasiado el muchacho y con una malvada sonrisa di por finalizado el trabajo por ese día y me dispuse a dar rienda suelta a mi voraz desenfreno.

Sería una noche larga en la que, quizá, ensayase mi nueva faceta recién aprendida.

Capítulo 2. Segundo día

No había transcurrido ni tan siquiera un minuto sobre la hora acordada cuando escuché una llamada a la puerta de mi despacho. Era Ismael con un café solo, sin azúcar, en la mano. Lo depositó con amabilidad extrema sobre mi mesa.

—Buenos días, señora. ¿Ha descansado bien? —me preguntó servicial.

—Pues para ser sincera, no. Afortunadamente —respondí sin abandonar mi habitual risa de malvada—. Sobre tu mesa está todo lo que tienes que revisar. Y es para esta mañana, así que ya estás perdiendo el tiempo.

Me senté y continué con la labor en la que ya llevaba enfrascada más de una hora. A Ismael le había dejado la parte rutinaria, el punteo de las distintas partidas entre los libros contables. Yo me había reservado investigar el motivo de por qué un partido cuya principal actividad debiera ser convencer a sus electores de que su programa electoral es el mejor, tuviera unos ingresos declarados por prestar labor formativa a empresas tan exagerados.

Sumida como estaba en mis cálculas y rodeada de documentos, apenas percibí que la puerta se abría. Era mi ayudante con un bote de color rosa en la mano:

—Se me olvidó decirle que he traído crema con sabor a fresa, es mi preferida —su voz era melosa y su cara risueña.

—¡Lárgate y te la das donde más te pique! —le espeté de manera desabrida, recordando la engañifa de que la había sido objeto el día anterior.

—¿Es así como tratas a tu colaborador? —escuché la voz de Blas detrás de mi ayudante.

Me levanté a la vez que vi su oronda silueta acceder a través de la puerta. Había metido la pata.

—A ese muchacho le falta un hervor —traté de justificar mi anterior exabrupto.

—Pues te recuerdo que lo has elegido tú —me acusó no falto de razón.

—¿Sabías que se tira a la periodista que FI tiene contratada para editar su panfleto? —pregunté a Blas.

—No, ¡palabrita de niño Jesús! Preguntaré a Felisa —pareció sincero.

—¿Me vas a contar hoy que es lo que os trajisteis entre manos Felisa y tú? —me mordía la curiosidad.

—Te prohíbo que sigas por ese camino, dedícate a trabajar y no a husmear en mi vida, ¿lo entiendes? Cuando emitas el informe final de

auditoría me pensaré si satisfago tu curiosidad —dijo a la vez que abandonaba el despacho cargado de unos malos humos que no eran habituales en su carácter. Aun así, no podía esconder su personalidad de bonachón.

No podía evitar la sensación de que alguien me había utilizado para colocarme a Ismael. Incluso él mismo no había actuado abiertamente, ya que de su relación con Belén solo me habló después de estar contratado. Y solo se me ocurrían dos personas que podían haber urdido la idea: o la propia responsable del periódico y amante ocasional de él, que me lo hubiera querido colocar cerca para tener acceso a nuestra tarea como auditores, obteniendo así información de primera mano. O la propia Felisa, que aun eludiendo firmar el informe de auditoría y endosárnoslo, nos haya querido introducir un troyano. Bueno, lo segundo parecía poco plausible, pero me apetecía hacerle una visita y arañar lo que pudiese de su relación con Blas.

Así que cogí el bolso y decidí pasar la mañana visitando a ambas. Pasé a despedirme de mi ayudante y pude comprobar que, abnegado, estaba lapicero en mano enfrascado en el balance de FI marcando rayitas sobre sus márgenes.

—Me voy, mascota, guarda ese alimento con sabor a fresa que has traído por si se me pasa la mala leche que tengo ahora y decido utilizarte. De momento no va a ser así y si te apetece puedes untar un poco de la crema en un poco de pan y entretenerte comiéndotela.

—¿Puedo preguntar a dónde va? — se atrevió insolente.

Me aseguré de que Blas no me escuchaba, no quería más problemas. Leo aún no había llegado. Agarré con una mano la cara a mi ayudante apretando sus mejillas y acerqué mi cara a la suya.

—Escucha, aprendiz de ayudante, cuando yo quiera que sepas a dónde voy, te lo diré. Mientras tanto, te callas. ¿Alguna pregunta más? —acompañé la última frase con una soberana bofetada que le propiné al rostro de Ismael con la mano que tenía libre. No fue muy fuerte, pero sí lo suficiente como para demostrarle quién mandaba allí.

Cuando le solté la cara, con una mejilla enrojecida, su boca fue incapaz de cerrarse. Seguro que en cuanto saliese se iría al baño apresuradamente.

Preferí no llamar a ninguna de las dos mujeres a las que me proponía visitar. Y como no tenía preferencia alguna por el orden, comencé por la que estaba más cerca de donde yo estaba. Podía ir caminando.

Tan solo un rótulo discreto avanzaba al visitante que cruzaba el portal de que en el primer piso estaba la editorial de un periódico. Bueno, para ser más

exacta, se trataba de un folleto que era correa de transmisión de las ideas de un partido de corte nazi. Llamarlo periódico hubiera sido un insulto para la digna profesión, aunque denostada, de periodista.

La puerta estaba abierta y me encontré ante una sala decorada con pasquines repletos de soflama fascista; procuré no mirarlos demasiado para no marearme y sentir arcadas. Con el ruido de mis pasos acudió una mujer de unos cincuenta años, quizá más, morena y pelo corto. Vestía con vaqueros y una camiseta negra de tirantes que apenas resaltaba sus pechos diminutos y caídos, lo cual era una proeza. Percibí un notable esfuerzo por su parte en disfrazar su edad con ropa más juvenil de lo que la podría corresponder. Era bajita, más que yo, lo cual la convertía en muy bajita, y también tenía las caderas más anchas que yo. Por eso no me cayó muy mal la mujer. No tenía ninguna posibilidad de hacerme sombra y esas eran las mujeres que mejor me caían.

—Busco a Belén —le ofrecí la mano a modo de saludo.

—Delante la tienes, muñeca, para lo que gustes —me respondió resultona. No esperaba que la mujer que, supuestamente, era la amante de mi bisoño ayudante, fuera a doblarle la edad. Comenzó a caerme mejor por su valentía.

—Yaiza Cabrera, trabajo con Leo&Blas y estamos auditando las cuentas de FI. Creo que tú trabajas para ellos —me presenté.

—Querida, siéntate. Será un placer atenderte, aunque ciertamente no me imagino en qué podría hacerlo.

Podía haber hecho uso de los circunloquios habituales en ese tipo de encuentros hasta llegar a donde quería. Pero ese no es mi estilo, así que disparé a bocajarro.

—Ismael Lorenzo, mi ayudante, me ha dicho que te conoce y que a través de ti ha conseguido su trabajo actual.

Belén, probablemente para ganar tiempo en su respuesta, cogió un ejemplar a color de los que había sobre la mesa y me lo mostró. En la portada estaba la foto de su líder. Sexagenario, calvo con sienes plateadas, barrigudo y a juzgar por su aspecto, de actitud soberbia y prepotente. Estaba ante un micrófono con una bandera española preconstitucional como telón de fondo.

—¿Le gusta el programa de José Antonio? —me preguntó.

—Si le soy sincera, me gusta vivir en un país en el que las decisiones se basan en el respeto a la mayoría y a sus distintas minorías. Un país donde cada cual es libre de pensar y decidir. Un país comprometido con la justicia y

la igualdad. Y de eso creo que su jefe no habla —me explayé con un discurso improvisado.

—Interesante, muy interesante. ¿Y qué es para ti la igualdad, preciosa? Quizá que todos aquellos que vienen de África, o del Este, a delinquir, tengan los mismos derechos que tú o que yo, que llevamos años construyendo el futuro de nuestros hijos —me retó—. Recuerda esto, muñeca, una sociedad que no sabe autoprotegerse, camina inexorablemente hacia la extinción.

—No he venido a charlar de política contigo. Y no me llames preciosa ni muñeca. La igualdad pasa por tener un Estado que garantice el acceso a lo básico: la educación, la justicia, la sanidad. Déjate de monsergas y contéstame a mi pregunta inicial —me despaché a gusto.

—No recuerdo ninguna pregunta, solo una afirmación. Pero te la voy a contestar, preciosa —siguió con la burla, lo que me estaba poniendo de los nervios—. Conozco a Ismael, sabía que buscaba trabajo y yo le ayudé a través de la agencia de contratación. No busques fantasmas, muñeca, salvo que seas una paranoica.

Me contuve, me costó, pero me contuve.

—Y no me digas que me deje de monsergas, estoy en mi casa y tú has venido a ella. Yo no te he llamado. FI existe porque ocupa un lugar en el espacio político. Los partidos no existen así porque así, responden a las necesidades de personas concretas, de votantes que sufren, que sienten y que esperan de la clase política algo más de lo que actualmente están recibiendo. Es como si una empresa crea un producto y no sirve para nada, ¿qué pasa? Pues que no se vende y se deja de fabricar. Así pasa en política. FI se vende y se va a seguir fabricando, aunque siga habiendo muchos ignorantes incapaces de defender su casa, como veo que es el caso que tengo enfrente. Así será hasta que estemos en condiciones de gobernar. Por tanto, ya sabes, muñeca, modernízate y deja el discurso de moda, ¡piensa! Es fácil dejarse llevar en la dirección del viento, fácil y cómodo. Lo difícil es pensar por uno mismo y decidir qué es lo mejor para tu futuro, para nuestro país y para nuestros hijos.

No servía de nada seguir con las palabras. Así que decidí acabar ese diálogo improductivo y que amenazaba con amargarme la mañana.

—Mira, si has colocado a tu mascota en mi despacho para espiarme ¡estás lista! Se va a ir a la puta calle en cuanto yo llegue. Y te voy a decir una cosa, si lo has colocado para espiarme, es porque o tú, o esa mierda de partido para el que trabajas, tiene algo que ocultar. Espero encontrarlo. Y ahora viene lo que más te va a gustar, a tu mascota no la tienes bien educada,

en cuanto vio mis pies se tiró a ellos. Lo tienes a deseo, deberías buscar uno de tu edad para que te lama el coño por las noches, ¡guarra! —no pude evitar el exabrupto. Aunque para ser más exacta, ni pude ni quise evitarlo.

El hecho de haber asistido durante dos años seguidos a clases de defensa personal me permitió esquivar el rechazazo, con poca fuerza, con el que mi rival trató de obsequiarme. Lo hizo de forma automática. Apenas finalizado el calificativo con el que la adulé, lanzó su puño contra mi rostro, afortunadamente con muy poco éxito. Según recuperé mi posición vertical, le agarré el cuello a la periodista y apretándolo la dejé sin respiración unos segundos. Pocos, pero los justos para que reflexionara. Cuando vi que su cara se teñía de un color azul preocupante bajé la presión de forma progresiva y me despedí de ella.

Sabía cómo hacerle daño y no me iba a privar de ese dulce placer.

—¿Así que estás encoñada eh? —Simulé risa—, pues cuando le vuelvas a ver le preguntas cómo le puse a cuatro patas. Adiós, ¡zorra!

Tengo por costumbre contener mis emociones, o al menos eso creo. Pero esa mujer me había sacado de mis casillas. Tenía por norma no dejar que me engañaran, y lo de colocarme un intruso para espiarme era algo que había sobrepasado mi línea de peligro. Sabía que no tardaría en tener noticias de ella, quizá de forma indirecta, pero noticias. Probablemente mi empleo en Leo&Blas tuviese los minutos contados. Así que los iba a aprovechar para indagar un poco en el pasado de mi jefe por si podía averiguar algo que me pudiera servir de salvaguarda para si las cosas se ponían difíciles. La próxima visita era obligada.

Siguiente destino, Transferencia y Contabilidad. Recordaba haber anotado la dirección de su sede en algún papelote que encontré después de escarbar entre el amasijo de cachivaches que de forma amontonada contenía mi bolso. Comprobé que me quedaba lejos y propuse a la amiga de Blas y proveedora de trabajo de la empresa para la que yo trabajaba, almorzar juntas.

La cita se fijó en un restaurante en Pozuelo, pueblo al noroeste de Madrid. Llegué la primera y aproveché para solicitar un vermú rojo que un atento camarero uniformado se apresuró a traerme acompañándolo, en vez de con aceitunas, con una artificial sonrisa. Nada más verlo, y antes de que lo dejase sobre la mesa, le reprendí:

—Ese te lo llevas, majo, y me lo traes con una rodaja de naranja. ¿Dónde has visto que se sirva el vermú rojo con limón? ¡Caray!, qué falta de profesionalidad.

Antes de que el pedido llegara con el tremendo error subsanado, vi cómo una mujer de unos sesenta años caminaba hacia mi mesa con paso calmo. Era bastante elegante, con el pelo teñido de castaño y vestida como para la cita con un galán de esos que se contratan en internet por quinientos euros la noche. Debió de ser extremadamente guapa en otra época y aún seguiría siendo el blanco de las miradas masculinas. Me sonrió y me ofreció la mano.

—Eres Yaiza, ¿no? Soy Felisa.

—Tenía ganas de conocerte; me ha hablado tanto de ti Blas —la saludé obsequiosa.

Se sentó de manera elegante enfrente de mí y con unos ademanes exquisitos solicitó al camarero un vermú rojo con una rodaja de limón. Lo dejé correr.

—Como estoy segura de que no pretendes que me crea la mentirijilla que me acabas de contar, explícame, ¿cuál es el motivo de citarme?

No parecía fácil engañar a esa mujer con baratijas, así que opté por la verdad.

—Supongo que sabes que trabaja con nosotros un joven al que recientemente hemos fichado. Se llama Ismael y resulta que, sin yo saberlo, se trajina a la que edita el panfleto publicitario de vuestro cliente, el que nos habéis endosado. ¿Sabes algo?

Levantó su mano derecha repleta de anillos plateados, como si estuviera jurando el cargo de ministra, y añadió:

—Palabrita de niño Jesús que nada sé.

La creí. Había respondido con la misma frase que su amigo cuando le hice la misma pregunta. Esperaba que no se tratase de una respuesta ensayada y que ambos estuvieran de acuerdo para atraparme en el engaño.

—¿Y qué piensas de ello? Así, de mujer a mujer.

Felisa expresó una sonora risa y de forma natural me contestó:

—¿De mujer a mujer? Que alguien te la está metiendo bien metida, cariño. Pero eso ya te lo imaginas, así que ahora dime a que has venido —sorbió un largo trago de su vaso de vermú dejando tan solo a los hielos en compañía de la rodaja de limón y se quedó mirando la naranja que, también solitaria, reposaba en el fondo de mi vaso.

Pedí otra ronda.

—No te faltan tablas —me vi en la obligación de añadir—. Verás, en parte quería compartir contigo lo de Ismael, ya que como comprenderás, no me gusta lo que alguien me ha hecho. Pero hay algo que tampoco acaba de

gustarme y ese sí es el verdadero objetivo de que esté aquí. FI es un partido político que, aunque tiene todas las papeletas para no llegar nunca a La Moncloa, no deja de ser un buen cliente. Un cliente que os ha contratado y que podría proporcionaros prestigio a vuestra firma. Me pregunto qué has visto para que trasfieras el asunto a Leo&Blas y qué información les has pasado para que estos me den el trabajo a mí. Como probablemente sabrás, soy poco más que una becaria recién ingresada en la firma.

Ya lo dije. Felisa apuró su segundo vermú, de un solo trago, aspiró profundamente y mantuvo su silencio, quizá meditando la respuesta más adecuada. Aproveché para continuar:

—En la selva, los trozos más sabrosos de la gacela se los lleva el león, a las hienas se les deja la carroña. ¿Por qué nos habéis dejado esta tajada tan sabrosa a nosotros y no os la coméis los de TyCSA? —apostillé mi razonamiento con la misma pregunta formulada de otra forma.

Miró al techo dejando caer hacia atrás su melena castaña, cerró sus párpados exhibiendo la máscara de sus pestañas cual pavo real y con un suspiro exagerado se dispuso a confesarse.

—¿Sabes que Blas y yo somos buenos amigos? Bueno, algo más. Fuimos amantes. Sí, ya lo sé, es gay, pero no siempre lo ha sido. Tuvimos un hijo y poco después fue cuando me confesó sus preferencias sexuales. Desde entonces mantenemos muy buena relación, ya que no le guardo rencor. Blas es un buen tipo y quien me la jugó no fue él, fue la naturaleza que le hizo como es. Y contra la naturaleza no cabe el rencor.

A un gesto al camarero, este se acercó con sendos vasos llenos en la bandeja. Felisa lo tomó en su mano y sin conmiseración alguna vació su contenido. Esa mujer era una depredadora de vasos de vermú, a pesar de pedirlos con limón en vez de naranja, como debía hacer todo el mundo que no estuviese desposeído de paladar.

—FI es un partido que no me gusta. No me gusta su ideología y no me gustan sus cuentas. Sí, antes de daros el trabajo tuve tiempo de echarles un vistazo. Supongo que ya sabrás que se traen algún tejemaneje con colegas europeos que gestionan el dinero que la UE asigna para formación. El caso es que era una patata caliente que me quemó según la vi y le pedí el favor a Blas, él sabe cómo manejar estos asuntos mejor que yo.

Pues si la forma que tenía Blas de manejar esos asuntos era endosándolos a una novata, algo fallaba en el planteamiento. No obstante, me creí que respondía de forma sincera, pero faltaba algo. Así que continué con

la presión:

—Y ahora viene la pregunta del millón. A ver, ¿tu empresa no es una multinacional con caché? Es más, poco menos miserable que la de Blas, lo que tampoco es decir mucho, ¿por qué FI os eligió a vosotros y no a una gran firma afín a ellos? Salvo que me estés engañando y seáis unos acólitos de su ideario trasnochado.

Esta vez la pregunta le había incomodado de verdad, así lo evidenciaba su mirada. Se tomó mucho tiempo para preparar la respuesta y tras bastantes suspiros y titubeos, al final se decidió.

—¡No se te escapa una! Nos han elegido porque con nosotros podían tener a un topo dentro. Esos del FI son menos importantes de lo que crees. Es probable que no puedan costearse una gran firma auditora a la que comprar para que emita un informe limpio, por eso eligieron la empresa de la madre del amante de una de sus adláteres. Sí, me refiero a Belén Esteban.

Tardé unos segundos en reaccionar. La frase la había pronunciado demasiado deprisa y temí al principio de escucharla no haber entendido correctamente. Pero su significado no dejaba dudas.

—¡No me jodas! —exclamé.

—Será porque no quieras guapa, porque por mí no habría problema —acompañó la frase de una sonora carcajada—. Sí, Ismael es el hijo de Blas y mío. Fue esa periodista la que nos eligió y la que impuso que Ismael entrase a trabajar con nosotros a cambio del encargo. Por eso os pasé el trabajo, no quería cerca a mi hijo enredado en un asunto que nada me agradaba. Ismael me convenció de aceptar el trabajo y debo decir que es la primera vez que vulnero un código ético que siempre procuro mantener y cedo a presiones externas.

O sea, que yo orgullosa de haber sido capaz de convencer a Blas de que me hubiera concedido un nuevo ayudante y todo estaba trazado de antemano. ¡Seré tonta!

—Felisa, déjame recapitular —esta vez fui yo la que pidió una nueva ronda—. O sea, que FI necesita obligatoriamente auditar sus cuentas anuales, se les ocurre la brillante idea de contratar a una empresa de chichinabo para ahorrarse un pico en la factura y como además quieren que nadie se entere de los trapicheos que se traen con sus socios europeos, hacen uso del pardillo al que se tira una de sus colaboradoras acólitas para que enrede a su madre y acepte el encargo.

—¡Eh!, que estás hablando de mi hijo —Felisa me interrumpió a la vez

que me recriminaba mi anterior calificativo.

—Perdón, no pretendía ofender al muchacho —me excusé recordando cómo le había tenido postrado ante mis pies. Mejor que de eso su madre no supiera nada. Seguí con mi razonamiento—. El caso es que utilizan a Ismael para que te presione y aceptes auditar su contabilidad. A cambio él trabajará con las cuentas y cabe pensar que eso es garantía de que nada anómalo, si es que lo hubiere, trasciende. Pero tú, haciendo gala de una actitud intachable, lo externalizas, al trabajo y a Ismael dentro del paquete. ¿Lo he hecho bien?

—A pesar de los vasos que llevamos, lo has expresado incluso mejor que si lo hubiera hecho yo —levantó su vaso y chocamos los vidrios con lo que quedaba de la ronda.

Cuando me levanté para despedirnos con dos besos, he de reconocer que las piernas me temblaban lo suficiente como para temer que no fueran capaces de sostener mi peso. No estaba mal la cantidad de Martini para ser la hora que era. Pararía de camino a comer algo, lo necesitaba.

Al abandonar el bar, el pequeño bordillo que daba acceso a la calle fue el responsable de que diese un traspié que a punto estuvo de dar con mis rodillas en el suelo. Afortunadamente todo se saldó con un tacón roto y mi tobillo indemne.

*

Ismael seguía con su lapicero en la mano, trazando rayas en los papeles, cuando llegué a la oficina. Levantó la cabeza cuando me oyó y me brindó su mejor sonrisa de asno. Estaba furiosa, el alcohol no había conseguido disipar mi malhumor.

Me acerqué a él con mis dos zapatos en la mano, el roto y el otro, sin ocultar mi actitud amenazante. Los miró y probablemente pensó que era el momento de destapar el bote de la crema de fresa. De ser así estaba equivocado.

—¿Te acuerdas de la bofetada que te di? —le pregunté.

Él asintió.

—¿Te gustó, a que sí?

Volvió a asentir, aunque de forma tímida intuyendo que la pregunta llevaba escondida una trampa.

Con todo el impulso de mi mano derecha le propiné otra bofetada que hizo de la anterior su hermana menor.

—Ahora me vas a explicar el motivo de que me hayas engañado ocultándome quién es tu madre, tu puñetero padre y que la zorra a la que te

tiras en tus ratos libres es una acólita de FI. Y tienes un minuto —exploté.

Ismael me miró con ojitos de carnero degollado y con voz quebrada se atrevió a replicarme:

—Hay algo que he encontrado. ¿Me deja explicárselo, señora?

En los minutos siguientes, Ismael consiguió demostrarme que se desenvolvía bastante mejor que yo con los libros contables y poco esfuerzo le costó convencerme de que los ingresos que el partido percibía por formación, que no eran nada desdeñables, siempre a través de su filial dedicada a la formación, eran retirados pocos días después. Siempre contra pagos desproporcionados a proveedores y servicios. La cifra de ingresos superaba los cincuenta millones y los pagos, por cuantía similar, no parecían estar lo suficientemente justificados. Ese sería el siguiente paso, comprobar dónde habían ido a parar esos millones de euros que las autoridades europeas habían puesto a disposición del partido para formar a trabajadores y empresarios.

Inevitablemente se trataba de una trama en la que no solo participaban miembros de FI y su empresa dedicada a la formación. Evidentemente, tenían contactos en la Comisión Europea y probablemente en algún organismo estatal que les protegiese de miradas indiscretas.

—¡Bravo, muñeco! Hoy te has ganado el sueldo —mi humor había cambiado en cuestión de minutos—. Vete a por ese bote de crema que tienes guardado.

Ismael se levantó de la silla como si su trasero hubiera sido accionado mediante un resorte y se fue a su mesa a recoger el encargo. Aproveché para quitarme las medias y las dejé sobre la mesa, a la vista de mi ayudante. Llegó ufano con su bote y cual perrillo fiel se arrodillo ante mí y comenzó con el ritual del día anterior. Mi primera intención fue relajarme y dejarme llevar por la excitación que no tardaría en llegar, pero antes encendí la pantalla de mi móvil que había parpadeado unos segundos antes. Tenía dos mensajes, uno era de mi madre, Carlota, desde La Laguna, en Tenerife. Quería hablar conmigo. El otro era más intrigante, lo firmaba un tal Colombo, detective. ¿Será payaso con ese nombre? En él me decía que debía verme de manera urgente por un asunto relacionado con FI.

Ya los contestaría más tarde, no era cuestión de desaprovechar la oportunidad que el azar estaba a punto de ofrecerme.

Cerré los ojos para sentir las suaves manos de mi ayudante sobre mis pies con olor a fresa. Cuando las manos pararon sentí sus labios recorriendo todos y cada uno de los dedos y le dejé hacer. Se lo había ganado. Abrí

ligeramente las piernas sobre mi butaca en una clara intención de que Ismael, arrodillado ante mí, percibiera que no tenía barreras para el ascenso si así lo deseaba. Yo sí lo estaba deseando.

El muchacho demostró ser listo y captó el mensaje a la primera. Poco a poco comenzó a rozarme con sus labios mis tobillos, la cara interna de mis rodillas y cuando noté que ascendía a través de mis muslos hasta la entrepierna comencé a sentir una explosión de placer sin parangón. No era un mal comienzo.

Y en esas estaba, camino de mi Nirvana particular, cuando una voz desde la puerta me acercó a la tierra trayéndome a una velocidad supersónica, o sea, me di un batacazo. Era Leo, y detrás, el dueño del imperio que había inundado mi despacho. Había bajado la guardia, algo imperdonable en mí.

—¡Me cago en la leche! —oí berrear a Blas.

Puesto que ambos salieron del despacho ante la intempestiva escena con la que se habían encontrado, me apresuré en levantarme y separarme de mi entregada mascota y me encaminé hacia el cubículo de Blas, que a la postre es al que le debía una explicación. En la puerta me aguardaba Leo, con los brazos cruzados y una sonrisa de venganza que se me clavó en el hígado. Estaba segura de que había sido él quien nos había visto y corrió a avisar de lo que estaba sucediendo. Había consumado su venganza hacia mí como castigo por haber husmeado en su vida privada.

Blas estaba sentado con los codos apoyados en la mesa y las palmas de las manos sobre sus sienes. Cerré la puerta y humildemente me acerqué.

—Vale, lo siento.

—Eres una cerda, ese chaval está contratado para trabajar, no para endiosarte y engordar tu ego de diva. ¿Pero qué te has pensado? —estaba furioso y yo sabía el motivo. No se trataba de que me hubiera visto flirtear con mi ayudante, acababa de ver a su hijo arrodillado ante mí a punto de hacerme un cunnilingus.

—Ya, también sé que es tu hijo. Tuyo y de Felisa —acabé de arreglarlo.

—¡Me cago en la leche por segunda vez! ¿Has estado con Felisa? —descargó sobre mí las palabras con tal intensidad que temí por su garganta.

—Vale, tranquilo, que te va a dar algo. No ha pasado nada. A Ismael le encanta la poderosa imagen femenina, algo que es más común de lo que parece. Solo estábamos jugando. No ha pasado nada más de lo que hayas visto —no añadí que, si Blas hubiera tardado unos segundos más, el discurso

tendría que haber sido otro.

Pero Blas si lo añadió:

—Venga niña, que no soy tonto, si tardo dos minutos más lo desgracias allí mismo. Te tenías que haber visto la cara. Eres una depravada. ¡Golfa!

Blas abrió el cajón de su mesa y extrajo de él una petaca de piel gastada. Le pegó un trago que debió dejarla seca y se limpió con la manga de la camisa las últimas gotas que habían quedado sobre sus labios. Inspiró y clavó sus pupilas sobre mí.

—No deberías haber ido a verla —tenía los ojos vidriosos—. Fuimos amantes, bueno, estuvimos casados. La quería y la quiero. Tuvimos a Ismael y al poco tiempo descubrí que sexualmente mis apetencias eran otras. Se portó muy bien y le estoy agradecido, aún me duele cuando la veo. ¿Te imaginas lo que es querer a alguien y no sentir ningún deseo sexual por ella? El caso es que así hemos venido manteniendo una relación de amistad, por nosotros y por nuestro hijo. Ismael se independizó en primero de carrera. Hace no mucho Felisa me pidió el favor por boca del chaval para que aceptara auditar las cuentas del partido. Creo que está encoñado con esa periodista del FI, aunque después de lo que he visto, creo que ese chico está encoñado con todo lo que ve. ¡La madre que le parió! ¡A quién habrá salido!

—¿Por qué no me alertaste de que era tu hijo? Tú sabías que estaba por mandato de FI, lo sabías tú y lo sabía Felisa. Ese partido ha utilizado a Ismael y vosotros me habéis utilizado a mí. ¿Por qué no contarme la verdad? No tenías ninguna necesidad de ocultármelo. ¿O sí?

Se produjo un silencio bastante incómodo. Poco más había que decir. Aun así, quise lanzar un dardo:

—¿Sigues queriendo que el informe de auditoría en el que estoy trabajando se emita limpio? Porque me parece que mierda hay bastante.

—Ten cuidado Yaiza, esa gente puede ser peligrosa y no quiero problemas con ellos. Haz tu trabajo.

Capítulo 3. Tercer día

Esa mañana podría haber sido una mañana normal, de esas que empiezan con un café aromático, solo, sin azúcar y que terminan con pocas cosas relevantes que recordar. Pero hasta los días en los que ocurren sucesos extraordinarios, comienzan con una mañana normal. El sol atraviesa el horizonte de la misma manera todos los amaneceres, independientemente de que se vaya a tratar de una jornada anodina o de una en la que la ruleta rusa de la vida te quiera jugar una mala pasada y el tambor de revólver esconda una sorpresa con tu nombre escrito en ella.

Entré en la oficina con las ideas más claras con las que salí el día anterior después de la conversación que tuve con mi jefe, Blas. Me habían manipulado y tomado por tonta, probablemente con razón, y eso no me gustaba. Iba a concluir el trabajo que me habían encargado y lo iba a hacer a mi manera. Pretendía poner el ventilador y airear toda la porquería que encontrase. A la mierda Leo&Blas y el trabajo. Encontraría otro igual o mejor. Yo no tenía que aguantar eso, no me hacía falta y no iba a consentir que esos ultraderechistas se salieran con la suya. Ya habían mandado durante muchos años en España y la generación a la que pertenecía se merecía algo más.

Así se lo había hecho saber a la periodista del FI, esa a la que había llamado zorra, a través de un mensaje antes de acostarme la noche anterior. El SMS no dejaba lugar a dudas, me habían engañado y su perrito se podía volver con ella ladrando y con el rabito entre las piernas, que yo haría mi trabajo como Dios manda y mi dios para eso tiene muy malas pulgas. Esa era la intención que traía mientras caminaba hacia mi despacho y eso es lo que iba a hacer nada más llegar. Dejar patente la verdad en mi informe sin esconder nada.

Estaba ante la puerta, de madera blanca con un cristal traslúcido que apenas dejaba ver nada del interior, con la mano en el pomo y lo escuché. Era un ruido conocido por mí que no conseguía identificar. Podía ser de una depiladora, pero no tenía sentido. Podía ser también Ismael, que se había adelantado con la conciencia carcomida y trataba de sorprenderme con un café matutino. ¿Y el ruido? Una afeitadora. Eso debía ser, Ismael con un café en una mano y su afeitadora en la otra. Sí, sé que no tuvo mucho sentido ese pensamiento, pero no se me ocurrió otro a esas horas tan tempranas. Además, el sonido me era tan familiar. ¿Dónde había yo escuchado un sonido igual?

Giré la puerta y no vi a mi ayudante sentado afeitándose, el sillón estaba vacío. Recorrí con mis ojos toda la estancia y cuando bajé la vista lo que contemplé me hizo caer al suelo sin remedio.

La escena era dantesca. No había desorden alguno, todo estaba igual que yo lo dejé la noche anterior antes de abandonar mi despacho. Todo igual, excepto una cosa: Ismael yacía desnudo en el suelo, boca abajo, sobre un charco de sangre. De su ano sobresalía un consolador de gran tamaño que no paraba de vibrar. En ese momento, entendí por qué el sonido me era tan familiar: o mucho me equivocaba, o ese consolador era mío.

Se trataba de un utensilio de considerables dimensiones que tuve el capricho de adquirir y regalarme en uno de mis viajes por el norte de Europa. Sí, ese artefacto me pertenecía y ahora estaba en el sitio equivocado, pero ¿cómo había llegado hasta allí?

Esa es la pregunta que de forma insistente me estaba haciendo el policía gordo que no paraba de carraspear entre pregunta y pregunta, media hora después de haberles llamado. Luis Bárcenas me dijo que se llamaba, a la vez que exhibía su placa y un carné con el emblema del Cuerpo Superior de Policía.

—No lo sé, inspector, el dildo es mío, lo compré hace un año y lo reconocería de entre un millón de ellos —no sé por qué lo confesé. Los nervios quizá, porque de habérmelo callado probablemente el interrogatorio hubiese durado menos.

—¿Y cómo está tan segura de que es suyo?

—Son muchas las noches que me ha acompañado y ha sido mi fiel e incansable compañero, ya ve, esas cosas unen —el inspector no pareció ruborizarse con mi comentario deliberado—. Pero le juro que yo no se lo metí a Ismael. A mi ayudante lo despaché la tarde de ayer después de que repasáramos un asunto que tenemos entre manos —obvié, por supuesto, lo que estábamos haciendo en el momento en que Blas y Leo nos sorprendieron.

—¿Lo despachó dice usted? —me increpó.

—No, quiero decir, sí. A ver, lo despaché quiere decir que le dije que se podía ir y que el trabajo seguiría al día siguiente —traté de salir del embrollo en el que mi desafortunada palabra me había metido.

—Hábleme de ese asunto que se traen entre manos y al que se acaba de referir — me azuzó el inspector.

—Poco hay que decir, un vulgar asunto de auditoría de cuentas de una empresa que por razones lógicas no le mencionaré. Si alguien lo hará, ese

será mi jefe, pero no yo. Ya sabe, el secreto profesional y esas cosas.

—¿Sospecha que pueda haber relación entre la empresa que estaban auditando y la muerte de su ayudante? —no paraba el policía de preguntarme.

—No lo creo, pero yo que sé. No soy más que una economista recién contratada.

—Señorita, a su ayudante le han degollado con un arma blanca, en su despacho. ¿Seguro que nada tiene que decirme? —insistía el inspector.

No podía apartar la imagen de Ismael, en el suelo sobre un charco de roja sangre, del mismo color que mi consolador. No encontraba sentido a lo que había sucedido, me costaba pensar.

—Nada, lo siento inspector —contesté con mi mejor cara de inocente.

Desde donde me encontraba, en el *hall* de la oficina, podía escuchar los lamentos de Blas, que también estaba siendo interrogado. Había llegado a los pocos minutos que yo, antes de que llegara la policía a la que yo ya había llamado. Nunca podré olvidar su cara de desesperación cuando después de contarle lo que había sucedido entró en el despacho y vio a su hijo. Unas horas antes le había sorprendido postrado ante mí dándome placer y ahora yacía degollado en el mismo sitio.

—¿Y cómo llegó ese, ummm, siniestro artefacto rojo, hasta aquí? —continuaba repetitivo hasta la saciedad el detective. Poco me faltó para mencionar algún chiste sobre las pocas luces que la naturaleza le había concedido, pero me contuve. No deseaba dar con mis huesos en un calabozo, ya que motivos para que fuera así, había acumulado alguno. Preferí no añadir uno más.

—No lo sé, se lo juro.

—¿Anoche notó algo extraño en su casa? Lo pregunto por si alguien hubiera entrado en ella para robarle el, ummm, objeto —seguía el inspector despedazándome.

—No lo noté, lo que sí le puedo decir es que yo ayer no lo eché en falta. No tenía el chichi para farolillos y como no sirve para dar conversación, lo dejé en su lugar, en una bolsa con más amiguitos.

—Eso lo comprobaremos. En este momento hay agentes registrando su vivienda. Por supuesto con la consiguiente orden judicial. Les pediré a mis colegas que busquen y encuentren a sus amiguitos.

Así estuvimos media hora más, preguntándome cosas estúpidas hasta que, aburrido, me despachó recordándome que tenía que estar a su disposición como principal testigo de un presunto caso de homicidio. Esa

disposición incluía presentarme al día siguiente en la comisaría de la dirección que el inspector me facilitó junto a su tarjeta. Me había librado del calabozo. De momento.

Traté de asomarme al despacho de Blas, pero un policía uniformado me impidió el paso. Tan solo pude atisbar, por entre la rendija de la puerta, el descompuesto rostro de mi jefe. Me dispuse a abandonar la oficina justo en el momento en que dos funcionarios entraban con una camilla para retirar el cadáver del que fue mi ayudante, Ismael Lorenzo. Un buen chico después de todo. No pude evitar llorar.

Necesitaba pensar y no encontré mejor lugar que una cafetería que contaba con mullidos sillones de color rojo. Odiaba el rojo, por lo menos a partir de esa mañana. Aun así, me senté y solicité un café con un pincho de tortilla. Esperaba que mi estómago soportase la presión que suponía ingerir algo sólido en ese momento. Afortunadamente, sobre el plato que el obsequioso camarero me había ofrecido, reposaba la cuarta parte de una tortilla con el huevo poco cuajado. No todo iba a ser un desastre.

Con el segundo bocado al pincho sonó mi teléfono móvil. Número desconocido, así que no apreté el botón verde. Con el tercer bocado el móvil sonó de nuevo. Esta vez sí apreté al botón verde.

—¿Qué tal está la tortilla? Poco hecha para mi gusto —me dijo la voz masculina.

Un instinto que hasta ese momento desconocía poseer, me hizo girar la cabeza en busca del gilipollas que me estaba espiando. No podía ser otro. A cuatro bancos de mí, un individuo con un sombrero negro y una gabardina sucia tenía un teléfono pegado a la oreja y me miraba.

—¿Me permite sentarme a su lado? —me dijo la voz masculina.

No mediría el metro setenta y lucía, o, mejor dicho, deslucía en su horrenda cara un aún más horrendo bigote. Medí mis posibilidades y llegué a la conclusión de que partirle la cara me costaría poco esfuerzo. Se sentó y me entregó una tarjeta que no cogí pero que leí, puesto que la depositó sobre la mesa.

—Jaime Colombo, detective. No me importa decirle que trabajo a las órdenes del grupo político al que usted audita sus cuentas. En otras circunstancias no lo hubiera dicho, pero ahora sí —se presentó con una voz aflautada que, si no fuera por el mal trago que recientemente había pasado, hubiera provocado en mí una incontenible hilaridad. Con esa pinta y con ese timbre de voz, ¿no podría haber elegido ese hombre otra profesión?

—Un nombre muy discreto para un detective privado, valiente mamarracho —quise dejar claro la opinión que de ese adefesio tenía—. ¿Así que fue usted el autor del mensajito de ayer por la tarde?

—Venga, señorita, sea comedida, le conviene. Probablemente en el consolador de Ismael no haya más huellas que las tuyas. Un paso en falso y está acabada —me aclaró con un tono aún más melifluido—. Una mujer en su situación debería agarrarse al primer salvavidas que se le arrojase y yo casualmente tengo uno.

Me incorporé apoyando las manos sobre la mesa y acercándome a su cara le espeté:

—Mira, Cantinflas, no me toques los ovarios o te doy un sopapo que vas caliente para casa. Dime ahora mismo cómo sabes lo del consolador, porque eso solo lo sabemos la policía y yo. Y el asesino —sentencié.

—No corras, yo no le maté. Me pagó Filomeno Merlo, el cual lógicamente es mi cliente, para seguirte y enterarme de lo que Ismael no se enterase. Conocer lo del consolador solo ha sido cuestión de un pequeño pellizco a uno de los policías que se bajó a hablar por teléfono. Se llevó dos propinas de un golpe, una por llamar a la prensa que, a buen seguro, le pagará bien por la noticia y otra la que yo le di. ¡Ah, España! País de pícaros —me confesó el supuesto detective.

—¿No eres español? —le pregunté.

—Portugués, pero llevo muchos años en España —me aclaró—. Mi cliente desea verla, señorita. Por favor, acompáñeme.

Por entre los cristales de la cafetería vi pasar a Felisa caminando velozmente hasta la oficina de Leo&Blas. No pude contener mis lágrimas y rompí de nuevo en un llanto que tardaría en poder contener.

—Vamos, te acompaño. Pero como me metas en un lío vas a conocer a la hija de mi madre y te aseguro que no te gustará —después de reponerme y conseguir espantar el hipo que me impedía respirar con normalidad, acepté el ofrecimiento sin meditarlo lo suficiente.

Esperaba no arrepentirme de esa decisión.

Capítulo 4

La sede de Fuerza Igualitaria estaba en el corazón del Madrid de los Austria, muy cerca de la Plaza de Oriente, lugar donde su idolatrado dictador tantos gloriosos discursos pronunció. La entrada era discreta y cuando bajé del taxi junto al detective de pacotilla al que acababa de conocer, ya me estaba arrepintiendo de la decisión tomada. Sobre el portal estaba atornillada una placa de tamaño reducido en la que se leía el nombre del partido político a cuya sede me dirigía: Fuerza Igualitaria.

Una vez atravesada la puerta de la primera planta, observé que todo el espacio visible constituía una oficina de dimensiones menores de las que esperaba. Eso ya me daba una idea de la importancia del partido al que iba a auditar sus cuentas. Una señorita muy joven, uniformada de azul, nos acompañó a otra puerta con el rótulo de «Secretario de Organización». Sin llamar, la abrió y de pronto me vi ante un sujeto de unos treinta años, moreno y con el pelo engominado y peinado hacia atrás. Su cara redonda resultaba cómica y ayudaban a esa esperpéntica imagen dos prominentes orejas que bien podrían ser el sueño de cualquier caricaturista. Este se levantó galantemente y aunque yo le ofrecí mi mano a modo de saludo, me estampó sendos besos en mi cara cargados de un afecto que no procedía. Me limpié las babas con la palma de la mano.

—Siéntese, señorita, por favor. Tú también, Jaime —indicó nuestro anfitrión—. Soy Filomeno Merlo, me conocerá, supongo.

—Pues le mentiría si le digo que sí. Ahora déjese de cortesías y dígame qué coño hago yo aquí y lo más importante, dígame por qué ha puesto a este anormal tras mis pasos —respondí mirando al hombre de la gabardina salpicada de manchurroneos que me había llevado hasta allí.

—Por partes, princesa —trató de corregirme.

Al escuchar el calificativo, un calor inundó mi cuello y siguió ascendiendo imparable. Le interrumpí de la manera más agria que en ese momento pude sacar de mi interior.

—¡Princesa será tu puta madre! Yo soy Yaiza Cabrera y por mis venas no corre sangre azul, ¿entiendes lo que quiero decir? Así que a partir de ahora dejas los comentarios misóginos para otras mujeres a las que les guste y a mí me llamas por mi nombre —apostillé encarándome a él.

Se produjo un silencio cortante en el despacho hasta que fue roto con la estruendosa carcajada del secretario de organización.

—Vale, perdona. Ha sido una expresión desafortunada pero carente de intención —apuntó. Yo estaba hasta el gorro de chulos que no dudaban en hacer uso de expresiones de ese tipo para ensalzar su figura de machito ante una mujer. ¡Rancio machismo español! Qué náuseas me producía.

La puerta se abrió, entró la misma joven que nos había acompañado hasta el despacho contoneando su trasero con esmero para deleite de su jefe y del baboso del detective que se sentaba a mi lado, el cual no mostró disimulo alguno en la contemplación de lo que se le mostraba:

—Filo, me dice José Antonio que estará aquí en menos de quince minutos —le comunicó a Filomeno con dulzura y exquisitez. Me repugnaba esa actitud tan servil.

Despachó con un prepotente gesto de mano a su secretaria y se dirigió hacia mí de nuevo.

—Conocerás al secretario general, hoy es tu día de suerte —bromeó, o eso preferí pensar, porque no veía a mi suerte por ningún sitio—. Voy a tratar de explicarte cómo hemos llegado hasta aquí. Somos un partido que persigue el orden en España, un orden que no debimos nunca perder, pero eso supongo que ahora no viene al caso. Lo importante es que estamos obligados a presentar unas cuentas auditadas que nos permitan optar a las subvenciones europeas y nacionales que nos correspondan. Por un lado, como partido político y por otro como actividad dedicada a la formación de empresas y trabajadores. No hay enriquecimiento ilícito, ni personal, ni para el partido, como ya habrás podido comprobar a través de nuestras cuentas.

Se me quedó mirando esperando una respuesta que por mi parte no llegó. Preferí no decirle lo que sospechaba. Así que siguió:

—Una amistad nuestra que no le voy a revelar nos recomendó acudir a una firma de auditoría que se llama Transparencia y Contabilidad y creo que esta, a su vez, les subcontrató a ustedes. ¿Voy bien?

Seguí omitiendo respuesta alguna.

—Aunque usted ya lo sabe, se lo confirmaré —continuó Filomeno—. Ismael era un topo. Bueno, eso es decir mucho. Simplemente era una persona afín a nosotros y muy conocido por una colaboradora nuestra, así que decidimos que estuviera presente en todo el proceso de auditoría. No dudamos de su profesionalidad, por supuesto, Yaiza, no quiero que interprete mal mis palabras. Simplemente queríamos garantizar que su actitud era la adecuada ante este tipo de cuestiones. Ya sabe que este es un mundo delicado y que a menudo es el punto de mira de periodistas sin escrúpulos.

Habían decidido que Ismael estuviera presente en el proceso de auditoría sin contar conmigo. Estaba a punto de encresparme de nuevo al igual que cuando ese estúpido se había dirigido a mí con el apelativo de princesita. Traté de sosegarme.

—Muy amigo de Belén Esteban, la periodista. Tan amigo que se le tiraba. Eso ya lo sé —quise objetar para dejar claro que no estaban tratando con una pardilla.

—Sí, está bien informada, se trata de Belén. La cual, por cierto, lleva toda la mañana sin dar señales de vida —advirtió mirando a Jaime, el cual sacó su libreta y anotó muy profesionalmente la sugerencia recibida—. Creemos señorita, que nos están torpedeando desde un grupo que se llama Movimiento contra la Intolerancia. Un tal Petros K. está al mando de una banda de izquierdistas que montan quedadas día sí, día también, en la puerta de nuestra sede. Creo que algo tienen que ver con los sucesos de hoy, pero lógicamente no lo podemos probar. Hemos tenido pintadas, nos han tirado piedras, a mi mujer la han agredido en dos ocasiones. Ya ve, los progresistas, lobos con piel de cordero. Por eso no es de extrañar que hayan dado un paso más en su escalada violenta y hayan llegado hasta el asesinato.

De todo lo que acababa de escuchar, lo que más ocupaba mis pensamientos era la desaparición de Belén. Una palabra de agolpaba en mis sienes. ¡Despecho! Después de mi conversación con ella no descartaba que se hubiera convertido en una mujer sentimentalmente herida capaz de cualquier cosa.

Sonó mi móvil, mi madre otra vez. No atendí la llamada.

—Estamos pendientes de un contrato muy importante que nos permitiría canalizar, a través de nuestra empresa de formación, todas las ayudas que por este concepto entren en España desde la UE. Hablo de muchos millones y creo que alguien está muy interesado en desprestigiarnos para que no sea FI el adjudicatario de esa gestión. Tenemos muchos amigos y muchos enemigos. Por eso Jaime está en nuestra nómina.

El fante que simulaba ser un detective hizo un gesto parecido a una reverencia ante lo que él consideró un cumplido.

—Creo, según me ha dicho, que la muerte de Ismael ha sido bastante macabra y que el asesino le tomó prestado algo a usted— continuó Filomeno—. Señorita, necesitamos el informe de auditoría. Con lo que ha sucedido no podemos acudir ahora a otra firma para que audite. Creo que debe hablar con sus jefes y continuar el trabajo. Lo necesitamos.

—Ahora voy a ser yo la que recapitule —aclaré—. Primero me endosan un trabajo colocándome a un muñeco para que me espíe. Quieren un informe limpio, pero yo hasta ahora, lo que he visto, son ingresos desmesurados y salidas de caja sin justificar. Nada que me guste, como puede imaginarse. Y ahora me dice usted que quiere una opinión favorable como auditora, sin salvedades, porque optan a un concurso multimillonario. ¿Sabe que le digo? ¡Váyase a cagar!

Filomeno se levantó sin evidenciar que mi desafortunada expresión le hubiese incomodado, abrió un cajón y de él extrajo un sobre que tiró sobre la mesa, a mi lado, como quien lanza un hueso a un chuchito hambriento.

—Son cien mil, tendrá dos veces más cuando haya acabado el trabajo. Hable con Blas y dígame que continúa con la auditoría —me solicitó con tono autoritario, aunque a mí se me antojó una súplica.

Debo decir en mi favor que la decisión me costó varios minutos, o por lo menos dos, pero he de confesar, sin sentirme orgullosa de ello, que tomé el sobre, lo guardé dentro de mi bolso y me dispuse a levantarme. En ese momento entró un individuo enorme, con traje azul y corbata, irrumpiendo de forma ruidosa en la estancia en la que estábamos. Caminaba como un elefante acostumbrado a pisar su propio suelo y miraba como miran los que se creen dueños de todo lo que alcanzan a ver a su alrededor.

—Filo, perdona, me he retrasado. Otra vez están abajo esos capullos de izquierdas. La madre que los parió, un día cojo la escopeta y no dejó ni a uno. A lo que hemos llegado. Usted debe ser Yaiza, ¿no? —me preguntó a la vez que me estrechaba la mano con más energía de la que se debe emplear cuando se da la mano a una mujer. Aguanté las sacudidas de ese mamut que reconocí del vídeo que había visto de su discurso.

—Sí, pero ya me iba —no me apetecía estar ni un minuto más en ese despacho con semejante fauna.

—Colaborará con nosotros, jefe —aclaró el secretario de organización, lo que provocó una descomunal risa en el recién llegado.

—Gracias, Yaiza, no se arrepentirá. Sabemos ser generosos con nuestros colaboradores —anunció el gerifalte.

—Eso no lo sé —añadí—. Lo que sí sé es que no siempre protegen bien a sus asalariados. Hoy hemos asistido a un desgraciado ejemplo de lo que le digo.

Me marché sin esperar respuesta.

Según bajaba por el portal volvió a sonar mi móvil. Supuse que era de

nuevo la pesada de mi madre, pero no, era un número desconocido para mí. Apreté al botón verde.

—¿Yaiza Cabrera? Soy el inspector Bárcenas, estuvimos hablando esta misma mañana. Necesito que se presente en comisaría.

—Creo haberle contestado a todo lo que usted me preguntó —me defendí sin saber muy bien de qué.

—¿Está en su casa? Bueno, ya sé que no. Su casa acaba de ser registrada y allí no hay nadie. Por eso aún no sabe que en su cocina tiene un portacuchillos, de esos de madera basta, sin tratar, en el que hay hueco para cuatro, pero solo hay tres allí. El cuarto, que coincide que es el más grande, está en el baño de la que era su oficina en Leo&Blas manchado de sangre. Es la sangre de su ayudante. Lo mejor es que venga inmediatamente señorita Cabrera. O mejor, dígame dónde está y un coche pasará a buscarla y así se ahorrará el coste del taxi.

Me senté en la escalera del rellano del portal. No daba crédito a lo que me estaba ocurriendo. Habían matado a mi ayudante con un cuchillo de mi cocina y habían adornado la escena con un dildo mío. ¿Quién coño me estaba queriendo joder? Porque quien fuera no lo estaba haciendo mal del todo.

Apagué el teléfono sin dar respuesta al inspector y salí de forma apresurada. O por lo menos, eso intenté. Una muchedumbre de unas cien personas se agolpaba en el portal, con banderas republicanas y profiriendo gritos contra el partido para el que yo trabajaba. El mismo partido que hacía unos minutos me acababa de sobornar.

Me abrí paso como pude hasta que una mujer de más de cincuenta años, con melena larga sin teñir y llena de canas, vestida con un blusón muy hippy me abordó.

—Soy Malena, tú eres Yaiza Cabrera, ¿verdad? —me preguntó.

—¿Y qué leches quieres de mí? —no entendía nada de lo que me estaba sucediendo esa mañana. Me costaba digerir la sucesión de los hechos acaecidos desde que me había levantado y cuya cadencia se aceleraba según avanzaba el día.

Era difícil hacerse entender entre los gritos del gentío.

—Tenemos que hablar, pero ahora no. Toma —me dio un papelito con un número de teléfono y el nombre de Malena al lado. Acto seguido activó el interruptor del megáfono a pilas que portaba en una mano y continuó arengando a los manifestantes con su alocución anticapitalista.

Me lo guardé y salí corriendo tratando de huir del grupo de activistas,

del propio partido que me acababa de contratar para seguir sus dictados y de mi propia vida. Sentía que tenía que correr, pero no sabía en qué dirección hacerlo. ¿Qué estaba pasando? Mi brújula giraba y giraba sin parar buscando un norte que probablemente había dejado de existir. ¿Debía acudir a la comisaría de policía tal cual me había solicitado el inspector Luis Bárcenas? No. La respuesta a la segunda pregunta debía ser no. No me entregaría. Y recordando una película que recientemente había visto donde un sospechoso fue encontrado después de haber sido rastreada la estela que la señal de su teléfono móvil dejaba, lo apagué y lo tiré en un contenedor de basura dándole antes un besito de despedida. Doscientos euros a la basura probablemente por una paranoia. No estaba segura de que esas cosas pasasen fuera del ámbito de las películas, y mucho menos en España, pero no quería correr riesgos.

No podía ir a casa, no podía acudir a la oficina, no tenía teléfono, mi situación era desastrosa. Hacía pocas horas había amanecido una mañana prometedora en la que un sol brillante me había empujado a tomar la decisión de destapar aquello que, junto a Ismael, la tarde anterior, habíamos descubierto en las cuentas de FI, aún a riesgo de perder mi empleo. Y ahora, lejos de haber destapado nada, estaba a punto de ser detenida por sospechosa de asesinato y además por falta de colaboración con la policía. ¿Qué más me podía suceder?

Recordaba haber escaneado parte de la documentación que estaba auditando y la había subido a una cuenta que tenía en la nube. Si quería eludir el calabozo no me quedaba otra cosa que hacer que investigar por mi cuenta. Además, la adrenalina que recorría por mis venas así me lo pedía.

Tenía dos líneas de investigación posibles. Alguien quería que las cuentas de FI no fueran auditadas, probablemente para que no optaran al concurso que les permitiera ganar la gestión de los fondos europeos para la formación, pero ¿quién? Y tenía otra línea. Belén Esteban, la amante de Ismael, no había dado señales de vida esa mañana. De hecho, la forma en la que murió mi ayudante y la escena preparada por el asesino, o asesina, bien podría corresponder a un crimen pasional.

Iba a investigar, la hija de mi madre no se dejaría atrapar así como así. Y hablando de mi madre, le debía una llamada y ahora estaba sin teléfono móvil. ¡Qué desastre de día!

Afortunadamente, en mi ayuda acudió un locutorio que, además de cambiar divisa sin comisión, de ofrecer telefonía, vender bocadillos de salchichón y fundas para móviles, también tenía ordenadores que eran de uso

público. Por supuesto previo pago de cuatro euros la hora.

Tomé asiento y abrí mi correo electrónico. Nada reseñable excepto un email de Carlota Vilches, mi madre. Se casaba en el mismo lugar en el que vivía, La Laguna en la isla de Tenerife. Había conocido a un policía jubilado de nombre Reinaldo y resulta que era el amor de su vida. Se casaba sí, pero lo que más me emocionó es que lo pretendía hacer el próximo sábado. O sea, en dos días. Evidentemente, había encontrado la respuesta a la pregunta que me había hecho hacía pocos minutos ¿Qué más me podía pasar?

Mi madre se casaba a casi tres mil kilómetros de distancia, en dos días y con un policía jubilado. No cabía en mí de gozo, otro problema que se sumaba a la larga lista con la que el fascinante día me estaba obsequiando. Le contesté el correo con un escueto: «Cuenta conmigo». No sé cómo iba a hacerlo, pero lo haría. Era mi madre y tenía que ir a su boda.

Entré en el servidor donde había subido los archivos escaneados de FI y dediqué a su repaso la media hora que me faltaba por consumir del crédito adquirido. No vi nada que no hubiera visto ya, esas cuentas no superarían el dictamen de un auditor medianamente serio. Supongo que ese era el motivo de que me hubieran asignado a mí el trabajo. Además, no conseguía concentrarme. Cualquier movimiento a mi espalda, cualquier reflejo en la pantalla del ordenador, desviaba mi atención temiendo que se tratase de sendos fornidos policías que esposada me enviaran de cabeza a las dependencias policiales.

Apagué el ordenador y antes de salir vi que entre el elenco de cachivaches que la tienda vendía, se encontraban teléfonos móviles de diseño arcaico sin necesidad de darse de alta. Funcionaban con una tarjeta prepago. Compré uno y como nombre di Susana Smith. La señorita que atendía el negocio pidió que avalase mi ocurrencia con mi carné de identidad. Saqué un billete de cincuenta euros sobre la mesa y lo dejé a su alcance:

—Se me ha olvidado, cariño, ¿y si te lo traigo más tarde?

La mujer cogió el billete, me sonrió y yo abandoné el local con mi nuevo teléfono dispuesto para ser utilizado.

La primera llamada fue a Belén Esteban. Ya sabía el resultado, nadie atendió el teléfono. Definitivamente ese era un fleco del que convenía tirar.

La segunda llamada fue para Blas. Esta sí fue atendida:

—Jefe, te acompaño en el sentimiento. Lo siento mucho poco más podía decir.

—Yaiza, no alcanzo a entender el motivo de lo que ha pasado —dijo

entre sollozos—. Debes tener cuidado, quien haya hecho esto lo puede repetir.

—Blas, me ha dicho el policía que me interrogó que un cuchillo mío ha sido encontrado en la oficina. Quiero que sepas que yo no he tenido nada que ver —me vi en la necesidad de explicarle.

—Eso ya lo sé, estoy seguro de que tú no has tenido nada que ver Yaiza. Creo que Ismael se había metido dónde no debía. Y yo no supe conducirlo. Ten cuidado, hija, es gente peligrosa.

—Lo tendré. Voy a investigar lo que ha ocurrido, alguien me quiere implicar. He aceptado el encargo de FI de continuar auditando, quiero que sepas que es solo una excusa para ganar tiempo y disponer de acceso a la información que pueda necesitar. Me ha parecido oportuno no cerrarles la puerta para tener las manos libres.

Ya había colgado. No sé si antes o después de la última frase mía. En algo llevaba razón Blas, se trataba de gente peligrosa. Pero ¿a quién se estaba refiriendo? ¿Algo sospechaba Blas?

Traté de sosegarme y pensar con claridad. Me resultaba difícil, así que opté por una máxima que había escuchado en algún lugar. Cuando no sepas por dónde empezar, cualquier lugar es bueno para hacerlo, pero no te quedes quieta. Decidí visitar la empresa que se dedicaba a impartir los cursos de formación y que pertenecía a FI, mis clientes. Afortunadamente, estaba a apenas quince minutos andando. Un paseo que podría venirme bien para encontrar el sosiego que necesitaba.

Desde que había salido del café, tienda o lo que quisiera que fuese ese antro donde había adquirido mi teléfono móvil, tenía la sensación de que alguien me estaba siguiendo. Creo que a eso se le llama paranoia. Volví la cabeza, nadie había tras mis pasos, pero la sensación continuaba.

El logo era el mismo que el de FI, solo que debajo del rótulo figuraba escrito «Escuela de Formación». Entré, nadie me lo impidió y accedí a un corredor en el que en un extremo había una mesa de recepción vacía. El pasillo contaba con unas diez salas protegidas con puertas de cristal insonorizando su interior. Me asomé a la primera y no pude continuar. Se trataba de un aula con una decena de alumnos sentados en mesas dispuestas en forma de herradura. En el centro estaba el que debía ser el profesor e impartía sus enseñanzas con bastante soltura y de manera expresiva. Era alto, moreno, de cara angulosa con un punto de canalla, enormes bíceps y un culo que Miguel Ángel no hubiera sido capaz de diseñar mejor. Gesticulaba

graciosamente como forma de apoyo a lo que les estuviera enseñando al reducido grupo de alumnos. Tres de ellos eran mujeres y le miraban con unos ojos muy parecidos a los que debía de tener yo en ese momento. Uno de los alumnos, macho también, le miraba de la misma manera. Ese profesor me parecía un tío con mayúsculas, así que decidí recrear mi vista unos minutos más.

En uno de sus giros me vio y detuvo su mirada sorprendido, caminó hacia la puerta y dirigiéndose a mí con una voz perfectamente timbrada, varonil y firme, me preguntó:

—¿Le puedo ayudar en algo? Soy Melitón —me regaló el oído con sus palabras. La verdad que el nombre no acompañaba a ese cuerpo, pero eso era lo de menos.

—No, pasaba por aquí y... —fue la única estupidez que alcancé a responder. Todo mi desparpajo se había escurrido por la cloaca.

Él rio, acostumbrado como debía estar a que sus interlocutoras se bloqueasen, y me ofreció asiento como forma de pasar el rato hasta que yo recordase a qué había venido a ese lugar. Muy a mi pesar decliné la invitación, me despedí de él y continué mi viaje por el corredor. El resto de salas estaban vacías hasta llegar a la última donde pude leer el rótulo: «Dirección». Allí entré.

Una joven de mi edad me preguntó por mis intenciones. Se presentó como Carla Moro y tenía un acento marcadamente italiano. Tenía la opción de mentir y con algún subterfugio tratar de hablar con quien mandase allí, pero opté por la verdad, eso sí, a mi manera.

—Soy Yaiza, trabajo para FI auditando las cuentas anuales y como en ellas no he visto más que gusanos, quiero que alguien me lo aclare —así es Yaiza, la hija de mi madre, una mujer decidida, aunque a veces descerebrada.

La joven ni se inmutó ante mi seguramente inesperado comentario, se levantó, se alisó la falda azul que llevaba con bastante gracejo y se dirigió a una de las dos puertas que había tras ella. Vi que según caminaba pisaba las baldosas de la oficina con la firmeza del que se cree autosuficiente. Se debía de tratar de una joven con carácter. En pocos segundos salió un cuarentón con aire chulesco y junto a Carla entraron en la otra puerta que debía dar al despacho del mandamás de aquel imperio. Poco antes de dos minutos salió Carla y me ofreció:

—Puede pasar, el señor Marcuse la recibirá.

—Gracias mona, has sido muy eficiente —ironicé y me vengué de su

guapura, que a todas luces superaba a la mía.

No es que tuviera una dilatada experiencia laboral que me hubiera permitido conocer los grandes despachos de los grandes directivos de las grandes empresas. Pero sí puedo asegurar que ese era el más ostentoso y colosal que había visto. No bajaba de los cien metros cuadrados y no le faltaba detalle alguno. Mesa de reuniones con sillones de cuero, barra de bar en una esquina, conjunto de sofás, televisión y una gran mesa de color roble con sillón de cuero, sobre el cual reposaba el trasero de un caballero entrado en años de sienes grises y cara de mala leche.

—Pase, señorita Cabrera —ya sabía mi nombre—. Soy Stephan Marcuse y dirijo este negocio.

Y con ese despacho tan ostentoso, el mundo debería dirigir. Me senté frente a él y frente al otro hombre que me había precedido en la entrada a esa estancia. Como leyéndome el pensamiento, el cuarentón me ofreció la mano:

—Lionel, para servirle —allí todos tenían el mismo condenado acento italiano.

—¿Le importaría explicarnos eso de los gusanos? —empezó el hombre que se había presentado como el mandamás.

Jugaría fuerte, lo acababa de decidir. Además, tampoco hubiera sabido hacerlo de otra forma.

—Pues verá, señor Marcuse. No me ha dado tiempo a completar el trabajo porque han asesinado a Ismael, un lacayo al servicio de FI que me habían colocado para que mi tiro no se desviara. Por cierto, quien lo ha matado ha dejado en la macabra escena del crimen algún objeto de mi propiedad, supongo que para incriminarme. Pues bien, las cuentas de FI demuestran que hay mucha inmundicia, casi toda relacionada con la labor que ustedes realizan. Para eso estoy aquí, si tengo que finalizar el trabajo, quiero saber el alcance de lo que firmo —me despaché.

—Veamos, Yaiza —terció Lionel—. Hasta donde yo sé, la basura de la que habla se llama con el mismo nombre que un sobre de cien mil euros y cuatro veces más al acabar su trabajo. ¿Me equivoco?

—¡Serán capullos! ¿Cuatro veces más le han dicho? Me ofrecieron dos. Son malos hasta para mentir— me salió de forma espontánea.

Por la cara que pusieron mis dos nuevos amigos, mi noticia no había caído en saco roto. Desde FI les habían dicho que mi soborno era mayor de lo que realmente era, supuse que para embolsarse la diferencia. Deduje que, si Filomeno les había engañado, estaba equivocada con el equilibrio de poder.

Me encontraba ante los dos verdaderos gerifaltes de FI. No eran Filomeno y José Antonio Mendizábal, eran esos dos «italiani». ¡A por ellos! Me dije.

—Lo que he podido comprobar es que a través de la formación entra mucho dinero, y sale mucho dinero sin justificar. Parece que hay negocio y, según me han dicho, puede haber mucho más en breve. No se preocupen, con lo que me han ofrecido me vale, no quiero problemas y no vengo a pedir más. Ahora díganme, ¿por qué han matado a Ismael?

—¡Vamos, Yaiza! —Berreó Stephan—, no sea ingenua. Si, como usted acaba de decir, el muchacho estaba a nuestro servicio, ¿para qué matarlo?

—Supongo que porque la noche anterior había descubierto algo en sus cuentas que le puso en alerta. Algo me dijo, pero no supe ver el alcance o él no me mostró todo lo que había encontrado. Así que ustedes se enteraron, supongo que les llamaría para chantajearles y le eliminaron. Y de paso trataron de cargarme a mí el mochuelo. ¿Voy bien?

Ambos rieron.

—No sé cómo será auditando, pero haciendo conjeturas es un auténtico desastre. Déjelo, no se meta en líos. No sabe quiénes somos, pero como no parece tonta ya intuye que como enemigos no nos debería tener. Firme el informe de auditoría, nosotros continuamos con nuestra labor y usted se compra algo bonito en la tienda con esos cien mil euros. ¿Estamos de acuerdo?

Me miré, no es que después de toda la mañana con la misma ropa estuviese exultante, pero mi buzo de estampado con un escote más que generoso y mis zapatos azules de medio tacón tampoco es que desmereciese el conjunto. No sabía si el invitarme a comprarme algo bonito era una indirecta sobre mi actual vestuario o era simplemente una frase retórica, el caso es que no me gustó. Me levanté pausadamente.

—Ahora ya sé con quién trato, miraré hacia atrás con cada paso que dé. Adiós. Nos veremos más adelante, estoy segura.

Y allí les dejé. En algo llevaban razón. Ese asunto me quedaba grande. Según avanzaba por el pasillo vi que todos los alumnos de la primera sala abandonaban el aula. Melitón, mi bravísimo profesor, me vio y me dedicó una sonrisa de esas que quitan el sueño.

—¿Te han atendido bien mis jefes? —indagó el profesor.

—Digamos que no me han dejado satisfecha del todo. ¿Te atreves tú a intentarlo? —le reté con voz pícaro.

—Conozco un lugar donde sirven una pasta con hongos que quita el

hipo —me cogió el testigo sin dudarle ni un instante.

Yo, coqueta, le invité a que me cogiera el brazo y escoltada por su hombría abandoné las aulas de formación de FI evitando pensar en el oscuro abismo hacia el que caminaba de seguir investigando por mi cuenta el asunto de la muerte de Ismael. Aunque bien mirado, si a ese precipicio caminaba de la mano de ese joven apuesto y excitante al que acababa de conocer, no sería yo la que diese marcha atrás.

Según andábamos hacia el restaurante italiano, percibí de nuevo que alguien me seguía. Era una sensación, solo eso, pero no me lo quitaba de la cabeza.

Melitón, además de ser un morenazo estupendo, resultó ser un magnífico conversador, caballero galante y nada aburrido. Y sobre todo sexy, tremendamente sensual y atractivo. Hablamos de todo, de mí, de mi trabajo, de él, de sexo y, cuando llegó el postre, de Fuerza Igualitaria.

—¿Estás al corriente de lo que ha sucedido hoy? —le pregunté venciendo el reiterado impulso de mis pupilas por recorrer ese cuerpo que tenía enfrente.

Como nada parecía saber, a juzgar por su rostro de desconocimiento, le informé:

—Mi ayudante, Ismael, ha aparecido asesinado en mi despacho. Desnudo y con un vibrador en el ano. Resulta que el dildo era mío y el cuchillo con el que le han cercenado el cuello, también. Así que, ya ves, estás ante la principal sospechosa del crimen. Prófuga, además, ya que he desoído a la policía que me ha invitado a presentarme en comisaría.

—Bah, no tienes pinta de asesina —bromeó—. Estoy tranquilo. ¿O crees que no debería estar tranquilo?

—¿Y de qué tengo pinta? —le seguí el juego.

—De mujer que gusta disfrutar de los placeres de la vida —reconoció con una mirada ingenua a la vez que pícara. Esos ojos me estaban volviendo loca.

—Pues te ofrezco un trato. Cuéntame lo que sepas sobre la empresa en la que trabajas y seré tuya. Mejor, tú serás mía —nunca había desaprovechado un dulce, sobre todo si se trata del bombón más gordo de la bandeja. Pero en ese caso, además del deseo, me movía el interés. No tenía dónde dormir, ya que a mi casa no debería regresar de momento, y nada me apetecía probar suerte en fondas escasamente escrupulosas a la hora de dar asilo a una indocumentada. Pues eso era lo que era yo, una indocumentada,

con carné, pero sin ganas de mostrarlo para evitar que me descubrieran si algún policía husmeaba por la recepción.

—Poco sé. Llevo trabajando tan solo unos meses. Soy economista e imparto clase de matemáticas financieras. Descuento de letras, préstamo francés y cálculo de rentas. Poco más tengo en el programa del curso. No hay nada irregular en lo que hago, bueno, algo sí. Firmo las actas de la clase de cada día consignando más del doble de alumnos de los que hay. Muchos de los que deberían estar, porque así consta en el expediente del curso, no están en clase, ni tan siquiera los llevo a conocer, pero en la carpeta figuran unos carnés de identidad fotocopiados que me pasan previamente. Cobro bien y no doy problemas. ¿Es un delito? Supongo que sí —confesó. Me miró y añadió—. No obstante, si he cometido un delito merecedor de castigo y tú eres la ejecutora, prometo seguir delinquiendo siempre.

—Esos dos que había dentro tenían pinta de ser algo más que simples profesores, ¿los conoces? —seguí averiguando ninguneando su última observación de la que ya daría respuesta cuando lo creyera conveniente.

—Gracias por la parte que me toca, ¡simples profesores! —aparentó enojo.

Me excusé.

—No muerden. Sé que andan nerviosos últimamente. Llevan poco en España y se traen algo entre manos. Pero ese no es mi problema. ¿Me he ganado el premio? ¿O quizá el castigo? —quiso saber mi buen Melitón.

«Los dos», pensé con malicia.

Capítulo 5. Cuarto día.

Vivía en el típico apartamento de soltero con muebles de tipo Ikea, sosos y funcionales. Todo ordenado como solo una casa sin niños puede tener y la prueba más palpable de su soltería: tres cajas de preservativos en la mesilla y un tubo de crema lubricante además de afrodisiaca.

El dormitorio era la habitación más grande del apartamento; más incluso que el salón. Sin preámbulos previos para tomar algo, entramos en la estancia donde la pieza principal era una cama cuadrada de dos metros de lado. De manera automática, con solo detectar nuestra presencia, se comenzó a escuchar una música lenta, suave y melodiosa. ¡Vaya con el profesor! Me abrazó y sentí sus grandes manos cogiéndome la cintura. Acerqué mi boca a sus labios y mordisqueé los suyos. Primero suavemente y a medida que él bajaba mis manos deslizándolas a través de mi cintura, más bruscamente. Su

boca sabía a fruta de verano y me estaba volviendo loca.

Dejé de mordisquearle los labios y pasé a besarle con ansia el cuello. Su piel era dulce y olía a hombre, a excitación. Sentí cómo me desabotonaba el vestido y como este caía hacia abajo dejando mi pecho al descubierto. No llevaba sostén, casi nunca lo llevo, no me hace falta. Se lanzó a mis pechos y los lamió con fruición. Mi excitación empezaba a ser visible e incontrolable. Toqué su entrepierna y noté que la suya también era visible. También palpable. Así que no me corté y le toqué sin miedo a desgastarle.

Después de un par de minutos más de preparativos, me hizo el amor con pasión, aunque sin salirse de las más ortodoxas normas al uso. No tardamos ambos mucho tiempo en alcanzar el clímax. Fue a la vez, sincronizados, lo cual hizo que sumase un punto en su haber; se trataba de un hombre observador que supo anteponer mi momento de placer al suyo. Vamos, un amante de esos que escasean.

Pero yo no había quedado satisfecha. Le dejé el tiempo justo para que su pulso recuperase el ritmo normal, no quería un accidente y separé mis rodillas:

—Míralo. Eso que ves es tuyo, no dejes que se enfríe.

Melitón me miró, sonrió dócil y clavando sus rodillas sobre el colchón, hundió su cabeza sobre mi sexo. Pero no iba a ser tan sencillo, antes había que demostrar quién mandaba allí. Le cogí del cabello, tiré de él hacia arriba y mientras me miraba desconcertado le pedí:

—Tómatalo con calma, campeón, hasta ahora lo estás haciendo bien, así que sigue así y dedícate a la labor en cuerpo y alma.

Y así pasó la siguiente media hora, entregado a mis caprichos y haciéndome sentir tres estallidos de placer consecutivos. Con el último le miré, estaba sudoroso y cansado. Bajé la vista y comprobé que a pesar del cansancio le quedaba otro cartucho y había que dispararlo.

—Túmbate boca arriba y pon las manos en tu nuca. No las muevas para nada. ¿Está claro? —le ordené autoritaria.

Cuando obediente quedó a mi merced, me senté a horcajadas sobre su pelvis y cabalgué como si fuera la primera vez que lo hacía. Su rostro evidenciaba el esfuerzo que le suponía mantener el tipo. «¡Que se joda!, pensé. Para eso está, para mi placer». No tardó mucho más en aguantar, yo tampoco y ambos, al unísono, emitimos sendos gemidos nacidos desde lo más interno de nuestro cuerpo. Estábamos sudando y mis palpitaciones hacía rato que habían superado el límite de lo razonable.

Cuando acabamos no quedaron fuerzas para la cena. Un sueño imposible de combatir me invadió y plácenteramente recosté mi cabeza en su pecho y me dejé mesar mi cabello con los párpados cerrados. Fueron solo unos segundos. No recuerdo más.

—¡Apaga ese maldito teléfono, Melitón! —grité. Hacía unos segundos que me había quedado dormida y me costaba abrir los ojos, aunque bien mirado no debía ser así a juzgar por la claridad que entraba por la ventana.

Él acercó sus labios a mi oreja y acompañando un mordisco en el lóbulo me dijo:

—Es el tuyo, mi amor.

Abrí los ojos, efectivamente ya había luz, o sea, que no era temprano. Miré la pantalla del móvil que había comprado el día anterior. Eran las diez de la mañana ¿Quién podía llamar a un número que no había dado a nadie? Evidentemente, se trataba de un error. Rechacé la llamada.

Veinte segundos después, cuando apenas había abrazado de nuevo a mi improvisado amante, el maldito móvil comenzó a molestar de nuevo. La insistencia indicaba que no se debía tratar de un error. Lo descolgué.

—Señorita Cabrera, usted no me conoce. Mi nombre es Javier Holmes y soy detective privado amigo del inspector Luis Bárcenas. No me cuelgue que no tiene nada que temer. Así que relájese unos segundos y escúcheme con atención —me dijo la voz desconocida. Una voz que debía tener como propietario a un hombre de unos cincuenta años acostumbrado a dar instrucciones.

—Le escucho, pero si veo que pierde el tiempo para rastrear la llamada, cuelgo y salgo corriendo —le amenacé.

—Mi amigo cree que usted no es quién asesinó a su ayudante. Pero es inspector de policía y su obligación es echarle el guante. Por eso me ha pedido el favor de que me ponga en contacto con usted. Por medio tenemos una trama de corrupción bastante considerable y usted ha tenido la mala suerte de estar donde no debía. Nuestro deber, protegerla —siguió con su varonil voz el detective.

La verdad es que no recordaba haber tratado con detective privado alguno en el transcurso de mi vida. El día anterior, en cambio, había conocido a un tal Colombo. Ahora Holmes. Vaya gremio el de los detectives que no dudaban en bautizarse como los grandes de la profesión. Este al menos no tenía la voz aflautada del otro.

—Sigo escuchándole —le alenté a que siguiera.

—Tome nota de la dirección que enviaré ahora por SMS, está cerca de donde está usted ahora. Venga a verme, por favor» —me solicitó.

—Es una trampa para que la policía me detenga, lo sé. Además, ¿cómo ha conseguido este número? —ingenua de mí pregunté. El teléfono lo había comprado en una tienda en la que no me había identificado y a nadie le había dado el número.

—Yaiza, sé dónde está. Conozco donde vive el profesor con el que ha compartido la noche. Si la policía quisiera detenerla, ya estaría esposada. Créame, no tiene nada que temer —reflexioné, llevaba algo de razón el detective—. La he estado siguiendo, un billete de cincuenta bastó para que la empleada de la tienda donde compró el móvil me diera el número. Y créame que, de los cincuenta pavos, sobraban cuarenta para que me hubiera dado igualmente el dato solicitado. Este mundo es así de miserable. La espero.

Colgó. La empleada de la tienda se había encontrado con dos regalos encadenados. Había sido un buen día para ella, lamentablemente no para mí.

Melitón me miraba con interés y esperaba expectante mis noticias. No se las di, por lo menos no lo haría hasta después de haber desayunado.

—¿Me quieres? —bromeé—. No contestes, si me quieres, o te lo digo de otra manera, si quieres que esta noche te eche otro polvo, ahora me vas a acompañar a ver a un tal Holmes, que no me acabo de fiar del todo y un hombretón a mi lado no me vendría mal. Pero antes me invitas a desayunar. Bueno, mejor te invito yo, que anoche te lo ganaste.

—¿Tu perrito se ha ganado la galleta? —Continuó la chanza fingiendo un rostro ingenuo y sacando la lengua como lo habría hecho un can—. Veo que sabes cómo obtener aquello que deseas.

—Una, solo una te has ganado. Así que esfuézzate esta próxima noche que mañana te quiero dar media docena de merecidas galletas para el desayuno —le provoqué viendo que entraba divinamente al juego.

Finalicé mi exposición con un sonoro beso que pareció hacer feliz al hombre que yacía en la cama junto a mí. Un buen ejemplar de macho.

Estábamos dando cuenta de sendas barritas de pan con aceite y dos cafés con leche. Mi recién adquirido instinto detectivesco me hizo no perder la ocasión de saber más, así que le abordé con una pregunta:

—¿Conoces a Filomeno o a José Antonio Mendizábal? Son los dos que mandan en FI.

—Han venido alguna vez, no juntos. Pero creo que te equivocas, ellos no mandan. Te cuento lo que creo, que no tiene porqué ser verdad. El partido

lo fundaron ellos y tenían una filial dedicada a la formación, pero con poco negocio, lo justo para impartir cursos de adoctrinamiento a sus cachorros. Ya sabes, cuidar la cantera. Pero hace un año, más o menos, las labores formativas se intensificaron. Parece que alguien de la UE les estaba apoyando y hace unos meses desembarcaron aquí Stephan y Lionel. Creo que las riendas cambiaron de mano, sospecho que los dos italianos son gente poderosa y muy bien afianzados. Los dos que has mencionado del FI, me parecen más dos monigotes que otra cosa. Sin duda les están utilizando —me aclaró Melitón.

Con el último mordisco al panecillo con aceite, su labio se quedó graciosamente manchado del denso líquido verdoso. Tomé una servilleta y le limpié. Me resultaba muy atractivo. Haría todo lo posible por conservarlo un poquito más que al resto. Esperaba no espantarlo, cosa que dado el cariz que había tomado nuestra relación, entraba dentro de lo probable.

—Creo que no andas nada desencaminado con tu apreciación, la comparto —sentencié.

Miré el SMS que tenía pendiente de lectura y nos encaminamos a la dirección que el tal Holmes me había enviado. Se trataba de una casa en un barrio céntrico del Madrid tradicional. Su despacho estaba en una cuarta planta de un edificio donde el arquitecto parece ser que olvidó proyectar el ascensor. Melitón empujó la puerta sobre la que colgaba un cartel, «JAVIER HOLMES - Detective privado».

Dentro de un despacho cuya puerta estaba abierta había un hombre recién entrado en la cincuentena. Ni gordo ni flaco, ni débil ni fuerte, pero eso sí, dotado de una cierta aureola que le confería un ligero atractivo. En poco se parecía a su estrafalario colega que había tenido la desdicha de conocer no hacía tanto.

—Javier Holmes, para servir a Dios y a usted —me dijo a la vez que tomaba mi mano para estamparme un beso en ella—. Encantado, Yaiza. Igualmente, Melitón. ¿Ya han desayunado? Yo acabo de subir, siempre mi café con churros, nunca más de tres. Ya ve, hay que aprovechar los placeres que la vida ofrece, que cada vez son menos —ironizó el detective con una sonrisa que me pareció abierta y sincera. Si no fuera por el nombre, digno de un obsesivo aficionado a las novelas de detectives o de un payaso, me habría caído bien.

—¿Tan pocos placeres le ha dejado la vida para que su único refugio sean los tres churros? —mi buen Melitón rompió el incómodo silencio con un

comentario que no parecía venir muy a cuento, pero que servía bien para romper el hielo inicial.

—El principal placer, que es el de amar, me ha sido negado —Holmes rio, pero había amargura en esa mueca—. Hasta hace un par de meses en esa puerta hubieran encontrado otro cartel. En él estaba mi nombre y el de mi socia, ayudante, amada y..., podríamos decir, todo, ella era todo. Marisol Romerales. El caso es que la diosa del azar, caprichosa, como es natural, me arrebató la posibilidad de ser feliz y ella ahora está alejada de mí y yo de ella. Bueno, la diosa del azar y mi propia estupidez, pero eso es un tema del que no me gusta mucho hablar.

Para no gustarle hablar se había explayado el detective ante dos desconocidos. A veces, la necesidad de comunicar puede a la prudencia y a la discreción. Le respeté y no profundicé en lo que parecía una herida abierta. Aunque la curiosidad me mordía por dentro. «Más adelante», me dije. Mi espíritu cotilla no podía quedarse con hambre.

—Y bien, detective de nombre escapado de una novela, dígame qué hago aquí. —tenía prisa por escuchar de nuevo lo que me había dicho el sabueso por teléfono. Que la policía no me creía culpable.

—¡Ah, la juventud! Incapaces de beber la vida a sorbos. Bien, yo no conocía nada de Fuerza Igualitaria hasta ayer, ni de su empresa de formación ni de los que la dirigen. Pero a media mañana recibí una llamada de un buen amigo. Un hombre al que una vez le hice un favor después de que su esposa sospechara de su infidelidad y me contratara. No encontré pruebas del presunto adulterio a pesar de que él era culpable con alevosía, reincidencia y con todos los agravantes posibles. No fue muy ético, lo sé, pero me gané un amigo para toda la vida y un amigo en el Cuerpo Superior de Policía, créanme, es un buen amigo —comenzó a explicar el detective nuestra presencia allí empezando por su nexos con el inspector Bárcenas.

Sin aviso previo, cesó su exposición el tal Holmes, se agachó y extrajo una botella de un pequeño congelador que tenía bajo su mesa.

—¿Un chupito? Es orujo leonés destilado en alambique casero. O eso me ha dicho el que me lo ha vendido.

—¿No le parece demasiado pronto? —le increpó mi incipiente amigo y amante Melitón.

—La verdad es que sí, pero mi estado anímico desde que se fue Marisol no pasa por su mejor momento. Un chupito de vez en cuando me ayuda, no ya a sonreír, pero sí a no caer en el desánimo —aclaró el detective.

Algo en sus palabras me transmitía confortabilidad y, a la vez, cierta lástima por ese corazón tan herido que no dudaba en mostrarse tan abierto y sin complejos, aunque fuera ante desconocidos.

—Sigo —continuó Holmes—. El caso es que entre lo que mi amigo Luis me contó y lo poco que he podido averiguar yo, de su culpabilidad, señorita, hay dudas razonables. Salvo que sea una estúpida, que no me lo parece, no la veo capaz de cortar el cuello a su ayudante, en su propio despacho, con su cuchillo y colocándole un cacharro de esos que vibran en su esfínter. Un cacharro también de su propiedad. Por lo que parece, y de todo esto sabe más Luis, una familia italiana vinculada con la Mafia ha desembarcado en España hace unos meses. Tratan, a través de unos contactos que tienen con el partido ultraconservador europeo, de hacerse con la gestión total de los fondos que vienen de Europa para la formación de trabajadores. El negocio parece impecable, ellos captarían las necesidades de las empresas y gestionarían las ayudas, a la vez, impartirían los cursos con sus propios medios o subcontratándolos y se quedarían con un buen pellizco por la gestión. Hay problemillas, lo sé. Otros partidos políticos, comunidades autónomas, sindicatos..., etcétera, pero nada que no se solucione con dinero y, si llega el caso, con algo de presión.

—¿Y mi ayudante qué pintaba en esto? ¿Por qué lo han asesinado? —me vi en la necesidad de interrumpir al detective.

—Paciencia, Yaiza, paciencia —continuó Holmes con su despliegue de información—. Estos dos mafiosos ya los conoce y lo sé porque llevo siguiéndola desde que Luis me llamó. Stephan y Lionel, junto con la joven Carla, que también es de la familia, no desembarcaron en un puerto vacío. Antes establecieron contacto con dos nostálgicos del Régimen Franquista y se ofrecieron a gestionarles la formación dentro de su partido. Supongo que de por medio habrá habido promesas de dinero o poder, dos estímulos ante los que las personas somos extremadamente vulnerables. Y así han venido colaborando en los últimos meses. Unos dirigiendo el cotarro de verdad y los otros, los dos nostálgicos, creyendo que lo dirigen.

—¿Es que el dinero siempre debe estar detrás de todos los males del mundo? —mi buen Melitón hizo gala de su inocencia. ¡Cómo me gustaba esa candidez!

—Elemental, querido profesor, elemental —exclamó el detective confirmando mi teoría de que se había escapado de una novela detectivesca—. Y ahora entra Ismael en escena. Ese joven parece ser que se veía con una

joven vinculada a FI, una periodista que edita una revista en el partido. Cuando estos se vieron obligados a auditar sus cuentas como requisito para optar al concurso de adjudicación de los fondos europeos, decidieron dar el trabajo de auditoría a una empresa pequeña a la que fuera fácil comprar con algo de calderilla y además colocando a un espía, a alguien que creían próximo y maleable para poder influir en el trabajo si era necesario y, en cualquier caso, para informar al partido del avance del proceso de auditoría.

—¿Y cuándo me vas a contar algo que no sepa detective? —decidí pasar al tuteo. Holmes no había mencionado nada de que Ismael fuera hijo de Blas y Felisa. No veía necesario darle esa información que, por otro lado, la policía sí debería conocer.

—Ya, ya voy. Ahora todo es más confuso y debemos echar mano de las conjeturas. Luis me ha dicho que Belén, la amiga de tu ayudante, ha desaparecido — Holmes había pasado también a tutearme—. Esa puede ser una pista que nos ayude a comprender la muerte de Ismael. Un crimen pasional explicaría la puesta en escena que se esforzó en recrear el asesino. No todo es el dinero, querido Melitón. El amor y los celos también son mala combinación. Porque supongo, Yaiza, que no diste ningún motivo a Belén para que hubiera celos, ¿no?

Me desentendí de esa pregunta, harto incómoda y cargada de ironía, con una negación de cabeza. Creo que fue tan poco enérgica que no convencí a ninguno de los dos. Sus miradas así lo evidenciaban.

—¡Que no! —me vi en la obligación de tronar para que desviarán sus miradas acusatorias de mi faz.

—Venga, sigo con la línea de investigación más probable —continuó el detective mostrando poco convencimiento con mi respuesta—, la teoría de que a Ismael lo mataron porque molestaba. Supongo que habrán oído hablar del Movimiento contra la Intolerancia. Se trata de un grupo que reivindica la aceptación igualitaria de todas las personas, independientemente de su condición sexual, además de otras causas variopintas. Creo, Yaiza, que tuviste ocasión de conocerlos cuando abandonaste la sede de FI ayer por la mañana. Sí, no te sorprendas, yo no andaba lejos. Me pareció que Malena, una de las cabecillas, contactaba contigo. El que estaba a su lado era Petros, el líder del grupo. Ismael creo que trabajaba para ellos. Todavía no estamos seguros, no sabemos si contactaron con él cuando este ya estaba con Belén o ya pertenecía a la asociación antes de conocerla y todo fue una tapadera para introducirse en el mundo de FI y su filial encargada a dar los cursos de

formación.

—Ismael no era gay —me salió de dentro. Me había sorprendido lo que acababa de escuchar al detective y fui traicionada por mi indeseado comentario.

De nuevo las miradas inquisitivas. Me mordí la lengua con saña, sin que se notara, maldiciendo mi estupidez.

—Vale, no lo sé, es intuición femenina —tuve que justificar lo que acababa de proferir. Aunque reflexionando en mi interior, Ismael no me hizo nada que no me pudiera haber hecho siendo homosexual. No sé, ¿quién entiende a los hombres?

—No adelantemos acontecimientos. Eso lo tendrá que investigar la policía. Si yo me entero de algo, lo pondré en conocimiento de Luis Bárcenas —concluyó Holmes.

—Y si me entero yo de algo, lo pondré en conocimiento tuyo, de la policía y del mundo entero. El cabrón que mató a Ismael lo va a pagar, para que otra vez se piense en implicar a la hija de mi madre en sus turbios asuntos —fanfarroneé.

Holmes me miró con la misma condescendencia que muestra un padre hacia su hija inmadura, díscola y con escaso juicio.

—Yaiza, creo que lo mejor es dejar el asunto en manos del detective —me susurró despacito y temeroso Melitón. Le di un beso tierno que bien podría interpretarse como un: «tranquilo, corderito, que ya me ocupo yo».

—Creo que tu amigo tiene razón, Yaiza, lo mejor que puedes hacer es enclaustrarte en su casa y estar localizada por mí. Esa gente es muy peligrosa, ya lo han demostrado —explicó con tono autosuficiente Javier Holmes.

—Sí, me pediré unos días en el trabajo. Algo se nos ocurrirá hacer en casa —exclamó entusiasta Melitón.

Una carcajada interna me invadió. La contuve procurando no exteriorizar mis emociones, así que asentí poniendo mi mejor cara de asustada.

—Cuando todo esto acabe, quiero que me cuentes esa bonita historia de amor, incompleta, pero seguro que bonita —le pedí al detective. En el fondo soy una romántica—. Y, además, me cuentas cómo se llega a ser detective. Me gusta más que ser auditora.

—Parece que tienes madera —me obsequió el anfitrión del despacho.

La risa de Holmes fue interrumpida por la pregunta de Melitón.

—Una pregunta, detective ¿por qué no la detiene el inspector a Yaiza y

en cambio le pide que contacte con ella? Poco sé de procedimientos policiales, pero su amigo se está metiendo en un lío.

—¿Y tú por qué no dejas de preguntar idioteces? —me vi en la necesidad de reprender a mi profesor por la pregunta tan impropia que acababa de formular.

—Avispado Melitón —le contestó con un suspiro, fingiendo paciencia, el detective—. Efectivamente, Luis debería detener a Yaiza, es su obligación como policía. Por un lado, porque es sospechosa y todas las pruebas apuntan a ella. Por otro lado, para protegerla. Pero su olfato, y el mío también, indican que hay un pez gordo al que atrapar. Y ese pez no tiene por nombre Yaiza Cabrera.

—Vale, lo pillo, soy el cebo. Estoy hasta los ovarios de que me utilicen —me quejé. Me levanté enérgicamente y girando sobre mis talones me encaminé hacia la puerta.

—Estate tranquila, Yaiza, no dejaremos que te pase nada.

Fue lo último que le oí decir a Javier Holmes mientras abandonaba enfadada su despacho y escuchaba, tras de mí, los pasos de Melitón.

Estaba yo como para confiar mi seguridad y mi vida a los detectives.

Capítulo 6

Melitón me alcanzó a duras penas. Yo, a pesar de mis tacones, cuando me pongo a dar zancadas no hay quien me deje atrás. Y si además estoy nerviosa, vamos, que sería capaz de hacer competencia a Leo Bolt.

—Espera, mujer, no corras. ¿Qué narices te pasa? —me preguntó con cierto aire de preocupación.

—Pues pasa que me ha estado engañando medio mundo. Resulta que entro a trabajar y me clavan un informe de auditoría que había que amañar para evitar que aflorase toda la basura. De esa engañifa y de que me colocaban un topo cerca, era conocedor mi jefe, Blas y su anterior pareja y gestora de la auditora que nos subcontrató, Felisa. Resulta que el espía era hijo suyo y resulta que muere asesinado. Pero no lo matan como se haría a una persona normal, empujándole sobre la vía del tren o tirándolo por un noveno piso. No, le cercenan el cuello, lo desnudan y le meten por el culo un vibrador. Un vibrador que es mío, al igual que el cuchillo con el que lo matan. ¿Tú entiendes algo? —hablaba demasiado deprisa a juzgar por la cara de Melitón.

—No sé —dijo por decir algo.

—Y ahora me encuentro con un detective contratado por el policía que no me quiere detener y no lo quiere hacer porque me considera inocente y quiere atrapar a unos mafiosos que se quieren hacer con el control del dinero que viene de Europa para formación. ¡Tus putos jefes! —La verdad es que estaba histérica y me estaba excediendo con los exabruptos—. ¿Y qué me dice ese detective? Pues que mi ayudante, a ese que han matado en mi despacho, con mi cuchillo y le han metido el dildo por el culo, que era también un infiltrado en el partido FI y que pertenecía a una asociación de izquierdas que defiende la tolerancia con los homosexuales. Vamos, clarísimo. Anda, vamos a tomar algo que esté muy cargado, lo necesito.

Me quedaba una pregunta. Me volví y le disparé:

—Oye, ¿tú no me estás engañando verdad? Supongo que eres un profesor que nada sabe de estos trapicheos en los que alguien me está enredando.

Mi nuevo amante, que caminaba a mi lado paciente mientras no paraba de quejarme de lo que me estaba ocurriendo, hizo algo asombroso. Me cogió de la mano, me obligó a pararme y me estampó un estupendo beso de tornillo que me dejó sin habla.

—¿Sabes que estás preciosa enfadada?

La verdad es que la sorpresa me impidió abrir la boca. Sus ojos penetrantes clavaban sus pupilas sobre los míos. Hubiera jurado que echaban chispas. Negué con la cabeza, no sé bien a qué y le empujé hasta el bar que distaba a escasos pasos de nosotros.

Aun así, no me pasó desapercibido que no me había contestado a la pregunta que le había hecho.

—Esta noche te vas a enterar de cómo soy cuando me enfado. De momento con un par de copas me conformo —le espeté tratando de huir del momento mágico que me había dejado bastante embelesada. Esa mirada podía ser peligrosa, debería huir de ella.

El primer gin-tonic cayó de un trago, el segundo lo saboreé. Era mediodía y un poco pronto para tamaña proeza, mas no me contuve. Necesitaba la claridad mental que solo el alcohol es capaz de proporcionar.

—¿Y ahora qué hacemos? —rompió el silencio Melitón.

La verdad es que no tenía una respuesta clara a esa pregunta. Lo más sensato hubiera sido abandonar el bar, coger el primer avión que partiese hacia el Caribe y, en compañía de ese bombón que estaba a mi lado, pasar allí el resto de mis días entre mojito y mojito. Pero esa no era una pretensión adecuada. Así que respondí algo distinto a lo que estaba pensando.

—Investigar lo que ha pasado. ¿Te apuntas? —le reté.

Me tomó de ambas manos, me acarició con su palma el dorso de las mías y con la misma mirada que ya estaba empezando a hechizarme, aceptó el reto propuesto:

—Me apunto. Estoy a tus órdenes.

—¿Para todo? —me mostré burlona. Me generaba malestar recordar el episodio en el que Ismael, pobrecito, estaba arrodillado ante mí. Había despertado algo que nunca había sentido: el deseo de gobernar al macho hasta que este llegase a la mansedumbre absoluta y tenerlo a mi capricho.

— Para todo —cerró el acuerdo mi, desde ahora, nuevo ayudante en la investigación que se avecinaba. Una investigación que tendría que culminar con el asesinato de Ismael colgado de donde fuera, pero colgado. Por supuesto que, si me preguntaban de dónde, la respuesta la tendría muy clara.

Nos dividimos el trabajo. Quería saber más del Movimiento contra la Intolerancia. Le pedí a Melitón que se ocupase de documentarse todo lo que pudiera y me esperase en su sede. Comeríamos juntos y mientras pondríamos en común nuestras pesquisas. Yo iría a ver si encontraba alguna pista en el

periódico de la desaparecida Belén Esteban. No es que se tratase de una intuición, era simplemente que no se me ocurrió otro lugar donde ir a meter las narices.

—Ten cuidado —me dijo después de darme un beso en la mejilla.

Según caminaba y se alejaba de mí, le miré. «¡Buen culo!».

Desconocía cuántas personas trabajaban para editar ese panfleto, no recordaba haber visto a nadie más el día que fui a ver a la periodista. La puerta estaba abierta y entré, había luz.

—¿Hay alguien? —grité.

Alguien había, a juzgar por el ruido de unos pasos en el interior del despacho que recordaba como de Belén. La puerta era de cristal, traslúcida y había luz. Quizá tuviese suerte. Abrí. Percibí la aceleración de mi ritmo cardiaco, si era Belén no sabría cómo reaccionar. Nuestro primer y único encuentro no había sido muy afortunado.

Pero no era ella.

Me sorprendió ver quién estaba dentro y también me repugnó la visión, de nuevo, de ese horrible mostacho.

—Vaya, el detective Colombo. No me diga que fue su madre la que le castigó con ese nombre al nacer —le provoqué para evitar la frustración que sentí cuando comprobé que no era la de la periodista la silueta que había vislumbrado.

—Yaiza, no me diga que me está haciendo la competencia. Pero hombre, deje la investigación para los profesionales. Usted podría estar ahora en multitud de sitios, por ejemplo, haciendo la colada, de tiendas o por ahí. Pero está aquí, metiendo el hocico donde no debe —se mofó de mí.

Me fijé más en su anodina cara. Se trataba de esas caras que una no hubiera recordado nunca haberla visto antes, aunque así hubiera sido. Vamos, una cara totalmente prescindible rematada por un bigote semejante a un cepillo de barrer después de haber limpiado una pila de estiércol.

—Busco a Belén Esteban y por lo que veo usted también —dije manteniendo la guardia. No me gustaba ese individuo y menos me gustaba su actitud.

—Pues no está. ¿Y ahora que hacemos, guapa? —escupió sus palabras con un aire chulesco que, desgraciadamente, había visto en más miradas masculinas.

—Tú seguir husmeando según te habrá encargado tu amo Filomeno. Lo que consigas, se lo llevarás a cuatro patas y se lo entregarás mientras le

acaricias con tu nariz su pierna. Yo lo que voy a hacer es irme, no soporto el olor —me había sacado de mis casillas con el último comentario el sabueso.

—¿Sabes que la periodista se tiraba a tu ayudante? Claro, eso es lo que ha pasado. Escucha, nena y aprende de los mayores. La periodista va a tu despacho. Ismael ha quedado con ella y le va a contar todo lo que sabe, para eso Belén es periodista, para husmear en los asuntos de los demás. Él le cuenta todo lo que ella quiere saber y se ponen a follar. Porque eso sí lo sabías, ¿verdad?, sí, estaban liados. Supongo que a ella se la va de la mano y le mata. Asunto arreglado. ¿Qué te parece? —me escrutaba con su mirada el detective. Una mirada que me recorría todo el cuerpo de forma descarada y que me producía arcadas.

—Me parece que eres un imbécil. No has explicado cómo pudo haber llegado hasta allí mi cuchillo —dije a la vez que hacía ademán de irme.

Pero no pude.

—No tan deprisa, muñeca —me agarró del brazo con bastante fuerza. Dudé de mis posibilidades—. Déjame que te cuente otra teoría. ¿Y si esa escenita de tu despacho la preparasteis tú y él y fue a ti a quién se le fue la mano? Vaya, hoy estoy sembrado. Claro, eso explicaría el extraño objeto que tenía introducido. Sí, sé que era tuyo. Como corren las voces, esto de tener amigos en la policía y dinero para obsequiarles me gusta. Dime, preciosa, ¿qué hacías con ese juguete en tu cama cuando estabas sola?

La última frase la pronunció cerca, demasiado cerca. Sentí el hedor que emanaba de su piel sudorosa, su aliento fétido y el brillo de su mirada felina. De su bigote, húmedo, cayó una gota de sudor. Se le adivinaba excitado, era como un animal en celo que no se tranquilizaría hasta ver su objetivo cumplido. Sus ojos inyectados en sangre me decían que tuviera cuidado, me avisaban del peligro. Sentí miedo, más cuando decidió posar una de sus asquerosas manazas sobre mi cintura con ademán de estrecharme contra su cuerpo.

No había más opciones, así que no pensé e hice. Me separé medio metro de él y le propiné una patada en la entrepierna con mi zapato de tacón acabado en pico que le debió doler mucho a juzgar por el berrido que profirió. Según se agachó a tocarse sus doloridas partes, levanté la rodilla de la otra pierna y le noqueé su nariz con toda la fuerza que pude. Una pena manchar esa alfombra con la sangre de ese cerdo. Probablemente, eso me ocasionase un hematoma, pero cuando mirase mi rodilla me sentiría orgullosa de lo que acaba de hacer. Ese tipo era escoria y no se merecía otra cosa.

Salí de allí todo lo deprisa que pude, la suerte me había sonreído, pero esa era una fase que bien podría no ser eterna. Paré un taxi y le di la dirección de la sede de la agrupación que mi compañero Melitón debía estar investigando. Me limpié la sangre de la rodilla con un pañuelo que dejé tirado en el asiento del taxi y reflexioné sobre lo que podría estar haciendo allí Colombo. Era bastante probable que anduviera tan perdido como lo estaba yo y sus jefes, José Antonio Mendizábal y Filomeno. Es probable que lo hubieran enviado para saber algo de la periodista. Aunque también era posible que estos fueran los culpables de lo que le ocurrió a Ismael, una vez que se enteraron de que pertenecía a la asociación a la que yo ahora iba a investigar. En ese caso, el sabueso Colombo estaría buscando pistas para encontrar a Belén. O escondiéndolas si la habían hecho desaparecer. ¡Qué lío! Me encontraba más cómoda y segura con la auditoría.

Nada tenía forma. Extraña alianza la de Belén e Ismael. Quizá amor, también engaño en el supuesto de que mi ayudante la hubiera utilizado para introducirse en FI. Ella me dio la impresión de que estaba muy enamorada del muchacho. Seguro que recibía de él la pasión que no había encontrado en otro sitio. Me vino de nuevo a la cabeza la entrega de Ismael dándome masaje en los pies. Me excitaba la imagen. Sentí sus manos suaves acariciándome y ascendiendo despacito. Cerré los ojos y la rememoré una vez más hasta que la voz del taxista me sacó de mi ensimismamiento y me encontré con mi mano acariciándome el muslo de mi pierna. Había llegado a la sede de la asociación.

Melitón me esperaba, había recibido mi SMS de que llegaba. Me abrió la puerta y galantemente me ofreció su brazo para ayudarme a salir.

—Gracias, paga al taxista —abusé de su caballerosidad.

Según cerré la puerta, vi el pañuelo teñido de rojo sobre el asiento y el recuerdo del detective sangrando por la nariz provocó en mí una sonrisa que alertó a Melitón.

—¿Me lo vas a contar?

—¿El qué? —me hice la ingenua.

—Eso que tanta alegría te causa —lo intentó de nuevo.

Viendo que mi boca seguía sonriendo, pero cerrada, se acercó a mí. Algo veía en mi mirada, quizá aún los restos de adrenalina. Me tomó con las palmas de la mano mi rostro y rozó mis labios con los suyos. Su boca seguía sabiendo a fruta fresca. Eso compensó casi todos los avatares del día, lamentablemente no todos.

Una vez recuperada, del susto y del beso, acepté el ofrecimiento de Melitón de visitar un establecimiento que quedaba al alcance de nuestra vista y que lucía sobre su fachada un rótulo desconchado de madera con el título de «Tasca». Con mis reales posaderas sobre una banqueta y dando cuenta de unas gambas a la plancha, escuché las novedades de mi ayudante en la investigación que me ocupaba. Eso suponiendo que a él le pudiera llamar ayudante y que a lo que estábamos haciendo lo pudiera llamar investigación

—El Movimiento contra la Intolerancia no llega a ser una asociación política como tal, registrada debidamente. Por lo que he podido comprobar se trata de una banda de revolucionarios que bajo la pancarta del progresismo se dedican a boicotear todo aquello que consideran capitalista. Hasta hace un par de meses sus actividades se concentraban en torno a protestar contra los bancos frente a alguna sucursal de barrio, supongo que, para tener menos problemas con la policía, o a tratar de entrar en bloque en algún gran almacén. Todo ello con escaso ruido mediático. Aderezan siempre sus mensajes políticos con reivindicaciones en pro de los derechos de la comunidad de gais y lesbianas. En fin, un popurrí difícil de entender.

Aproveché el respiro que se tomaba Melitón mientras pelaba la última del plato para observarle. Mi causa empezaba a ser la suya, eso me gustaba. Y más me gustó cuando me ofreció el delicioso manjar después de aderezarlo con unas gotas de limón. La última gamba del plato.

Continuó su explicación con la misma satisfacción del alumno ante su profesor el día que le preguntan la lección y se la sabe:

—Como habrás observado, he hablado de lo que hacían hasta hace un par de meses, porque lo que es ahora, han intensificado sobremanera su actividad pasando a una concentración diaria y casi siempre contra el mismo objetivo, el partido de nuestros amigos, el FI. Me pregunto qué es lo que ha hecho tan activos a estos caballeros y tan precisos, además, ya que dirigen todo su esfuerzo hacia el mismo punto sin desviarse ni un grado.

—No sé cómo serás como profesor, pero como investigador no lo haces del todo mal. ¿Vamos a conocerlos? —le premié.

El local que servía de lugar de encuentro del movimiento estaba situado en un barrio perimetral de Madrid y ya el portal avanzaba el caótico estado del edificio en su interior. Olía a humedad mezclada con el yeso. La pintura de las paredes que nos acompañaron durante el tránsito por las escaleras hasta la primera planta estaba más que descolorida. Eso siempre que la escasa y lóbrega luz permitiera su vista, que no era en todos los rincones.

La puerta estaba abierta y entramos. El interior era más decoroso que el acceso y se veía bastante movimiento de jóvenes activos que transitaban entre las distintas estancias. Pregunté por Malena a un barbudo de ropas estrafalarias y nos envió a la habitación más al fondo del pasillo. Entramos sin llamar y la reconocí entre el grupo de media docena de activistas que ocupaban la sala. Ella también me reconoció e indicó a uno de sus contertulios que le acompañara.

—Este es Petros K, mi compañero sentimental y el jefe de este grupúsculo —nos informó la mujer. Me seguía pareciendo de más de cincuenta años, seguía teniendo el pelo canoso y de cerca pude comprobar que tenía enormemente arrugado su rostro sin maquillar.

—¿K de qué? —observó burlón mi Melitón.

—K de K —correspondió con el mismo tono el interpelado. Este resultaba ser un atractivo cuarentón que, a pesar de la ropa suelta que llevaba, dejaba adivinar un cuerpo bastante más cuidado que el de su compañera.

—¿Salimos y echo un pito? —nos preguntó la mujer a la vez que comenzaba a salir sin esperar nuestra respuesta.

Dejamos la algarabía, molesta, de la sede de Movimiento contra la Intolerancia y salimos de nuevo a través del portal a la calle. Sin apenas andar diez pasos, un banco público nos sirvió para que Malena y yo nos sentáramos dejando a los dos varones de pie.

—¿Me explicas lo de la tarjeta que me diste? —abordé a la mujer sentada a mi lado, que no paraba de exhalar el molesto humo de su cigarro rubio.

Inspiró el humo de su Fortuna y exhalándolo con parsimonia me devolvió mi pregunta con otra:

—¿Qué sabes del Mendizábal y de su adlátere?

—A ver si soy capaz de dejártelo claro a la primera. Estoy hasta los ovarios de lo que me está pasando y lo que menos me apetece es que una hippy de mentira, envuelta en una ridícula túnica, me los toque más. O sea, que me dices por qué leches me diste la tarjeta cuando salí de FI, o me largo de aquí —cuando acabé la frase miré a Melitón y adiviné en su mirada el mensaje: «Esta es mi chica».

—Vale, te lo diré yo —cogió el testigo el cuarentón musculado—. José Antonio Mendizábal es un facha de tomo y lomo que se presenta ante el mundo como el salvador de la patria española. Pero no es tonto, ni él ni el otro, Filomeno. Quieren hacerse con una adjudicación muy importante, un

contrato multimillonario para gestionar los fondos para la formación de empresas y trabajadores que vienen de Europa. No podemos dejar que eso ocurra porque eso sería permitir que el monstruo tome alimento y crezca.

Sonó el teléfono de Petros, miró la pantalla y visiblemente azarado se levantó para atender la llamada, alejándose una distancia lo suficientemente prudente como para que no se escuchase nada de lo que hablaba. Aproveché para increpar un poco a la culpable de que yo estuviera sentada en ese banco.

—Deberías renovar tu vestuario, no pega la túnica con el pelo blanco. Por cierto, dime, ¿por qué habéis desarrollado tanta inquina contra esos muchachos de la camisa azul tan de repente, si hasta hace no tanto vuestras causas eran otras?

La interpelada me miró con una sonrisa de bobalicona que me sacaba de mis casillas y no pronunció palabra alguna hasta que el señor K se acercó a nosotros con una propuesta inesperada.

—Malena, acabo de hablar con Raúl, nos va a ver en el sitio habitual. Tú quédate, por favor —le dijo a su compañera, y mirándome a mí, continuó—. Le pido un favor, señorita Cabrera, acompáñeme a ver a un amigo.

—¿Qué amigo? —le hice la pregunta más lógica que se podía hacer en ese momento.

—Uno que puede hacerle ganar dinero —me aclaró Petros.

Lo cierto es que no había perdido aún el trabajo, aunque estaba segura de que lo perdería, y ya me habían dado un buen sobre los de FI para que concluyera el informe de auditoría y ahora me ofrecían lo que parecía ser otro soborno. Estaba en racha. Miré a Melitón y su inexpresividad en el rostro me hizo pensar que la decisión me correspondía a mí en solitario. No quería dinero, quería llegar hasta el final del entramado que tenía delante de mis narices. Solo así podría descansar.

—El profe se viene conmigo —le hice notar con rotundidad.

—Las instrucciones son claras, sola —respondió autoritario.

—¿Sabes lo que hago yo con tus instrucciones? ¡Eh! ¿Lo sabes? —le demostré que yo también sabía ser autoritaria.

Se alejó nuevamente con el teléfono pegado a la oreja y sin transcurrir apenas tiempo regresó.

—¿Vamos? —nos dijo mirando esta vez a ambos.

—Vamos —esta vez acepté

El líder del movimiento se despidió de Malena con un beso en la mejilla y los tres nos encaminamos, calle arriba, tras los pasos de Petros K, unos

pasos que no sabía a dónde nos llevarían.

Estaba a punto de rendirme ante la caminata que con los prominentes tacones que calzaba se me empezaba a hacer insostenible. Todo ello a pesar de que el brazo de mi galante Melitón no me había dado la espalda. Afortunadamente, la voz de cuarentón rompió el silencio que nos había acompañado durante todo el trayecto.

—Aquí es.

Pero ahí no había nada. Estábamos ante un bloque de pisos cuya entrada debería estar en otro lado porque en este solo había cochambrosos portones de garaje. Decididamente, nunca me iría a vivir a esa barriada. Oí el ruido de un motor y la puerta sobre la que estábamos se abrió de forma automática. Tras ella asomó una mujer de unos treinta años, muy mona ella, calzando unos zapatitos granates de tacón que identifiqué como de Carolina Herrera. Su vestuario me indicaba que esa mujer moraba en lugar distinto de donde nos encontrábamos, percepción que me fue ratificada cuando con una dicción excelente y unos ademanes extremadamente pijos la escuché decir, dirigiéndose al títere que debían tener en nómina:

—Tú date un paseo y vuelve en quince minutos.

Poco preveían que durase la reunión, o quizá fueran mucho los quince minutos. Ya veríamos.

Cuando mi profesor y acompañante fue a acceder al interior, él primero, quizá previendo que dentro nos esperase una sorpresa desagradable, la mano de la mujer le taponó el paso y le invitó a darse otro paseo al igual que había hecho con Petros.

—A ver, monita, si Melitón no entra, yo tampoco. Tú eliges —le aclaré con una voz lo suficientemente autoritaria como para que entendiera que sus lindos zapatitos habían pisado menos mierda que los tacones que yo llevaba.

—Déjales pasar, Elenita —se escuchó una voz masculina al fondo de la estancia. La oscuridad no me permitió ver más, pero hubiera jurado que esa voz y esa silueta no me eran desconocidas.

—¡No! No entraremos si no encendéis la luz. A oscuras no entramos —ese era mi Melitón, tan gentilhombre y valiente. Lo que él no sabía es que probablemente yo me supiera defender mejor que él. Pero le dejé desempeñar su papel de caballero andante, me gustaba.

Y la luz se hizo a la vez que la puerta del garaje se cerraba. Con la claridad, mi sorpresa por lo que estaba sucediendo se multiplicó. Allí, frente a nosotros, estaba el consejero de educación de la Comunidad de Madrid. Todo

un polémico personaje que acostumbraba a caracterizarse por sus continuos exabruptos contra todos aquellos que osaban llevarle la contraria. Un político rudo con la oposición, investigado en dos ocasiones por prevaricación y cohecho, un político capaz de mostrar su mejor sonrisa cuando descubría una cámara enfocándole, aunque fuera a la distancia. En fin, un político de raza, de esos que desgraciadamente no quedaban pocos.

—Vaya, Raúl Castro. Ni más ni menos —ironicé.

Entramos por la puerta que había al fondo, sorteando el Audi A6 negro con los cristales de atrás tintados que estaba estacionado en el interior. Supuse que era el coche oficial. Porque en este país para educación no habrá, pero para que nuestros prebostes aparenten parecerse un poco a sus homólogos europeos, para eso sobra.

—Bonito coche —observó mi acompañante—. No le cuidan mal. Supongo que los chicos del Movimiento contra la Intolerancia verán con mejores ojos este Audi que otras cosas que ven en la sede de FI. Vamos, lo digo porque como están permanentemente manifestándose allí, lo mismo es que no saben cómo se las gastan ustedes.

Le miré y sonreí.

También le sonrió Raúl Castro sin que un rictus desagradable en su cara evidenciara que el comentario le había molestado. Me reafirmé en que estaba ante político de pura cepa, quería algo de nosotros y no lo iba a estropear soltando un improperio de esos que acostumbraba a hacer ante las cámaras cuando hablaba de aquellos que le incomodaban.

Le miré, tenía el pelo igual de engominado que Filomeno, el ayudante de José Antonio Mendizábal. Vestía ropa elegante, cara y exhibía unos ademanes despóticos. Podría decirse que cumplía todos los tópicos de un político que debiera ser un servidor público, como así gustaban de llamarse ellos mismos y en cambio de eso no había nada.

Raúl Castro y José Antonio Mendizábal, distinto color en la camisa, distintas ideas, pero iguales actos. ¡Qué mentira!

Nos acomodamos en una pequeña sala, con cabida para apenas seis personas, alrededor de una mesa redonda que había conocido tiempos mejores y la rubia, que se presentó como Elena Malmierca, nos espetó a bocajarro sin considerar necesario mayor introducción:

—Yaiza, sabemos en qué estás trabajando, sabemos lo de tu ayudante Ismael y sabemos que existen pruebas incriminatorias contra ti. No lo sabemos con certeza, pero sospechamos que FI te ha ofrecido un jugoso

mendrugo por emitir un informe de auditoría limpio. Con ese informe y algo de ayuda de sus amigos en Europa, es probable que se lleven un importante contrato. Supongo que sabes de lo que estoy hablando.

—Pues saber sé, lo que no sé es lo que hago aquí —le repliqué cortante a la rubia teñida.

Esta se levantó dejando que contempláramos su vestido Armani negro corto con unos tirantes que le dejaban los hombros descubiertos. La verdad es que tenía un cuerpo espléndido, ¡qué envidia! Pero de esa pelusa no dejé traslucir nada.

La mujer se acercó a mí, dejándonos escuchar su taconeo parsimonioso mientras caminaba a mi encuentro y se aproximó a mi oído rozándome incluso con sus labios de color fresa. Creo que era Chanel Mademoiselle su perfume. Me susurró, tan bajo que dudé que alguien más lo escuchase:

—¿Has visto alguna vez un millón de euros? ¿Sabes cómo huelen? He visto que has mirado mis zapatos, cuestan trescientos euros. Con un millón te podrías comprar muchos. Solo tienes que destapar las irregularidades que veas en sus cuentas, que las habrá, y airearlas. Nosotros ya te enviaremos algún medio de comunicación afín, de esos de primera tirada, para que tú les cuentes. ¿Ves qué fácil es ganarse un millón en este país? Haces tu trabajo, pulcramente y de manera diligente, lo que encuentres lo escribes en el informe de auditoría y luego vas a ver a un periodista. Bueno, mejor él irá a verte cuando tú se lo pidas. Son muy obedientes esos periodistas, sobre todo con quién les da de comer. Va a ser, coser y cantar. Y luego, tu vida resuelta.

Raúl, que había permanecido en silencio irrumpió en la conversación sin molestarse en susurrar como su compañera.

—Y no olvides, querida Yaiza, que trabajo no te va a faltar. Es probable que, si en el Registro de Auditores se enteran de la filtración, te inhabiliten, pero no deberías preocuparte. En poco tiempo va a haber unas oposiciones para funcionario. El sueño de cualquier joven. Solo tienes que presentarte a un puesto de alto nivel y verás qué fácil es aprobar. Ah, y tú, profesor, también lo tendrías fácil. Por supuesto, vosotros no habéis estado aquí, ni nosotros tampoco. Porque, no nos conocemos, ¿verdad?

Melitón miraba con ojos sorprendidos y probablemente estaría pellizcándose la pierna para saber si todo era un sueño.

La rubia le despertó del sueño. Porque no todo iba a ser tan dulce.

—Por otro lado —dijo fingiendo voz artificialmente melosa—, si no accedieras, no deberías olvidar que la policía suele ser muy despiadada con

los asesinos. Yaiza, cariño, hay pruebas para empapelarte inmediatamente y con pocas probabilidades de salir indemne. Pero tranquila, eso no va a suceder, Raúl tienen mucha mano con el Ministro de Interior. ¿Verdad, Raúl?

—Esta reunión ha finalizado —respondió el interpelado sin despojarse de la misma sonrisa cínica que había exhibido desde que habíamos llegado—. Yaiza, ya eres mayor para saber qué es lo que más te conviene y ya eres mayor para que sepas distinguir con quién te alías o con quién te acuestas. De lo que hagas, dependerá lo que te ocurra. Nosotros tenemos una reunión en pocos minutos y debemos acudir a la cita. Elena me acaba de preguntar si tengo mano con el Ministro de Interior, la respuesta es sí. Tengo mano para que con las pruebas que pesan sobre ti vayas a la cárcel y tengo mano para que, una vez dentro, haya amigos que procuren que no te aburras. Alguien habrá que te entretenga.

—Lo que parecía evidente ahora se ha hecho palpable —argumentó Melitón—. Ahora entiendo qué es lo que hay detrás de las reiteradas manifestaciones del Movimiento contra la Intolerancia frente al FI. Supongo que esos les han salido más baratos, pero que en su nómina están, de eso ya no me caben dudas. Ustedes son de esos que todo lo que desean lo compran. ¡Que tienen interés en obtener un contrato multimillonario! Pues se compra todo lo que sea comprable para conseguir el objetivo. Me dan asco. No se trata de ideas, ni de un signo ni de otro, solo se trata de dinero.

Se produjo un silencio en la estancia que resultó paradójicamente atronador. Mi profesor me miró y continuó:

—Yai, no aceptes el acuerdo. No te vendas.

Le acaricié con la palma de mi mano su mejilla y sonriendo a todos los presentes, comenzamos a abandonar la sala, más cabizbajos y vencidos de lo que habíamos entrado. Ya en la puerta del garaje, con ella abierta y viendo a Petros que dócilmente nos estaba esperando, anuncié mi respuesta al consejero de Educación de la Comunidad de Madrid y a Elena Malmierca, la de los zapatos de Carolina Herrera.

—Nos volveremos a ver, no sé en qué circunstancias. Si acepto su oferta será para pedirles que acuda el periodista. Si no la acepto, también se lo haré saber para que me busquen una celda con cortinas, eso si no les busco yo una antes a ustedes. Ha sido un placer —bravuconeé.

—¿Conoce cómo es una cárcel para mujeres por dentro? Piense en ello. Yo no lo sé, pero prometo visitarla para que me lo cuente si se diera el caso. Espero que no se dé —se despidió la rubia.

Cuando la puerta se cerró, Melitón que parecía guardar una rabia interior cuyo potencial era para mí desconocido, se acercó a Petros K, justo a la altura de sus ojos e, inclinándolo fuertemente su frente sobre la nariz de este, le tiró al suelo de un cabezazo. Me asusté al verle tumbado aturdido por el golpe recibido y sangrando. Melitón se agachó, le cogió del abundante cabello y levantando su cabeza le escupió las palabras que le quemaban:

—Ni se te ocurra volver a jugarnos otra como esta. Volveremos solos.

Capítulo 7

Paré un taxi.

—¿Dónde van?

Le di la dirección de mi casa. Era un riesgo enorme, ya que probablemente estuviera vigilada por la policía. Pero como muy bien me dijo el detective Javier Holmes, si me hubieran querido atrapar, ya estaría entre rejas.

—Has estado muy bien. ¿Sabes que eres un cielo? —piropeé a Melitón.

—Lo sé —contestó acompañando las palabras de una carcajada que todavía evidenciaba cierto nerviosismo—. ¿Esa dirección que has dado no será la de tu casa?

—Sí. Ya lo sé, estoy loca —me excusé.

—Una loca muy atractiva —me obsequió con unas palabras que me llegaron dentro. Era la primera vez que sentía esa calidez al lado de un espécimen masculino y aunque la parte consciente de mi cerebro lo rechazaba, había algo en la situación que me generaba confortabilidad.

La instrucción dada al taxista fue la de parar a escasos cincuenta metros de mi casa. Anduvimos el trecho restante, expectantes ante cualquier posible situación extraña, pero nada vi. No parecía haber vigilancia o si la había, esta era muy competente. Entramos en el portal y abrí con mi llave sin encontrar nada que me hiciera sospechar algo. Vivía en un entresuelo y, por tanto, no tuvimos que subir escaleras. Saqué la llave de la cerradura y me sorprendí viendo el puño de mi otra mano cerrado con fuerza. Estaba nerviosa y predispuesta para la acción, algo nuevo para mí.

Miré a Melitón y comprobé que la tensión tampoco le era ajena. Empujé la puerta. A fin de cuentas, estaba en mi casa, yo no estaba detenida y no había precinto alguno que me impidiera entrar. Aunque, eso sí, había desobedecido la orden de presentarme en la comisaría tal y como me había pedido Luis Bárcenas.

Todo estaba casi igual. Digo casi porque el registro policial había dejado una evidente señal, pero el desorden no era excesivamente grave. Recorrí todas las habitaciones para cerciorarme de que nada faltaba y después me dirigí al altillo de mi armario. Allí guardaba una bolsa de deporte con mis juguetes. Unos juguetes de adulto entre los cuales debería estar un vibrador de considerables dimensiones y de color rojo. Aunque yo ya sabía que no estaría.

Y no, no estaba. Pero no estaba el consolador ni tampoco la bolsa. Faltaba el conjunto completo con todos los juguetes. Eso ya era el colmo. Me senté en mi cama, abatida, sabiéndome objeto de la escrutadora mirada de Melitón que no sabía cómo reaccionar ante mi desconcierto.

Sonó el teléfono, no el móvil, sino el de sobremesa que tenía en mi mesilla, en el mismo dormitorio. Esperé a la cuarta señal de llamada y lo cogí. La voz me era familiar.

—¡Me cago en la leche! Pero ¿qué haces en casa?» —me preguntó la voz cuyo propietario había reconocido como el inspector Bárcenas.

—Vaya, o sea que me vigilan. Son ustedes muy eficientes —me quejé.

Melitón se acercó, se arrodillo ante mí y me abrazó según estaba sentada en la cama.

—Yaiza, estás jugando con fuego. Eres muy joven y quizá no seas consciente de la catadura de ciertos personajes con los que te están empezando a enredar. Ándate con cuidado. Si no lo haces, te arrestaré, tengo motivos más que suficientes. Será la única forma de que estés segura.

—¿Segura en un calabozo? ¡Váyase a la mierda! —me despaché—. Le voy a contar para qué he venido, para hacer su trabajo, el que no saben hacer ustedes. No está mi bolsa, una bolsa cargada de objetos destinados al placer sexual y no quiero una puta palabra de cachondeo. Se han llevado todos mis juguetes. Cuando me robaron el vibrador rojo que estaba en el cuerpo de Ismael, no solo se llevaron eso, sino también el resto. ¿Qué será lo siguiente que va a ocurrir?

Noté que Melitón me abrazó aún más, casi me hacía daño. Le miré advirtiéndole para que aflojara la presión.

Luis Bárcenas permaneció en silencio un tiempo razonablemente largo. Intuí que meditaba la consecuencia de la información que le había dado.

—Yaiza, Belén, la periodista de FI, ha desaparecido. Hemos registrado su casa. De entre las cosas que hemos encontrado, algunas nos han llamado la atención. Te transcribo una parte del inventario: bolsa de piel azul, de tamaño mediano, con cierre de cremallera y con distintos utensilios en su interior, a saber: un consolador de pequeño tamaño de color azul, otro de mayor tamaño negro y otro de gran tamaño blanco. Un pequeño látigo con empuñadura de plástico negro y con siete tiras de piel, otro más largo con la punta acabada en una esfera. Una especie de aparato —así consta en el inventario— que sirve para que una mujer pueda hacer penetraciones. El que ha escrito esto dice que cree que se llama arnés. Diferentes botes de crema estimuladora lubricante,

cinco cajas de preservativos, una de ellas con sabor a chocolate y, por último, una caja, en cuyo interior hay tres conjuntos de bolas chinas, cada juego de tamaño diferente. Vaya, todo un arsenal. ¿Preveías una guerra inmediata?

Nuevamente silencio, esta vez por mi parte, que era la que debía decir algo.

—¿Lo reconoces como tuyo?

—Sí, es mi bolsa. Alguien me está liando. Falta un objeto, un consolador doble para estimular el ano y la vagina a la vez, de color blanco —asumí, tratando de vencer la vergüenza de reconocer que guardaba ese objeto entre mis pertenencias.

—Vaya, veo que los tienes perfectamente memorizados. Ese objeto tan peculiar no figura en el listado que me han entregado. Te diré algo. Ándate con cuidado, Yaiza, ese profesor que tienes a tu lado no te va a proteger. Por cierto, ¿sabes que estuvo detenido y pasó tres meses en prisión acusado de maltrato a su novia, sobre la cual tiene orden de alejamiento?

La noticia me cayó como si me hubieran dado un mazazo en la cabeza. Miré a Melitón y le aparté las manos de mi cintura. Seguía apretando y me estaba haciendo daño. Luis había cortado la comunicación.

—¿Qué te ha dicho ese policía? —me preguntó.

—¿Y cómo sabes que era el policía?

—Hombre, lo he deducido por el contenido de la conversación. Dime qué te ha contado porque el estado de tu cara no me augura buenas nuevas —insistió.

Empujé a Melitón con la palma de mi mano sobre su pecho y con la otra mano le propiné un bofetón que retumbó entre las paredes de mi habitación.

—Eres un hijo de puta, explícame el motivo por el que has pasado tres meses en una celda. ¿Qué haces a mi lado? ¿Eres un elemento más de la conspiración que se ciñe sobre mí? —le grité.

—¡Maldito cabrón! Ha sido el policía, ¿verdad? —exclamó y confirmó con esa expresión que la noticia que acababa de recibir era cierta.

Me aparté de él y sobre la cama encogí mis piernas atrapándolas con mis manos. Y recostando mi cabeza sobre mis rodillas, lloré.

Él me miró sin saber qué decir. Sus ojos tampoco podían contener las lágrimas. Siguió de rodillas y en silencio.

—¿No tienes nada que decir, desgraciado? —le insulté.

— Fue hace tres años. Ella era una mujer mayor que yo, casada. Mantuvimos una relación tortuosa. Según me confesó, estaba muy enamorada

de mí y ella para mí era una compañera de cama estupenda, pero solo eso. Nos veíamos una vez a la semana, quizá dos; ella siempre acudía deseosa y a mí eso, junto al hecho de saber que estaba casada, me excitaba más de lo que cualquier mujer había conseguido hasta el momento. Un día su marido se enteró, o eso me dijo, porque lo que yo creo es que se lo contó voluntariamente para provocarle. El caso es que llegó con evidentes marcas en la cara, él le había pegado. Al principio la consolé, pero luego me asusté. Y le dije que eso se acababa, no quería formar parte de una relación que a la larga resultaría tóxica para mí. Ella no lo entendió así y al principio hizo uso de insultos. Pero más tarde, ante mi negativa de continuar con la relación, se abalanzó sobre mí y comenzó a golpearme. Yo ni tan siquiera me defendí, pero llegó un punto en que debía desembarazarme de su acoso y la empujé. Quizá más fuerte de lo que debía. Se golpeó contra el suelo y quedó inconsciente. Llamé a una ambulancia y, en fin, resulté acusado del golpe que involuntariamente se dio por el empujón, y de los de su marido, con el cual continuó viviendo. Creo que hoy siguen juntos. Dos años me cayeron que, sin antecedentes, no me hubiera supuesto pisar la cárcel. Aun así, el juez me quiso dar un escarmiento y pasé tres meses encerrado. De ese período no quiero ni acordarme. Afortunadamente, tuve amigos que me ayudaron a seguir adelante y velaron porque mis meses de cautiverio no fueran traumáticos para mí. Ya lo sabes, es la verdad.

Yo seguí llorando. Él también lloraba y en ese momento entendí que, por amor, y no sé si era demasiado temprano para emplear ese término, se es capaz de perdonar casi todo. Esperaba que de la decisión que estaba a punto de tomar, no me tuviera que arrepentir en ningún momento posterior.

Un fugaz pensamiento me asaltó. ¿Y si Melitón estuviera a mi lado para seguir mis pasos y si llegara el caso liquidarme al igual que hizo con Ismael? No tenía mucho sentido, él no vino hacia mí, fui yo hacia él, pero la idea me atormentaba, me atormentaba tanto y tan absurdo me parecía el planteamiento, que decidí dar por zanjado el asunto. Aunque con eso no conseguí espantar la zozobra.

—Llévame a tu casa, y deja de llorar, ¡nenaza! —le ordené con aire lo suficientemente desenfadado como para hacer desvanecer de nuestra memoria las últimas palabras.

El taxi nos dejó en la puerta de su vivienda, pero ante la incertidumbre de lo que pudiera prepararme Melitón para la cena, decidimos visitar una cafetería donde fuéramos capaces de tomar algo decente. Yo pedí un montado

de lomo con queso y un gin-tonic. Mi profesor, después de recomponer la cara de asombro por la bebida con la que pretendía acompañar el condumio, pidió lo mismo.

—No paro de dar vueltas a la cabeza sobre el mensaje que envié a Belén antes de la muerte de Ismael —quise poner en común con él—, la llamé zorra. En el SMS le transmití que pretendía evidenciar la verdad de lo que escondían los libros contables y que se llevase a su perrito, que ya lo había usado. Eso la tuvo que herir. ¿Destapé la caja de Pandora con ese envío? No deje de pensar que pudo ser así y que con ello sentencié a mi ayudante.

—¿Qué quisiste decir con lo de perrito? ¿Y qué has querido decir con qué lo habías usado? —preguntó mi ingenuo profesor.

—Ummm, digamos que no quiero hablar de ello —me evadí.

—Vale, no hay confianza, lo entiendo. Yo solo soy un florero que adorna el entorno, pero que cuando no interesa, se debe quedar en su sitio, sobre la mesa y sin molestar —me dijo resignado. Entendí su postura y sentí que no había obrado bien.

Pegué un considerable trago a mi copa, tal que la dejé tambaleando, y pedí otra para pasar las últimas migas del montadito. Reconsideré mi última respuesta.

—Ismael, además de ser un topo, aunque aún no sé todavía a quién reportaba la información, era amante de Belén, la periodista. Parece que, dentro de su relación, él actuaba como su sumiso o esclavo sexual. Cuando entró a trabajar en Leo&Blas, no tardó en manifestar ese deseo y yo lo aproveché. También puede ser que yo le indujese a que su deseo se manifestase, no sé. Antes de que lo preguntes te diré que lo único que pasó es que se arrodilló ante mí y me dio un masaje en los pies. Por eso le llamé perrito cuando envié el SMS. Sé que tenía un carácter sumiso y que le excitaba entregarse a los deseos de una dama, conmigo fue así.

—¿Y eso te gustó? —siguió haciendo gala de su ingenuidad.

—A ver, espabila, ¿a qué mujer no le gusta tener a un guapo y elegante joven arrodillado ante ella dándole un masaje en los pies? —Satisfice su curiosidad—. La cuestión es que, con mi conversación con Belén y posterior mensaje telefónico, puse en evidencia dos asuntos. Uno, que su mascota estaba deseando otra ama. Eso, para una mujer que casi doblaba la edad de Ismael y con un físico no excesivamente agraciado, tuvo que ser duro y le debió escocer. Dos, que yo iba a seguir hurgando en la contabilidad en contra de las instrucciones recibidas de mi jefe, Blas. Observa, Melitón, que

las dos cuestiones podrían ser por sí solas suficientes para actuar. La primera es el despecho de una mujer posiblemente enamorada. La segunda es que alerté de que no me iba a conformar con hacer el trabajo rutinario pudiendo poner en peligro los intereses de FI. Además, mi ayudante, la noche antes de ser asesinado, había descubierto bastantes cosas interesantes en la contabilidad y que me puso en común *grosso modo*. Lo que no sé es si hizo partícipe a su amiga, o ama, de lo que había encontrado y esta a su vez lo puso en conocimiento de los responsables del partido.

—O de los italianos —añadió con bastante tino el profesor—. ¿Crees que alguien es capaz de matar porque un auditor evidencia en su contabilidad irregularidades?

—Imaginemos —traté de dar respuesta a la cuestión que me planteaba— que, con la ayuda de sus correligionarios europeos, FI consigue hacerse con el canal de entrada de fondos europeos para la formación, ¿de cuántos millones hablamos? José Antonio Mendizábal y su colega Filomeno saben que hasta ahora han actuado de manera un tanto chapucera con el registro de sus actividades, pero necesitan que alguien audite sus cuentas y como requisito para hacerse con el contrato que les otorgue la gestión de los fondos, necesitan un informe de auditor favorable. El hecho de que quien les va a auditar les llame y les diga que va a investigar a fondo, puede ser causa para que se pongan nerviosos. Hay muchos millones en juego.

—Pero ¿por qué matar a Ismael? En tal caso debería haber sido a ti —siguió poniendo su granito de arena Melitón.

—Quizá porque él fue el que llamó a Belén para decir lo que había encontrado, o quizá para darme un escarmiento a mí y de paso a Blas y a Felisa asesinando a su hijo. La verdad es que no encaja demasiado todo esto —confesé.

—No encaja y menos cuando se tiene en cuenta la forma en la que le mataron.

—Cierto —aclaré—. Quien le mató, puso empeño en crear una escena concreta, de forma premeditada. Se tomó la molestia de entrar en mi casa, robarme mis juguetes sexuales y un cuchillo. Además, fue asesinado en mi despacho. Es como si alguien quisiese incriminarme.

—O en todo momento el asesino lo que quería era castigarte a ti vengándose de su perrito infiel. Hablo de la periodista desaparecida, por supuesto. Su desaparición no es fortuita. Quizá esté escondida —apostilló Melitón mientras se levantaba para pagar.

Según regresaba, contando las monedas de la vuelta, me miró para ver si me levantaba yo o se sentaba él, y me espetó sorprendiéndome:

—¿Sabes que eso de someterse al capricho de una mujer me llama la atención?

—A ti y a todos los varones —reí—. Lo que ocurre es que os avergüenza confesarlo. ¡Ay, esa estúpida fachada! Cuántos ratos de placer nos ha quitado a los débiles humanos.

Capítulo 8

Habíamos llegado a casa de Melitón y yo, cansada como estaba de todo lo acontecido durante el día, me apresuré a desvestirme. Él se presentó en el dormitorio, cuando ya estaba semidesnuda y a punto de acostarme, con una botella y dos copas. Se trataba de un vino blanco, de uva variedad verdejo, de Rueda y muy frío. Sabía cómo arrastrarme por los lodazales del deseo y ese prometía ser un comienzo excelente.

Sirvió el vino gélido y chocamos nuestras copas sin proponer brindis alguno. Nos miramos con una de esas miradas en las que una sabe cuál será el final, me tumbé en la cama y comencé el juego que rondaba por mi cabeza. Lo llevaba deseando desde el momento en que mi malogrado ayudante despertó en mí el instinto de dominadora.

—Levántate y quítate la ropa, despacito, que no hay prisa. Quiero que me seduzcas y quiero que lo hagas con arte.

—Ah ¿y no prefieres quitármela tú? —se atrevió a desafiarme.

—Escucha, y pon atención porque no me gusta repetir las cosas. Levántate, quítate la ropa despacito y procura hacerlo de forma que mi excitación me impida darte calabazas esta noche. Porque, de momento, es lo que me apetece, dejarte con las ganas y pagar cara tu insolencia con una noche de abstinencia. ¿Es eso lo que quieres? Porque si es así solo tienes que decírmelo, algo encontraré por la casa con lo que entretenerme que sea más provechoso que tú.

Había que establecer las reglas y lo mejor era hacerlo desde el principio, dejando claro que no había más norma que la que yo impusiera. Melitón así lo entendió, ya que se levantó, manipuló los mandos de un pequeño equipo de música que tenía sobre la estantería, ya que hoy no había actuado el automatismo de la noche anterior, y acto seguido comenzaron los primeros acordes de «You can leave your hat on» de Joe Cocker. Al ritmo de la música, comenzó a despojarse de los zapatos, los pantalones y la camisa emulando a lo que Kim Basinger hizo ante Mickey Rourke en la película de Adrian Lyne.

—¡Todo! —le grité.

Me miró visiblemente azarado. La noche anterior ya habíamos puesto a la vista nuestras vergüenzas al completo. Pero una cosa era hacerlo en el curso del acto sexual y otra muy distinta era hacerlo en solitario bajo la atenta mirada de la otra parte. Al final se impuso el criterio del líder, o sea, mi

criterio, y Melitón dejó a la vista su miembro varonil de tamaño bastante apetecible y preparado para la ocasión.

Mentiría si dijese que la vista ofrecida no estaba comenzando a eclipsar el resto de mis sentidos y mi entendimiento.

Una vez completado el baile, que concluyó exactamente con el fin del tema musical, me miró buscando mi aprobación, se acercó a mí y me estrechó en sus brazos. Por entonces yo ya estaba en disposición de entregarme a los libidinosos besos de mi profesor favorito. Lo deseaba, pero había algo que deseaba más. Seguir jugando. Y así iba a ser. No podía consentir que se me escaparan las riendas como consecuencia de unos estúpidos sentimientos que no conseguía controlar.

Cuando le referí de forma somera lo entregado que estuvo el que fuera mi compañero en la firma de Leo&Blas, no me pasó desapercibido el interés que Melitón había mostrado y eso había que explotarlo. Además, quería seguir indagando en mi interior sobre el asunto, no estaba segura de si, lo que tanto me había excitado había sido el propio Ismael, o el hecho de tener a un hombre a mi entero capricho.

No tardaría en saberlo. Aunque había algo en mi interior que me incomodaba, quizá fuera el hecho de intuir que hay cosas que cuando se prueban, ya no hay marcha atrás. ¿Estaba a punto de entrar en un punto sin retorno?

Me levanté bruscamente de la cama, sin explicación alguna, dejándole sorprendido por mi inesperada reacción y le pedí que se tumbara boca arriba sobre el colchón con los brazos estirados.

—¿Dónde guardas las corbatas? —le pregunté.

Su asombro le impidió contestar, mas el lugar donde instintivamente dirigió su mirada me dio la pista que necesitaba. Tomé tres, dos bastantes decorosas y otra horrible y pasada de moda. Tomé esta última y se la tiré sobre su torso desnudo.

—¡Póntela! Sin aflojar el nudo, te quiero bien atado —le ordené.

Mi tono de voz era premeditadamente autoritario. Bajé la vista y comprobé con plena satisfacción que el juego que estaba a punto de comenzar era del gusto de mi compañero. Había que seguir. Estaba monísimo con su hercúleo cuerpo, desnudo, como su madre le trajo al mundo, exhibiendo sus potentes atributos para mí y con una horrenda corbata colgada del cuello por única vestimenta.

—Abre los brazos —seguí ordenando.

La cama tenía cabecero con barrotes de forja. Era perfecto para mis pretensiones. Anudé las corbatas a sus muñecas con un nudo que se me antojó difícil de deshacer en caso de que se lo propusiese y le pregunté:

—¿Va todo bien?

Melitón respondió con un gesto afirmativo, así que sonreí y añadí:

—Pues si todo va bien, eso quiere decir que debo apretar más.

Tiré de los dos nudos y me aseguré de que mantuvieran la suficiente tensión como para no aflojarse y tampoco lastimarme. Pero no parecía querer Melitón librarse de su cautiverio. Dócil se consideraba entregado a mis fantasías, que parecían ser las suyas. Seguí atenta al indicador de su deseo y comprobé que la situación le tenía en un estado de excitación bastante considerable. De ello me beneficiaría, pero sería a su debido momento.

Con los brazos atados al cabecero de la cama le tenía a mi merced. Había que seguir antes de que se me quedase frío, que con los hombres había que respetar mucho esas cosas.

—A partir de ahora y hasta que el juego termine, te dirigirás a mí como señora. ¿Alguna duda?

—De acuerdo... Señora —por fin consiguió articular alguna palabra con sentido y cordura.

Rebusqué entre los cajones del armario y encontré un pañuelo para el cuello, de tupido tejido azul, que juzgué perfecto. Se lo coloqué sobre la cara de tal forma que quedase mi amante sustraído del sentido de la vista, así aún estaría más a mi merced.

Una sonrisa maliciosa se apoderó de mí. Ya le tenía para mí. Recorrí con mi dedo índice sus piernas y sus muslos de forma pausada. Siempre atenta al barómetro de excitación de Melitón. Parecía no haber riesgo de caída. Había sido una buena elección.

Ascendí con mi dedo suavemente y acaricié caprichosamente el indicativo que justificaba en su carné de identidad el apelativo de varón. Estaba en su punto, como a mí me gustaba. Quería besar su piel y conocer su sabor. Recorrí con mis labios el relieve de su perfil y me dediqué a la parte que más me interesaba hasta que comprobé que tenía que aflojar la presión si no quería adelantar el fin de la fiesta. Las convulsiones de Melitón me dieron suficiente pista de que estaba llegando a su límite. Aguantaba bien. Decididamente, había elegido el mejor.

Decidí cambiar el juego para no correr riesgos innecesarios, parecía un espécimen con aguante, pero no era cuestión de abusar y que se me

desinflase. Levanté levemente la prenda que le tapaba la cara, de tal forma que dejé su boca libre pero sus ojos tapados. Me senté a horcajadas sobre sus recién destapados labios, apoyé mi sexo sobre su cara y le ordené una nueva tarea:

—Demuestra lo que sabes hacer. Quiero ímpetu, no me defraudes, chaval.

Y lo demostró. Mientras su lengua recorría mi anatomía, yo inicié un movimiento rítmico sobre su boca orientándole sobre la cadencia que debía emplear con sus caricias. Primero despacio y lento. Levanté mis manos mientras le cabalgaba y me las coloqué sobre mi nuca. Más tarde la cadencia de los movimientos se aceleró, siempre de forma rítmica y, pasados unos cuantos segundos, no demasiados, el ritmo se convirtió en frenético.

Poco más aguanté en esa situación, le agarré con ambas manos de su cabello tirando de él con fuerza hacia mí para que llegara hasta lo más profundo con su lengua y no tardé en acompañar mi orgasmo de un gemido gutural que a buen seguro fue escuchado por todos los vecinos de la vivienda. «¡Qué sufran!» pensé.

Bajé la cabeza y comprobé que el húmedo rostro de Melitón sonreía.

—¿Qué tal lo he hecho, Señora? —se atrevió a preguntar orgulloso sabedor de que la respuesta a su pregunta sería de su agrado.

No le tuve en cuenta el desliz y decidí ningunearle. Volví la cabeza para comprobar que la excitación de mi compañero seguía intacta y le vi.

El sobresalto fue mayúsculo. Fue un instante, todo transcurrió a una velocidad de vértigo. Me quedaría para siempre el recuerdo del terrible susto. Pero nada más recuerdo de ese momento. Inmediatamente noté un golpe en la cabeza, seguido de un tremendo dolor y todo se fue. Oscuridad.

No sé cuánto tiempo estuve inconsciente. No debió ser demasiado. Oía gritos entre mis sueños, mi nombre era incesantemente repetido a voces, pero no eran voces, eran murmullos emitidos por una boca amordazada. Abrí los ojos, me dolía la cabeza y me aturdían los berridos. Era Melitón que me llamaba, o por lo menos lo intentaba. Aclaré la vista frotándome los ojos y aunque no fue suficiente para tener una visión clara, sí lo fue para ver a Jaime Colombo, el detective imbécil, sobre el cuerpo desnudo de mi profesor propinándole puñetazos en el rostro que alternaba con tremendos bofetones y carcajadas. Ese tío era un psicópata, le estaba zurrando a mi amante y disfrutaba con ello. Ver esa boca ensangrentada, la misma que hacía escasos minutos tanto placer me había dado, enardeció mi espíritu de guerrera y

sacando energía de lo más recóndito de mi interior, me abalancé sobre el inesperado asaltante. Le agarré del cuello sin preocuparme del daño que le podía hacer y apreté con todas mis fuerzas.

Parece ser que conseguí mi propósito, ya que cesaron las agresiones de este y llevándose las manos hacia su cuello trató sin éxito de librarse de la presión que yo ejercía privándole del aire para respirar. Estaba venciendo la batalla. Y me confié, tremendo error. Fue un instante en el que temí que de seguir así le podría matar. Un instante de maldita debilidad que supuso que la batalla se desequilibrase en mi contra. Logró el detective zafarse de mi abrazo fatal y con una inesperada llave me tiró al suelo dando mi cabeza contra el frío y duro parqué del dormitorio.

De nuevo oscuridad. De nuevo los gritos ahogados de Melitón que retumbaban en mi cabeza. Quería levantarme, sabía que la vida de él y la mía dependían de que no me faltase energía para luchar. Pero no encontraba la fuerza necesaria. Todo parecía perdido y comencé a asimilar que mis días estaban a punto de llegar a su fin. Los míos y los de él.

Pero esta vez hubo algo nuevo con respecto a la anterior ocasión en que estaba en el suelo seminconsciente. Un disparo. Quizá fuese el primer disparo de un arma que escuchaba a lo largo de mi vida, pero sabía que era un disparo. Seco y grave. Mortal.

Por un instante consideré que yo era la destinataria del envío, pero no parecía ser así.

Aún retumbaba el eco de la detonación cuando abrí los ojos asustada. No sabía quién había sido el receptor de la bala escupida por esa arma. Me palpé el pecho para constatar que no había sido yo la agraciada. Temí por el profesor. Mi vista consiguió el enfoque necesario y pude comprobar que, en la habitación, sobre la cama, seguía mi amante en movimiento, tratando de zafarse de sus ataduras y aún con mis bragas en la boca según se las debió colocar el detective antes de ser un cadáver. Porque eso es lo que ahora era, un fiambre. Sobre Melitón yacía el cuerpo del sabueso con un minúsculo y redondo agujero en la espalda rodeado de un cerco de sangre. Estaba muerto, no sería necesario comprobarlo, estaba segura de ello. Miré hacia atrás y no vi a nadie, ni rastro del autor del disparo. Todo era tan confuso que no entendía nada, me parecía un sueño. ¿Quién había disparado?

Olía a pólvora. Nunca había respirado el perfume de la pólvora de una bala recién disparada, pero había algo en ese olor que destapaba mis emociones. Pólvora y sangre, una combinación que podría resultar adictiva.

Me apresuré en socorrer a Melitón. Aparté como pude el cuerpo de Jaime Colombo y desaté los brazos sujetos con las corbatas. Le quité la venda de su cabeza antes de que lo hiciera él y observé su cara de desconcierto.

—¿Estás bien Yaiza? ¿Qué ha pasado? —Se interesó por mí a pesar de haber recibido una buena zurra—. Ha sido un tormento, sentí tu respiración agitada y noté que explotaba tu sexo sobre mi boca, a partir de ese momento escuché dos golpes consecutivos, el segundo entiendo que fuiste tú cayendo al suelo y ya no sé encadenar más hechos. Me metió tu ropa interior en la boca y apenas podía gritar. Comencé a recibir golpes en mi rostro y no entendía lo que estaba pasando. ¿Estás bien de verdad?

Le cogí su rostro y con lágrimas en mis ojos le besé los labios manchados de sangre. Seguían sabiendo a fruta fresca, esta vez muy dulce. Al igual que nunca había aspirado el perfume de la pólvora de una bala recién disparada, tampoco había degustado el sabor de la sangre. Pólvora y sangre, me gustaba.

—¡Vístete! Tenemos que llamar a la policía. Ya veremos cómo acaba esto— le pedí temerosa de que esa noche durmiéramos sobre el frío y duro catre de una celda.

Busqué en mi bolso y lo encontré. La tarjeta del inspector Luis Bárcenas, con él era con el único que estaba dispuesta a hablar. La noche había dado un giro trágico y drástico a los anteriores acontecimientos que, ya de por sí, eran lo suficientemente graves.

—¿Estás segura de quieres llamar a la policía? Creo que ya estás metida de mierda hasta el cuello y esto no te va a ayudar mucho. Vete, no sé, quizá a un hostel hasta que todo esto pase. Diré que estaba yo solo en casa y que este energúmeno me vino a ver con unas intenciones nada amigables y me vi en la necesidad de defenderme. A fin de cuentas, es mi casa —se esforzó Melitón en convencerme, sin éxito, por supuesto.

—Eres un cielo. No colaría, mi querido amigo. Lo mejor será afrontar lo inevitable y confiar en el buen hacer de ese inspector —le atajé.

Miré de nuevo al desafortunado detective cuyo cuerpo había caído sobre la alfombra del dormitorio. Había tenido que empujarlo para separarlo del cuerpo de mi profesor sobre el que se encontraba muerto. Una minúscula bala de un centímetro de grosor y capaz de sesgar la vida de una persona en cuestión de nanosegundos. Qué ironía.

Tomé mi teléfono y de manera agolpada traté de contar al policía la secuencia de los hechos desde que comenzamos con el vino blanco hasta ese

momento. Por supuesto, obvié parte de los detalles. Los que hubo entremedias. No los consideraba relevantes de cara a la denuncia que estaba formulando a través del aparato telefónico.

*

Una hora después, me encontraba en una sala de interrogatorios. Yo sola. Probablemente en una sala contigua estuviera siendo interrogado Melitón.

Acumulaba ya tres versiones similares de lo sucedido contadas a tres personas diferentes, todas ellas a cuál más desconfiadas. Lo cierto es que la historia tampoco es que resultase demasiado convincente, incluso para mí que lo viví. Aunque en mi favor debería decir que todavía estaba confusa por los dos golpes recibidos en mi azotea.

—¿Vio a la persona que disparó?

—No, ya se lo he dicho, yo estaba en el suelo. Había perdido momentáneamente el conocimiento por el golpe que me di contra los duros baldosines.

—¿Cómo entraron en la casa, primero el detective y luego el asesino?

—¿Y cómo quiere que lo sepa? Entrarían por la puerta, yo que sé.

—¿No oyeron entrar al detective?

—No, estábamos ocupados. ¿Lo entiende o se lo tengo que explicar?

—¿En qué estaban ocupados?

—Hombre, échele un poco de imaginación. Un hombre de la talla de Melitón y una mujer de mi calibre, los dos solitos en la cama y con dos copas de vino vacías sobre la mesilla. Ya está, lumbreras, lo tengo. ¡Jugábamos al parchís!

—Venga, dejémonos de bromas. ¿Dónde ha escondido la pistola después de matar al señor Colombo?

—En tu puto culo, cabeza de chorlito.

Y así otro policía más.

—Dime dónde está el arma, quizá se pueda alegar defensa propia, él estaba en vuestra casa.

—Que no, que yo no le maté.

—¿Qué hacía tu novio mientras el detective te pegaba? Porque antes has dicho que te dio un golpe y caíste, ¿por qué no te defendió tu profesor?

—Porque se estaba anudando la corbata, ¿satisfecho?

—¡Ah, la corbata! ¿Iban de fiesta quizá?

—Sí, a cenar con tu puta madre —poco tenía ya que perder.

La puerta de la sala se abrió, y esta vez sí entró el inspector Luis Bárcenas. Hizo un gesto a su antecesor en el interrogatorio y este abandonó la sala.

—Vaya lío que tienes, pequeña —me lanzó con voz de preocupación, o por lo menos eso es lo que yo preferí considerar—. ¿Y ahora qué hacemos?

—Tú eres el policía —le espeté tratando de disimular la intranquilidad que me invadía.

—Pinta mal —continuó el policía—. Tu versión coincide plenamente con la de tu socio, es probable que digáis la verdad. Pero es tan incongruente la historia que no te puedo soltar. A ver, recapitulemos. Te vas con tu amiguito a la cama después de haber hecho una visita a los muchachos del Movimiento contra la Intolerancia. Antes habías tenido una pelea con el detective malogrado que se saldó con un par de golpes que se llevó él. ¿Me quieres hacer creer que le zurraste tú solita?

—¿No me crees capaz? Se los merecía por capullo —le interrumpí.

—Seguro, ¿igual que el tiro? —me lanzó el dardo.

—Yo no tenía ningún arma.

—¿Seguro? ¿Te acuestas con un desconocido y no guardas un arma debajo de la almohada? Venga, dime que sí y acabemos esto lo antes posible.

Como no le contesté, se consideró con el derecho a continuar:

—O sea, que vosotros a lo vuestro, entregados a vuestro laberinto de pasión y ajenos a que la puerta de entrada a la vivienda estaba siendo forzada. Sí, entró por la puerta, hay evidencias de que entró con una ganzúa, aunque sin apenas hacer daño en la cerradura. Creo que sabía usar la herramienta.

El inspector no paraba de escrutarme con su mirada, supongo que tratando de adivinar cuánto de verdad había en mi declaración. Tenía una mano sobre la mesa y no paraba de tamborilear sus dedos provocando un sonido que me estaba poniendo nerviosa. Supongo que era deliberado y él fácilmente intuía lo que me molestaba el soniquete.

—¿Podría parar? —le pedí.

—¿De interrogarte? —o ese inspector era tonto o se estaba mofando de mí a base de bien.

—¡No, leches! De hacer ese puto ruido. Creo que la convención de Ginebra prohíbe torturar a los prisioneros —me extralimité.

—No eres una prisionera —dijo y siguió con el replique de sus dedos sobre la mesa.

Decidí no decir más.

—Vale, seguimos. No le habéis oído entrar. Y has declarado que nada más correrte —ahí carraspeó el inspector—, te volviste para ver si tu amiguito seguía con su arma cargada. Y en ese momento le viste, justo antes de recibir un golpe. El primero de la noche. Luego hubo otro, cuando después de tenerle agarrado el cuello, consiguió lanzarte contra el suelo. Y nada más, un disparo de alguien que no sabes quién es, le mató. Qué oportuno el asesino, ¿no te parece? Vamos, hija, los ángeles de la guarda no existen, cuéntame la verdad.

—Creo que tengo derecho a un abogado —ya estaba harta.

Luis Bárcenas salió resignado de la sala y allí dentro, sola, permanecí lo que me pareció una eternidad, aunque probablemente no fueran más de diez minutos.

De nuevo entró, traía una botella de agua mineral de medio litro que me ofreció. La tomé y bebí con ansia.

—¡No será el suero de la verdad!, aunque de ser así, poco más me iba a sacar —bromeé ya con la boca menos seca.

—Yaiza, piensa bien la respuesta. ¿Crees que el detective entró a desquitarse del golpe que le diste y darte un buen susto, o crees que entró con la intención de acabar con vuestra vida? —me preguntó abandonando la sorna de sus anteriores preguntas.

—No lo sé, de verdad. Creo que si hubiera entrado a matarnos lo habría hecho. Pero no estoy segura. Quizá de no haber aparecido ese ángel de la guarda, los dos estaríamos asistiendo a nuestro propio funeral —respondí realmente lo que pensaba, como si se tratase de una reflexión en alto.

—Han encontrado signos evidentes de que entró otra persona por la misma puerta que Jaime Colombo había forzado para entrar. Probablemente fueran dos individuos de gran tamaño y calzado del cuarenta y seis. Hay huellas de dos personas en las dos direcciones, de entrada y salida. Son huellas tan similares que han hecho dudar a la policía científica de si se trataba de las pisadas de una persona o de dos. Al final han concluido que se ha tratado de dos individuos de corpulencia parecida e igual calzado. De ser así, vuestra historia podría ser cierta. Además, no hemos encontrado el arma en la casa —me explicó el inspector.

—Gracias al cielo, porque hasta ahora todo parece ser realizado para incriminarme. ¿Estamos entonces libres? —lancé prematuramente las campanas al vuelo.

—Depende del fiscal, aún no lo sé. Antes pediste hablar con un

abogado, allá tú, los leguleyos no son gente de fiar. ¿Quieres hacer una llamada o prefieres ser atendida por un abogado de oficio? —me lanzó la pregunta y me di cuenta de que mi suerte no había mejorado. Seguía detenida.

Depositó un teléfono móvil sobre la mesa y como leyéndome el pensamiento me explicó:

—No estás detenida. Solo retenida para ser interrogada. Me salgo para que hagas la llamada.

Podía llamar a un abogado, pero no conocía a ninguno o por lo menos no me sabía el teléfono de ninguno. Además, estaba de acuerdo con lo que Luis Bárcenas me había dicho, no se trataba de gente muy recomendable. Pero había que aprovechar la llamada y no se me ocurría mejor nombre que el que tenía en mente y al que ya iba siendo hora de devolver sus numerosos mensajes.

Capítulo 9

—Hola mamá, ¡cuánto tiempo que no hablamos! —saludé a mi progenitora, a la que no veía desde hacía más de un año.

—Yai, qué sorpresa, no sabía cómo localizarte, nunca atiendes el teléfono. Pero es muy tarde para estar levantada, ¡ay, cabecita loca! ¿Cómo estás hija?

Escuchar su voz siempre me tranquilizaba a la vez que me alegraba. No entendía cómo yo era tan despegada. El tono de su voz evocó recuerdos de mi niñez, cuando ella me hacía arrumacos sobre sus rodillas. Su cálida voz permanecía igual. La seguía necesitando y más en ese momento.

—Estoy bien, mamá. Ahora estoy sentada en una terraza tomándome un mojito con un amigo especial que ya conocerás cuando vaya a la boda —mentí.

—Un mojito a las dos de la mañana? Bueno, allí en Madrid serán las tres. ¿Entonces cuento contigo hija? me daba miedo de que no fueras a venir a verme. Va a ser muy importante para mí tenerte cerca en ese momento.

—Claro que iré, no me lo perdería por nada del mundo. Cuéntame quién es él, el afortunado que te ha conquistado —quise saber. No estaba segura de poder cumplir esa promesa que acababa de hacer a mi madre. Pero tenía que intentarlo por todos los medios. A una no se le casa la madre todos los días. Aunque tampoco todos los días a una le retiene la policía por ser sospechosa de dos asesinatos.

—Reinaldo, se llama Reinaldo León. Tiene sesenta años, o sea diez más que yo y es policía nacional jubilado —me dijo mi madre, yo dejé correr lo de los diez años menos que él, conocía perfectamente la edad que ella tenía y sabía que acababa de mentirme. Una mentirijilla piadosa—. Si recuerdas la última vez que nos vimos, te dije que me iba a vivir a una finca en el valle de la Orotava, en Tenerife. Bueno, más que una finca se trata de una comuna donde no hay nada que sea propiedad de nadie y todo es de todos. He aprendido a fusionarme con el resto de los seres que la naturaleza ha creado y a sobrevivir con lo que mis manos son capaces de producir. Allí compartimos todo, incluso a los amantes. No veas que feliz he sido y también lo bien que me lo he pasado —me contó riendo profusamente con el último comentario.

—Ya, me lo imagino —dije resignada ante la imagen de mi madre en una comuna hippy que rendía culto al amor libre. Eso es algo para lo que una hija nunca está preparada. Esperaba que la noticia no me dejase secuelas.

—El caso es que nos hemos enamorado y nos vamos a casar. Hemos alquilado un pisito en La Laguna y dejamos la finca, aunque ya les hemos dicho a todos que pueden venir cuando quieran. Dejamos la finca, pero nuestros valores siguen intactos. La boda la vamos a celebrar en la comuna. Ummm, y te voy a contar una cosa. Pero siéntate antes —la oí reír.

Como ya estaba sentada, no añadí nada y dediqué esos segundos a armarme de paciencia para lo que pudiera llegar. No presagiaba nada bueno.

—No me voy a casar de blanco, sino sin ropa, los dos iremos desnudos. Pero tú, hijita, puedes acudir vestida si quieres —continuó con las carcajadas sabedora del impacto que me estaba causando escuchar esa sarta de noticias procedentes de mi propia madre—. Yaiza, ya sabes que nunca he compartido la opinión de las mojigatas que tenemos en la familia de que esta vida sea tan solo un valle de lágrimas. La vida es un regalo de nuestra Madre Naturaleza y debemos aprovecharnos de todo lo que ella nos ofrece. Nuestra existencia es tan corta, hijita.

—Iré vestida y si puedo voy con mi amigo. Él también iría con ropa, espero que nos sepáis disculpar —afirmé.

La puerta se abrió y entró el inspector.

—Te tengo que dejar, mamá, hasta dentro de dos días —me despedí y colgué sin esperar su respuesta.

—Vaya, ¿ya tenemos abogado? —se mofó Luis Bárcenas de mí después de haber oído de quién me despedía por teléfono—. ¿No crees que has sido muy optimista diciendo a tu madre que la verás en dos días?

—Creo que no es legal espiar las conversaciones telefónicas de los presos. Se casa en Tenerife. Debo ir —probé suerte.

—El fiscal estaba indeciso sobre si presentar cargos. De momento ha prevalecido mi criterio y le he convencido. Estás libre, los dos lo estáis, no podrás salir del país y tendrás que presentarte en una comisaría de policía todas las mañanas. De no hacerlo así, ordenaremos tu detención y esta no será como la anterior ocasión. Tu detención se haría efectiva de manera inmediata —me explicó el inspector.

—Mañana quiero ir a Tenerife. El hombre con el que se casa mi madre es policía jubilado. Reinaldo León. Compruébelo, por favor. Necesito ir y prefiero hacerlo con su permiso.

—Lo comprobaré, le llamaré y le diré que se hace responsable de tu vuelta a Madrid. Yaiza, ten cuidado. Aún no sabemos ni quién ha matado a Jaime Colombo ni tampoco si él entró en casa de Melitón con la intención de

acabar con vosotros o solo daros un susto. Tampoco sabemos si seguía el encargo de alguien o estaba actuando por libre. Sospecho que estás en peligro. Podéis ir, nada os retiene.

Salí corriendo sin mirar hacia atrás. Me encontré con mi profesor en la puerta de salida de la comisaría. Tenía el rostro descompuesto.

—¿Nos vamos a dormir? —le pregunté tomándole la mano.

—Lo necesito. Pero solo dormir, no creo que esté en condiciones de mucho más —me confesó.

Esperaba que no cambiase de opinión de dar cobijo a una persona tan problemática como yo. Poco bueno le había traído desde que me había conocido. Cuando llegamos con el taxi a su casa vimos en la puerta a un policía uniformado que nos franqueó el paso. Todo estaba igual que lo dejamos, excepto por el cadáver, que ya se lo habían llevado.

Nos acostamos y reposando mi cabeza sobre el pecho de Melitón le pregunté:

—¿Te apetece ir a Tenerife mañana? Estamos de boda.

No llegué a escuchar su respuesta. Cerré los ojos y antes de estar dormida ya me había invadido la imagen de mi madre, correteando como una niña desnuda por entre los pinos y palmeras de un valle rodeado de abruptas montañas. Estaba agarrada de la mano de un policía jubilado, también desnudo y sin más vocación ambos que la de rendir culto al hedonismo.

Había pasado ya la época en que era mi madre la que me cuestionaba mi comportamiento. Ella, en aquella época pretérita, estaba plenamente impregnada de la educación católica, al igual que toda su familia, y no aprobaba ni mi vestuario de adolescente ni tampoco los frecuentes deslices a los que yo era tan dada. Eso nos ocasionó muchas desavenencias. Y ahora era yo la que me atrevía a cuestionar su comportamiento. Quizá lo que ella hacía era debido al simple principio de acción y reacción, pero lo cierto es que me había tomado la delantera en cuanto a vida libertina se refería. No entendí cómo cuando después de quedarse viuda, en el ecuador de su quinta década, rompió con sus raíces y dejó el pueblo a veinte kilómetros de Zamora para adentrarse en la vida de una comuna. Pero ¿quién era yo para tratar de entender a mi madre?

Capítulo 10. Quinto día Abrí los ojos al sentir los labios de Melitón sobre mi pecho. La mañana había comenzado cargada de besos cariñosos, unos besos acompañados de deseo. Pero en lugar de dar

rienda suelta a nuestra imaginación y tratar de concluir lo que el día anterior el detective Jaime Colombo no nos permitió, cometimos un error. El error fue ver la pantalla del teléfono móvil. El mensaje enviado nos desconcertó tanto que apenas nos quedaron ganas para más que para entender el motivo de la invitación. Era Filomeno Merlo, el partido organizaba esa misma noche un acto promocional en el casino de Torrelodones. El correo era pródigo en disculpas por no haber avisado con tiempo suficiente, pero el organizador me rogaba encarecidamente mi asistencia.

—¿Qué opinas? — preguntó curioso Melitón.

— ¿Qué opino de qué? ¿Quieres saber mi opinión del motivo por el que un partido marginal de orientación franquista organice un evento al que probablemente asistan los organizadores y algún despistado más, o quieres saber el motivo de que me haya llegado tan amable invitación sin haber hecho méritos para ello? —le contesté en un tono más desabrido de lo que la pregunta requería.

—Vale, mi señora se ha despertado de mal humor. Lo pillo, permaneceré lo que queda de mañana con la boquita cerrada —dijo aparentando resignación, aunque no por ello evitó la ironía.

—Lo siento. Me parece raro que me inviten, es solo eso. Pero tampoco se pierde nada por ir. A fin de cuentas, me tienen que tener contenta para que emita el informe de auditoría de FI. Iremos compañero. ¿Tienes algo elegante para la ocasión? —le provoqué.

Sin contestarme se levantó y me dejó sola sumida en mis reflexiones. Mi cabeza, una vez recuperada la actividad cerebral después del sueño, volvía a tratar de entender el motivo de la muerte de Ismael y la sucesión de hechos que se habían encadenado con posterioridad. Eran demasiados los actores en escena y todos ellos con intereses importantes. Los dirigentes de Fuerza Igualitaria, que se esforzaban en sacar adelante un partido ideológicamente cavernícola, pero que ni Filomeno ni su jefe de filas, José Antonio, se habían dado cuenta de ello. Un partido que había encontrado la tabla de salvación en unos facinerosos de factura italiana y probablemente vinculados con alguna organización mafiosa. De salir todo bien, a Stephan Marcuse y a su compinche, Lionel, les podrían llover millones procedentes de Europa.

Por otro lado, había aparecido en escena el consejero de educación de la propia Comunidad de Madrid que, junto a Elena, que parecía ser su ayudante en esto, trataba de que esos millones cambiasen de dirección. Para ello

utilizaba como principal arma a una banda de ingenuos activistas bautizados como Movimiento contra la Intolerancia, valores humanos y generosos si no fuera porque estaban siendo utilizados con fines menos generosos, aunque igual de humanos.

Una periodista desaparecida, que en su casa escondía la bolsa con unos juguetes que eran míos, uno de ellos fue elemento protagonista en el asesinato de Ismael, con el que, por cierto, se acostaba o por lo menos eran compañeros de juegos para adultos, que no es forzosamente lo mismo.

Y el hecho más reciente, un detective, o por lo menos aprendiz de ello, que muere sobre el pecho de mi profesor mientras estábamos en la cama practicando nuestro deporte favorito.

Demasiados figurantes en una película en la que el desenlace parecía estar aún lejos. En fin, un lío. Pero resultaba evidente que no se desharía en ese momento, sobre todo cuando Melitón abrió la puerta portando un plato en sus manos, sobre el cual había café oloroso recién hecho, dos tostadas de pan con aceite y un zumo de naranja.

—Siéntate a mi lado, te invito a compartir el café que me has preparado —me mostré irónicamente altruista con él.

—No sé si lo he soñado o es real. Me pareció oír anoche, antes de dormirme, que hoy iríamos a Tenerife. ¿Sueño o realidad?

Reí con su pregunta. Me encontraba muy cómoda en su compañía; parecía muy preocupado por mi bienestar y eso me resultaba novedoso a la vez que gratificante.

—Hijo, que parece una reflexión sacada del Segismundo de Calderón. Es real. Mi madre se casa mañana por la noche en Tenerife y no tengo más opción que ir. El inspector Luis Bárcenas me ha dado permiso para acudir al evento, no presentándome ese día en la comisaría. Ya ves, ventajas de tener un padrastro jubilado de la policía. O por lo menos, lo tendré mañana. ¿Te encargas de sacar billetes para ir? Ya no podemos partir hoy, tenemos la convención del partido en Torreldones. Iremos mañana de madrugada.

—Me encargo —se apresuró a aceptar la tarea mi eficiente ayudante.

—Hoy tiene que ser un día provechoso —yo jugaba a ser detective. Pero no debía olvidar que la siguiente víctima podría ser yo—. Quiero que investigues todo lo que puedas sobre los italianos. Esos tienen que tener un pasado del que no se sentiría orgullosa ni su madre, que seguro no es una monjita de la caridad. Quiero saber qué hacían antes de venir aquí y quiero profundizar en qué es lo que les mueve dentro de la agencia de formación de

FI, aunque de eso ya casi tenemos sobradas pruebas.

—Veo que mandar sabes, y tú, ¿qué vas a hacer? —me retó.

Aparté la bandeja que estaba apoyada sobre el colchón, con mi mano derecha le tomé de los carrillos y apretando lo suficiente como para dejar patente mi fuerza, le dije: —Soy mandona, me gusta mandar y a ti te gusta obedecerme, te pone cachondo, así que deja de hacer preguntas absurdas y obedéceme. Solo así verás culminado lo que iniciamos y no terminamos en esta misma cama.

—¿Y es? —continuó provocándome.

—Que yo mando y tú obedeces, ¡largo! —cerré el debate esforzándome en no evidenciar la sonrisa que mi ánimo trataba de expeler.

Me miró, pareció debatir internamente el mensaje que le acababa de lanzar y tras unos segundos me confirmó que mis deseos serían en el futuro sus órdenes.

Ese chico me hacía sentir bien y, si tal y como parecía, él también se sentía bien, es posible que hubiera encontrado un buen compañero de viaje.

—Pásame el móvil —le pedí.

Marqué el número de Blas. Tenía una deuda con él, o por lo menos eso era lo que yo sentía. La muerte de un hijo es algo para lo que ningún ser humano está preparado. Nadie debería sentir esa pena, pero mi jefe la sentía. Y todavía no sabía cuánto de responsabilidad en ello tenía yo.

Me interesé por cómo estaba él, su compañero sentimental Leo y Felisa. También le referí los últimos acontecimientos. Nada sabía de la muerte del detective Colombo.

—Feli lo está llevando peor que yo. Era un muchacho que se había independizado desde hacía tiempo y en alguna ocasión había renegado de nosotros, pero últimamente parecía que había asentado la cabeza. No entiendo quién le ha querido hacer daño. Leo, en cambio, está extraño. Supongo que el amor se acaba tarde o temprano, y con una diferencia de edad como la nuestra, más temprano que tarde. Hay mucha tentación suelta por ahí.

Recordé al monitor del gimnasio al que acudía regularmente Leo.

—Blas, encontraré respuesta a este enigma. No sé cómo, pero te lo prometo. La hija de mi madre es muy obstinada. Hablando de mi madre, se casa mañana. Alguna vez creo que te hablé de ella. Se casa en Tenerife. Saldré mañana para asistir a la boda.

—¡Qué suerte!, pásalo bien allí y disfruta por mí —me deseó con voz

afligida.

—Escucha —le dije sin tener muy claro el motivo por el que lo hice—. ¿Por qué no venís conmigo a la boda? Mi madre estará encantada de conoceros y será una oportunidad de evadiros de lo cotidiano. Pregúntaselo a Leo. Os invito al pasaje.

—Eres un encanto, Yaiza, pero no ando sobrado de ánimo. En cualquier caso, se lo pregunto a Leo y te digo. Gracias reina.

Colgué el teléfono y observé cómo el disciplinado Melitón ya había recogido el plato del desayuno y se estaba preparando el vestuario del día. Una jornada que exigía etiqueta.

—Voy a ir a las aulas de FI, esto es, a lo que era mi trabajo hasta que te conocí. Bueno, tampoco es que pagasen demasiado y que fuera a ser el trabajo de mi vida. Les llamaré y les diré que me despido y con la excusa de ir a recoger el finiquito que por ley me corresponde, husmearé todo lo que pueda —me dijo de manera más entusiasta que la que mantenía durante el desayuno.

—Está bien, mascota, veo que te estás encarrilando. No te desvíes —me tumbé boca abajo en la cama y le pedí un nuevo deseo—. Dame un masaje, corto, que hay mucho que hacer, pero esfuérzate y hazlo bien.

*

Melitón me había facilitado su contraseña del ordenador antes de salir, así que me senté en la pequeña mesita que tenía en el propio dormitorio y accedí a mi cuenta de internet donde había subido parte de los libros contables de FI y las notas de Ismael.

Y a esa labor comencé a dedicarle el tiempo de esa bonita mañana. Era mi profesión, sí, pero me estaba resultando tremendamente aburrido el encargo que me había autoasignado. No había podido escanear los libros *Diario* y el *Mayor*, pero ya sabía por Ismael que estaban plagados de cantidades ingentes de dinero como ingreso por la formación. Y gastos, también ingentes, con facturas de dudosa veracidad o cuando menos, excesivos. En fin, un cachondeo. Del balance apenas pude extraer nada, así que me lie con la memoria explicativa, que es el documento que necesariamente debe acompañar al balance. En ella un buen contable es donde definiría detalles de la viabilidad del negocio, de perspectivas de ingreso y de riesgos, que los números, siempre tan fríos, no consiguieran evidenciar.

Me llevó una hora encontrar algo de interés, pero allí estaba. Los muy

engreídos, creyendo que la fortuna les sonreía, mencionaban un contrato de más de doscientos millones a cinco años para gestionar los fondos europeos. Se trataba de una adjudicación en exclusiva que de resultar como era lo esperado sería para Fuerza Igualitaria, como prueba del futuro éxito se adjuntaba, a modo de aval, una nota firmada por un tal Klauss M. secretario general del partido ultraconservador europeo, que era el grupo que aglutinaba a todos los de su especie en cada país. Doscientos millones de los cuales, así constaba en la propia nota explicativa, un diez por ciento sería destinado a los gastos necesarios para dar los cursos y, curiosamente, la mayor parte del botín estaba reservado para gastos de representación. Una suma bastante apetecible.

El negocio estaba claro, quedaba por dirimir si la iniciativa partía del propio partido y del representante europeo, que firmaba como Klauss M., o simplemente estaban siendo utilizados por una organización más avisada y con más poder. Me vino a la cabeza el nombre de Stephan Marcuse.

Di al botón de imprimir con el objetivo de conservar la prueba de esa indiscreción por parte del contable que había elaborado las cuentas. Probablemente, intuyendo que no les faltarían los apoyos, se dejaron llevar por el entusiasmo y quisieron proclamar a los cuatro vientos su victoria.

Apagué el ordenador y envié un mensaje SMS a Melitón: «Tengo algo muy importante que hacer, no sé aún qué me pondré para esta noche y elegir el vestuario va a ser una tarea que me ocupará lo que queda de tarde. Te espero en mi casa a las nueve, en perfecto estado de revista. No hagas que me avergüence de mi mascota o te castigaré. Por cierto, ¿tienes los billetes para Tenerife?».

Antes de que contestara Melitón, miré la pantalla del móvil, tenía una llamada perdida de Blas. La devolví: —Yaiza, he hablado con Leo y para mi sorpresa se ha mostrado inesperadamente ilusionado con acompañarte. En fin, no tengo muchas ganas, pero probablemente nos venga bien. ¿Saco yo los billetes?

También me sorprendió a mí la actitud de Leo, pero a la vez me alegré de llevar más compañía a la boda de mi madre. Me apetecía hacer todo lo posible por atenuar la tristeza que tenía que estar sufriendo Blas. Le di el teléfono de Melitón para que le llamara y le diera los datos necesarios para comprar los dos nuevos billetes. La idea había sido mía y era yo la que correría con los gastos del pasaje.

Capítulo 11

Me costó, pero lo conseguí. Me miré al espejo y contemplé la obra maestra que había ocupado más de dos horas de mi tiempo. Había estado en un par de ocasiones en el casino de Torreldones, sobre todo para cenar, pero también para dejar unas monedas en las máquinas tragaperras. A poco más sabía jugar, tampoco quería y por otro lado para pocas florituras daba mi sueldo. Siempre había tenido la firme convicción de que el juego es tan maligna enfermedad como otras catalogadas como tal. Pero eso sí, de esta, el Estado se quedaba con una buena tajada, lo cual era causa más que suficiente para elevar ese vicio a la categoría de legal.

Me calcé los zapatos de tacón, de considerable tacón, de negro charol con apliques metálicos y me recreé en mi figura acariciando mi contorno mientras giraba noventa grados para verme de perfil. Mi pecho destacaba sobre las curvas de mi silueta. Había elegido un vestido de color malva, palabra de honor, con un collar enriquecido con pedrería del mismo color. Había estrenado unas medias negras con raya atrás que seguro serían objeto de más de una mirada masculina, siempre furtiva, por supuesto. El vestido no era largo, apenas unos centímetros por debajo de las rodillas, pero en ambos lados tenía dos aberturas que, sin el debido cuidado al sentarme, dejaría ver mi ropa interior. Esa también la había cuidado por si en algún momento se dejase al alcance de la vista, bien por despiste o bien porque me diera la gana. Se trataba de un pequeño tanga, minúsculo, que probablemente dejase que me lo quitase Melitón a nuestro regreso del casino. Por supuesto si el cava ingerido durante el evento lo permitía.

Mi pretensión había sido la de llevar un maquillaje discreto. Pero se me había ido la mano. La máscara de las pestañas me gustaba, incluso también el sombreado azul celeste de los ojos. Donde me excedí fue con el colorete de mis mejillas, que era demasiado intenso, lo que, sumado al obsceno rojo de mis labios, me hacía pensar que destacaría sobre las demás mujeres. Pero bueno, eso era algo a lo que ya estaba acostumbrada.

Ya no había tiempo para retoques, así que di el visto bueno al trabajo final y me dispuse a esperar a mi profesor con un Jerez cuya botella esperaba su destino en el frigorífico. Sonó el timbre y acudí a abrir.

Era mi acompañante, apuesto y elegante, que se había adelantado. Vestía un traje negro de raya diplomática y corbata roja que destacaba sobre el blanco de su camisa. Hacía juego con el color de mis labios. Me besó en la

mejilla y, como si de un prestidigitador se tratase, extrajo de una chistera inexistente una botella de cava helado. Al extender su mano para ofrecerme la botella, comprobé que no le faltaba detalle; se había puesto unos gemelos dorados con una trenza granate. Él sería la envidia de los varones a mi lado, pero yo no me iba a quedar atrás ante las féminas.

—¿Tendrás dos copas con las que degustar este espumoso de Extremadura? —me solicitó.

Me di cuenta de mi error al calificar la botella como cava. Estaba estupendo. Brindamos por nosotros y antes de que Melitón comenzara las justas y merecidas adulaciones a lo estupenda que yo estaba, le pregunté por cómo le había ido la jornada.

—Fui a por el finiquito y me lo tenía preparado Carla. Con ella estaba Perla. Tú no la conoces, es la abogada de FI. Pero o mucho me equivoco, o esa no pertenece a la familia italiana. Más bien creo que es de las del partido de toda la vida, de las nostálgicas. Estará esta noche, así que la podrás conocer e intercambiar información. Con el finiquito en la mano, entré a despedirme de los dos prebostes que dirigen ese cotarro. Solo estaba Lionel y poco me dijo, se mostró bastante áspero, que lo sentía mucho y todas esas cosas que se dicen en ese tipo de ocasiones. Cuando miró el reloj haciendo un deliberado ademán para despacharme, probé suerte y le tenté. Le conté que había dejado el trabajo porque te estaba ayudando en el esclarecimiento de la muerte de Ismael. Eso alteró sus pupilas, lo noté, pero no me dijo más que me anduviese con cuidado. No lo interpreté como una amenaza, pero confieso que escucharlo me generó cierto desasosiego, sobre todo teniendo en cuenta los recientes acontecimientos.

Rellenó las copas.

—Querido ayudante, compañero y amante — le reprendí—, no deberías beber, que te quedan veinte kilómetros de conducción por la autopista A6. Porque me imagino que no habrás pensado en algún momento que yo vaya a conducir con estos tacones.

—Sigo, que no he acabado de contarte. Salí e invité a Perla a tomar un vermú. Ella y yo, en fin, estuvimos hace un mes a punto de tener un *affaire* — aclaró Melitón.

—¿Solo a punto? —le increpé curiosa.

—Bueno, no pasó de dos o tres veces. Venía a menudo a las aulas a traer documentación y manteníamos agradables conversaciones. El caso es que es atractiva, simpática y, en fin, que tenemos una amable relación..., de amistad.

Con el segundo Martini se le soltó la lengua. Ella es fiel a sus principios e ideología. O sea, es fiel a José Antonio Mendizábal y a Filomeno y se cree a pies juntillas todas sus proclamas fascistas. Me habló de Jaime Colombo; estaba en la nómina de FI para realizar los trabajos sucios. Y uno de ellos era vigilar tu labor. Perla cree que al detective le hicieron desaparecer sus colegas de la filial de formación, Stephan y Lionel. Cree que están detrás de todo lo que está ocurriendo y que no se pararán ante nada con tal de obtener el contrato europeo.

—Bien, guapo, lo has hecho muy bien. Esta noche te daré la galletita. Pero aclárame eso de que no pasó de dos o tres veces. ¿Veces de qué? — bromeé con él.

—Debes saber que existe un tal Klauss, esta noche estará en el casino — Melitón siguió con su discurso obviando mi anterior observación sobre su relación con Perla—. Es el líder del partido europeo correligionario de FI. Perla me ha dicho que ha venido al entierro de Colombo, esa es la versión oficial de su llegada a España. Algo extraño en un personaje tan destacado, pero lo curioso es que lleva en España dos días, o sea que ha venido antes de saber que Colombo iba a morir. ¿Por qué mentir? Perla no encuentra explicación. Yo tampoco, salvo que viniese a orquestar la muerte del detective. Quién sabe si esa es la persona que dirige la orquesta.

El nombre me recordó el informe firmado adjunto a la nota explicativa avalando el futuro que suponía la adjudicación del contrato europeo. Sería interesante conocer esa noche a ese tal Klauss.

—Creo que Colombo estorbaba a alguien y por eso ha muerto. ¿A quién le estorbaba? Esa es la respuesta que necesitamos. Nos vamos, que llegamos tarde, acábate la copa —di por zanjada la conversación.

Cogí un chal de punto negro y se lo di a mi acompañante para que me lo colocase sobre mis desnudos hombros. Lo hizo y sobre el hombro derecho descargó un cálido y sensual beso que me hizo estremecer.

Decidí aprovechar la media hora de trayecto que nos iba a suponer salir de Madrid, enfilarse la autopista y llegar a Torreldones, para poner al corriente a Melitón del hallazgo que había encontrado en la nota explicativa de las cuentas anuales de FI. Cuando ya estábamos entrando en la rotonda que servía para dejar el coche y ser aparcado por los mozos, ya a pie del casino, Melitón me sorprendió con otro hallazgo que había olvidado contarme.

—Se me ha pasado hablarte de algo que considero importante, querida Yaiza. Con Lionel, cuando entré a despedirme de él, había dos gorilas de

considerable envergadura. Eran hermanos, Pedro y Miguel Sánchez. Aunque no te lo creas son italianos. Sí, sé que el nombre suena más español, pero son italianos hasta la médula. Me fijé en sus zapatos, de talla 46 probablemente. ¿Te suena de algo pisadas de dos personas corpulentas y de considerable talla de pie? Podría ser una casualidad o no, pero me ha parecido conveniente mencionártelo.

—¿Sugieres que se trata de nuestros ángeles de la guarda, gracias a los cuales Colombo ya está debidamente instalado en el infierno de los detectives, de donde nunca debería haber salido? —bromeé.

El aparcacoches abrió la puerta del Toyota Prius gris de Melitón. La fachada estaba iluminada y deslumbraba. Habían puesto una alfombra roja que daba acceso al casino y no faltaban innumerables rótulos, emblemas relacionados y carteles con el logo de FI. Delante de nosotros caminaba hacia el interior del casino una pareja de unos cuarenta años vestidos como para una gala benéfica de la alta aristocracia inglesa. Me sentí mal y pobretona a pesar de esfuerzo que había invertido en acicalarme.

Melitón se identificó ante el portero que permitía el acceso y nos acompañaron hasta el *hall* circular donde daban cuenta los asistentes de unas viandas en unas nutridas mesas.

—Estás preciosa —escuché la voz de Filomeno que caminaba hacia nosotros del brazo de una espectacular mujer rubia—. Por supuesto, con el respeto de tu novio. Tú debes de ser el profesor, ¿no?

Melitón le estrechó la mano y le correspondió la amabilidad recibida.

—Ya no, el sueldo era injustamente insuficiente. Ahora mi ocupación es acompañar a esta bella señorita y protegerla hasta que concluya el trabajo que le han encargado. Como podrá entender, un trabajo mucho más excitante que el docente.

—Sin duda. Por cierto, hablando de trabajo, ¿cómo está el asunto que nos une? Lo estamos esperando ya, nos urge —se interesó Filomeno—. Soy un maleducado, esta mujer que me acompaña es mi esposa, Blanca Merlo. ¿Serías tan amable cariño de acompañar al profesor mientras comparto con nuestra auditora los detalles de su trabajo?

—Será un placer, cariño —pronunció las sílabas de la frase con una dicción exageradamente esnob. O mucho me equivocaba o esa mujer era mayor que su esposo, y, o mucho me equivocaba o arrastraba en su cuerpo más de una operación. La de pecho seguro, y la de los labios casi. Aun así, se había ocupado de llevar un vestido que hizo que Melitón esbozase una pícara

sonrisa cuando la estrechó de la cintura para acompañarla hasta la mesa contigua.

La mujer, una vez en la mesa, cogió el brazo a Melitón y comenzó a ejercer la labor que le había encomendado el segundo del partido, labor que parecía ser de plena satisfacción de mi acompañante. No le quitaría ojo esa noche. No me fiaba de esa rubia operada.

Yo, por mi parte, me preparé para aguantar lo que se me venía encima.

—Creo, Yaiza, que tienes mucho futuro, cuando concluyas el informe me tienes que venir a ver, podemos un día quedar para cenar y es bastante probable que encontremos un hueco en la junta directiva del partido para que tú lo ocupes. Pareces muy brillante.

—Es curioso —le expuse—. Es la segunda vez en estos días que me hablan de un futuro prometedor. ¿Conoces a Raúl Castro, el consejero?

Por el gesto de asombro deduje que había dado en la diana.

—¿De qué le conoces, preciosa? —fingió voz dulce y melosa para esconder el nerviosismo visible que le había provocado mi pregunta.

—Bueno, me llamó para ofrecerme un futuro mejor del que ahora tengo —seguí con mi provocador plan—, pero más prometedor que el que tú me acabas de ofrecer. Tan prometedor como un millón de euros.

Filomeno calló. Aproveché para mirar a la rubia teñida agarrando el brazo de mi Melitón ahora con sus dos manos. Estaba riendo abiertamente y descansando su melena sobre el brazo de mi compañero y amante. «¡Como vaya le parto la cabeza en trocitos!», pensé. Ella no lo sabía, pero ya le había sacado tarjeta amarilla. Una oportunidad le quedaba.

—Yaiza, te voy a hablar claro. Ese hombre es un reptil, no te fíes de él —su tono de voz era más serio—. Se ha librado de dos investigaciones por parte de la fiscalía anticorrupción gracias a los apoyos de su partido, pero eso no significa que esté limpio.

—¿Un reptil que persigue la misma carroña que vosotros? Un millón de euros si el informe es desfavorable y lo hago público. Eso desbarataría vuestros planes. ¿Me equivoco? Filomeno, he visto la memoria de las cuentas. Sé lo que os supone el contrato europeo y lo que me habéis ofrecido en FI es una bagatela si lo comparamos con lo que está en juego. Ahora te dejo, porque me parece que a esa loba la tienes desde hace tiempo a pan y agua y va a devorar a mi pobre Melitón.

Ya había lanzado el *boomerang* . Quedaba a la espera de que regresase.

No fue necesario espantar a Blanca Merlo. Según caminaba hacia ella, con todo el paso firme que mis tacones me permitían, me vio las intenciones, soltó sus pringosos tentáculos de los hombros de mi profesor y se excusó.

—Eres mío, mascota, no lo olvides —le recordé algo que siempre tenía que tener presente.

—¡Ey!, mi señora está celosa. Me gusta, esa faceta tuya es desconocida e inesperada —se mofó.

Iba a darle un derechazo en el hígado cuando se acercó una jovencita morena, con un peinado que no le favorecía y que arrancó de Melitón una sonrisa que no me gustó. Me gustó mucho menos que las carantoñas de la loba Blanca.

—Esta es Perla, te he hablado de ella —me la presentó como si de un objeto valioso se tratase.

—¡Qué mona!, si me habías dicho que no era muy guapa. Qué va, es monísima.

Los dos se me quedaron mirando y me sentí como una tonta.

Abrieron una de las puertas que daba al *hall* y un vocero se encargó de anunciarnos que podíamos pasar a presenciar el acto. Pasamos los tres, juntitos. Melitón en el medio, Perla a un lado y yo al otro.

—Eres mío, mascota —le susurré de nuevo el mismo mensaje, para que no se le olvidara.

Melitón rio y yo no conseguí sentirme mejor.

Tomamos asiento en una sala con butacas para unas doscientas personas. Había periodistas, fotógrafos y algún personajillo cuyo rostro recordaba de algún noticiario. Dos filas más adelante de donde estábamos nosotros se sentaron los dos gerifaltes de la filial de formación acompañados de Carla Moro. De pie, al final de la fila donde se sentaban los tres italianos, reconocí a dos robustos varones con cara de matones. Eran muy parecidos, así que deduje que se trataba de los hermanos Sánchez de los que Melitón me había hablado.

Las luces se apagaron dejando totalmente a oscuras la sala y así permanecemos más de un minuto, hasta que sonó un estruendo similar a las trompetas del Apocalipsis. Se hizo una luz sobre un pequeño atril elevado un metro del suelo y allí apareció José Antonio Mendizábal junto a una bisoña jovencita. Levantó la mano para saludar a todo su público y una buena parte de los presentes se levantó de su asiento y le correspondieron con el marcial saludo falangista. Ella no aparentaba más de treinta años y brillaba en exceso

al lado del calvo sexagenario y barrigón al que acompañaba.

—Es la esposa de José Antonio, guapa, ¿verdad? —nos informó la dulce Perla, siempre tan atenta, sobre todo con Melitón.

El discurso fue largo, tedioso e insulso. Una proclama ideológica sobre unos valores que añoraban esa panda de nostálgicos del Régimen y que yo esperaba que nunca más volvieran. Habló de la raza española, ¡casi nada! Habló de como cantidades ingentes de emigrantes amenazaban el trabajo de nuestros hijos blanquitos. Habló de las hordas izquierdistas que ponían en riesgo nuestros principios católicos y la integridad del territorio y ya no sé de qué más habló porque mi cerebro, atendiendo a un principio de higiene mental, tuvo que desconectarse.

Recuperé la realidad con los estruendosos aplausos de la sala acompañados de los flases de los fotógrafos. Había conseguido enardecer el espíritu de la escasa centena de acólitos que allí había. El resto, invitados por un motivo u otro, permanecíamos absortos e incrédulos contemplando los desvaríos de una especie que considerábamos extinguida.

Cuando los aplausos cesaron, esto es, casi cinco minutos después, nos invitaron a pasar a otra sala, menos formal que la anterior, acondicionada con enormes tapices sobre las paredes y repleta de mesas bien abastecidas. Desde luego esa gente se sabía cuidar y sabía cuidar a sus invitados. Me alegré de ser uno de ellos. Volví mi rostro ante un carraspeo femenino atrás de mí y me encontré con Carla Moro, que me pidió amablemente un minuto de charla. Un poco más lejos, a unos cinco metros, Stephan Marcuse y Lionel tenían sus pupilas clavadas sobre mí. Me excusé ante Melitón, aunque este parecía tan entretenido con la conversación de Perla que no me contestó.

Pasamos de nuevo al salón de actos, ya vacío, y nos sentamos en una de las butacas. Los dos hermanos gorila nos habían escoltado. El silencio ofrecía un contraste llamativo con respecto al estruendo que los aplausos habían provocado en esa misma sala hacía apenas un momento. Pero de ese silencio no me dejaron disfrutar. Carla se encargó de ello: —Me ha dicho Filo que tienes más novios, ¡qué promiscua eres! Es normal, eres un encanto y te lo mereces. Pero no olvides que a nosotros no nos gusta la bigamia, así que debes decidir. Supongo que sabes de lo que te hablo, no pareces tonta.

La puerta de acceso al salón se cerró y uno de los dos hermanos Sánchez se sentó a mi lado. Tenía un arma en la mano, recostada sobre su pantalón. Me miró y se rio. Le faltaba un diente o, más bien, lo tenía partido, lo cual otorgaba a su rostro un tinte de maldad que no desentonaba con su oficio. Su

presencia a mi lado me generaba miedo y dolor de estómago.

O sea, que Filomeno había hecho sus deberes e informado del díscolo comportamiento de la auditora rebelde a sus colegas italianos.

—Sí cariño —continuó la joven observando que mi mirada se dirigía al ángel custodio que con un arma ejercía de cancerbero—, es la misma pistola que te salvó el culo cuando te estabas tirando a Melitón. Espero que no tenga mi buen Miguel que descerrajar otro tiro con ella, porque tienes muchas papeletas para ser la receptora de la bala.

El matón, al escuchar las palabras de Carla, levantó el arma, me apunto, aguardó unos segundos para que yo contemplase el negro ojo del cañón y disparó. Afortunadamente no había bala, se trataba de un intento de asustarme que consiguió su propósito. Noté que algo de humedad había en mis bragas, no me había podido contener. Me había orinado encima. También lloré.

—Pobrecita, está asustada —parecía estárselo pasando en grande Carla. Bajó la vista, vio las gotas que me resbalaban por la pierna y aumentó la intensidad de su carcajada—. No pasa nada, estate tranquila. Mira lo que vamos a hacer. Le das calabazas a tu otro novio y no hablo del payaso que tienes ahí fuera, ese nos da lo mismo. Hablo del consejero. Acabas tu trabajo, nos lo entregas y haces unas declaraciones en el medio que dirigía Belén diciendo que las cuentas de FI son correctas y que el partido disfruta de una salud financiera encomiable, asunto arreglado. ¿Entendido, muñeca?

—¿Has dicho dirigía? Me refiero a Belén, has hablado en pasado —le hice notar a Carla.

Manuel Sánchez, a mi lado, había extraído el cargador y con parsimonia metía pacientemente más balas. Cuando acabó y de un golpe seco introdujo de nuevo el cargador en el arma, la sala amplificó el sonido que se produjo e hizo que la sangre se me helase. Me levanté y salí con bastante esfuerzo, ya que el gorila me tapaba la salida de la fila. Una mirada de Carla hizo que el matón me permitiese el paso y otra mirada hizo que el hermano me abriese la puerta. Estaba a salvo, de momento.

Corrí al baño, llevaba toallitas húmedas en el bolso. Tenía que limpiarme las piernas y mis medias. Afortunadamente llevaba unas de repuesto, algo indispensable cuando una acude a una fiesta. Tiré las sucias junto al tanguita de color negro manchado de orina en la papelera del baño y me coloqué las nuevas. Para el tanga no tenía repuesto. Recompuse mi maquillaje y salí en busca de Melitón.

Me encontré con la fría mirada de Filomeno, que parecía estar expectante a lo que pudiera ocurrir dentro de las paredes de la sala. Esbozó una sonrisa que me resultó digna de Maquiavelo y yo con harto esfuerzo se la devolví. Perla estaba sola, sin mi acompañante y a este no le veía. Recorrí el perímetro de la sala y no lo vi. No estaba. No me gustaba lo que estaba pasando. Me daba mala espina la ausencia de mi acompañante.

—¿Has visto a Melitón, Perlita? —la abordé.

—Estaba aquí hace poco, pero interrumpió nuestra conversación y salió apresuradamente —parecía decepcionada la pobre.

Yo también salí apresuradamente y recorrí el *hall* circular, grité su nombre en los baños de caballeros, pero ni rastro de Melitón.

Tras unos segundos en los que solo escuchaba el eco de mis acelerados latidos, oí su voz, entraba por una de las puertas corriendo.

—Te estaba buscando. Me tenías preocupado me gritó como una madre regañando a su retoño.

—Tranquilo, se trataba de un intercambio de opiniones con tus antiguos jefes. Ahora ya todos sabemos a qué atenernos —traté de aparentar tranquilidad. Lo cierto es que no había habido intercambio, solo un mensaje unidireccional. De ellos a mí.

—¿Nos vamos? —Me ofreció Melitón—. No me gusta esta gente. Ni lo que dicen, ni lo que hacen.

Estaba a punto de asentir y aceptar el ofrecimiento de Melitón, cuando observé a un hombre que me estaba mirando desde la distancia. Aparentaba cincuenta años, aunque su pelo era totalmente blanco. Lucía una poblada barba, también canosa, rematada cuidadosamente en pico. Resultaba peculiar a la vez que atractivo. Su imagen me evocó la figura de un aristócrata elegante, seductor y perfecto amante. Un héroe escapado de un cuento.

—Es Klauss M. el secretario general del grupo europeo ultraconservador. Te hablé de él —me aclaró mi acompañante al ver el intercambio de miradas que se había producido.

—Dame unos minutos, entretente por ahí con Perla o con la loba rubia. Pero sin pasarse —le ordené.

—Antes de que se me olvide. Como no te veía, he salido corriendo y me he recorrido prácticamente todo el casino. Dentro, mirando una mesa de póker, estaba el inspector ese que nos interrogó. El gordito.

—¿Luis Bárcenas? —miré cómo Melitón asentía—. Bueno, eso después, no puede ser casualidad que esté aquí y seguro que algo quiere, pero eso

podrá esperar. Antes tengo que seducir a un caballero que no me quita ojo.

—¿A seducirle has dicho? —preguntó indignado.

—O sea, que ahora eres tú el celoso, aguanta como un hombre y espérame paciente, se trata solo de trabajo —le ordené.

Dejé con la palabra en la boca a mi acompañante y caminé de la manera más sensual que sabía hacia el hombre de pelo blanco y, a escasos dos metros de él, sobre una banqueta alta frente a la barra de bar donde se servían las bebidas, me senté. Procuré que la abertura de mi vestido dejara el espacio suficiente para que desde el ángulo en el que estaba Klauss M. pudiera ver el fin de la media y el principio de mi muslo desnudo. Como comprobé que las vistas eran de su entera satisfacción, abrí un poco más las piernas suponiendo que con eso dejaría a la vista, ante su vista, mi tanga negro. Aunque después de haberlo hecho recordé que la prenda yacía sucia en el fondo de la papelera del baño. Pero ya era tarde para corregir la estrategia. «¡Que disfrute!» pensé.

Él me sonrió. Bajó la vista hasta mi ropa interior inexistente, se recreó mirando sin disimulo alguno y me volvió a sonreír. Era muy atractivo y parecía que yo también le resultaba atractiva, por su mirada y por el bulto que el pantalón ajustado de su traje dejaba traslucir. Filomeno se acercó a mí y no ajeno a nuestro juego de seducción, decidió entrometerse.

—Os voy a presentar. Ella es Yaiza, una traviesa empleada que nos hace de vez en cuando favores. Él es Klauss, nuestro jefe en Europa, un gran ideólogo y un gran compañero. Ahora tiene por misión recomponer el ideario de un gran partido europeo que aún está en estado germinal. Acaba de publicar un libro que ...

—Gracias, señor Merlo, ha sido de gran ayuda. Y ahora si nos disculpa —dijo con acento alemán o austriaco el interpelado, interrumpiendo de forma abrupta la conversación con su correligionario.

Filomeno no pareció muy a gusto con lo que bien podría ser considerado un desprecio, pero se encogió de hombros y caminó hasta un grupo próximo dejándonos a solas. Cuestión de jerarquía.

—Y usted, señorita, ¿qué favores hace al FI?

—Soy la auditora que va a validar sus cuentas para que el partido pueda optar a la gestión de los fondos europeos destinados a formación. Y también, a veces, soy relaciones públicas —continué con el juego de seducción.

—¿Y ahora qué es usted, auditora o relaciones públicas? —preguntó interesado con su acento peculiar el líder ultraconservador. Con cada palabra bajaba la vista descaradamente hasta mis piernas. Y yo, con cada palabra, las

abría un poquito más para deleite de sus ojos.

—Tengo el encargo de mis jefes de que no te aburras. Podemos hablar de la contabilidad o de lo que tú quieras —había que mantener la tensión y en esos asuntos pocas podrían darme clases.

—¿Y si damos un paseo? Aquí hace calor —me tentó.

Según salíamos del casino vi a la loba Blanca acechar de nuevo a Melitón, sus colmillos afilados estaban ansiosos de carne. Esperaba que mi profesor y ayudante recordase la advertencia que le había hecho hacía escasamente unos minutos: era mío. Abandonamos el edificio y nos encaminamos por la senda que llevaba a los jardines y al aparcamiento del lugar. Charlamos sobre el tiempo el primer minuto. A partir de ahí, decidí pasar a la acción.

—Te quiero comentar una cosa. En la memoria vi tu informe sobre el contrato europeo. ¿Crees que le será adjudicado a FI?

—Lo creo. Y creo que será bueno para el partido. Para defender una idea hacen falta fondos y desgraciadamente tenemos poco crédito. Corren malos tiempos para nuestra ideología injustamente denostada. Hace falta en España un partido que mantenga a la sociedad unida bajo el paraguas de los viejos valores —se paró ante un Jaguar XJ impresionante con matrícula austriaca—. ¿Te gusta? Es mío.

—¡Qué pasada! —exclamé.

Pulsó el botón de apertura y me invitó a pasar.

No soy una ingenua y sabía que lo que el centroeuropeo pretendía no era precisamente entusiasmarme con el sofisticado diseño interior de su coche. Lo puso en marcha y todos los relojitos del salpicadero se iluminaron. Estaba impresionada.

—¿Damos un paseo? —me invitó.

—Prefiero hablar aquí —esquivé el ofrecimiento.

Tenía una pregunta que hacerle y no sabía cómo lanzarla sin que pareciese una investigadora voraz en lugar de la relaciones públicas que Klauss esperaba.

—Me gusta tu vestido —observó. Pero no miraba el vestido, miraba lo de dentro. Estaba a punto de iniciar su juego seductor. Su mirada le delataba al igual que a todos los varones antes de iniciar su cacería. Para eso nosotras somos más sibilinas.

Apagó las luces interiores y no tardó en posar su mano sobre mis piernas y comenzar a recorrer con su palma mi anatomía. No lo hacía mal, su tacto

era agradable. Se acercó y me besó, fue un beso dulce y cariñoso, pero cargado de deseo. Siguió recorriendo mi anatomía, ahora su mano ascendía por mi pecho mientras me seguía besando con bastante maestría.

Esa misma maestría fue la que exhibió cuando bajó su mano de nuevo y buscó la confluencia de mis dos piernas. Con una habilidad exquisita, separó con dos dedos el obstáculo que tenía para llegar hasta mi clítoris y con otro dedo comenzó a acariciarlo. Ese hombre era un artista. Apenas unos segundos más tarde tuve un orgasmo entre espasmos. La situación era lo suficientemente inusual como para que mis hormonas se hubieran revuelto como solo lo hacían en ocasiones especiales.

Me tocaba a mí. Quería sacarle cierta información y no me iba a detener ante cuestiones menores, aunque tampoco me estaba costando demasiado esfuerzo la labor. Puse mi mano sobre su pantalón y comprobé que el grado de excitación del hombre estaba en su punto álgido. No podía defraudarle y además no me apetecía hacerlo. Desabroché su pantalón y bucéé con mi mano en su interior. Tomé su miembro en mis manos y lo acaricié.

—Por cierto, no te lo había dicho, los dos esos de vuestra filial de formación, como se llaman..., sí, Stephan y Marcuse, andan bastante pendientes de mi informe. La verdad es que me lío un poco sobre quién es el que dirige el cotarro y a quién debo reportar la información en caso de que viera algo extraño —indagué mientras le continuaba suavemente acariciando su sexo.

Después de unos segundos, y entre sus gemidos, le escuché decir: —¿Y no me lo puedes preguntar luego leches? —no lo pronunció mal a pesar de ser foráneo.

—Si lo digo porque una chavalita muy jovencita me ha dicho que, si hubiera algún problema, lo tiene que saber ella antes que los dirigentes del FI —noté que la tensión de su miembro se relajaba.

—Pues sí, leches, si hay problemas nos lo cuentas. —seguía gimiendo.

Puse la mano en sus testículos para que sintiera mi calor y para que no decayera su ímpetu. Le necesitaba excitado. Apreté mi mano hasta que un rictus de dolor mezclado con excitación me avisó de que no debía aplicar más fuerza en mi maniobra.

—¿Y si te dijera que Filomeno cree que a vosotros el partido os importa un comino y que cuando tengan el contrato firmado, os van a mandar a freír espárragos? —me la jugué.

¡Bingo! La tensión de su miembro desapareció como por arte de magia y

se desinfló cual globo reventado.

—Esos son unos cabrones y unos soplapollas —seguía pronunciando bien el castellano—. El contrato se firmará por el gestor autorizado, que es Stephan y por mi parte al FI le pueden dar..., oye, ¿pero tú no eres la puta que me han puesto para que no me aburriese? ¿Qué haces haciendo esas preguntas? —gritó como recién despertado de un sueño.

—Ahora ya soy la auditora. Adiós, muñeco —Salí, me recompuse la falda del vestido y la bajé para ocultar la ausencia de bragas, me subí las medias y me dispuse a buscar a mi acompañante. Ya tenía lo que quería, la certeza de que por un lado había dos panolis que creían gestionar el anacrónico FI, y por otro lado un grupo mafioso, auspiciado por el grupo ultraconservador europeo y que se querían hacer con el control del dinero. También sabía en cuál de los dos bandos estaba el aristócrata austriaco que no resultó ser tan caballero y galante como *a priori* parecía.

No había resultado difícil averiguarlo. Es más, había resultado bastante grato. Guardaría buen recuerdo de la noche.

Capítulo 12

Melitón estaba con una copa de cava en la mano, solo y con su mirada tratando de buscarme. O por lo menos eso es lo que pensé, ya que cuando me vio su semblante cambió enviándome una sonrisa ansiosa de mí.

—¿Dónde has estado, Yaiza? Estaba preocupado —me preguntó visiblemente agitado.

—¡Bah! Mejor no te lo cuento, no te lo ibas a creer —le quité importancia al hecho de que acabase de tener un orgasmo con un desconocido, en su coche de lujo, mientras mi amigo y amante me esperaba. Motivos para sentirme orgullosa no tenía—. Escucha, creo que aquí ya sobramos. ¿Nos vamos? Por cierto, ¿cómo has conseguido zafarte de la esposa de Filomeno con esa pinta de ninfomaníaca? No la veo.

—Creo que su marido se la ha endosado a uno de los periodistas para que esté entretenida y él pueda disfrutar de la fiesta con más autonomía.

En efecto, sentada en la misma banqueta que estaba yo hacía media hora, pacía Blanca con una copa en la mano y coqueteando con un periodista bastante jovencito. Estaba segura de que, en cuanto se tomase una copa más, se lanzaría sobre él sin importarle el escándalo que eso pudiera provocar. Probablemente no sería la primera vez y su marido estaría más que acostumbrado.

—Ha entrado el inspector Bárcenas, recuerda que te dije que le había visto. Le he dicho que no sabía dónde estabas. Me ha pedido que cuando te encontrase te dijera que estaba en las mesas de juego. Allí nos debe de estar esperando.

Entramos en la sala de juegos del casino. Allí estaban los dos hermanos Sánchez, que parecían perder el dinero alegremente en las máquinas tragaperras. También estaba el inspector, plantado ante una mesa con las manos dentro de los bolsillos de su pantalón, con aire de concentración. Nos acercamos a él, que estaba absorto contemplando una partida y por detrás le dije al oído: —No sabía de su ludopatía, inspector, que casualidad verle por aquí. ¿No habrá venido a detenerme? —la oficialidad del momento me hizo abandonar el tuteo de la anterior ocasión en que hablamos.

Se volvió.

—Estoy tratando de entender las reglas de ese maldito juego. No comprendo cómo se puede perder el dinero de una forma tan rápida —y me devolvió el saludo demostrando que era mejor policía de lo que yo esperaba

—. ¿Qué tal el panel de instrumentos del XJ, le ha gustado?

Me había seguido. Y si lo había hecho, de poco serviría negarlo. Así que confié que su discreción le impidiese continuar dejándome en evidencia ante Melitón.

—¿Qué Jaguar? —preguntó mi ingenuo profesor.

—¿Nos está siguiendo, inspector? —traté de cambiar de tercio sin dar tiempo al policía a satisfacer la curiosidad de mi profesor.

—En absoluto, husmeaba simplemente. Hay mucho donde indagar por aquí. Mucho lujo por estos lares, ¿verdad? —siguió banal el inspector.

—Mucho, ¿es su primera vez en el casino de Torrelodones o quizá es adicto al juego y es asiduo al local? —continué con la absurda conversación.

—¡Eh!, que estoy aquí. ¿Qué es eso del Jaguar? —se quejó de nuevo Melitón, reivindicando su presencia.

—No, es la segunda —me contestó el inspector obviando de nuevo la cuestión planteada por mi ayudante—. Se preguntará qué hago aquí además de dejarme impresionar por la suntuosidad de todo lo que veo. Un oasis artificial para saciar la sed de las almas débiles. Bah, es una simple reflexión, de esas que nos hacemos los policías. Mientras ustedes están comiendo, bebiendo y jugando, una periodista ha sido encontrada en el pantano de San Juan, aquí en Madrid. No lo sabe aún nadie de estos que están aquí, ya que el cuerpo desnudo se ha encontrado hace menos de dos horas, a la orilla del pantano. Bueno, es bastante probable que alguien de los presentes sí lo sepa, el que lo ha hecho. Yaiza, mientras usted coqueteaba con alguno de los invitados, un forense estará analizando el cadáver de Belén Esteban, tratando de encontrar algo que evidencie el motivo de su muerte. Supongo que antes le habrá retirado el *plug* de doble uso que tenía introducido en ambos orificios y sujeto con cinta de embalar para que no se escapase de su sitio, porque así es como la han encontrado. El que lo hizo se quiso asegurar de que su cuerpo fuera hallado con ese artefacto en su sitio. Supongo que he pronunciado bien el nombre del cacharro ese, ¿no? ¿Se dice *plug* ?

—Sí —estaba consternada.

—¿Adivina el color? —Me increpó el inspector—. Sí, ya lo sabe, es blanco. Ya me daba en la nariz que lo sabía.

—No sé qué está pasando, de verdad que no lo sé —traté de defenderme. Se trataba del juguete que faltaba de la bolsa que me habían sustraído.

—Inspector, ¿nos cree capaces de asesinar a esa mujer? Vamos, por

favor, diga la verdad —acudió en mi apoyo Melitón.

—Si lo creyera, ya estarían entre rejas. ¿Qué le ha contado Klaus? —me formuló la pregunta que no deseaba escuchar, por lo menos delante de Melitón.

—Nada, no hemos hablado de nada relevante que sea de su interés —repliqué y lo hice sirviendo en bandeja de plata la siguiente observación que no tardó en llegar.

—O sea, que se pasa en el interior de un Jaguar más de media hora, con un individuo que acaba de conocer, con las luces del interior apagadas, y no hablan de nada. Interesante. ¿Usted lo entiende, Melitón?

Vi alejarse al inspector que no parecía interesado en mi contestación. Pero allí había alguien a quien sí debía dársela. Odié a Luis Bárcenas como nunca había odiado a nadie, aunque sin dejar de reconocer que, si a alguien había que culpar de mi estupidez, no era a él.

—Quería conocer a Klaus M. y saber de qué lado estaba. Tenía que indagar si estaba dentro del partido tradicional y ejercía su labor como secretario general del grupo europeo, tratando de apoyar a sus correligionarios para que obtuvieran una fuente de financiación con la que sacar adelante al partido, o si estaba del lado de los facinerosos que tratan de llevarse el dinero con fines menos filantrópicos. Ahora ya lo sé, apoya a nuestros amigos italianos y creo que estos han llegado hasta aquí auspiciados por el propio Klaus. O quizá sea al revés y sean los mafiosos italianos lo que han buscado el apoyo del grupo ultraconservador europeo una vez que han olfateado la oportunidad de negocio. No ha dudado en tomar partido en favor de ellos. Creo que estamos ante una extraña alianza.

—¿Y has conseguido esa información pasando media hora en el interior de un coche de lujo, con las luces apagadas y sin hablar? —me cuestionó.

—Oye, que no tengo que darte explicaciones —me revolví.

—«Eres mío, mascota, recuérdalo». Eso es lo que me has repetido en dos ocasiones hoy. Pero no es recíproco, Yaiza —se quejó con cierto aire de pesadumbre. ¿Has oído hablar de la palabra respeto?

—Vale, lo siento. Estoy nerviosa y quería saber algo de ese hombre. No obstante, te he de decir que dentro del Jaguar no ha pasado nada —dejé que pasaran unos segundos y añadí—: Bueno, no ha pasado tanto como puedas sospechar. Por supuesto que ha pasado mucho menos de lo que va a pasar esta noche cuando nos acostemos. No estés celoso, mascotita, que no me gusta.

Me acerqué, le besé y fui correspondida. Pero no con la calidez que esperaba. Lo entendía.

Salimos del casino entre un gentío desordenado y ruidoso. Varios policías y personal de seguridad del propio local impedían el acceso a la muchedumbre arremolinada en torno a la puerta del casino. El estado de ebullición era tal que parecía a punto de reventar la situación. Se trataba de Movimiento contra la Intolerancia. Allí estaban con sus pancartas denunciando la ideología de FI y emitiendo proclamas anticapitalistas. ¡Cuánta mentira en la vida, señor!

No vi a Petros, pero sí a Malena desgañitándose con el altavoz a pilas. Afortunadamente para mí, ella no nos vio.

—¿Crees que Klauss es el jefe de la operación y que controla la labor de Stephan y Lionel? eso explicaría que haya venido a España, quizá a supervisar la operación de derribo del propio FI —reflexionó Melitón—. A esos lo único que les interesa es el dinero y no descartes un golpe de mano para hacerse con el control del partido una vez que tengan el contrato atado.

—Pero antes deben conseguir la adjudicación y antes deben tener mi informe de auditoría. Podrían matarme y buscar otra auditora, no les sería difícil, pero lo que sí parece cierto es que, sin informe final, no hay adjudicación. Quien lo vaya a firmar no lo sé, pero no seré yo. Creo que debemos andar con cuidado —también yo reflexioné en voz alta.

—El juguete que han encontrado en el cuerpo de Belén, era tuyo también, ¿verdad? —indagó Melitón.

—Sí, en el inventario de cosas encontradas durante registro que la policía hizo en la casa de Belén, estaba mi bolsa con los juguetes. Todos menos el *plug* que acaban de encontrar. Me siguen queriendo incriminar y aunque la policía acumula tantas pruebas en mi contra, todavía no me han empapelado. ¿Tú lo entiendes?

—Si ese juguete no estaba y sí el resto, eso quiere decir que cuando hicieron el registro en casa de Belén, esta ya estaba muerta, puesto que le habían reservado el cacharro. O, cuando menos, su muerte con la escenografía que conocemos ya estaba planificada, por eso el asesino se guardó el *plug* —reflexionó Melitón.

—Elemental, querido Melitón.

—No entiendo qué hacían tus pertenencias en la casa de Belén. Si ella fue la que mató a tu ayudante y por eso tenía la bolsa, ¿quién se le ha cargado a ella? —Aventuró mi compañero mientras conducía de camino a casa—. A

ver, voy a pensar en alto, Ismael la llama para contarle que han sido muy descuidados con las cuentas y que han dejado rastro evidente del descomunal negocio que se traen entre manos. Ella le dice que se lo calle y haga su trabajo. No en vano, ella era la interlocutora entre él y FI, por lo menos fue su valedora para colocarle en el trabajo de auditoría. Se quiere deshacer de él y le cita en tu despacho, simulan un juego de dominación, de esos que ambos solían disfrutar y ella le mata. Antes había recogido el cuchillo y los juguetes de tu casa con la intención de inculparte y restarte credibilidad. Luego tiene remordimientos y se tira al pantano desde el puente de la carretera.

—Brillante, querido Watson, muy brillante. Tanto que casi me meo del impacto que me ha provocado tu lucidez —al pronunciar la escatológica palabra recordé el miedo que había pasado al ser encañonada por el matón italiano—. Pero hay dos pequeños fallos en tu hipótesis. Una, si yo pierdo credibilidad, mi informe de auditoría se va al traste y no olvides que eso es lo que más desean, tener mi informe. Y dos, ella se suicida, pero eso sí, antes se masturba con un *plug* que se ata con cinta de embalar a la cintura para que cuando encuentren su cadáver todos lo relacionen con el anterior crimen. No, de tu teoría solo me quedo con una parte, quien la ha matado se ha empeñado en que sepamos que los dos crímenes, el de Ismael y el de Belén, están relacionados y son obra de la misma persona.

—Yo no estaría tan seguro de que se trate del mismo asesino —me sorprendió Melitón cuestionando mi razonamiento, quizá llevase razón y no nos enfrentáramos a un solo homicida.

Una vez en casa, Melitón, sin muchos preámbulos, se metió en la cama. Yo acudí al baño para prepararme. Quería guerra. Klauss me había dejado a medias y la imagen de mi mascota, dedicado en cuerpo y alma a mis caprichos, me tenía húmeda. No me llevaron los preparativos más de diez minutos. Pero fueron los justos para que Melitón ya estuviera dormido, o por lo menos, fingiéndolo.

Deduje que había sido intencionado y no consecuencia del cansancio. Con toda seguridad estaba dolido por lo que yo había hecho con el presunto aristócrata centroeuropeo. Al día siguiente, aunque fuera durante el trayecto hasta las Islas Afortunadas, tendría que tratar de aliviar el daño de mi amigo y amante deseado.

Capítulo 13. Sexto día

Blas estaba en el aeropuerto esperándonos para hacer el control de equipaje, no había apenas cola en el acceso, probablemente dado lo temprano de la hora. Tenía ojeras y su cara reflejaba la lógica tristeza por el momento que le había tocado vivir. Me acerqué y le abracé. Lloramos juntos. Llevaba una pequeña mochila colgada al hombro con el equipaje para una noche, que era lo que preveíamos estar en Tenerife. Ya le había avisado que la boda era informal y no era necesario vestuario especial. Incluso cabía la posibilidad de que los novios se casaran desnudos. Él había declinado, cuando se lo conté, la amable sugerencia.

—¿Dónde está Leo? —le pregunté.

—Ha pasado ya el control, dice que nos espera en la puerta de embarque —dijo con aire compungido.

—Vaya, ¿habéis discutido? —se interesó Melitón.

—No, bueno no pasa nada. Las relaciones siempre son difíciles, las de dos personas del mismo sexo un poquito más y si además hay una diferencia de edad importante, pues... —paró la frase. Estaba sensible y se le veía atenazado por el dolor, supuse que por su hijo más que por su relación con Leo.

Pasamos el control y caminamos hasta la puerta de embarque. Agarré del brazo al que aún era mi jefe y sin yo insistir sobre el tema, él se desahogó.

—Está raro, Yaiza. Lleva una semana distante, pero estos dos últimos días lo está aún más. En el momento en que más necesitaba de su calor, me lo niega. La vida se muestra a veces tan injusta. Creo que no merece la pena nada de lo que he hecho hasta ahora, no merece la pena existir.

—¿Intuyes el motivo de ese comportamiento anómalo de Leo? — ahondé en la cuestión sin abundar en sus consideraciones melodramáticas.

No hubo respuesta.

Ya en la puerta de embarque, Leo, al vernos, se levantó. Seguía con su sonrisa habitual en el rostro. Con un tinte cínico, pensé, quizá inducida por lo que le acababa de escuchar a Blas. Nos saludamos.

—Sigues preciosa Yaiza. ¿Conozco a tu amigo?

—Melitón. Trabajaba para el partido que estamos auditando y le he fichado.

—¿Para el trabajo de auditoría? ¿Quizá como sustituto de Ismael? — dijo con poco tino Leo. Blas se volvió para evitar que viésemos sus lágrimas.

Yo preferí entender que en su frase no hubo doble lenguaje, de no haber sido así le hubiera estrangulado.

Caminaba tras mi apenado jefe para consolarle cuando lo que vi me dejó helada. No podía ser. Los hermanos Sánchez estaban en la misma sala de embarque que nosotros, sentados, leyendo distraídamente el periódico. Eso era impensable, esos dos no habían leído un diario en su vida. Me estaban vigilando y si estaban dentro de la sala de embarque es porque disponían de pasaje para viajar. Supuse que su destino era el aeropuerto de Los Rodeos. Me fui a por ellos.

—¿Qué noticias nos trae el día, caballeros? Porque supongo que saben que ese papel que tienen entre las manos sirve para informar de lo que ocurre en el mundo. Se llama periódico.

Ambos, como dos gotas de agua, me miraron, sonrieron y siguieron con su lectura. Tanto me molestó su actitud que hice algo que no debía. Cogí el diario de uno de ellos, no sé si era Pedro o Miguel, se lo arranqué de las manos y lo tiré al suelo cargada de ira. Lo pisoteé como hubiera hecho una niña a la que le hubieran negado el postre y los miré desafiante.

—¿Qué hacéis aquí? Me voy a la boda de mi madre, ¿no podéis dejarme en paz? Decid a vuestra jefa, Carla, que tendrá el informe. En cuanto regrese lo acabaré, lo firmaré y lo tendrán a su disposición con todas mis bendiciones. Pero ahora dejadme en paz. Privadme de vuestra molestia presencia, ¿es tanto pedir? No quiero veros, largaos a otro lugar.

Los pasajeros no perdían detalle que lo que estaba sucediendo. Mis gritos habían alertado también a la señorita que se estaba colocando en el mostrador de acceso al avión. Si seguía la bronca es probable que no tardase ni un segundo en llamar a la policía y eso no me interesaba. Mis gritos también habían alertado a mi compañero, que se había apresurado a situarse junto a mí, no sé si para defenderme en caso de que fuera necesario o para sujetarme en el hipotético caso de que me lanzase de forma suicida contra mis rivales.

Regresamos con el grupo dejando a los dos con su sonrisa bobalicona que reflejaba la clara indiferencia que tenían hacia lo que les acababa de pedir. Esperaba no encontrármelos en la isla, esta era lo suficientemente grande como para hacerme ilusiones de no ver allí esos repulsivos rostros de matón. Aunque algo en mi interior me decía que no sería así.

Me acomodé dentro del avión en un asiento al lado de Melitón. Estaba nerviosa. Le agarré su mano y afrontamos el despegue juntos.

—¿Crees que nos están siguiendo, Yaiza? — me preguntó.

—Hombre, chico, si es una pregunta retórica vale. Pero si de verdad tienes dudas de si esos dos van de turismo vacacional a la isla o nos están marcando de cerca, es que eres más tonto de lo que parece — más que contestarle, lo que hice fue desahogar mi nerviosismo.

—No me merezco esa respuesta —musitó volviendo la cabeza hacia la ventana y cerrando los ojos.

Le miré, me miré mis manos y me vi sucia. A veces no entendía mi comportamiento. Ese chico había perdido su trabajo por estar a mi lado, quizá estuviera poniendo en riesgo su vida y yo le pagaba su entrega incondicional con malas contestaciones. Le tomé su mano de nuevo.

—Perdóname. Estoy nerviosa. Esos dos tipos son peligrosos —miré hacia atrás y los vi, con sus enormes cabezas resaltando sobre la altura media del resto de viajeros—. No quiero ir a la boda de mi madre con esos dos pisándonos los talones. Esto me está superando.

Melitón siguió pendiente de las nubes que no permitían ver el suelo de Castilla-La Mancha desde la ventanilla. Más pendiente de ellas que de mí y sabía el motivo por el que lo hacía.

—Lo siento. Te necesito —me costó decirlo, pero lo dije. Creo que era la primera vez que decía eso a una persona. Claro, que también era la primera vez que me encontraba un cadáver en mi despacho, otro en mi cama mientras hacía el amor y una mujer desnuda en un pantano con un *plug* que en más de una ocasión había llenado mis espacios nocturnos.

—¿También necesitabas al hombre del Jaguar? —Rompió su silencio para soltar lo que llevaba dentro y probablemente le había corroído las entrañas durante toda la noche—. No me importa que me llames mascota y que juguemos a la dominación femenina en nuestra alcoba. He de reconocer que me excitan tus juegos y me excitas tú. Me gustas Yaiza, pero todo tiene un límite. Si queremos seguir juntos, tenemos que dejar eso del femdom para nuestro espacio común e íntimo. El resto del tiempo seremos amigos y cómplices. Esas son las reglas. Iguales los dos. Cuando haya que jugar, jugaremos y ambos nos entregaremos a la pasión sin más línea roja que nuestro deseo, pero solo durante el juego.

—Vale, pero no te acostumbres a fijar reglas —le miré, nos sonreímos y nos besamos—. Respondiendo a tu pregunta inicial, creo que esos dos están aquí para asegurarse de que volvemos y para que en todo momento sepamos que nos debemos al encargo que nos han hecho. Vamos, resumiendo, para

alejarnos de la tentación de aceptar el millón de euros que nos ofreció la ayudante del consejero de la Comunidad de Madrid.

—¿Y cómo se han enterado ellos de eso? —preguntó mi inocente amigo.

—Se lo dije yo, en el salón de actos del casino, ayer. Si quieres pescar, hay que poner cebo —le aclaré.

—Pero el cebo estás siendo tú —fue certero.

Me callé.

—Debo deducir por tus palabras que en ningún momento te has pensado aceptar el millón de euros y salir espantada y veloz para que esos mafiosos que nos acompañan no te den alcance, ¿es así? —se interesó.

—La respuesta es taxativamente no. Me quedo a tu lado, pobretona, pero a tu lado. ¿Te gusta la respuesta?

—Yo tengo otra teoría —eludió contestar a mi pregunta—. Vale, esos dos vienen para que sintamos su aliento sobre nuestra nuca y no olvidemos que, de no hacer lo que te han encargado, todo se podría poner muy feo. Pero también pueden venir para protegerte de un peligro mayor que el de ellos. Es posible que el FI no tenga nada que ver en la muerte de Ismael, ni en la de Belén. Ellos nos salvaron de una muerte probable en manos de Jaime Colombo. Piensa, Yaiza, si ahora a ti te pasa algo, el informe lo tendría que rubricar Blas y este parece poco probable que lo fuera a hacer. Podrían dárselo a otra firma, pero eso plantearía tener que justificar el cambio de auditor ante quien corresponda, eso sin tener en cuenta que la consejería de Raúl Castro se enterase y explotara esa cuestión ante los medios. ¿Y si de verdad son nuestros ángeles de la guarda y el mal está en otro sitio? No descartes que nuestra brújula esté estropeada y no nos señale correctamente el norte.

La pregunta quedó en el aire, ya que ambos nos quedamos adormecidos hasta que el avión tomó tierra en el aeropuerto de Tenerife Norte. El mismo en el que en 1977 dos Boeing chocaron en la pista dejando un saldo de más de medio centenar de muertos. No parecía haber niebla y eso sirvió para espantar en mi cabeza la imagen de aquel accidente terrible.

Mi madre estaba allí, agitando la mano mientras desfilábamos por la pasarela que nos sacaría de la terminal. Carlota Vilches, natural de un pueblo de Zamora y que contaba en su haber con dos vidas totalmente diferentes, una al lado de mi padre, agricultor en los campos de secano castellanos, madre de familia con una sola hija más problemática de lo que ella hubiera

deseado. Y otra vida, la de ahora, diametralmente opuesta. Me gustaba el cambio que había experimentado.

Solté la pequeña maleta de mano que llevaba y corrí hasta ella. La abracé y lloramos las dos. Estaba muy diferente de como la recordaba, se había recortado su melena y la tenía más salpicada de canas, pero seguía siendo igual de suave y sedosa que cuando de niña se la acariciaba. Evidentemente, ya no se teñía el pelo y su cara estaba desprovista de maquillaje, desde luego había cambiado. Por lo demás estaba igual, delgada, esbelta, curvas acentuadas y una sonrisa preciosa. Era bella, muy bella. ¿Por qué no me podían haber hecho a su imagen y semejanza?

—Este es Reinaldo León, mi marido a partir de esta noche —me explicó cargada de entusiasmo.

Se trataba de un individuo musculoso y ya entrado en kilos, aunque no en exceso. Estaba bronceado como solo un canario lo está y como rasgo más destacable lucía una calvicie considerable que le proporcionaba una enorme cabeza brillante. Me gustaba para mi madre.

—Tan preciosa como ella. Bienvenida a esta bella isla —me saludó dejando a la vista una enorme sonrisa cargada de dientes amarillos de fumador.

—Os voy a presentar a tres amigos que me acompañan. Melitón, un compañero imprescindible —recordé nuestra conversación dentro del avión y corregí la presentación—. Mejor dicho, un amigo muy especial.

Le miré, vi el gesto de inconformidad de su rostro y volví a corregir:

—Un amigo al que quiero, ya está. Estos son Blas Nieto y Leopoldo Medina, son pareja y ostentan el honor de tenerme contratada en su firma de auditoría. Un lujo que nunca soñaron pero que se merecen. O sea, que son mis jefes, así que trátalos bien.

Carlota ninguneó a los dos últimos en ser presentados y se centró en mi amigo especial con una cara que parecía decir: «Ya era hora».

Y lo dijo como si tuviera el poder de conocer mis pensamientos:

—Ya era hora, Yaiza, mira que eres lenta para todo —con eso hizo lo que todas las madres gustan de hacer cuando están con su hija delante de los amigos de esta, dejarla en ridículo.

De mi teléfono móvil sonaron los pitidos habituales cuando se enciende el móvil después de unas horas apagado y este avisa de toda la actividad habida. En esas dos horas y media de vuelo había tenido tres llamadas del detective aquel que vivía en una cuarta planta. Me había dado su tarjeta y le

tenía registrado en mi terminal telefónico. Javier Holmes, tres llamadas. Debía ser importante.

—Disculpadme, solo es un segundo —solicité a los presentes.

—¿Yaiza? Hola, perdona que te moleste tan temprano.

—No se preocupe, bueno, no te preocupes. Estoy en Tenerife, mi madre se casa y... —a veces me costaba tutear a los desconocidos.

—Mejor que estés lejos. Verás, hay algo que quería que supieras. A Luis ya se lo he contado. Investigando un poco todo lo relacionado con la muerte de tu ayudante y la relación con FI, todo ello por encargo del inspector Bárcenas, me he topado con algo curioso. Probablemente sin importancia, pero no por ello menos chocante. Leopoldo Medina, que como sabrás es uno de tus jefes, ya que es socio de la auditora para la que trabajas, tiene algo oscuro en su pasado.

—¿Leo algo oscuro? ¿Por qué le has investigado? ¿Qué tiene que ver él en todo esto? —la información me había desconcertado y solo era capaz de formular preguntas.

—La verdad es que no le estaba investigando a él, pero cuando reconstruía el informe de acuerdo con lo que me había encargado Luis, busqué algunas cosillas para ampliarlo y me encontré con algo inesperado.

—Aguarda un momento, ¿o sea, que era a mí a quién estabas investigando? —mi tensión aumentaba.

—Escúchame, por favor. Luis me encargó que investigara a Ismael y la relación que tú pudieras tener con él. Son encargos frecuentes por parte de la policía cuando no tiene medios suficientes, ya sabes, los recortes de la administración. En este caso, Luis abusa de nuestra amistad. La cuestión es que cuando vi quiénes eran los dos socios de la firma, por lo menos sobre el papel, un nombre me sonó. Leopoldo Medina.

—¿Por qué has dicho eso de, por lo menos sobre el papel? —seguí interrumpiendo la conversación telefónica del detective.

—Porque la empresa es de Blas Nieto, único propietario. El nombre de la firma supongo que ha sido un gesto de cortesía hacia su pareja sentimental. Yaiza, Leopoldo es colombiano, aunque lleva ya varios años en España. Voy a seguir investigando, pero sé que estuvo relacionado con la muerte de su compañero y amante en Barranquilla, en el distrito Atlántico de Colombia. Fue en 2012, en el puerto apareció Juan Montalbán, de cincuenta años y natural de Colombia, estaba desnudo sobre las aguas del Caribe. No lo tengo contrastado aún, pero creo que en su cuerpo no había signos de violencia.

Llevaba aproximadamente un año de relación sentimental con Leopoldo. Estoy tratando de contactar con algún policía de allí, pero apenas consigo nada. Esa gente se muestra demasiado hermética. Se lo he pasado a Luis para ver si la Interpol tiene algo y nos lo quiere contar.

—Ya —y me quedé callada después de proferir el monosílabo. No sabía qué decir. Mi corazón latía de manera desenfrenada tratando de digerir esa noticia y valorar si podía tener alguna implicación en los últimos sucesos.

—Creo que Luis lo va a interrogar, tú de momento disfruta de la boda y no des demasiada importancia a lo que te acabo de contar.

—Pero ¿lo hizo él? —pregunté.

—No se demostró que estuviera implicado en su muerte, era su pareja y por tanto fue el principal sospechoso. De momento no sé mucho más. Debes tener cuidado cuando regreses.

—Holmes, he invitado a Leo a la boda. Está aquí, así que no me digas que tenga cuidado cuando regrese —y colgué.

Mi madre seguía sometiendo a mi pobre Melitón a un interrogatorio que parecía ser duro. Pero él lo aguantaba con una sonrisa. Reinaldo portaba mi maleta y nos señalaba la dirección para encaminarnos al aparcamiento. No me pude acercar a Melitón para compartir con él la información que acababa de recibir, ya que su compañía la tenía monopolizada mi madre.

—Esta es nuestra Volkswagen T2, la mítica —nos mostró con orgullo una furgoneta herrumbrosa, con el logotipo de la marca brillando en el frontal y pintada de blanco y rojo. Recordaba a esas que debían de llevar los progres de los 70.

Cupimos todos sin problemas y nos acomodamos sobre los asientos forrados de tela plastificada con motivos florales. Mi madre dejó el interrogatorio a que estaba sometiendo a mi compañero y se cebó conmigo.

—Cuántas cosas nos tienes que contar y qué poco sé de ti. La verdad es que no eres una hija modélica, pero ya estás aquí y eso es lo que importa. No me habías avisado de que venías con este chico tan mono. Ni con tus jefes, pero no os preocupéis, que tenemos sitio de sobra en nuestra finca. Bueno, no es nuestra, es del grupo. Nosotros hemos alquilado una casita, pero nos la están arreglando y aún queda más de un mes para que esté lista. Seguro que vendréis cuando la tengamos terminada, veréis que es muy bonita. Ya tenemos todo preparado para esta noche, nos casará una oficiante experta en este tipo de eventos y que además es miembro de la comuna donde, de momento, vivimos. Veréis qué bonito, y qué vistas al mar. Hay unas

escaleritas que dan acceso a una playa donde casi nunca hay nadie. Allí nos bañamos desnudos, ¿no habéis probado el nudismo? Es una sensación fantástica, sentir la libertad de toda tu piel en contacto con la naturaleza. De hecho, Reinaldo y yo hoy nos vamos a casar desnudos y casi todos los miembros de la comuna, que están invitados, vendrán sin ropa. Pero vosotros podéis vestir como queráis, lo entendemos.

—Cariño, si sigues hablando así, se vuelven a Madrid antes de que lleguemos a la finca —cortó la charla de mi madre el oportuno Reinaldo para alivio de todos.

El trayecto fue de apenas quince minutos desde el aeropuerto. La finca, tal y como la llamaba mi madre, estaba rodeada de montañas de no mucha altura y repletas de pino canario con abundante vegetación. El mar se veía a través de un camino que debía de ser al que se refería mi madre cuando contó toda la retahíla de cosas desordenadas que nos había soltado.

Nadie nos había seguido, por lo menos que yo hubiera percibido. Aunque cabía pensar que los dos matones eran, además, profesionales. Miré a Leo cómo cogía su mochila y su bolsa. Me parecía increíble lo que me había revelado Holmes. Aunque, bien mirado, solo me dijo que había estado relacionado con la muerte. Supongo que siempre se relaciona una muerte de este tipo con la pareja sentimental, pero no me dijo que hubiera sido investigado o imputado por ese crimen. O no fue crimen, pudo ser un suicidio, o un accidente.

No quería juzgar a Leo, aunque sabía que me iba a ser difícil abstraerme de lo que acababa de escuchar. Aun así, tenía que hablar con Blas y decírselo. O no. No sabía qué hacer.

—Mamá, ¿nos acomodamos y nos das media hora para cambiarnos? ¿Te parece bien? —le pedí a mi madre. Realmente lo que quería era unos minutos de conversación con Melitón.

La finca era muy extensa y estaba cercada con piedra local, volcánica, de la cual era pródiga la isla. Su geometría era rectangular y en un lateral había una casa blanca de no más de doscientos metros, de una sola planta, con techado con vigas de madera típicamente canario. A uno de sus lados había dos grandes naves que en su tiempo bien pudieran haber sido para custodia del ganado o para labores industriales.

Se nos acercó un sexagenario barbudo con pelo blanco largo y alborotado a darnos la bienvenida. Traté de no mirar por debajo de su cintura. Supuse que, tras unos minutos, la vergüenza se me pasaría, pero me

desconcertaba hablar de forma natural con alguien estando él desnudo completamente y yo no. Blas y Leo fueron más abiertos y espontáneos con el desconocido e incluso Leo le saludó con dos besos sobre su barba, ya que a la mejilla no había acceso. De manera casi instantánea y como moscas a la miel, comenzaron a aparecer decenas de personas, casi todas como Dios las trajo al mundo, a saludarnos y conocernos. A partir del cuarto abrazo me dejó de incomodar la falta de ropa de todos aquellos personajes. O por lo menos comencé a concederle menos importancia.

—Bueno, chicos, dejadles un poco, que necesitan asearse. No me los asustéis. Luego os enseñaremos la finca —de nuevo, el oportuno Reinaldo acudió en nuestro auxilio, el cual nos indicó que le siguiéramos hasta una de las dos naves que parecía ser el lugar donde nos alojaríamos—. No hay puertas, chicos, no veréis una sola cerradura en la finca. Ni puertas ni cerraduras, aquí no nos debemos esconder de nadie ni ante nadie. Así que idos acostumbrando. Quizá os resulte incómodo el asunto del, digamos baño, pero eso se pasará pronto. Ah, y no os preocupéis por el ruido esta noche si decidís hacer algo. Aquí no somos mojigatos. Lo peor que os puede pasar es que recibáis una visita de alguien que quiera participar. Le decís que no y ya está, no pasa nada, lo entenderá.

Leo correspondió la broma:

—Umm, quitaremos el cartel de no molestar.

Nuestra habitación era una celda de escasos seis metros cuadrados, con una cama minúscula y para dos. No había lujos ni muebles superfluos. Tan solo unas baldas para colgar la ropa y una barra que hacía de armario para colgar vestidos. En susurros le conté a Melitón los detalles de mi conversación con Holmes. Traté de no olvidar nada e incluso le invité a participar de mi reflexión sobre que no había que prejuzgar.

—Estoy de acuerdo en no prejuzgar, Yaiza —me explicó—. De hecho, tú acumulas más pruebas incriminatorias en tu contra que él. Y aquí estoy yo, a tu lado y creyendo en tu inocencia. Pero lo cierto es que en este momento estoy un poco más intranquilo que hace unos minutos.

—¿Tienes miedo? —le pregunté.

—Estoy al lado de mi señora. Estoy protegido —rió—, pero yo voto por contarle a tu madre lo que te ha pasado y sobre todo a tu futuro padrastro. Con él me siento un poco más seguro.

—Muy bueno, gracioso, esta noche te vas a librar porque no podemos hacer ruido, solo por eso. Pero ya caerás.

Los que no fueron tan cautos como nosotros fueron Leo y Blas; discutían y lo hacían sin preocuparse de ser escuchados. Me quedé con la última frase que oí decir a Blas antes de que saliéramos de nuestra celda: «Esto no va a seguir así, se ha acabado».

Carlota estaba esperándonos afuera para enseñarnos la finca, esperamos un par de minutos y viendo que mis dos jefes no salían, decidimos dar un paseo por los alrededores a la espera de encontrarnos con ellos.

Casi en el centro de la hacienda, un pilón me causó sorpresa. Se estaba usando para la función para la que fue concebida, lavar la ropa. Dos hombres y una mujer, sin ropa, por supuesto, se ufanaban en dejar sus trapos limpios a la vieja usanza. Supuse que dado lo poco acostumbrados que debían de estar a vestirse en ese lugar, no debería de ser mucha la necesidad de lavar.

Seguimos andando y llegamos a la huerta que compartía espacio con la granja.

—Tratamos de ser autosuficientes, pero no lo conseguimos plenamente. Siempre necesitamos ir a la tienda. Antes de que lo preguntes, el dinero lo sacamos de la venta de hortalizas fundamentalmente y de una panadería y bollería que explotamos llevando a una tienda del pueblo nuestro producto todas las mañanas.

—Cómo has cambiado, mamá, me gusta verte feliz —expresé con emoción unos sentimientos que no siempre le había mostrado.

—Yo me encargaré de que sea feliz —apostilló Reinaldo, el oportuno.

—¿Y tú te encargarás de la felicidad de mi hija? —se dirigió a Melitón mi madre.

—Siempre que ella me deje, así será —fue comedido y político mi profesor.

A unos metros vimos caminar a Leo y Blas, venían agarrados de la mano, así que intuí que habían resuelto sus diferencias. Esperaba que se tratase de una simple rencilla de enamorados. Aunque en la nariz me daba que la mirada de ambos escondía algo de rencor no resuelto.

—Caminemos hasta la playa, os lo enseñaré, son apenas quinientos metros. Por cierto, ese de allí es Luis, el pastor. Es el benjamín de la familia y el más rifado —nos alumbró mi madre con un comentario que preferí olvidar de forma instantánea. A Reinaldo no pareció molestarle la chanza de Carlota.

El tal Luis era un imberbe de poco más de veinte años, alto y delgado, con unos brazos musculados. Sus ojos verdes contrastaban con su melena negra y barba al estilo Jesucristo. Llevaba un pequeño zurrón y esa era su

única prenda. Me fijé un poco más y comprendí de inmediato el motivo por el que mi madre dijo de él que era el más rifado. ¡Motivos no le faltaban! Detrás de él caminaban retozando bichos de distintas especies, algún cordero, patos, gallinas, dos lechones y hasta un asno.

—Ese es el vehículo que nos transportará hasta el altar —señaló ufana Carlota.

—¿Luis? —bromeó Melitón.

Todos rieron.

—El burrito —aclaró mi madre.

Ambos tenían algo en común pensé maliciosamente.

Después de recorrer unos trescientos metros, el camino cedía paso a un pequeño acantilado. Las vistas eran preciosas y el sonido aún más. Las olas chocaban con las rocas, salpicándonos de pequeñas gotas saladas incluso hasta los veinte metros, que era lo que nos podía separar en altura del agua. La vista se completaba con una pequeña playa de arena negra. Mi madre nos condujo por un estrecho desfiladero construido de piedras autóctonas que nos llevó hasta la playa de fina arena. Aquello era espectacular.

Me descalcé y sentí sobre la planta de mis pies el fino grano volcánico que se movía a merced de las olas.

—¡Hala, al agua! —berreó el policía retirado mientras corría hacia el mar como un zangolotino rabioso.

—A nosotros no vais a disculpar, vamos a disfrutar de las vistas —señaló Blas.

Los vimos caminar como una pareja de adolescentes, agarrados de la mano. Mi madre siguió la estela de Reinaldo y corrió como si huyera de la hoguera del Averno hasta el agua dejándonos a los dos como dos panolis dudando sobre qué hacer.

—Solo se vive una vez, el último mariquita —provoqué a Melitón despojándome de toda la ropa.

Él también se desvistió, me siguió con todos sus atributos al aire y ambos nos zambullimos en el agua.

—Vaya —dijo mi madre que no se debía haber perdido detalle alguno de la escena—. Lo has elegido bien.

Minutos más tarde, dos hombres y una mujer siguieron el mismo ritual que nosotros y se encontraron en la playa a escasos metros de donde estábamos.

—Esos son Celestino, Felipe y Rosaura. Son..., como te diría, pareja,

los tres —nos aclaró mi madre dándonos unos detalles que eran innecesarios. ¡Dios mío!, qué lugar.

Disfrutamos del agua durante unos minutos más y Carlota fue la primera en salir. Una vez que hizo pie la vi caminar hasta la arena.

Y allí, sentados en sendas rocas, estaban los dos hermanos animales. Por supuesto que nos habían seguido. Uno de ellos se quedó mirando a mi madre emulando con su cara gestos lascivos mientras el otro aplaudía sin quitarla ojo.

Carlota al verlos y percibir su actitud, hizo el estéril ademán de taparse el pecho y su pubis con los brazos. Reinaldo salió corriendo con intención de dar apoyo a mi madre. Ese fue su error.

—¿Qué coño hacéis aquí? Esto es propiedad privada.

Creo que fue la primera vez que los oí decir algo a las dos mulas, en un español con acento muy deficiente:

—Eh, abuelo, no me digas que una playa es privada. Me parece que para ser un policía jubilado no sabes de leyes. No hacemos nada malo, si esa zorrilla nos quiere enseñar el chichi, nosotros miramos.

Melitón acudió al lado de Reinaldo, pero mucho me temía que eso no iba a apaciguar a esas alimañas. Miré hacia el agua y el trío de enamorados estaba fuera del alcance de nuestra vista. Sentí miedo.

—¡Largaos!, no sois bien recibidos, este es un lugar de paz —les gritó mi futuro padrastro.

—Miguel, enseña a este hombre que estamos aquí porque el chochito de su hijastra nos debe algo. Enséñaselo para que lo entienda.

El hermano se levantó y a pesar de su corpulencia, con pocas zancadas y en un movimiento rápido se encaró con Reinaldo y le dio un cabezazo que hizo estallar su nariz cayendo al suelo. Melitón trató de defenderlo y plantar cara a Miguel Sánchez. Mi madre gritaba y corrió a socorrer a mi futuro padrastro que yacía en el suelo aullando de dolor. Yo vi cómo el gorila levantaba el brazo para estamparlo contra la cara de mi profesor y en un acto instintivo me coloqué en el medio tratando de interceptar el golpe.

Fue una locura, lo sé, pero también fue un acto reflejo. Melitón me había erigido como su protectora y no podía defraudarle. Afortunadamente, en aquella mole de grasa y músculos quedaba un gramo de sesera, la suficiente como para parar el golpe que, de no haberlo hecho, me hubiera destrozado mis maravillosas mejillas.

El otro, Pedro, le hizo una seña a su hermano y ambos se retiraron con

parsimonia. A los dos pasos, se volvieron y uno de los dos hizo el gesto que ya le había visto hacer una vez de simular disparar con el dedo y el imaginario tiro lo destinó hacia mí.

Lavamos en el agua salada la nariz de Reinaldo y lo llevamos corriendo hasta la finca. Allí, Carlota le colocó una bolsa con hielo. La hemorragia ya se había cortado y no parecía que hubiera rotura, aunque sí hinchazón. Desde luego se iba a casar hecho un adefesio y de ello yo era la que más culpa tendría.

Carlota debió de dar las explicaciones necesarias a todos aquellos que nos habían visto llegar con mi padrastro ensangrentado. La oí decir que había tropezado. Prudente mi madre.

Con la cura terminada y mi futuro padrastro incorporado y sentado en una silla, apareció mi madre con una botella de Jack Daniels y cuatro vasos con hielo. Los llenó hasta el borde con el brebaje y levantó el suyo a modo de brindis. El vaso de Reinaldo fue visto y no visto, nunca había visto liquidarse un vaso tan generoso de esa manera. Mi madre se lo llenó de nuevo.

—Es lo mejor para el dolor —sonó a justificación no pedida. — Y ahora, hija, ¿hay algo que nos quieras contar?

La mirada inquisitiva de mi madre me indicaba que tenía que hablar, pero ¿cuánto debía contar?

—¿Y por dónde empiezo? —dije tratando de esquivar la propuesta.

—Por el final no, que ya nos lo sabemos. Lo acabamos de ver. ¿Qué tal si lo haces por el principio? —observó cínica Carlota.

Imité a Reinaldo y di cuenta de mi vaso poniéndolo al alcance de mi madre para que lo llenase. La historia iba a ser larga, así que esperaba que hubiera más botellas.

Les hablé del trabajo que me encargaron y de mi ayudante Ismael. También de cómo apareció muerto y en qué condiciones. Les hablé de FI y de su filial encargada de la formación con fondos europeos. Les mencioné el contrato al que aspiraban y les di detalles de cómo murió el detective Jaime Colombo. Bueno, no todos los detalles, se me olvidó hablarles de la situación en la que estaba Melitón cuando dispararon a Jaime. No se me olvidó hablarles de Belén, de cómo murió y de los juguetes que llevaba en su cuerpo cuando la encontraron. Mis juguetes. Por último, les hablé de las marionetas de Movimiento contra la Intolerancia y cómo eran manejados por un político avaricioso y falto de escrúpulos. No creí olvidarme nada.

Mi madre y Reinaldo me miraban desconcertados. No era para menos.

—Se te ha olvidado hablarles de Leo —añadió inoportunamente Melitón. Eso me lo había reservado deliberadamente. No creí que fuera relevante y pertenecía al pasado de él. No me parecía oportuno revivir fantasmas y menos si no eran mis fantasmas. Pero mi compañero no pensaba así—. Veréis, esta mañana llamó a Yaiza un detective que trabaja para la policía, parece que Leo tuvo un amigo, o pareja, que fue encontrado en una ciudad de Colombia ahogado. A mí no me gusta ese asunto.

—¿No hay nada más? —preguntó con sorna el futuro marido de Carlota. Estábamos a unas horas de la boda y nada hacía parecerlo. Y todo por mi culpa. Una luz se me encendió.

—Reinaldo, ¿no te llamó un inspector de la policía ayer? —indagué.

—No, ¿por qué había de hacerlo?

—Bueno, resulta que como los cacharros que han encontrado en dos de los cadáveres son míos, y como el otro cadáver se encontró en casa de Melitón mientras estábamos acostados, pues resulta que soy un poco sospechosa —aclaré aparentando ingenuidad.

—¿Un poco solo, hijita? —se burló Carlota.

—El caso es que estoy siendo investigada y tengo que presentarme todas las mañanas en una comisaría. El inspector Luis Bárcenas me dio permiso para venir a Tenerife al decirle que venía a la boda de mi madre que se casaba con un policía retirado.

—A mí no me ha llamado, pero sí ha llamado a un compañero que parece que son conocidos. Le preguntó por mí y si era cierto que me casaba. Sí, ayer me llamó mi compañero para contarme que un policía del Cuerpo Superior le había preguntado por mí, pero no le di importancia. ¿Me disculpáis? —nos pidió permiso para ausentarse y le vimos caminar con un antiquísimo teléfono móvil que había recogido de un estante de la zona común. Supuse que quería hablar con ese compañero que acababa de mencionar.

Blas y Leo habían llegado y les habían referido lo ocurrido. Ambos se quedaron a nuestro lado sin saber qué decir. Todo se estaba complicando y lo que menos me gustaba era que el incidente se hubiera producido el día de la boda de mi madre.

—¡Arriba el ánimo! —dijo Carlota como leyéndome el pensamiento—. Me caso en unas horas y quiero a mi lado caras sonrientes. Debemos empezar a preparar todo y necesito vuestra ayuda.

—¿Necesitas ayuda con el vestido de novia? —me mofé de forma

deliberada y un tanto cruel. Por lo menos conseguí arrancar las risas de los presentes y aliviar un poco la tensión del momento. Aunque no duró demasiado.

Reinaldo se acercó con cara de pocos amigos. Según andaba con el teléfono en su mano, ya apagado, intuí que no eran buenas noticias lo que traía.

—A tu madre no le va a hacer falta ayuda con el vestido. Pero a mí sí me haría falta algún consejo, de esos de hijastra a padrastro. Te invito a pasear los dos solos y charlar un rato.

—Vale, pero te pones algo de ropa. Una túnica de esas que usaréis por aquí o algo parecido —acepté el ofrecimiento, conocedora de que me iba a hablar de su conversación telefónica y lo quería hacer a solas. Todos rieron mi ocurrencia de instar a Reinaldo a que se tapase sus partes pudendas. Poco después apareció con un bañador escapado de una película de los años 60 y me ofreció la mano para caminar.

—¿Por qué intuyo que has recibido alguna noticia que no ha sido de tu agrado? —inicié la conversación.

—He llamado a mi compañero, que es amigo del inspector Bárcenas del Cuerpo Superior de Policía en Madrid y me ha facilitado su teléfono. He hablado con él y lo primero que me ha dicho es que tú no eres culpable. O por lo menos así lo cree él —me explicó.

—No podría ser de otra forma. Si no, ya estaría entre rejas —hice notar.

—Vale, luego le he preguntado por Leopoldo Medina. Era reticente a darme información, pero cuando le he dicho que está aquí, en la que va a ser mi boda, se ha decidido a contarme lo que sabe. Parece ser que un amigo suyo, detective, un tal Holmes, encontró por azar el nombre de Leopoldo Medina relacionado con una muerte sucedida en una ciudad colombiana. Fue hace unos seis años. La policía le investigó, ya que la víctima era su compañero sentimental. Bastante mayor que Leopoldo, apareció ahogado en el muelle. ¿Y sabes una cosa? En su esfínter encontraron cuando le hicieron la autopsia unas bolas chinas.

No fui capaz de articular palabra alguna. La teoría del suicidio parecía inverosímil a la luz de la información que acababa de recibir.

—No encontraron pruebas y el caso fue sepultado en el cajón del olvido. La policía colombiana nunca más reabrió el caso y la conclusión es que no se encontraron motivos para imputar al principal sospechoso, tu jefe Leopoldo. Este, más tarde, emigró a España y, desde entonces, no consta ninguna

irregularidad de la que la policía tenga conocimiento —relató Reinaldo.

—Efectivamente, eran malas noticias las que traías —me lamenté.

—No he acabado —prosiguió—. La Interpol tiene conocimiento de dos casos más antiguos, en el mismo distrito donde fue encontrado Juan Montalbán, el amante de Leo, y con una escenografía similar. Uno ahogado y otro con el cuello cercenado. Los dos tenían un dildo en el esfínter. Nunca hubo sospechosos y no consta que la policía relacionara los tres casos ya que se produjeron en otra ciudad y con varios años de separación.

—Como tenía pocos frentes abiertos, ahora se abre uno más. Por un lado, los nostálgicos del FI, por otro la mafia italiana que quiere hacerse con el control de los fondos europeos para formación, el consejero de la Comunidad de Madrid y su brazo ejecutor, el Movimiento contra la Intolerancia. Y ahora Leopoldo —lancé una desesperada queja al viento.

—Menudo lío, pequeña —pasó su mano sobre mi hombro y caminamos de vuelta.

—¿Y ahora qué hacemos? —pregunté.

—De momento, celebrar la boda.

Capítulo 14

Todo estaba dispuesto para el gran momento. Mesas de diversa forma y procedencia con mantel de papel cubriéndolas entre los pinos canarios de la finca. Jarras de limonada para servir en vasos también de papel. Un atril improvisado con una mesa sobre la que había un libro abierto y unas vasijas transparentes con arena de dos colores diferentes. Un arco de flores coronando el atril. E invitados, muchos invitados. Todos los moradores de la comuna estaban allí, la mayoría sin un atisbo de ropa que les cubriera su piel, otros con ropa informal como era mi caso y el de Melitón. Él y yo compartíamos mesa, de pie por supuesto, junto a Leo y Blas. Ni rastro de los novios. Se hacían esperar.

—¿Emocionada? —me preguntó Leo.

—Bastante —respondí—. Esta es una madre nueva para mí, me atrevería a decir que desconocida. Se crio en una zona rural de la castilla profunda y sobre ella pesaba la losa de la religión y de las costumbres más rancias. Y ahora está aquí, en una comuna hippy que practica el naturismo y, probablemente, el amor libre. A punto de casarse y feliz. Me agrada mucho y a la vez me emociona. ¿Tú arrastras recuerdos felices de tu juventud?

—Mi vida fue más triste que la tuya, no lo dudes. Ser gay cuando eres joven no es algo fácil —confesó.

—Bueno, en España afortunadamente es menos difícil que en otros países —probé suerte para ver si me desvelaba su procedencia. Melitón me miró intuyendo el motivo de la deriva de mi conversación.

—Sí, lo es, pero aun así siempre nos persigue el estigma social —dijo Leo sin mencionar que no fue en Madrid donde creció, sino en una ciudad de Colombia. Consideré probable que la omisión fuera intencionada.

Todas las voces y risas de los presentes cesaron. A través de unos altavoces que ya lo debían ser durante la primera guerra mundial, sonaron los acordes de la legendaria canción «All you need is love», muy apropiada para la ocasión. Con la voz de Lennon aparecieron los novios, las dos estrellas de la función. Mi madre, desnuda, y sentada sobre el mismo burro que había visto a cargo del pastor. Mi futuro padrastro, también sin ropa, caminaba a su lado cogiéndola la mano, con paso lento y solemne. Bueno, para ser exactos, no iban totalmente desnudos, ambos calzaban chanclas de playa y mi madre una corona de margaritas sobre su melena. Reinaldo también llevaba un adorno, una venda en su amoratada nariz. ¡Cómo le debía de doler al pobre!

Detrás de ellos caminaba una mujer disfrazada de sacerdotisa con una aparatosa túnica de color crema con remates dorados y un también aparatoso sombrero del mismo color adornado con flores. Esta se colocó a un lado de la mesa sobre el atril y mi madre se apeó del pollino colocándose junto a Reinaldo enfrente de la figuranta. Sin más preámbulo que un deseo de buenas tardes para todos los presentes, comenzó a expeler por su boca durante más de veinte minutos una aburrída y cursi alegoría sobre el amor, sobre la paz y sobre la naturaleza. Cuando todo parecía acabado, prosiguió con un panegírico sobre las bondades de mi madre, su calidad humana y de cuánto raciocinio había mostrado rompiendo con su anterior vida rebelándose contra su pasado y sus raíces. A Reinaldo le debía de conocer menos porque a él apenas le dedicó tiempo en su discurso.

Por fin finalizó su sermón y dio comienzo el rito de la arena. Mis padres mezclaron los granos de distinto color en la vasija grande como símbolo de la unión de dos personas diferentes y sellaron el acto con un beso tan prolongado que ocasionó los pitidos de la concurrencia. He de decir que, aunque me pareció un tanto cursi el acto, me emocionó y lloré.

Fui la primera en acercarme y darles la enhorabuena, lo hice de corazón, les deseaba una vida larga y dichosa. Mi madre había encontrado su camino y no sabía si sería el definitivo, tampoco importaba, era el que estaba tomando ahora y el que le hacía feliz. Tenía derecho a ello.

Miré a Melitón, le agarré de la mano y también me sentí feliz. Aunque quizá mi sentimiento fuera a ser más efímero que el de mi madre. Así lo intuía por lo menos.

Y comenzó el baile. «¡Todos bailar, a comer y a beber!» Gritó mi flamante padrastro. Y no le hizo falta repetir el mensaje para ser obedecido. Había que bailar hasta el amanecer, aunque el avión de regreso a Madrid saliese temprano.

Bailar con un desconocido con el cuerpo desnudo nunca había sido mi fuerte. Aunque ese desconocido fuera mi nuevo padrastro. Aproveché la ocasión para decirme que tuviese cuidado, que hablaría con el inspector para que me ayudase en todo lo posible y que a partir de ese momento era su hija para todo lo que quisiese. O sea, que durante el baile se estrenó como padre, ya que nunca había tenido hijos.

Bailé con Leo que, aunque había estado vestido durante toda la ceremonia, se sumó al ambiente general y arrinconó su ropa a un lado del improvisado atril. Durante la canción que sonaba distorsionada a través de las

antiguallas colgadas en distintos puntos de los pinos, probé suerte de nuevo: —Antes me has hablado de una juventud difícil, ¿dónde creciste?

—En Madrid, pero no en el mismo Madrid que tú. Hay muchas ciudades que son tan diferentes, aunque tengan el mismo nombre, porque en todas ellas los desgraciados lo van a seguir siendo ya que no contarán con ayuda para dejar de serlo —me respondió con una retórica que no supe entender.

—Pues créeme que cuando te conocí, no sé si por tus rasgos faciales, o por un cierto acento en tu forma de hablar, interpreté que eras sudamericano. Quizá del norte del continente, no sé, Venezuela o Colombia —continué tratando de concentrarme en la conversación y en los pasos de baile a la vez. Nunca se me había dado bien el arte de mover los pies al compás de la música y sentía vergüenza cuando bailaba con alguien que lo hacía mucho mejor, como era el caso. Si, además, tenía que meditar las palabras que tenía que decir, el resultado era bochornoso.

—Es muy difícil distinguir a un colombiano criollo de un español — siguió con su retórica.

— ¿Tú sabes distinguir a los colombianos? — le seguí increpando.

—Podría ser —comenzaba a ser evasivo y, paulatinamente con la conversación, iba borrándose su sonrisa inicial.

—¿Qué es lo que podría ser? ¿Que los supieras distinguir porque los conocieras bien? —la conversación comenzaba a ser absurda, pero me resistía a abandonar. Tenía curiosidad por la respuesta.

—Podría ser que los conociera bien, y podría ser que tú me estuvieras tratando de decir algo a través de un jeroglífico. ¡Escupe lo que quieras decir o déjalo ya! —su sonrisa ya era inexistente y su tono de voz totalmente agrio. Desconocía al Leo que tenía frente a mí compartiendo los mismos pasos de baile que yo.

—Lo que te quiero decir es que tú no has crecido en Madrid, sino en Colombia. Para ser más exactos en Barranquilla —le espeté de golpe sacándome la espina que tenía clavada. Tampoco tenía mucho que perder.

No parecía dispuesto a contestar y el cambio de canción le ayudó en su intención. Cambio de pareja. Blas acudió en mi auxilio, ya que me había quedado sola en medio de la improvisada pista de baile y me tomó de la cintura. Observé a Melitón y lo seguía teniendo monopolizado mi madre. Si de esta no comenzaba a odiarme mi profesor, ya nunca tendría motivos mayores para hacerlo.

—¿Qué tal te lo estás pasando Blas? —le pregunté. Observé cómo Leo

caminaba solo en dirección a la playa. Me sentía culpable. Es probable que sí fuera natural de Colombia y también era posible que ninguna responsabilidad tuviera en las muertes que allí se produjeron.

—Mi corazón está destrozado, Yaiza. Pero me ha venido bien venir, estar aquí y compartir tu felicidad. No te he vuelto a preguntar, ¿Concluiste ya el trabajo? —me respondió.

—No, pero queda poco. Creo que va a ser mi último trabajo allí, Blas. Espero que lo entiendas. Cuando lo acabe os dejaré, no podría seguir después de todo lo que ha pasado —le comuniqué.

Después de unos cuantos compases más y ningún intento por parte de mi jefe para que cambiase de idea respecto al abandono de mi empleo, me armé de valor e introduje el tema que me rondaba en la cabeza.

—¿Has solucionado todo con Leo? Os oímos discutir en vuestra habitación, o celda como lo prefieras.

—Sí —rio mi ocurrencia sobre el calificativo que había otorgado a la habitación—. Pero ya se pasó, son discusiones de pareja. No quiero pensar en el futuro. Él me llena y voy a luchar por su cariño sin ir más allá. *Carpe diem*

—Blas, te voy a contar una cosa y quiero que sepas que no busco hacerte daño, sino protegerte de él, precisamente lo contrario —titubeé—. ¿Sabías que Leo no es nacido en España? —al final lo lancé. Fue como si me hubiera liberado de una culpa que me apretaba por dentro. Aunque cerré los ojos temiendo la respuesta.

—Claro, es colombiano. Ha vivido toda su vida, hasta venir a España, en Barranquilla. Una ciudad bañada por el Caribe. ¿Cómo no lo iba a saber? —Aclaró con aire bonachón e inocente—. ¿Y por eso creías que me ibas a hacer daño?

No hizo falta respuesta. Blas se dio cuenta de mis intenciones.

—Ahora lo entiendo; ha sido tu padrastro. Claro, te ha hablado de Juan Montalbán, ¿me equivoco? El instinto de policía mezclado con el deber de padrastro. No te preocupes niña, lo entiendo.

—Pues, parecido —no sabía qué decir para salir del atasco. Me había sorprendido la respuesta de Blas.

—Mira, mi pequeña, sé que la policía interrogó a Leo, él me lo ha contado. No tuvo nada que ver con esa muerte, créeme, lo sabría si no fuera así. Leo no sería capaz de hacer daño a nadie. De hecho, la policía no concluyó si se trató de un accidente o de un asesinato. No había violencia en

su cuerpo. Fue un varapalo para Leo, le quería según me contó. Un año después vino a España, poco después le conocí y nos enamoramos.

—¿Sabes que en el cuerpo de su pareja encontraron unas bolas chinas? ¿Y sabes que unos años antes también hubo asesinatos con características similares? —entendía que tenía que presionarle más a Blas para ver qué es lo que sabía de Leo.

—Yaiza —paró de bailar y se dirigió a mí de manera mucho más fría—. Es probable que, si yo hablase por ahí a otros de toda la acumulación de pruebas que arrastras respecto al asesinato de mi hijo, el de la periodista y el detective, nadie creería en tu inocencia. Pero yo te conozco y sé que no has tenido nada que ver. Eso también me pasa con Leo. Déjalo ya.

El cambio de canción arruinó la interesante y desconcertante charla que venía manteniendo. Mi nuevo compañero de baile fue un hombre mucho mayor que yo y con un cabello y barba que evidenciaba que el aseo no figuraba entre sus prioridades. De su ropa no podía opinar porque se había sumado a la corriente del lugar. Iba desnudo. La canción era más lenta, de Jethro Tull, y decidí sufrir el momento en silencio a pesar de que mi compañero de baile no hacía lo mismo. Miré a Melitón, todavía escuchando la perorata con la que mi madre le estaba atormentando y sentí lástima por él, eso a pesar de que mi situación no era mucho más afortunada.

Antes del final de la canción, sentí las manos del hombre con pinta de desaseado sobre mi trasero, a la par noté un bulto en su parte delantera que tenía pegada contra mi cuerpo. ¡Será cerdo! Me aparté instantáneamente y no quise bajar la vista para comprobar lo que me temía. Se libró del bofetón porque era la boda de mi madre.

Con la medianoche el cansancio se apoderó de mí y aprovechando que mis padres se habían ido a bañarse a la playa, propuse a Melitón retirarnos y descansar las pocas horas que faltaban hasta la partida del avión. Aceptó gustoso.

Nos enclaustramos en el zulo y pegamos nuestros cuerpos para poder caber en la cama que no superaría los setenta y cinco centímetros de ancho. Y así, abrazados, fue como nos encontró Morfeo cuando acudió en nuestra ayuda para liberarnos de nuestro cansancio.

Más tarde supe que fue a las tres de la mañana. Soñaba con un arroyo de agua clara y corriente rápida. Había una cascada, también una playa y pinos descomunales sobre cuyas ramas descansaban cientos de pájaros multicolor. Mi madre caminaba desnuda por la ribera del riachuelo con una corona de

margaritas sobre la cabeza. Yo era niña y correteaba tras ella. Las dos reíamos con mis infructuosos intentos de atrapar a una mariposa de grandes alas azules. Todo era perfecto, el sonido del agua, la pureza de la brisa que recorría mi piel, la visión de las aves.

El camino no parecía tener fin y ambos paseábamos como si no hubiera otra cosa que hacer en el mundo. La mariposa azul tampoco parecía tener nada mejor que hacer y nos precedía. Me sentía feliz.

Pero transcurrido un tiempo imposible de determinar, en el arroyuelo comencé a ver algo extraño, el agua dejó de ser clara, no conseguía saber qué era lo que obstruía el tranquilo fluir de la corriente. No lo alcanzaba a ver bien y me acerqué. Mi madre llegó antes y gritó. El aire ya no olía bien. La mariposa de alas grandes y azules se había posado en algo que había en el agua. Era un cuerpo, un cuerpo de un señor gordo. Estaba boca abajo y de su ano sobresalía un palo. El agua ya no era clara, era roja.

Debí gritar y me desperté, estaba sola. Melitón no se encontraba a mi lado. Estaba todo muy oscuro, allí no había luces y la luna estaba en cuarto menguante, a punto de ser nueva. No veía nada, pero sí percibía algo. Percibía una figura que se abalanzaba sobre mí con un cuchillo de la mano. No había luces, pero el filo del cuchillo brillaba. Grité. La silueta era corpulenta, oscura y se me antojó extremadamente violenta.

Giré bruscamente y evité el impacto del cuchillo que se dirigía hacia mí. Noté un pequeño dolor en el brazo, pero no me paré a ver la causa. Corrí. Corrí y grité. Corrí despavorida como gallina sin cabeza dándome golpes contra las paredes. No veía nada y todo era oscuridad. Pero intuía que la silueta amenazante con el cuchillo de filo brillante venía tras de mí. Sudaba por todos los poros de mi piel como si de una fuente con múltiples surtidores se tratase. Sentí un fuerte golpe y caí. De nuevo el cuerpo del arroyo, de nuevo el agua roja. Los pájaros multicolor se habían ido de las ramas de los descomunales pinos y la mariposa azul tampoco estaba. Me dolía la cabeza.

Escuché a mi madre decir: «¡Estás sangrando! ¡Dios mío!», pero esa voz era más nítida que las anteriores, más real. Comencé a recuperar la consciencia.

—¿Estás bien? Dime algo, hijita —nuevamente era la voz de mi madre la que me hablaba a la vez que sentía palmadas en mi cara.

Sentía un dolor lacerante dentro de mi cabeza, estaba confusa y no entendía lo que hacía allí, en el suelo.

—¿Qué ha pasado? —acerté a preguntar. Frente a mí se arremolinaban

rostros, algunos desconocidos, otros no. Allí estaba Carlota, Reinaldo, Leo, Blas, el hombre desaseado que se había empalmado mientras bailaba conmigo. No estaba Luis, el pastor.

—Te hemos oído gritar ¿Ha sido una pesadilla? —Era Reinaldo el que me hablaba mientras me ponía una venda en el brazo—. Te has debido cortar con algo durante tu escapada. ¿Con qué soñabas? No nos habías dicho que eras sonámbula.

—No lo soy —repliqué.

—Entonces, ¿qué te ha pasado? —insistió mi flamante padrastra.

—No ha sido un sueño, alguien ha intentado matarme. ¿Dónde está Melitón? —pregunté mirando a los rostros.

—¿Cómo que alguien ha querido matarte? Explícame eso, hijita —suplicó Carlota.

Reinaldo se levantó de mi vera y comenzó a correr por entre las estancias de la nave. Supuse que me había creído y que estaba registrando la casa. No sé si en busca del hipotético asesino o en busca del cadáver de Melitón. O quizá en busca del objeto cortante con el que me había herido durante mi periplo como sonámbula.

—¿Dónde está mi profesor? —gemí temiéndome lo peor. Alguien, el que había matado a Ismael, ahora me había quitado a mi chico—. Buscadle, algo le ha pasado, lo sé. Por favor, encontradle.

El corro se abrió y dejaron paso. Reinaldo se acercó.

—No hay nadie, Yaiza, ¿estás segura de que no ha sido un sueño?

—Y el corte en el brazo, dime, ¿con qué me he lastimado? —le voceé indebidamente.

—Posiblemente con algo que no consigo identificar en este momento. No lo sé —confesó visiblemente apenado. Sabía que estaba dudando de la veracidad de lo que yo había contado.

—¡Eh, estoy aquí!, ¿quién ha preguntado por mí? —era Melitón el que llegaba y abriéndose paso entre los rostros se pegó a mí—. ¿Qué ha pasado?

—¿Dónde has estado, chaval? —preguntó el siempre oportuno Reinaldo con una cara y un tono que evidenciaban desconfianza.

—No me dormía, he ido a pasear y disfrutar del cielo estrellado. En Madrid nunca se ven tantas estrellas. Además, casi no hay luna —fue una respuesta automática y sin meditar. ¿Quizá ya preparada de antemano?

Carlota me palpó la venda con cara asustada, quizá tampoco me creía. El corte parecía superficial. Reinaldo apareció con unas copas de la limonada

sobrante del evento. Ya no quería volver a dormirme.

—Llévanos a Los Rodeos, padrastro —balbuceé.

—No creo que sea la mejor idea. Tienes cerca a alguien que te quiere mal, aunque no sepamos exactamente su nombre. No te dejaremos ir —intercedió mi madre.

De nada sirvieron los siguientes intentos para disuadirme, la decisión estaba tomada. Ya les había dado demasiadas molestias y en el día menos indicado para ello. A partir de ese momento ya no volvimos a hablar del asunto. Sabía que llevaban razón y que quien me había intentado matar, es posible que regresara conmigo a Madrid en el mismo avión. Mi padrastro pareció leerme el pensamiento y agotó el último cartucho: —Quédate, Yaiza. Quédate unos días hasta que todo se solucione. No sabemos quién te ha intentado hacer esto, pero quien haya sido lo va a volver a hacer —fue certero Reinaldo.

—¿Y si fue solo una pesadilla y como tú apuntaste me lastimé yo sola? —le hice notar.

Despedirme de mi madre, antes del puesto de control, fue lo más duro que recuerdo de los últimos años. Prometimos vernos lo antes posible. Y le dije algo que no recordaba haberla dicho nunca: «Te quiero, mamá». Me juré decírselo más a menudo.

Reinaldo consiguió permiso para acompañarnos hasta la puerta de embarque y, con los consejos lógicos del momento, nos despedimos los cuatro rumbo a la península. No me pasó desapercibida la mirada que echó a Leo.

Cuando el avión despegó y vi alejarse al majestuoso volcán que presidía la isla, comencé un llanto que me duró las dos horas y media de trayecto.

Capítulo 15. Séptimo día

Felisa había acudido a recibirnos al aeropuerto, me sorprendió. Estaba demacrada. Me abracé a ella, pero no se mostró todo lo amable que yo esperaba. Me correspondió el abrazo de manera fría y me explicó el motivo de que estuviera allí:

—Blas me dijo que seguías con la auditoría a la vez que investigando la muerte de Ismael. He retirado formalmente el encargo que hicimos a Leo&Blas y por tanto ya no puedes seguir con el trabajo. He de pedirte que dejes de meter las narices donde no te corresponde, si alguien tiene la obligación de esclarecer lo que ha ocurrido, esa es la policía y no tú, una niña engreída. Blas, recuerda, no podéis seguir con la auditoría de FI.

Su exmarido no pronunció palabra alguna al escuchar lo que me acababa de decir Felisa y la forma en lo que lo había dicho. Leo tampoco.

—¿Quién ha hablado contigo? ¿Quién te ha llamado y qué te han dicho? —pregunté después de que una luz se me hubiera encendido en mi cabeza. Solo tenían sentido esas palabras si alguien le había inducido a pensar de esa manera.

—Tú sabrás a quién vas ofreciendo la posibilidad de emitir un informe negativo de la contabilidad de FI para que no se lleven el contrato, por supuesto a cambio de dinero. Quiero que sepas que hay una joven que está dispuesta a testificar que has ido a su despacho a venderte de esa forma tan ruin y, créeme, esa joven está muy bien relacionada —me aclaró.

Nadie relacionado con FI tenía interés en que me quitaran el trabajo. Pero se me ocurría el nombre de un consejero y de su colaboradora que sí lo podían tener. Alguien lo suficientemente influyente como para presionar a Felisa.

De repente nos vimos solos los dos, Melitón y yo, en la terminal de llegadas del aeropuerto internacional Adolfo Suárez, en Barajas. De ese viaje había sacado algunas cosas claras, la primera, un padrastro que parecía hacer feliz a mi madre. La segunda, la certeza de que alguien quería quitarme de en medio. Salvo que Reinaldo llevara razón y todo hubiera sido un sueño.

Empezaba a dudar de mi cordura.

—Siento no haber estado a tu lado cuando intentaron asustarte en Tenerife. De verdad que lo siento —era la primera vez que él sacaba el tema. Lo podía haber hecho antes, durante el viaje, pero no lo había hecho.

—¿Asustarme dices? —le grité—. No me han tratado de asustar, me han

tratado de matar. ¿Te enteras? ¿O es que tú tampoco me crees?

—Yaiza. Si quien te intentó matar, como dices, de verdad hubiera querido matarte, lo habría hecho. Estabas sola, dormida e indefensa. Creo que perseguían amedrentarte —aclaró de manera lo suficientemente convincente como para hacerme dudar—. Y esos solo han podido ser los mismos que nos asustaron en la playa y dieron el cabezazo a Reinaldo.

—Yo no lo veo así. Allí había más gente que me quería hacer daño. Dentro de la finca estaba un hombre cuya pareja sentimental fue encontrada muerta en una ciudad de Colombia. Ahogada en el muelle. Una ciudad donde se han producido más asesinatos con pautas comunes a los que se han producido aquí —dije entre sollozos. La situación me podía.

Me abrazó y pasó su mano por mi nuca. Un escalofrío me hizo separarme de él.

—¿Y tú?, ¿dónde estabas?, te habías ido de mi lado. Me dejaste sola. O eso es lo que me has querido hacer creer —seguí increpándole.

—Vamos, no me digas que piensas que fui yo. Yaiza, hemos dormido juntos, hemos pasado muchas cosas juntos. No dudes de mí, por favor —casi me suplicó.

—No sé quién eres. Esa gente es especialista en fabricar topos. Ismael era uno. Tú podrías ser otro —le acusé.

Melitón me miró compungido, atrapó su bolsa de viaje que estaba a nuestros pies y se marchó. Sin despedida. Solo unas palabras que se me clavaron en el corazón:

—Te recuerdo que a mí Colombo también me quiso matar. Te recuerdo que he dejado mi trabajo por ayudarte, implicándome con una mujer que acumula cantidad de pruebas en su contra para poder ser considerada como culpable de asesinato. Pero yo he confiado en ti. ¿Sabes por qué? Porque me gustas. Y mucho.

Mi bolsa seguía a mis pies. Quise cogerla y seguir tras sus pasos e implorarle perdón. Decirle que era el único hombre que yo recordase que me había hecho sonreír por la mañana.

Pero no lo hice.

En su lugar caminé con la esperanza de coger un taxi que me llevase al primer tugurio abierto a esas horas donde tomarme una docena de tequilas que me hicieran olvidar que era yo una mierda y la vida era otra mierda. Que me ayudaran a recordar que era la misma adolescente gordita y salpicada de acné a la que todos los chicos evitaban. Lo de ahora no era más que una

cáscara. Una máscara con la que disfrazarme para no mostrarme tal y como era.

A veces, en los momentos más inoportunos, suelen aparecer en la cabeza las peores imágenes del pasado. Tenía dieciséis años, ya había comenzado mi metamorfosis. Era una noche clara de redonda y blanca luna y se celebraba la fiesta del instituto. Eché el ojo al novio de una de las chicas de moda de la clase, de esas tan artificiales que parecían de goma. Él no me gustaba, es más, me repugnaba. Pero era el novio de la chica que más odiaba. La que, antes de mi transformación, tanto me había hecho llorar. Estaba afuera, en el jardín y con dos de sus colegas. Me acerqué con mis tacones de diva, mi escote y mis labios de color fuego, creo que con más de una copa consumida. No me duró ni dos asaltos, cuando se quiso dar cuenta ya le había bajado los pantalones y le tenía encima. Todo el instituto fue conocedor de que el novio de la chica de goma se había acostado con Yaiza. El lunes siguiente, en el pasillo que actuaba de distribuidor de las aulas, había un remolino de estudiantes. Todos contemplaban entre risas el grafiti que con letras rojas y de considerable tamaño decía: «Yaiza Cabrera – la Ramera». Estuve un mes sin poder acudir de nuevo a las clases.

Alejí esa estúpida imagen del pasado y caminé en busca del taxi, pero no pude. En mi ayuda acudieron mis dos amigos del alma. Uno me cogió del brazo y el otro estaba esperando en la puerta de salida con un coche a mi servicio. Qué detalle. Consideré que había juzgado mal a esa pareja de ineptos cuando lo único que hacían era velar por mi interés.

—Te llevamos, muñeca. Stephan quiere verte —me dijo el que me había asido con fuerza de animal mi brazo. No sé si era Pedro o Miguel. Tanto monta.

—Supongo que no sirve de nada deciros que os vayáis a tomar por... lo que más os guste —me resigné y subí al vehículo. Me encontraba igual que un títere al que le suceden diferentes hechos, a cada cual peor, pero que es incapaz de moverse por sí mismo y decidir su siguiente movimiento. Caminase hacia donde caminase, tomase el camino que tomase, me dirigía inexorablemente hacia el abismo.

El viaje por la M40 transcurrió en silencio. Yo rumiando las últimas palabras de Melitón y ellos intercambiando frases en italiano que apenas entendía.

—Quiero que me digáis una cosa. Consideradlo un favor. ¿Fuisteis vosotros los que anoche intentasteis matarme con un cuchillo dentro de la

finca? —me decidí a probar suerte y apelar a la sinceridad de tan distinguidos caballeros.

—¿Pero por quién nos has tomado? Así que intentaron matarte. Interesante. Créeme que los hermanos Sánchez si te quisieran muerta ya lo estarías —expresó jocoso una de las dos acémilas con su acento italiano.

La respuesta tenía mucho sentido.

Esta vez no acudimos a las oficinas donde se impartía la formación de FI que coincidía con el lugar donde trabajaba Melitón hasta que me conoció. Le echaba de menos.

El coche aparcó en un céntrico restaurante de comida italiana, en el distrito de Chamartín. Galantemente, uno de los dos cerriles me ofreció su brazo para acompañarme hasta el interior, bajamos unas escaleras hasta una especie de bodega donde se guardaban cajas con botellas y demás trastos necesarios para la restauración y me obligó a sentarme en la mesa donde estaba su amo. Olía a pasta con tomate ya podrida, olía a orín y también podía oler mi propio miedo. Aun así, reaccioné.

—Desde luego, usted no se ha debido de gastar mucho en intentar desasnar a estos dos —le propiné a modo de saludo a Stephan Marcuse, esta vez sin su incondicional Lionel, pero sí al lado de Carla Moro.

Sorprendentemente, esta vez no fue él quien tomó el testigo de la conversación. Fue la que creía su secretaria. Sobre la mesa había un periódico.

—Yaiza, no conoces el terreno que estás pisando y mejor que no lo sepas —tenía una voz joven, de adolescente, pero una firmeza con su lenguaje que intimidaba—. Mi tío es una persona muy influyente en el sur de Italia. Stephan y Lionel trabajan para él. Yo tengo un encargo, por eso estamos en España. El encargo ya lo conoces. Vinimos usando una tapadera y aprovechamos un partido político poco importante dentro del espectro político para hacernos con el contrato que nos permitiera gestionar los fondos europeos para la formación. ¿Me sigues?

—Te sigo, y creo saber quién en Europa os está echando una mano —alcancé a decir con un cierto temblor en los labios recordando el episodio con Klauss dentro de su Jaguar. Empezaba a tener certeza de a quién me enfrentaba.

—Mira, muñeca, voy a aclarar tus ideas. Total, ya no me sirves —me lanzó Carla. Un temblor me recorrió todo el cuerpo. «Ya no me sirves, me acababa de decir». Traté de levantarme, pero una poderosa mano, más grande

que mi cabeza, se posó en mi hombro y me lo impidió.

—Déjeme ir, prometo coger un billete lo más lejos que pueda y no volverán a saber de mí —imploré.

—Qué maja —se rio la sobrina del influyente personaje del sur de Italia—. Verás, a Ismael no le matamos nosotros. No sabemos quién lo hizo, pero no fuimos nosotros. Aunque créeme que lo hubiéramos hecho de saber que estaba en la nómina del puto consejero de la Comunidad. Sí, Ismael ha sido el detonante de todo esto. A él le introdujo Raúl en el Movimiento contra la Intolerancia para manejar sus hilos e inducirles a iniciar una campaña de acoso y derriba contra FI. Objetivo, desprestigiar a una organización que se podía llevar el contrato que ya conoces muñeca. Y Raúl Castro también quiere el contrato. Bueno, más que él, su familia política, que no es todo el partido, pero sí una parte. Así que todos los días había que organizar concentraciones en la sede de FI. Vuestros partidos políticos sí son auténticas mafias, siempre vencen, como sea. Y sin importarles quién se queda tirado en la cuneta.

—Pero si Ismael trabajaba para ustedes —hice notar aparentando ingenuidad.

—Sí, fue muy hábil. Trabajaba para Belén, nuestra periodista. Ella le introdujo en nuestro mundo. Creo que estaba encoñada con él e Ismael se valió de eso para sus fines. La estrategia fue impecable. Ismael, aconsejado por Raúl, o su ayudante, Elena, supo que FI necesitaba de unas cuentas auditadas e inmaculadas para optar al contrato europeo. Él se ofrece para buscar una firma que lo audite, lo suficientemente poco importante para ser manejable si llegara el caso, e incluso se ofrece para colaborar en el trabajo. Así fue como entró a trabajar para ti. Una ingenua auditora recién estrenada —se rio de nuevo la joven.

«No tan ingenua», pensé.

El hermano Sánchez que estaba a mi lado también se rio, no sabía bien de qué, pues dudaba que se estuviera enterando de algo esa cabezota hueca. Seguía sin poder huir y sospechaba que nada bueno me iba a ocurrir cuando finalizase la exposición que con tanto celo me estaba obsequiando Carla Moro. Ya no le era útil me había dicho hacía unos minutos.

Esta siguió:

—Pero de eso nosotros nos fuimos enterando poco a poco. Por eso los hermanos Sánchez le estaban siguiendo. Una noche, Belén llamó a Ismael para quedar, estaba necesitada de él. Pero este le dijo que estaba en el

despacho de Leo&Blas, que había encontrado algo que no le gustaba en las cuentas y que se lo quería ocultar a la auditora. Belén no se lo creyó y henchida de celos nos llamó. ¿Sabes Yaiza, por qué Belén estaba tan herida? —Más risas de la sobrinísima—. Sí, lo sabes. Belén fue la que nos envió al despacho tuyo donde debía estar trabajando Ismael. Nosotros habíamos decidido ya liquidarle. Estos dos, los hermanos Sánchez, ya habían encontrado pruebas de que Ismael estaba al servicio de Raúl Castro. Pedimos a Belén que le llamase para retenerle en el despacho poniendo cualquier excusa hasta que llegaran mis amigos. Pero cuando llegaron ya estaba muerto. No hace falta que te describa la escena, ya la conoces. Bueno, hay un detalle de la escena que el asesino dejó cuando abandonó el lugar, que te es desconocida.

—¿Cuál? —seguí sin apenas poder articular más de palabras cortas.

—Tu bolsa —continuó Carla—. Ismael estaba con el cuello cercenado con tu cuchillo y con tu querido aparato en el esfínter. Pero también estaba a su lado la bolsa con el resto de los juguetes. En la escena del crimen. Mis chicos la cogieron junto con su teléfono móvil y se fueron a por Belén. Ella tenía que pagar por lo que había hecho. Fue la responsable de haberle introducido en nuestro mundo y aquí, en nuestro mundo, los errores deben ser castigados. Lo había tratado de enmendar cuando nos llamó para denunciar a Ismael, pero ya era tarde. Por eso Belén luego apareció muerta y tus pertenencias tan queridas encontradas en su casa. Mis chicos optaron por despistar a la policía de esa forma.

—¿Por qué me cuentan esto? —Pregunté, aunque sin querer saber la respuesta. Intuía que, si me estaban dando tanta información, era porque ya no vería de nuevo la luz del día.

—Tranquila, muñeca, no temas —prosiguió la joven sobrina intuyendo mi temblor interno—. Este corpulento hombre que está sentado a tu lado ha sido tu salvador. El tuyo y el de tu amante. Pedro fue el que se cargó al detective Jaime Colombo cuando os estaba amedrentando. Jaime fue contratado por José Antonio Mendizábal y por Filomeno. Supongo que para investigarnos a nosotros o para protegerse ellos. El caso es que ese repelente detective os estaba haciendo daño y no podíamos permitir que la auditora sufriera daños.

—O sea, que FI y vosotros no estáis en el mismo barco —le interrumpí.

—Digamos que el barco es de ellos, pero lo gobernamos nosotros —aclaró a la vez que se rio de su ocurrencia—. Esa es toda la historia, nuestros

amigos hermanos han acudido a la boda de tu madre, a pesar de no haber sido invitados, para asegurarnos de que no te pasaba nada. Un detalle muy feo no haberlos invitado. Espero que se lo sepas agradecer.

—Pero antes ha dicho que yo ya no era útil. Escuche, Felisa nos ha quitado el encargo, pero yo puedo acabar el trabajo como auditora independiente si ustedes me lo encargan —le pedí de forma desesperada.

Carla miró a Stephan y este me tiró el periódico ante mi vista abierto por una página. El artículo describía con todo detalle que FI estaba detrás de un contrato millonario y que no había dudado en hacer uso de una familia italiana para atemorizar al resto de candidatos.

—Hay muchos detalles, los suficientes como para habernos fastidiado el objetivo. Aunque no los suficientes como para que nos puedan acusar de algo —esta vez fue Stephan el que habló, el que yo hasta ahora había creído que era el que mandaba allí, pero de forma equivocada.

—Señor Marcuse, no creerá que haya sido yo quien ha destapado esto ¿no? —le requerí.

—No, muñeca —fue Carla la que asumió el encargo de contestarme—. Tú no sabías tanto como lo que en esa noticia consta. Ese ha sido otro, del cual ya nos ocuparemos en su momento.

—Entonces, ¿qué hago yo aquí? Déjenme, por favor —ya no me importaba humillarme. De nuevo, por segunda vez en unos días, la incontinencia urinaria hacía mella en mi autoestima. Me acababa de orinar.

Antes de que mis amables contertulios se pudieran reír de la humillante humedad que bajaba por mis piernas, la puerta se abrió con un enorme estruendo y aparecieron unos cuantos policías con uniforme de asalto y unos fusiles que apuntaron a todos y cada uno de nosotros. Nadie se movió.

Rompí a llorar. No recordaba haber pasado tanto miedo en mi vida. Me senté y un policía me colocó una manta sobre mis hombros. Contemplé cómo se llevaban esposados a la sobrina, a Stephan y al borrego cuyo hermano debería estar afuera. Ojalá le hubieran atrapado también.

Cuando el último de los arrestados salió, entró el inspector Luis Bárcenas con Melitón. Me levanté y abracé a este último. No corrí tras él cuando salí del aeropuerto y eso me había pasado factura. No sabía si creer en él o no, pero sí estaba segura de que le necesitaba.

—Le presento al sargento Melitón Cárdenas, trabaja para mí —me dijo el inspector.

Otra nueva sorpresa, ya había perdido la cuenta de cuántas llevaba en los

últimos días.

Me acerqué al que creía mi profesor y le propiné un bofetón con todas mis fuerzas. Hice un breve ademán simulando relajarme y después le di otro bofetón. Luego me abracé a él y seguí llorando.

—Por esto que acaba de hacer la debo llevar a comisaría, señorita — bromeó él.

O no tanto, porque al final sí acabamos en las dependencias de la Jefatura Superior de Policía, en el distrito de Tetuán, aunque yo no estaba en calidad de detenida.

—El zulo de donde te hemos rescatado estaba pinchado. El restaurante es una tapadera que una de las familias más poderosas de Italia utiliza para coordinar parte de sus operaciones en España. Llevábamos tiempo detrás de esa gentuza. Lo que pretendían atentaba contra los intereses de gente que tiene mucha influencia en este país y nosotros estábamos sobre su pista —me explicó Melitón—. Yo estaba infiltrado como profesor hasta que te conocí y decidimos pegarnos a ti. Para protegerte.

—Eres un cerdo, ¿lo sabes? —le espeté.

—Yaiza, creo que me he enamorado de ti, pero de eso hablaremos luego, esta conversación se está grabando y no quiero ser el hazmerreír de todos los Cuerpos de Seguridad del Estado.

—Vale —le contesté aparentando firmeza, pero la verdad es que me temblaban las piernas. Pero ahora de forma distinta a cuando estaba sentada frente a Carla.

—Probablemente no les pase nada a los que te tenían retenida —añadió Luis Bárcenas—. Hay pruebas de que han utilizado medios para coaccionar a terceros interesados en el contrato que ellos perseguían y hay una conversación donde reconocen que han matado a Belén. Pero ya verás como por ello solo pagan, y levemente, los dos matones. El resto saldrán indemnes. Bah, ya estamos acostumbrados a que nuestro esfuerzo apenas sirva para algo.

—¿Corro peligro? —pregunté.

—No, no lo creo, estos se irán con la música a otra parte. No son tontos —me trató de tranquilizar Melitón.

—¿Creéis que es verdad lo que dicen de que no han sido los causantes de la muerte de Ismael? —tercié.

—Después de todo lo que han cantado, si fueran ellos los responsables, lo hubieran dicho. Ellos no han sido —aclaró Luis.

Ya estaba más tranquila y me quería lucir ante mi profesor, bueno, mejor dicho, ante mi sargento de policía.

—Dejadme que haga alguna conjetura, a ver qué os parece. Teoría uno, la idea del crimen pasional cobra fuerza. Ismael llama a Belén y esta, dolida por la conversación que yo tuve con ella insinuándole que su mascota había estado conmigo, queda con él en el despacho y le mata. Previamente me había sustraído la bolsa y el cuchillo de mi casa para incriminarme y consumir su venganza.

—No está mal —me miraba visiblemente embelesado Melitón. Luis Bárcenas sonreía.

—Teoría dos —continué—. El FI había contratado a Colombo para protegerse de los nuevos socios. El detective descubrió que Ismael trabajaba para el consejero de la Comunidad de Madrid y decidió ejecutarle por encargo de sus jefes Filomeno y José Antonio. Para desviar la atención, antes me roban la bolsa. El detective probablemente sospechaba que yo también podía haber tenido un *affaire* con el chico e intuyó que la policía ataría cabos.

—Me gusta esta faceta tuya —seguía embelesado Melitón.

—Tercera —proseguí—. Estad atentos, que esta es para nota. Raúl Castro y el Movimiento contra la Intolerancia, su brazo ejecutor, deciden eliminar a Ismael en el despacho de la auditora e incriminar a esta. Después consiguen, como ya han hecho, que esto tenga impacto mediático y que eso suponga el fin de las pretensiones de FI o de la familia italiana.

—Esta chica nos va a dejar sin trabajo, jefe —dijo Melitón mirando a Luis, el cual seguía sonriendo.

Sonó mi móvil, era un mensaje de mi madre que me reprendía por no haberla avisado de mi llegada a Madrid. Aún casada, seguía siendo igual de pesada que cuando estaba soltera.

—¿Más teorías? —Me sondeó el inspector Bárcenas—. Creo recordar, porque así me lo ha dicho tu padrastro, que ya conoces que Leopoldo Medina ha vivido en una ciudad donde se han investigado muertes con escenografía similar a la de Ismael. Incluso su pareja sentimental apareció muerta.

—¿Estuvo imputado por esa muerte? —pregunté.

—No, no lo estuvo aclaró Melitón—. El informe policial no estableció de forma concluyente la muerte por asesinato. El hecho de encontrar un ramillete de bolas chinas dentro de su cuerpo no fue suficiente para relacionar esa muerte con los asesinatos ocurridos bastante tiempo antes y alejados más de cien kilómetros. Supongo que la desidia de la policía también pudo influir

en el cierre del caso de forma tan precipitada y chapucera.

Asimilé la información.

—Bueno, si estoy libre, me voy. Quiero afiliarme al partido FI y seguro que sé de un par de personas que me pueden informar sobre su ideario —me levanté e hice ademán de irme.

—¡Eh!, ¿a dónde crees que vas? —me sujetó Melitón del brazo.

—A hacer tu trabajo ya que tú no sabes —le desafié.

—Luis, ¿tengo permiso para acompañarla? —solicitó Melitón a su jefe.

—No, no como policía —sentenció el inspector.

—Entonces solicito un día de vacaciones. Te dejo, jefe —y salió corriendo Melitón tras mis pasos que ya se dirigían a la salida.

Capítulo 16

—Iremos en coches separados —dije al ver que Melitón pretendía subirme en un coche oficial, de esos con la pintura blanca y azul.

—Vale, vamos en taxi —se ofreció.

—No, ya no eres mi mascota, estoy enfadada —le reprendí.

—Escucha, Yaiza, ¿podemos hablar de esto con más clama? Además, no puedes dormir sola en casa esta noche, podrías estar en peligro. Te sigo ofreciendo asilo en la mía. Ahora ya podré sacar de los cajones todas las fotografías que evidenciaban mi verdadera profesión, que las tenía escondidas para que no descubrieras mi tapadera.

—Me lo pensaré. Sigo creyendo que todos me estáis utilizando. Primero Blas y Felisa, que conocían la identidad del ayudante que me pusieron, después el propio Ismael, que me ocultó quién era. Me han intentado utilizar los dos políticos del FI, la sobrina del mafioso italiano y hasta un consejero de la Comunidad de Madrid. Y también tú. Me has utilizado tú y eso es lo que más me ha dolido. No se me ha pasado el enfado y no sé si se me pasará. Así que tú vas en esa cosa —dije señalando al coche de policía— y yo voy en taxi. Nos vemos en la sede de FI.

Y nos despedimos. Vi como Melitón resignado entraba en el coche. Era un muchacho obediente. Esa noche lo sería más cuando le tuviera para mí. Y policía, ¡cómo me excitaba! Se me había pasado ya el susto del restaurante italiano y mi cuerpo comenzaba a funcionar como debía. Mis hormonas se colocaban en el lugar que nunca debían haber abandonado.

A mitad de camino, en el corazón de la Castellana, recibí una llamada de Elena Malmierca, la colaboradora de Raúl. Quería verme y aportarme más datos sobre la noticia que había hoy publicada en un medio de comunicación. Además, me dijo, estaba con alguien a quien me interesaría conocer.

La oferta fue lo suficientemente atractiva como para tenerla en cuenta, así que eso hice, dar orden al taxista para que hiciera un quiebro en la próxima calle y enfilase el morro del Mercedes hasta el barrio donde en una trasera de un edificio había conocido al consejero de la Comunidad de Madrid. Si llegaba el caso, quería tener una charla en privado con esa chica, suponiendo como suponía que era ella la que había ido con el cuento a Felisa granjeándome con ello una enemistad posiblemente irreconciliable.

Podría decir que olvidé enviar un SMS a Melitón comunicándole el cambio de planes y así mantener mi reputación intacta e intachable. Pero no

fue así. No lo olvidé y deliberadamente decidí ir sola a la cita que me acababan de proponer. Para ser más exacta, le di esquinazo.

El taxi paró, siguiendo mis indicaciones de lo que recordaba de la anterior ocasión, en la misma puerta de garaje de aquella zona de aspecto poco atractivo. En esta ocasión la puerta estaba abierta. Asomé el hocico para tratar de ver en la oscuridad y la voz de Elena me indicó que pasase. Apenas se veía y comencé a arrepentirme de la decisión que había tomado. Estaba sola y de pasarme algo tardarían en dar con mis huesos.

—Pasa, Yaiza, hasta el fondo. Recordarás el camino —me repitió la voz femenina.

Allí, en la misma habitación donde unos días antes me había reunido con Raúl y Elena, ahora estaba ella, sin su jefe, pero con un hombre y una mujer ya entrados en años y aspecto un tanto siniestro.

—Le presento a Ferdinand Lacroix. Es uno de los responsables de la decisión que se tiene que tomar en Europa para adjudicar la gestión de los fondos a España destinados a la formación de trabajadores. Ella es Gloria Smith, eurodiputada por Bélgica y presidenta de la comisión que tiene que tomar la decisión de la adjudicación. ¿Le parece que ha merecido la pena venir? —hizo las presentaciones protocolarias Elena.

—Creo que no dormiré esta noche de la emoción —me mofé.

La mujer era de porte altivo, con el pelo blanco recientemente retocado en peluquería y un conjuntito que no supe distinguir a quién pertenecía pero que no me hubiera extrañado saber que antes hubiese desfilado en Milán sobre una pasarela. Parecía no entender nada de la lengua de Cervantes, ya que su colega le traducía.

Este fue el que tomó el relevo de la charla que acababa de iniciar la ayudante de Raúl Castro.

—Señorita, estamos ante una situación muy delicada —pronunció dando un tinte a las palabras que me indujo a adivinar su procedencia del vecino país galo.

Se trataba de un individuo de expresión hierática, motilón, y de corto talle. Esperpéntico, hubiera definido, de no ser porque lucía una sonrisa fácil, aunque inexpresiva, que no me desagradaba.

—Muy delicada —prosiguió—. Aunque creemos que con la noticia que hoy ha publicado un diario de su país, el problema puede estar corregido. No podemos consentir que un partido de ultraderecha, que basa su programa en la exclusión de los que son diferentes, se haga con un dinero que le pueda dar

oxígeno para crecer y hacer valer su ideología por todos los rincones de su país y de Europa. Sí, ya sé que la mayor parte de la tajada se la llevará una familia italiana, pero el resto, que no sería poco, iría a parar a manos de esos fachas —hablaba un español encomiable.

—Pero si eso está corregido como acaba de decirme, ¿para qué me llaman? ¿Para que les dé una palmadita y les diga lo tranquilos que pueden estar? —les recriminé que me hubieran hecho venir hasta allí.

—No queremos correr riesgos, señorita —añadió el hombre sin pelo—. Me han dicho mis colegas españoles que usted es quien debería haber firmado un informe de auditoría limpio si hubiese cumplido el encargo que le habían hecho. Ese es un requisito necesario para que una empresa se lleve la adjudicación de un contrato público. También me han contado que mi colega, aquí presente, le ha ofrecido una importante cantidad para que el informe refleje la realidad de lo que son las cuentas de FI y que además lo airee. Bien, ahora, más que nunca, necesitamos de ese informe con la verdad.

—Pero yo ya no soy la auditora. Nos han retirado el encargo —le expliqué.

—Eso no es importante, Yaiza —me explicó Elena—. Solo necesitamos que haga unas declaraciones en otro diario de tirada nacional. Será otro distinto al que ha publicado hoy la noticia. Así le otorgaremos a la información mayor credibilidad. En su entrevista revelará que hay muchas irregularidades y dejará entrever en el transcurso de su declaración que el objetivo que pretendía el partido era exclusivamente hacerse con la fortuna que vendría de Europa. Es muy fácil. Perderá su licencia, de momento, pero no debería preocuparse en exceso.

No me convencía lo que escuchaba y ya empezaba a estar cansada de tanto ofrecimiento.

—A ver, mona. Yo traía un asunto en la cartera para hablar contigo y lo que quería hacer en privado. Pero como veo que eso no va a ser posible, lo trataremos delante de estos dos. Total, una no se entera de nada —me decidí—. Si mi instinto no me falla, tú le has dicho a la delegada de TyCSA que yo he ido por los despachos para vender mi informe negativo al mejor postor. ¡Niégalo si te atreves!

—No sea burda, Yaiza, por supuesto que fui yo. Tenía que quedarse sin trabajo, ya no es necesario que el informe lo firme Leo&Blas. Después de la filtración en la prensa es prácticamente imposible que FI se lleve la adjudicación. Pero ahora lo tiene más fácil, ya no es la auditora del informe y

como tal, es libre de proclamar a los cuatro vientos la inmundicia que ha visto en esas cuentas. Por lo de Felisa no se preocupe, ya lo arreglará más adelante.

—¡Cínica! —salieron las palabras de mi boca sin tener muy claro que era yo quien las pronunciaba. Y no era ninguna mentira, no recordaba haberme topado con una persona tan cínica como la que en ese momento tenía ante mí. Estaba furiosa, así que me dejé llevar por lo que mis vísceras me indicaban. Me levanté de la silla, me lancé en plancha sobre la mesita y atrapé con mis dos manos el cuello de la mujer—. Esto por Ismael —grité.

El hombre presentado como Ferdinand me agarró con intención de separarme, pero con tan mala fortuna para él que lo hizo agarrando mis piernas, tumbada como estaba sobre la mesa. Y a mí nadie me toca las piernas sin mi permiso. Giré la cabeza y sin soltar la presa que tenía agarrada con mis manos le sacudí una buena patada en la cara. Afortunadamente se libró de probar en su boca el sabor de mi tacón, pero su mejilla no pudo decir lo mismo.

Libre ya de seguir con la rubia, solté una mano dejando la otra sobre su cuello para mantenerla inmóvil y le sorprendí con un puñetazo en uno de sus ojos. No recordaba haber dado nunca un golpe de ese calibre con el puño, bofetadas sí, muchas, pero puñetazos era la primera vez. Aun así, no lo debí hacer mal.

—Y este por Belén —y en ese momento fue cuando la solté, me recompuse, me alisé la falda y procedí con dignidad a caminar hacia la salida.

—Señorita —me llamó Ferdinand con la mano sobre su dolorida mejilla—. ¿Sabe lo que gana un experto consultor en Bruselas? Mucho. Haga las declaraciones, embólese su millón y prepare un viaje para Bruselas. Le gustará. Se necesita una economista especializada en auditoría y usted parece tener el perfil adecuado. Sí, ya lo sé, se tendrá que presentar a un concurso de acceso para el puesto, pero yo no me preocuparía por menudencias.

—Óiganme bien y presten atención porque no lo voy a repetir. Me importa un bledo el millón, sobre todo si eso puede llevar implícito que lo tenga que disfrutar en una caja de pino. ¿Saben ustedes quién es el tío de la que finge ser secretaria de Stephan Marcuse? Se lo diré, alguien con quien una mente sana nunca se metería. Y ahora dígame, señor Lacroix, ¿mataron ustedes a mi ayudante Ismael? Eso es lo único que necesito saber. Dígamelo y me iré.

—No, Yaiza —interrumpió Elena—. Nosotros no le hicimos daño a Ismael, pero supongo que a la policía no le costará encontrar pruebas que te

incriminen a ti. Y ahora vete, sal de aquí y antes de media hora me llamas. Te diré a qué dirección tienes que acudir para presentar tu declaración con las irregularidades en las cuentas de FI. Si no lo haces, el fiscal emitirá una orden para que te detengan. Tu amigo, Melitón Cárdenas y su jefe, serán los que te tengan que esposar. Ellos se deben a lo que les diga la fiscalía. Medita sobre qué futuro te gusta más, Yaiza. Un millón y un trabajo indefinido y bien pagado en Bruselas o la cárcel.

Esta gente disponía de toda la información posible, observé que ya conocían que Melitón no era un profesor de FI sino policía. No me estaba enfrentando a *amateurs* .

Todas las mañanas, desde que nos levantamos, nos enfrentamos a multitud de decisiones que podrían cambiar el transcurso de nuestra vida. De hecho, soy lo que soy, por la suma de las decisiones que he tomado en mi pasado. Y ahora iba a tomar una, trascendental.

—¡Váyanse a tomar por el culo, los tres! —le escupí con furia unas palabras que me quemaban en la garganta. Y seguí mirando al francés—. Supongo que Ismael estaba en la nómina de ustedes ¿y sabe también que sus colegas españoles tienen comprado a un movimiento activista para boicotear a un partido rival?

—No sigas, Yaiza —intercedió Elena—. Lo saben. Saben que Petros es un buen amigo y Malena una disciplinada activista. No queremos que el dinero de Europa caiga en malas manos y haremos todo lo posible por evitarlo. Pero nosotros no hemos hecho daño a Ismael, eso lo deberías tener claro.

—¡Y un huevo!, no les creo. Me voy. Da lo mismo derecha que izquierda, el color da lo mismo, todos ustedes me dan asco —me levanté.

—Media hora, Yaiza, si en media hora no llamas, seré yo la que llame al fiscal. Tú decides. Hace unos días me ofrecí a visitarte cuando estuvieses en la cárcel. Créeme que ahora lo haré con mayor gusto. Me encargaré de que disfrutes allí dentro —me lanzó una amenaza que me acompañaría durante mi salida.

No eran mejor unos que otros. Derecha, izquierda o centro. Solo dinero, eso es lo único que les importaba a todos, el dinero. Me daban asco, pero no debía olvidar que yo pertenecía a ese mismo mundo en el que el motor que todo lo movía era ese, el peculio maldito. Tenía que tomar una decisión, y no llamar antes de la media hora que me habían dado de plazo, ya era tomar esa decisión.

«¡Qué vergüenza de país!», pensé. Me iría a casa. No recordaba si había agotado la botella de Habana Club que había comprado antes de que todo esto comenzase. Si no había sido así, hoy caería.

Paré un taxi y le di la dirección de la casa que era mi hogar hasta hacía una semana. Miré mi móvil, que estaba en silencio, y vi dos llamadas perdidas y dos mensajes de Melitón, mi sargento protector. Leí el primero: «Yaiza, ¿dónde te has metido? estoy preocupado» y abrí el segundo: «Contesta, por favor. Filomeno ha desaparecido. Su mujer ha denunciado que lleva desde anoche sin saber de él, que no ha dormido en casa».

En ese momento entró otro SMS: «Tengo miedo, Yaiza, temo por ti, contesta, por favor. Dime dónde estás».

Así que el segundo de la jerarquía de FI no había pasado la noche en casa. Pero no veía conexión alguna entre él y yo. ¿Por qué habría de querer hacerme daño a mí? Vale que matase a Ismael si se sentía engañado por él, bien de forma directa o bien ordenándoselo a Jaime Colombo. Pero a mí, ¿por qué querer hacerme daño?, aunque lo cierto es que, si Melitón estaba preocupado, yo también lo debía estar.

Algo en mi interior me indicaba que no debía temer a Filomeno, sino a alguien más cercano. No le devolví el SMS. En cambio, sí llamé al inspector Bárcenas, había algo que necesitaba que me aclarase.

—Escuche, dígame por qué me dijo que Melitón tuvo una condena por malos tratos y que sobre él pesaba orden de alejamiento contra su novia.

—No le dé importancia, Yaiza, se trató solo de una broma que le gasté al sargento. Sabía que usted le estaba llegando dentro y decidí bromear con él, se enfadó bastante conmigo cuando se enteró.

—¿Entonces no ha sido condenado por malos tratos? —insistí de nuevo.

Luis Bárcenas rio:

—No, por Dios.

—Melitón me ha dicho que Filomeno ha desaparecido y teme por mí. ¿Se sabe algo de él? —le pregunté.

—No sabía nada de eso, llamaré al sargento ahora.

O sea, que Melitón me había enviado el mensaje y me estaba preguntando dónde estaba, quería localizarme, pero su superior no sabía nada de eso.

Estaba confusa. Ese era un efecto que me solía producir el exceso de información. El inspector Bárcenas me acababa de mentir, Melitón sí había sido condenado por malos tratos, no se había tratado de una broma. Cuando

yo le pregunté, a los pies de mi cama y después de haber hablado por teléfono con el inspector, sobre si conocía el interior de una celda, él me lo confesó, había estado tres meses encerrado en una, acusado de maltrato a una mujer casada con la que mantenía una relación. Si hubiera sido una broma, Melitón no me hubiera hablado de su condena. Lo recordaba perfectamente.

«Fue hace tres años Yaiza. Ella era una mujer mayor, casada. Mantuvimos una relación tortuosa. Estaba muy enamorada de mí y ella para mí era una compañera de cama estupenda, pero solo eso. Un día su marido se enteró, o eso me dijo, porque lo que yo creo es que se lo dijo voluntariamente para provocarle. El caso es que llegó con evidentes marcas en la cara».

Me dolía la cabeza y comenzaba a no saber distinguir la realidad de la ficción. Lo que sí era real es que el propio inspector me había mentido con respecto a Melitón y no sabía el motivo de la mentira.

Un nuevo sonido interrumpió mis pensamientos. Era un nuevo SMS, pero en este era Blas el nombre que aparecía en la pantalla. «¿Puedes venir? No estoy de acuerdo con la decisión que ha tomado Felisa, lo quiero hablar contigo».

«Llego en quince minutos», le respondí sin pensármelo dos veces.

Me alegraba de no ir a mi casa, sabía que allí me localizaría rápidamente quién quiera que quisiese hacerme daño. Y también Melitón. Salvo que ambos fueran la misma persona. No me había acabado de creer que, en Tenerife, justo en el momento en que una silueta armada con un cuchillo hubiera tratado de matarme, él estuviera de paseo nocturno contemplando las estrellas. No me tragué su justificación.

Llegué a la vivienda de Blas, allí vivía él con Leo. Llamé al portero automático y sin contestarme nadie oí el ruido de apertura. Subí, era un primero y vi la puerta abierta. Aun así, llamé. Nadie contestó. No había mucha luz.

Volví a llamar, me parecía incorrecto entrar si antes no oía la voz del anfitrión. Pero esta no llegó.

Sabía que no tenía sentido, pero tenía miedo de entrar. Era la casa de Blas, mi jefe y también me atrevía a considerarle mi amigo. Pero tenía miedo de entrar allí. Había alguien suelto que me quería hacer daño. Quizá la misma persona que había matado a Ismael, y ahí estaba yo, sola, metiéndome en una casa cuya puerta estaba abierta y sin que nadie de su interior me hubiera dado permiso.

Llamé a Blas, pero el silencio siguió siendo la única respuesta que recibí. Crucé el umbral y avancé por el pasillo. Entré en la cocina. Volví a pronunciar su nombre. Nada. Cada vez me gustaba menos lo que estaba ocurriendo. ¿Dónde estaba Blas? Me había enviado un mensaje, me dejaba la puerta abierta y ahora no aparecía. Pero en esa casa sí había alguien. La puerta se había abierto al pulsar el llamador. Una persona había pulsado el botón de apertura, una persona que no atendía ahora a mi llamada. ¿Sería Blas? ¿Quizá Leo? Eran las dos únicas personas que vivían allí. O quizá Felisa que los había acompañado desde el aeropuerto y creyéndome responsable de la muerte de su hijo quería tomarse la venganza que creía justa.

Volví a llamar a Blas, pero por única contestación solo recibí un extraño ruido. O no tan extraño, me resultaba familiar. Avancé por el pasillo y abrí la siguiente puerta. Era un dormitorio pequeño, probablemente para invitados. Nada más.

El ruido persistía y se hacía cada vez mayor. Comencé a sudar a la vez que percibía que me había introducido en un laberinto que probablemente resultase mortal.

Le llamé otra vez, nada. Por respuesta solo recibí el sonido cada vez más alto y más familiar.

Sonó mi teléfono, era Melitón. Estaba segura de que sería él incluso antes de ver su nombre en la pantalla. Esta vez lo cogí. Estaba harta de que jugasen conmigo. Pero esta vez me había adelantado en la partida, había reconocido al autor del jueguecito.

—Yaiza, ¿dónde estás? Creo que corres peligro. Dime dónde estás, por favor.

—¿Por qué me haces esto? —le grité—. ¿Qué quieres de mí? Nada, lo sé. Solo quieres matarme. Ahora lo entiendo, la mafia nunca deja hilos sueltos y yo soy uno. Ellos me lo dijeron, con otras palabras, pero fueron concisos. El que la hace, la paga. Y tú eres el sicario encargado del trabajo. Tú, que trabajabas de profesor para ellos. Eras un asalariado de la mafia y te encargaron pegarte a mí como una sombra. Y ahora te han encargado eliminarme. Pues no lo vas a hacer, ¿lo entiendes?

—Yaiza, temo por ti, Filomeno no aparece, su mujer dice que llevaba tiempo sufriendo trastornos que achacaban a la presión de su trabajo en el partido. Es probable que vaya a por ti. Yaiza, visitaba a un psicólogo, tenía problemas. ¿Dónde estás?

—Ya sabes dónde estoy, deja de jugar conmigo —le grité.

El ruido estaba ahí, detrás de la puerta. Me era tan familiar que ya sabía lo que era. Abrí la puerta con una mano, en la otra sostenía el teléfono móvil con Melitón preguntándome dónde estaba. Melitón estaba al otro lado del teléfono y probablemente al otro lado de la puerta. Él era un policía corrupto al servicio de la mafia, estaba segura de ello.

Pero yo ya estaba en un punto sin retorno. No podía dejar todo así y regresar lloriqueando como una niña pequeña. Si él quería jugar, jugaríamos.

La afeitadora seguía sonando. Una afeitadora que ya había escuchado días atrás cuando accedí aquella mañana a mi despacho.

Desde el otro lado del teléfono Melitón me llamaba, pero yo ya no le escuchaba. Abrí la puerta y encontré la procedencia del sonido. Blas estaba desnudo, con las manos atadas a la espalda y con un vibrador en el ano. Se movía, no estaba muerto. Su espalda estaba llena de laceraciones probablemente producidas por arma blanca. Pero a juzgar por la escasa sangre, ninguna de ellas parecía mortal. Tenía la boca tapada con cinta de embalar y murmuraba. Quería decirme algo, él estaba allí, acechando, esperando que me confiase y me apresurase en socorrer a Blas para caer con todo su peso sobre mí.

—La mafia es capaz de comprar cualquier cosa. La mafia y los partidos, ¿qué diferencia hay? ¿Por qué quieres matarme y por qué quieres matar a Blas? ¿Qué te hemos hecho? Déjanos. El profesor impecable, el policía intachable, guapo, sexy, inteligente y un caballero. Pero un puto asesino. ¡Da la cara! Sal de una vez y enfréntate a mí —le grité a través del teléfono, aunque sabía que me oiría igual, aunque el móvil estuviese apagado. Estaba allí, en esa casa. Yo era presa del pánico y apenas capaz de encadenar pensamientos razonables. Pero me encontraba preparada, o al menos eso era lo que yo creía. Le haría frente.

—¿Por qué me haces esto? —sollocé.

Escuché el sonido de la puerta de entrada a la vivienda cerrarse, estaba atrapada. Noté pasos a mi espalda, había descuidado la retaguardia sumida como estaba en la conversación con Melitón. Eso era lo que él pretendía, distraerme. Allí estaba, detrás de mí.

En ese momento, el momento en el que mi cabeza comenzaba a girarse, recordé que la media hora que me había dado Elena Malmierca de plazo ya había expirado. ¿Era ese mi castigo por desobedecer a otra mafia, quizá peor que la italiana?

Me volví y lo vi. Allí estaba.

Capítulo 17 – Un tiempo antes

Ismael Lorenzo era un tipo de esos que nadie dudaría en calificar como normal. Por lo menos cuando nació. Más tarde, ya sería otra cosa.

Sus padres estaban divorciados desde hacía bastante tiempo. Desde aquel momento en que su padre confesó a su madre que le gustaban los hombres y que no podía seguir a su lado. Aquello Ismael no lo comprendió, pero un poco más tarde lo entendió a la perfección. Nadie resultaba ser dueño soberano de sus gustos y preferencias, estos venían dados por la Madre Naturaleza.

Afortunadamente, poco cambió para él desde ese momento. De una casa pasó a dos, de un hogar a dos, pero siguió sintiendo el cariño de ambos progenitores. Fue una separación que podría calificarse como ejemplar. De esas que no abundan.

A pesar de haberse licenciado en ciencias económicas por la Universidad Autónoma de Madrid, nunca quiso beneficiarse de la posición de sus padres y tomó la decisión de ser autosuficiente. A ellos, a sus padres, no les iba mal. Su padre había creado una empresa de consultoría y auditoría. Le iba bien. Y su madre era la delegada de una gran firma con sede en Barcelona. Les iba muy bien a los dos. Pero Ismael no quería nada de ellos. Era ambicioso, sí, pero también orgulloso. Lo suficientemente orgulloso como para mirar a su alrededor y querer sentir que todo era suyo porque se lo había ganado. Nadie le podría nunca calificar como un parásito social.

Por eso, por su empeño y capacidad de superación, después de unos años de haber acabado la carrera y haber dado tumbos como consultor junior y cobrando una miseria, la suerte le sonrió. Vino esta, la suerte, de la mano de una atractiva joven que se llamaba Elena. Elena Malmierca.

Ismael había descubierto, unos años después de su pubertad, que su sexualidad era confusa. Le gustaban las mujeres; le atraían mucho. Y también los hombres. Estos más aún. Poco a poco sus preferencias se fueron aclarando y aunque nunca llegaron a ser nítidas, sí se inclinaron hacia el lado de la homosexualidad. A la consolidación de su identidad sexual contribuyeron los escarceos sexuales que comenzó a tener de forma esporádica con la pareja de su padre. Algo de lo que no estaba orgulloso, pero que le parecía tremendamente excitante.

Por eso, por su condición sexual, militaba en una asociación que se

llamaba Movimiento contra la Intolerancia. Con ellos se sentía libre y protegido. Se trataba de una agrupación liderada por una pareja, Petros y Malena, que combatían contra todas las causas posibles, siempre que ello supusiera defender a los más débiles. Ismael había participado en no pocas concentraciones ante oficinas bancarias e incluso hicieron algún «asalto» a un gran almacén llevándose algunos carros repletos de comida.

Una mañana, en la que investigaba a una empresa que era poco respetuosa con los aditivos que introducía en sus productos alimenticios que calificaba como ecológicos, entró ella. Era muy guapa y aunque poco le decía desde un punto de vista de atracción física, consiguió seducirle. Tenía una sonrisa preciosa. Y de todos es sabido que la sonrisa es la joya que más embellece el rostro de una persona, en especial si esta es mujer. Le dijo que admiraba el trabajo que estaban haciendo y que pertenecía a un partido muy comprometido con las causas sociales. Querían ayudar a su movimiento.

Pocas alabanzas más fueron necesarias.

Ismael habló con Petros y ambos no dudaron en colaborar con ese partido. Un partido siempre al lado de la causa de los más favorecidos y que les dio, en metálico, cinco mil euros para que con ello financiaran campañas de protesta. No es que ese dinero fuera por nada. No. Les pidieron que dentro de esas campañas incluyeran el acoso a un partido ultraderechista que se llamaba Fuerza Igualitaria. Era un partido irrelevante y con casi nula representatividad social. Pero era mejor machacar las malas hierbas cuando son retoños que cuando se han convertido en arbustos. Ese fue el mensaje.

Un mensaje que caló hondo en los corazones de los integrantes de Movimiento contra la Intolerancia. Al igual que los cinco mil euros que también calaron muy hondo, no en los corazones de los líderes del movimiento, pero sí en sus bolsillos.

Petros y Malena seguían dirigiendo el partido y potenciaron su presencia ante la sede de FI para quitarles el oxígeno, como le gustaba decir a Malena. Había que erradicarles de la faz de la tierra, eran ultraderechistas y se trataba del enemigo. Pero para Ismael tenían otra misión, una misión que tenía que pasar desapercibida hasta para sus dos jefes en la organización. Él se tenía que infiltrar en el organigrama de FI. Tenía que estar cerca y saber lo que allí ocurriese. Tenía también que estar a disposición para actuar si así le fuese requerido.

Sería un infiltrado.

La promesa que había recibido fue prometedora, y su cantidad,

sustanciosa. Además de dinero, un trabajo muy estable en Europa, concretamente en Bruselas. Vamos, una propuesta casi imposible de ser rechazada.

Y así fue como el economista, hijo de padres divorciados, ambicioso a la vez que orgulloso, vio la oportunidad de triunfar en la vida sin necesitar de la ayuda de sus progenitores. La estrategia estaba definida por el partido que le había contratado cuyo contacto siempre fue Elena Malmierca. Debía introducirse en FI a través de una periodista que era muy influyente dentro del propio partido. Si la introducción se hacía manejando los sentimientos, mejor. Y luego allí dentro, ya recibiría instrucciones.

Así fue como Ismael Lorenzo sedujo a Belén Esteban, una mujer no muy afortunada físicamente y que tenía casi treinta años más que él. La mujer resultó ser amante del femdom, o dominación femenina y poco tiempo tardaron en encajar sus preferencias y gustos como dos piezas de un puzle. Ella nunca buscó la penetración en la cama, de hecho, le repugnaba. Para Ismael eso fue un elemento tranquilizador muy importante, ya que no estaba seguro sobre cómo funcionaría con una mujer. Desde hacía tiempo eso no era lo habitual en él.

Tras varias sesiones de dominación, la periodista llegó a estar totalmente enamorada del joven y él fingió estar aparentemente entregado a ella. Aunque esto último tampoco le costase demasiado, ya que le empezaba a encontrar el gusto a eso de someterse al imperio y la voluntad de una dama que lo manejase a su entero capricho. Con ella no necesitaba pensar ni demostrar que era un macho. No, solo debía obedecerla y mostrarse entregado a sus deseos.

Después de una de esas sesiones, Belén se tumbó sobre la cama, extenuada. Había sido una puesta en escena morbosa y tremendamente excitante.

—Quiero que sepas algo, tengo un trabajo muy importante para ti y te necesito. No tiene nada que ver con el sexo, esto es otra cosa. ¿Podrás ser discreto?

—Estoy a tu disposición, mi ama —contestó él, tan dócil como era su costumbre y aún bajo los efectos de las hormonas del deseo bajo su piel.

—Tu madre tiene una firma de auditoría y tu padre otra, necesito que entres a trabajar para ellos, me da igual cuál de los dos. Las cuentas anuales de FI necesitan ser auditadas para cumplir con la ley. Hay mucho dinero en juego y necesito que trabajes codo con codo con quien va a empezar a

auditar la contabilidad. Usa todos los medios que tengas a tu alcance, pero necesito que el informe sea limpio y sin salvedades. ¿Podrás?

—¿Todos los medios mi ama? —observó Ismael con una sonrisa malévola en su rostro.

—¿Qué? —preguntó ella dudando si había oído lo que creía haber entendido.

—Que si puedo utilizar todos los medios para conseguir mi objetivo. Como dijo Maquiavelo: «El fin justifica los medios».

La bofetada sonó seca y cortante. Y muy estridente.

—Eres de mi propiedad, nunca lo olvides —lo espetó a escasos milímetros de su cara.

El azar se había aliado con la estrategia de Elena Malmierca y su partido y el mecanismo estaba a punto de ser puesto en marcha.

La auditora resultó ser agradable, tenía un puntito de sexy y descarada que le atraía. De pocas mujeres podía decir eso. No tardó en dar rienda suelta a su principal debilidad, los pies. A eso le había acostumbrado su ama Belén, a adorar los pies. Y eso hizo nada más conocer a Yaiza Cabrera. Fue un buen comienzo que debería desembocar en una relación profesional y personal que le permitiera cumplir el encargo. Pero no el encargo de Belén Esteban, sino el verdadero encargo, aquel por el que le iban a pagar mucho dinero y le valdría un puesto en Bruselas. El encargo que le había hecho Elena Malmierca y que estaba respaldado por un gran partido de ámbito nacional.

Ismael poco tardó en comprobar lo descuidados que habían sido los contables de FI, además de ostentosos. No faltaban referencias al contrato millonario que esperaban obtener. Esas eran las pruebas que necesitaba para entregárselas a Elena y obtener su recompensa. Siempre había creído que los grandes corruptos no caían por el hecho de ser corruptos, sino porque la confianza en su impunidad los llevaba a ser descuidados y exhibicionistas de su poder. Es como el asesino en serie. No le basta matar, desea que se conozca su obra.

Aquella noche, Yaiza le había dejado solo en el despacho. Se había enterado de que era hijo de Blas y de Felisa y de que además mantenía una relación con la periodista del FI. Estaba furiosa, pero eso a Ismael le gustaba y le excitaba aún más. Ver a la que era su jefa, su dueña, furiosa contra él. Ojalá pagase su furia como era debido, en una sesión de dominación. Pero antes había que cumplir el encargo que tenía.

Después de que encontrase todas las pruebas que necesitaba y las fotografiase con su teléfono móvil, llamó a Belén para decirle que esa noche no iría a verla, el trabajo se lo impedía. No era cierto, nada le impedía ir a casa de su ama salvo el deseo que él ahora mantenía por otra mujer. Ella pareció no encajar bien la noticia. Lo notó por el tono de su voz. Pero poco le importaba, con las pruebas que ya obraban en su poder, no necesitaba fingir más.

Lo que Ismael no sabía es que su ama había recibido la visita de la auditora y en medio de una discusión, esta le había espetado que su mascota se había tirado a sus pies. Eso había provocado en la periodista un ataque de celos que no estaba dispuesta a encajar. Estaba herida y furiosa, además de decepcionada. Una mala combinación.

Ismael siguió trabajando y poco después de la medianoche recibió una llamada de unos de los dos líderes de FI, Filomeno. Belén le había dicho que seguía trabajando y quería saber qué tal iba todo y si la auditora era de confianza. No le gustaba a Ismael aquel hombre, siempre con actitud chulesca y con porte engreído. «Ten cuidado y no olvides para lo que estás aquí»”, le había dicho en un tono que bien se podría tomar como una amenaza. Ismael, que ya tenía las pruebas que necesitaba para cumplir con el encargo de Elena, no dudó en despreciar la autoridad de Filomeno y enviarle a tomar viento fresco, de manera literal.

—Abandono, no os aguanto, sois una banda de fachas inaguantables que os creéis unos salvapatrias. Idos a tomar viento fresco. Lo dejo —mintió, ya que no abandonaba su dedicación por el FI, nunca la tuvo.

Y le colgó el teléfono a Filomeno, el adjunto de José Antonio Mendizábal y, probablemente el hombre más influyente del partido ultraconservador.

Sus cartas ya estaban echadas. Los dados estaban en el aire a la espera de determinar, con su suerte, el destino de Ismael Lozano.

Y este no se hizo esperar, en forma de nueva llamada. Era Belén, le pedía que le esperase en el despacho de la auditora. Le excitaba someter allí a su mascota, le dijo:

—Espérame allí, no te arrepentirás.

Y, efectivamente, nunca llegó a arrepentirse de haber atendido esa petición. No lo hizo porque no tuvo tiempo. La llamada que Filomeno hizo a los dos italianos nuevos que gestionaban la filial del partido dedicada a la formación, fue decisiva y desencadenó una sucesión de hechos que resultaría

dramática.

Capítulo 18

Sentí un fuerte manotazo que arrojó mi teléfono contra la pared. Él lo cogió del suelo y lo estampó de nuevo contra la pared asegurándose de que nadie nos escuchaba.

—¡Así que eras tú! —exclamé ante Leo, el cual esgrimía un cuchillo de considerables dimensiones en una mano. El filo estaba manchado de sangre, la sangre de Blas, supuse.

—La díscola empleada ingrata que chantajea a su jefe amenazándole con contar a su pareja que se ve con otro hombre. Yaiza, ¿no te han enseñado que en los asuntos de alcoba no se debe nunca meter una niña? —ironizó. Tenía los ojos hinchados y estaba prácticamente irreconocible, sin peinar, la camisa desabotonada y una mirada que prefería evitar. Me horrorizaba su presencia y, por supuesto, la del cuchillo que asía—. ¿Por qué tuviste que husmear en mi vida? Dime, ¿te importaba algo que yo me acostase con el monitor de mi gimnasio? Te metiste donde no debías y me chantajeaste. No debiste hacerlo.

La luz se comenzó a hacer dentro de mi cabeza.

—Fuiste tú el que intentó agredirme la noche que estábamos en la finca de La Laguna. Tenía que haberlo sabido por la hedionda peste que despides, me atreví a desafiarle.

Él rio. Estaba bloqueando la puerta y yo no tenía salida alguna por las dos paredes laterales. Tan solo podía asomarme a la ventana y gritar, o tratar de saltar. Miré y comprobé que estaba enrejada.

—Te escapaste por poco, mi intención era matarte y desde Tenerife dejar todo e irme a otro lugar, otra vida. Llevaba tiempo que tocaba retirada, pero no me podía ir sin matarte. Tú has sido la culpable de recordarme lo que era. Faltó poco para matarte esa noche, pero me sorprendiste levantándote y saliendo corriendo despavorida. Surgió la oportunidad cuando vi salir a tu profesor timorato a dar un paseo. Salió mal el plan, pero ahora todo va a salir bien. Tú vas a morir, ese cerdo va a morir y Leo se va a marchar a otro lugar donde sea más respirable el aire.

Blas seguía gimiendo a través de la mordaza.

—Tú cállate cabronazo, que de ti me ocuparé después. Ha sido mucho tiempo de aguantar tu sebo sobre mi piel. Me repugnas, ¿lo sabes? —Se mostró cruel Leo con el que había sido su pareja—. Y tú, Yaiza, vas a correr la misma suerte que él. Pero para ti tengo un juguete más interesante.

—O sea que fuiste tú el que te presentaste en mi despacho y acabaste

con la vida de Ismael, eres un depredador. ¿Por qué le mataste Leo? Era solo un crío, dime ¿por qué asesinaste a mi ayudante? —trataba de ganar tiempo ante ese monstruo. Cualquier oportunidad podría ser buena, tenía que estar atenta.

—¿Un crío? Vamos, si te lo estabas tirando. O acaso has olvidado que te vimos domándole como una loba. Eso es lo que eres, una loba. Pero tranquila, yo antes ya le había probado y, en efecto, era débil y dócil a la vez. No me costó meterle en mi cama y hacer con él lo que quise. Al muy cerdo le excitaba que el amante de su padre se lo cepillara. ¿Y tú dices que era un crío? —dijo con una crueldad extrema, sobre todo teniendo en cuenta que Blas estaba escuchando la conversación. Esta vez los gemidos eran de súplica. Parecía pedir morir.

—Déjame que le quite la mordaza a Blas, las lágrimas no le dejan respirar por la nariz, si sigue así se ahogará —le supliqué a Leo.

—¡No! Le da lo mismo morir asfixiado que de un tajo en el cuello, que es como vais a morir los dos.

Un monstruo sin piedad, eso es lo que era ese hombre.

—¿Por qué le mataste? —seguí tratando de ganar tiempo mientras mi cabeza pensaba de manera acelerada y confusa.

—¿Que por qué? ¿Y lo preguntas tú, mi niña? Tú despertaste a Leopoldo Medina. El mismo que tiró al cerdo de Juan Montalbán al mar sabiendo que no sabía nadar. Era otro seboso que no me merecía vivir. Estábamos en el muelle, me había dejado y le pedí disfrutar una última vez de él, le había comprado unas bolas chinas, eran su tipo de juguete favorito. Y con ellas viajó hasta el otro mundo. Disfruté con ello, ya que llevaba tiempo sin hacerlo, sin matar. Porque hubo anteriormente más. Solo encontraron dos cuerpos, pero hubo doce. La policía en Colombia es más torpe que la española. Allí solo se preocupan del narcotráfico. Todos los muertos con un sello de identidad. Mi firma, un dildo en el ano. Para que viajen al otro mundo disfrutando. No dirás que no soy compasivo, ¿no?

—Estás enfermo, déjame que te ayude. Hay hospitales donde te pueden tratar —le pedí aun a sabiendas que mi esfuerzo iba a ser estéril.

Leopoldo rio a carcajadas. Su risa estruendosa se confundía con el sonido del vibrador que Blas se veía obligado a sufrir. De repente calló, me miró y se acercó un paso a mí blandiendo el arma blanca. Los brazos los tenía abiertos y me miraba desafiante. En la mano derecha sostenía el cuchillo. Abrió la mano izquierda y como si de un juego de ilusionista se tratase

cambió de mano el arma. Yo miré a la mano izquierda sin perder de vista el metal y él, con su mano derecha, noqueó sin piedad mi rostro haciéndome perder el equilibrio y cayendo de bruces sobre el consolador que Blas tenía introducido, haciendo que este entrase con más profundidad en su cuerpo. Esto provocó un tremendo quejido expelido a través de su mordaza que me hizo sentir injustamente culpable. Me aparté tan rápido como pude, pero el golpe me había dejado confusa y mis movimientos eran torpes y lentos.

—Ya lo entiendo —conseguí poner en orden mi cabeza desde el suelo, sin fuerzas para levantarme. Tenía que ponerle nervioso—. Confirma mis sospechas, eres una mierda de impotente y no toleras que se rían de ti. Por eso matas, para ocultar ante los demás que no sirves.

— Eso lo has visto en alguna película, ¿verdad? No te va a funcionar. No soy impotente. Soy muy hombre. He estado bastante tiempo en estado latente, aguantando a este patético que está a punto de morir. Pero ahora la bestia reflorece y dará mucho de qué hablar. Hoy voy a anotar dos tantos más en mi haber. Y eso te lo debo a ti, tú has despertado a la bestia con tu intento de chantaje. Una mocosa chantajeando al gran Leopoldo. Eso no puede quedar sin castigo. Siempre he matado a hombres homosexuales y contigo voy a hacer una honrosa excepción. Pero tranquila, que vas a morir satisfecha.

Caminó hacia mí, tendida como estaba sobre el cuerpo de Blas, y propinó un puntapié en mi mejilla que de nuevo provocó que mi cabeza se desvaneciera. Cuando abrí los ojos sostenía un terrible objeto en su mano que acababa de extraer de un cajón de la mesilla. Se trataba de un falo de más de treinta centímetros y extremadamente grueso. Sobre su silueta lucía clavos similares a los que se pone en un collar de castigo para perros.

Temblé al verlo.

Me lo mostró de cerca y me golpeó de nuevo el rostro. Noté que mi sangre resbalaba por la nariz. Se sentó a horcajadas sobre mí y continuó exhibiendo su poderío.

—Él robó la bolsa para mí y robó el cuchillo de tu casa. El cuchillo que le mataría. Pero él no lo sabía. Yo sí, yo sabía que iba a morir cuando le encargué el robo. Fingí que se trataba de una fantasía de dominación. Y me presenté en el despacho. Había quedado con él. Me llamó cuando ya estaba abajo, subiendo las escaleras. «No vengas, me dijo, me acaba de llamar Belén que viene a verme». Pero ya era tarde. Ismael debía morir. Y tú también debes morir.

Noté su mano ascender por mis muslos y de un tirón me rompió las bragas. Estaba fuera de sí, su cara de enfermo se me hacía insoportable. Me mostró el terrible artefacto y me emplazó a que tomara yo la decisión.

—Ahora tienes dos opciones, o abres las piernas y colaboras, o no las abres y disfrutas más cuando entre. Tú eliges, zorra. Pero sospecho que vas a elegir la primera opción.

No sé de dónde saqué fuerzas, pero lo hice. Le pedí que aflojara la presión de su cuerpo sobre mí para que pudiera abrir mis piernas y cuando lo hizo y se apartó levemente, le regalé una patada con toda la energía que me quedaba en su horripilante cara. El impacto fue lo suficientemente fuerte como para que el tacón del único zapato que me quedaba, el otro se había soltado con mi caída anterior, se rompiera. Esa se empezaba a considerar mi especialidad.

No me quise recrear en mi suerte contemplando la faena. Solo sé que sangraba por su rostro y el ojo lo tenía rodeado de sangre. Una sangre que probablemente le enardecería, así que lo que tocaba era correr. Dejé a Blas tendido en el suelo, confiando que pudiera salvarle más tarde y corrí hacia la puerta de salida.

Estaba cerrada con llave. No podía salir. La bestia se había levantado y caminaba lentamente en mi dirección. Tenía el labio partido y sanguinolento y el ojo no pintaba mucho mejor, pero seguía teniendo el cuchillo en su mano. Atrapé un mortero de bronce que adornaba una mesilla de la entrada y se lo tiré a la vez que corrí hacia él. No le di, lo esquivó, pero me sirvió para atravesar indemne el pasillo que él bloqueaba. Aunque seguía atrapada.

Entré en el dormitorio cuando se abalanzaba sobre mí, enmudeciendo el sonido del vibrador con sus gritos. Blas estaba inconsciente, o actuábamos rápido o moriría asfixiado. Me agaché cuando ya tenía a Leo prácticamente encima y cogí el enorme falo del suelo. Estaba hecho de un material contundente. Agarré fuerte el utensilio de más de treinta centímetros y aprovechando la fuerza de caída de Leo sobre mí, le golpeé en la sien con él enviándole al suelo inconsciente.

Me levanté siendo un manojo de nervios y retiré la cinta de la boca de Blas, comprobé que podía respirar, aunque agitadamente una vez eliminado el obstáculo que se lo impedía. Estaba a salvo. Me levanté y me dispuse a pedir ayuda.

Me giré, le vi en el suelo con un hilillo de sangre en el lugar donde le había golpeado. ¿Y si se espabilaba? No lo podía consentir. Agarré de nuevo

el trasto de tamaño sobrenatural y asegurándome de que los clavos de este, los mismos con los que pretendía agredir y lastimar mi anatomía íntima, estaban bien fijados, me lie a darle golpes en todas las partes de su cuerpo hasta que no me quedaron fuerzas para más. Y prometo que no dejé ninguna parte de su físico sin ser golpeada. En alguna, quizá, me recreé demasiado sacudiéndola.

Le registré y encontré la llave en el bolsillo de su pantalón y corrí hacia la puerta, abrí la cerradura y bajé galopando las escaleras con intención de gritar el clásico «¡Qué alguien llame a la policía!»

No hizo falta, en ese momento estaba aparcando mi Melitón su coche blanco y azul seguido de otro coche patrulla. Al verme lastimada y ensangrentada corrió a socorrerme.

—Lo siento —dije entre sollozos—. Pensé que eras tú. Lo siento.

Me abrazó, y más tarde me retiró las lágrimas de mi cara con su mano. Fue un acto dulce y tierno.

—Necesitamos una ambulancia para Blas, creo que está bien, pero necesitará de cuidados. Y llamad también al camión de la basura. Hay arriba un deshecho que debe ser retirado —les pedí a los dos policías que miraban la escena—. Creo que le he matado, Melitón.

—Fui a tu casa y no estabas. Cuando me llamaste y me preguntaste que por qué quería matar a Blas, intuí que podías estar en su casa y por eso he venido tan rápido como he podido. Quédate aquí —me dijo, haciendo una señal a uno de los dos policías el cual se quedó a mi lado mientras Melitón, junto al otro policía, subía las escaleras desenfundando sus armas reglamentarias.

Minutos más tarde, y entre un remolino ingente de personas, dos ambulancias se llevaban a los heridos. En una de ellas Blas subió por su propio pie. Era necesario reconocerle. En la otra, y sobre una camilla con una bombona de oxígeno, la escoria que había intentado matarme. Parece que se había librado de la muerte. Le habría bastado un golpe más para morir, dijo el sanitario.

—Me maldigo por no haberle dado uno más y que ahora se fuera derecho para la tumba —me las di de dura ante el sanitario y ante mi sargento.

—No creas. Le espera una buena. De esta no se va a librar, y probablemente cuando cumpla aquí la condena, le esperarán en Colombia con los brazos abiertos y allí las cárceles son peores que las nuestras. Ya haré yo

uso de algún contacto para que vayan pidiendo la extradición.

Otro sanitario, el de la ambulancia donde iría Blas, me hizo unas curas de primera urgencia y viendo que mis heridas eran leves y que me oponía a ir en una ambulancia y dejar a Melitón, me dejó marchar por mi propio pie recomendándome que acudiera a un médico.

Capítulo 19 – Leopoldo Medina

Barranquilla es una ciudad industrial, muy hermosa, pero sobre todo es una ciudad donde el turista nunca encontrará motivo para el aburrimiento. La alegría se respira a través de los muros de sus viviendas. Pero también hay pobreza. Y miseria.

Leopoldo Medina nació y creció allí, bailando durante el Carnaval y mendigando el resto del año para malvivir. Fue un niño abandonado hasta que dejó de ser niño. Su padre había dejado a su esposa y madre de Leo antes de que este naciera, se podría decir que solo fue su padre porque el azar así lo quiso, pero por nada más.

Ella, su madre, le dejó en la calle diez años después.

Salir adelante en una ciudad donde todo es fiesta es difícil. Pronto tuvo que aprender a ganarse la vida, a veces con pillaje y a veces, las más, ofreciendo su cuerpo a algún turista sin escrúpulos. Así creció y así aprendió a odiar. Con catorce años ya se había erigido en el cabecilla de una pandilla que controlaba la prostitución infantil del barrio. O eso era lo que pensaba, que controlaba el delictivo grupúsculo. Pero eso dejó de ser así hasta que otra pandilla de chicos más mayores y mejor preparados, decidieron que ese barrio era suyo.

La refriega entre las dos pandillas se saldó rápidamente, en apenas una hora. Todos los incondicionales de Leo se pasaron a la nueva banda y él acabó en un callejón con una brutal paliza. Cuando la policía le encontró estaba inconsciente, sangraba por todos los poros de su piel y en el ano tenía un vibrador de grandes dimensiones que le había destrozado por dentro. Los médicos pronosticaron que había quedado tan dañado que cualquier relación futura que llevara implícita la penetración anal, sería para él causante de sufrimiento y dolor.

Ya sabía odiar, desde los diez años lo sabía, pero a partir de ese momento aprendió que no servía de nada odiar, aprendió a desear la venganza y encontrar en ella el consuelo a su situación.

Cambió de distrito y siguió malviviendo como pudo de la única forma que sabía: con el dinero que sacaba de sus escarceos se entrenó en un gimnasio y siguió odiando y, también, siguió aprendiendo a esperar la venganza.

Un año después, un joven de dieciocho años apareció degollado en un motel, tenía un vibrador introducido con saña en su esfínter. Un esfínter

totalmente destrozado. La policía consideró que había sido degollado después de muerto y que murió probablemente consecuencia del dolor y la pérdida de sangre del desgarró anal. No se prestó demasiada atención al asesinato, ya que se trataba de un pandillero, el cabecilla de una de las bandas locales.

Ese fue su primer crimen, y con él aprendió que el sabor de la venganza era dulce. Se había vengado de quien le había despojado de todo lo que tenía, incluso de su dignidad. Pero había más culpables, cientos de hombres grasientos que, con lasciva pasión, no dudaban en pagar unas monedas para disfrutar del cuerpo de un púber. De esos también se tenía que vengar.

En los siguientes cuatro años hubo más muertes, diez más. Todos hombres que acudían a los servicios de la prostitución infantil, personas sin escrúpulos que no merecían vivir. Todos ellos murieron dejando para la posteridad una escena que siempre llevaba la firma de su autor: un dildo en el ano para que conocieran el dolor que eso suponía y reflexionaran sobre ello durante el tránsito al otro mundo. En la mayoría de los casos, los asesinatos eran ocultados por las mafias locales que encontraban el cadáver, siempre antes que la policía, más dedicada a otros menesteres. Pero en un par de ocasiones, las dos últimas, la policía fue la que encontró los cuerpos y comenzó a crearse cierta alarma.

En ese momento, Leopoldo Medina decidió iniciar un nuevo camino lejos de la prostitución callejera y lejos de los crímenes a los que se estaba volviendo adicto. Ya no se trataba de venganza, era deseo. Deseo de matar. Tenía que ser cauto y tenía que encontrar el sosiego en otra forma de vida.

Conoció a Juan Montalbán en el Carnaval. Era venezolano y mucho mayor que él. No tardó en seducirlo y enamorarlo. Juan era un empresario acaudalado que poco a poco fue desviando la sede de sus negocios desde Caracas hasta Barranquilla. Duró catorce meses el idilio y durante ese tiempo a Leo no le faltó de nada. De acuerdo que era otra forma de prostitución, pero menos dolorosa y menos humillante.

Duró hasta que Juan Montalbán encontró otro cuerpo al que adorar y al que mancillar. Y abandonó a Leo. Ese fue su error. Días más tarde su cuerpo fue encontrado desnudo en el muelle, se cree que fue arrojado en la confluencia del río Magdalena con el mar Caribe y que las corrientes le arrastraron allí. Había un objeto en su ano, unas bolas chinas del tamaño más grande que se podía encontrar en la tienda. Esa no fue una muerte consecuencia del deseo de matar, o de la venganza. Murió simplemente

porque debía morir.

Ya no podía quedarse allí. La policía le investigó puesto que era su pareja. Además, se trataba de un ciudadano venezolano y su gobierno no deseaba problemas con el conflictivo país vecino, por eso dedicaron al caso más tiempo del habitual. Pero no consiguieron pruebas que imputaran a Leopoldo. Más tarde, emigraría a España. Tenía que encontrar a otro acaudalado empresario y continuar con la misma vida que había llevado durante los últimos meses.

Y así fue como la bestia se apaciguó, se durmió.

Todo era perfecto, había seducido a un hombre mayor que él, a cargo de una firma de consultoría. Aprendió unos conocimientos básicos del oficio y dominó el argot propio de la profesión. Y con muchas caricias consiguió convencerle para trabajar a su lado, compartir el nombre de la empresa y compartir cama a diario con él. Así nació Leo&Blas, una empresa de consultores y auditores.

Blas, su nuevo amante, le mimaba, le trataba como a un hijo. Bueno, salvo porque todas las noches le tocaba, le abrazaba y a veces insistía en que sintiera sobre su cuerpo el peso del suyo, a pesar del dolor que eso le causaba. Leo no tardó en encontrar sutiles venganzas aparte de obligarle a costearle todos los caprichos que se le antojaban. Leo sedujo al hijo de Blas y se acostó con él. Eso le excitaba, acostarse con el hijo de su pareja. Y por si el morbo que eso le producía era poco, pronto descubrió que el chaval era blando de carácter y le gustaba ser dominado. De eso, sin él saberlo, más tarde sacaría partido.

Todo era perfecto, como una balsa de agua estancada. Tranquilo, pero a veces pestilente. Acudió al gimnasio con regularidad, y no a cualquier local, al mejor de la zona. Flirteó con el monitor de fitness y después de poco esfuerzo consiguió acostarse con él. Y, todos los días, a la salida, nunca le faltaba una tienda a la que visitar y darse algún caprichito.

Se trataba de una vida idílica y parecía suficiente para que la bestia se mantuviera apaciguada. Hasta que llegó ella, la que despertó a la bestia.

Le había seguido y le espió. Le había visto con el monitor de gimnasio y no dudó en chantajearle. Le amenazó con decírselo a Blas si no accedía a intermediar para contratar a un nuevo empleado. Un nuevo fichaje que al final resultaría ser el propio hijo de Blas, al que tan bien conocía. Caprichos del azar.

Lo que ella hizo con ese acto tan miserable fue despertar al ser que

había estado dormido durante esos años. Ya nada sería igual, el olor de la venganza lo tenía ante su nariz. El deseo de matar había regresado.

Así que lo planeó. Tenía que vengarse de Yaiza Cabrera y, de paso, de Blas. Ese cuerpo que le poseía y que tanto asco le producía. Mataría a su hijo y haría que todas las pruebas recayesen sobre la auditora.

Ideó el plan y para ello utilizó el poder que ejercía sobre Ismael Lorenzo, el hijo de Blas. Le pidió que entrase en la casa de la auditora, que le sustrajese un cuchillo y algún objeto personal que encontrase. Le iban a gastar una pesada broma a esa presuntuosa auditora que había osado llamar a la puerta de aquel al que nunca había que molestar.

De esta forma llegó el gran día. Ismael estaba trabajando en el despacho de Yaiza, Leo había quedado con él para pasar un buen rato esa noche. También le había prometido que jugarían con los juguetes de Yaiza.

Ismael aprovechaba para trabajar en el análisis de los documentos y encontró lo que buscaba, las pruebas que pondrían en evidencia que en FI entraba mucho dinero y salía sin apenas justificación. Un dinero que llegaba de Europa y se esperaba que llegase mucho más.

Pero poco antes del gran momento, algo se torció. Belén había llamado a Ismael y le había pedido que le esperase en el despacho, quería verle. Eso obligó a Ismael a llamar a Leo para anular la cita que tenía con él, pero ya era tarde.

Leo entró en el despacho y vio al ayudante de la auditora enfrascado con sus papeles y sacando fotografías con su teléfono móvil.

—¿Por qué me has llamado, perro? —le espetó nada más llegar—. ¿Crees que puedes anular una cita con tu amo y señor unos minutos antes de la hora? ¿Qué te piensas? Esta noche te haré sufrir y no te haces una idea de cuánto.

—Lo siento, Leo, Belén me ha dicho que vendría y he tenido miedo —se excusó Ismael.

—¡Cállate! Desnúdate y ponte de rodillas. Y no me llames Leo, soy tu señor —le ordenó.

Ismael cerró los libros contables e hizo caso a las instrucciones recibidas. Leo sacó su miembro flácido y se lo entregó a la boca de su acólito sumiso. Al igual que otras veces, su miembro siguió igual de flácido. A Leopoldo le excitaba someter al muchacho, pero no conseguía ninguna erección. Hacía tiempo que no conseguía erección alguna, desde la última muerte. Eso sí le excitaba, matar, y esa noche estaba seguro de que tendría

otra erección.

—Sigue, no te pares, hasta dentro —continuó con la humillación.

Pasados unos minutos, Leo ordenó a Ismael que se tumbara boca arriba, sobre el suelo. Ya no había marcha atrás.

—¿Dónde tienes la bolsa que me has dicho que has sustraído de la casa de la auditora? —preguntó.

—Eso fue lo más personal que encontré —se disculpó Ismael señalando hacia el cajón de un archivador.

Pero lo que Ismael no llegaba a entender es que el contenido de la bosa había resultado condenadamente perfecto para los planes del asesino. Dentro estaba su sello de identidad, la firma que lo definía. El azar, como siempre, se había mostrado caprichoso.

Leo ató a Ismael en la creencia de este de que se trataba de una sesión de dominación, como las anteriores. Poco después le introdujo crema en su ano y poco a poco le fue metiendo el vibrador de grandes dimensiones rojo que había tomado de la bolsa de piel azul. Ismael gemía con cada sacudida. Cada vez el ritmo era más acelerado, faltaba poco para el éxtasis. Y llegó, pero no de la manera esperada. Sino que llegó con la muerte del joven sodomizado consecuencia de un tajo limpio de cuchillo. Un cuchillo robado del mismo lugar que el resto de los juguetes.

La bolsa se quedaría allí, esa sería su venganza. Había matado y ya nada le detendría.

Leo había regresado después de tanto tiempo. ¡Cuánto le había echado de menos!

Capítulo 20.

Me encontraba en la cama, Melitón me había llevado en brazos hasta allí como si las escasas magulladuras que tenía de esa misma tarde me impidieran caminar por mi propio pie.

Le vi entrar, vestía una bata de felpa con un escudo inentendible en el bolsillo, era de corte anacrónico, pero estaba monísimo. Llevaba una bandeja con sendas copas congeladas que había extraído de la nevera. Sobre ella, también, había una botella de cava con apariencia de haber sido sacada del mismo congelador. No, en la etiqueta volvía a hablar de un espumoso extremeño, no era cava. ¡Qué bueno! Mis glándulas salivares comenzaron a celebrar lo que mi vista percibía.

Abrió la botella con un sacacorchos de los tradicionales, de los que

había que tirar, y sirvió las dos copas. Alzamos nuestros vidrios y brindamos.

—Por mi señora, mi ama y dueña de mi corazón— dijo él con una sonrisa extremadamente seductora.

—Dame un masaje, mascota, en los pies, y deja de dorarme la píldora — le provoqué acompañando mi desafío con un gesto deliberadamente malicioso. El detalle con el que me acababa de obsequiar me había llegado dentro, tanto que le estaba deseando ansiosamente.

—Un momento, por favor. Falta algo —volvió a salir y regresó con otra bandeja. Me la colocó ante mí y vi sobre ella media docena de esplendorosas ostras ya abiertas y a mi disposición.

Melitón cogió un bote de color blanco que ya tenía preparado en una estantería del dormitorio y mientras yo daba cuenta del manjar, él aplicó suavemente la crema sobre la planta de mis pies. El contraste de temperatura me hizo estremecer, pero fue una sensación agradable. Cerré los ojos y me deleité con el buen hacer del sargento Melitón. Ahí estaba, arrodillado sobre la cama, entregado con pasión a mi disfrute y orgulloso de ser el causante de mi satisfacción. En ese momento estaba segura de que nada había más importante para él que eso, mi placer. Para mí, tampoco había nada más importante que mi placer.

Sería una noche larga.

Se lo había ganado.

Y yo me lo merecía.

Los dos nos lo merecíamos. Yo, por haber puesto en riesgo mi vida intentando esclarecer la verdad. Él, por confiar ciegamente en mí.

Acabé con el último molusco bivalvo de la bandeja y miré la foto sobre su mesilla, antes no estaba. Ahora sí. Era la foto de su graduación en el Cuerpo. Cuando acabó el masaje le ordené que se tumbara en la cama, abrí el armario y tomé tres corbatas.

—Ponte una, la más fea, que el juego está a punto de comenzar.

Capítulo 21. Octavo día

Había quedado con el inspector Bárcenas en el despacho de Javier Holmes. Sería una reunión no oficial y desenfadada. Así me había dicho cuando me citó.

Una hora antes me había despedido de Melitón después de la noche loca que me había hecho pasar. Estaba completamente segura de que esa relación no desembocaría en nada más que eso, el deseo. Pero ¿había algo más importante?

Subí hasta la cuarta planta de un edificio en el Madrid antiguo donde el arquitecto había olvidado proyectar un ascensor. Las escaleras crujían, posiblemente por la edad y la falta de mantenimiento, hasta que llegué a una puerta donde una placa de latón decía: «JAVIER HOLMES – Detective Privado».

Entré y allí estaba el inspector junto al detective. Ambos daban cuenta, a pesar de la hora temprana, de sendos chupitos.

—Pasa, Yaiza, ¿un chupito? Es de orujo leonés, me lo traen directamente del alambique —me obsequió el detective Holmes.

—¡Qué leches! Venga uno, después de todo lo que he pasado, como para preocuparme por menudencias —me atreví.

—Espero que no le caiga mal en el estómago, el secreto está en que antes hay que desayunar bien. Yo nunca traiciono a mis tres habituales churros, nunca más de tres —bromeó Javier Holmes.

—¿Se pasó el susto Yaiza? —me preguntó el inspector Bárcenas.

—El susto sí, pero la decepción por la vileza humana, eso no —me quejé.

—Esa no se pasa nunca, créame. Cuanto mayor es uno, más decepción —confesó el detective de mirada triste.

— ¿Tienen ya reconstruido el puzle sobre cómo murió mi ayudante? —pregunté mirando a ambos.

—Ismael estaba en el punto de mira de la familia italiana. Ya sospechaban que él estaba a las órdenes de Raúl Blanco, el consejero, y cuando Belén les llamó para decirles que él estaba por la noche en el despacho y rebuscando entre la contabilidad de FI, eso fue ya la puntilla — inició la exposición Luis Bárcenas.

—Pero no olvidemos, querido amigo, que el detonante fueron los celos. La periodista había recibido unas buenas banderillas que le dolían en lo más

profundo —apostilló Holmes.

«¿Así que estás encoñada eh?, pues cuando le vuelvas a ver le preguntas cómo le puse a cuatro patas. Adiós ¡zorra!», esas palabras resonaban en mi mente. Las últimas que le había dicho a Belén.

—El caso es que a la mafia se le adelantó Leo —prosiguió el inspector—. Parece ser que te tenía inquina y quiso vengarse de ti a través del muchacho. Pero no te culpes, Yaiza, ese tipo es un psicópata y tarde o temprano hubiera seguido matando. El motivo era lo de menos. Era, o mejor dicho es, un enfermo. Y ahora viene lo bueno. La mafia ordena a Belén que le retenga en el despacho y a la vez sube Leo. Este le asesina, supongo que aparentando una sesión de sexo para evitar el enfrentamiento y también para dejar su firma y se va dejando la bolsa con todos tus cachivaches con objeto de implicarte. Poco más tarde aparecen los hermanísimos y se la llevan dejando el cuchillo y el dildo en el lugar que estaban, que ya sabemos cuál es, y se van a por Belén, ella debe pagar por su error y allí es donde dejan la bolsa, para despistar al enemigo, o sea, a la policía.

—Pero ¿por qué matar a Belén? Ella no era culpable de nada —seguí con mis preguntas.

—Ah, para eso hay que profundizar en cómo piensan las familias italianas que se dedican a este negocio. Belén era la causante de haber introducido a Ismael en el negocio, pero ella antes debería haber investigado para asegurarse de que no era un topo, como así fue. Ella debía morir por su ineptitud —me respondió Bárcenas.

—¿Y ahora qué va a ser de FI y de Raúl Castro? —continué preguntando.

—FI continuará, demostrarán que han sido objeto de una extorsión e incluso ganarán en votos. No dudes que, para un partido tan residual, el que hablen de él, para lo que sea, ya es un logro. De José Antonio Mendizábal se seguirá oyendo hablar, yo no lo dudo —seguía asumiendo el inspector la tarea de dar respuesta a mis preguntas.—. Y de Filomeno, ah, ¡esa es buena! Se ha largado a unas islas cerca de Cuba, con una mujer más joven que él y con la que ya mantenía una relación clandestina oculta al matrimonio. Supongo que la idea ya le andaría rondando y cuando se filtró la noticia de que FI estaba salpicado por el asunto de la muerte de Ismael, se largó. De él probablemente no volvamos a saber nunca más.

Sentí pena por la loba Blanca, aunque seguro que no tardaría en encontrar a un corderito al que devorar.

—Y de Raúl Castro —esta vez fue Holmes el que, viendo el agotamiento en la garganta de su amigo, tomó el relevo—, poco podemos decir. Se ha salido con la suya. Probablemente se harán con la gestión de los fondos europeos y se enriquecerán a costa de todos los contribuyentes de Europa a los que no nos queda otra cosa que hacer más que seguir pagando impuestos. Somos pobres, asumámoslo y dejemos de sufrir por ello. No hay forma de hincarles el diente a esos sujetos. Operan como las logias masonas, se protegen unos a otros incluso aun siendo de distinta familia política. Hoy por ti, mañana por mí.

Se produjeron unos segundos de silencio en la estancia que Holmes aprovechó para extraer de la nevera que había bajo la mesa de su despacho, la botella del supuesto orujo leonés y servirnos otras tres raciones. Brindamos por nosotros.

—Me gustaría hacerte una pregunta, Yaiza — fue Holmes el que después del trago, continuó—. Creemos que Leo ejercía cierto poder sobre Ismael, un poder derivado del sexo. Belén también sobre el mismo Ismael y sospecho que incluso tú coqueteaste con esa idea. ¿Qué se siente dominando? Y ya no digo siendo dominado. Parece que esto último es contrario a los principios más elementales del ser humano.

Me sorprendió que el detective, tan serio y tan aparentemente formal, me formulase esa pregunta.

—No creas, es más normal de lo que parece, o cuando menos, más habitual. Dominar en sentir poder sobre otra persona y excitarse con ello. Hay personas que lo vivimos de forma natural y abierta, relacionando el acto de dominar con la satisfacción sexual. Otros lo viven doblegando a sus colaboradores o a su familia de forma menos natural. Yo disfruto dominando y sintiendo la excitación de otra persona siendo dominada. ¿Qué siente quién es sometido? Probablemente si es un hombre del que hablamos, relajación, se entrega a los caprichos de una mujer, o de otro hombre, y se olvida del rol masculino que la sociedad le ha impuesto. Es muy complejo, Holmes, hablamos de la psiquis humana. Muy complejo. Lo más importante y eso es una regla de oro, es que se haga lo que se haga, siempre sea aceptado por ambas partes.

El detective sacó de nuevo la botella. Ese hombre era una máquina y el inspector otra. Eso sí, yo no me quedé atrás. Volvimos a brindar.

—Por nosotros —bramé.

Y ahora me tocó a mí seguir con las indiscreciones. Empezábamos a

parecer unos colegas en un bar con las típicas conversaciones que ese tipo de circunstancias promueven, sobre todo a partir de la quinta copa.

—Holmes, háblame de ese amor que tienes dentro y que ocultas.

—¡Eh!, que aquí el detective soy yo y las preguntas me corresponden a mí —exclamó Javier comenzando a dar muestras de la ingesta de orujo. Luis Bárcenas se levantó visiblemente molesto por la pregunta que había hecho a su colega—. Era mi socia. Bueno, comenzó siendo la principal sospechosa de mi primer gran caso. Resultó ser culpable, pero conseguimos salir indemnes de esa aventura. Nos enamoramos y en ese momento se erigió como mi socia. Vivimos tres aventuras más, grandes casos que resolvimos con bastantes penurias y riesgo incluso para nuestras vidas. Corrimos por tierras vallisoletanas, estuvimos en Requena, en un pueblo de Jaén y hasta en El Sáhara Occidental rememorando la salida de las tropas españolas del territorio, allá por 1975. Pero al final mi estupidez, mi egoísmo, mi querer permanecer en mi espacio de confort, abortaron el proyecto más bonito al que me he enfrentado. La boda estaba preparada, nos íbamos a casar y la dejé escapar. Ahora anda por ahí, con el que era nuestro ayudante, investigando casos en una agencia de detectives. Supongo que algún día me llegará el arrojito suficiente para ir a buscarla y pedirle perdón.

Aprecié tanta amargura en sus palabras que decliné continuar preguntando.

—Bueno, bien está lo que bien acaba —terció Luis con aire fingidamente triunfal—. Los hermanos Sánchez están entre rejas y esos serán los únicos que paguen por el crimen de Jaime Colombo y de Belén Esteban. Nadie más pagará su culpa. Y tenemos a Leopoldo encerrado por el asesinato de Ismael. No hay motivo para la decepción y la tristeza.

—Y hemos aprendido otra cosa, la corrupción, las ganas de captar dinero bien para el enriquecimiento personal o para el del partido, es algo que está ahí, en el ambiente, en todas partes. Y es común a la derecha y al centro, a los rojos, azules, verdes o amarillos. A todos, es inherente a la persona, quizá lo que falta es un sistema punitivo que disuada a los culpables. Aquí no existe y así nos va. El caso de Raúl es la prueba evidente. Es probable que no tardemos en verle con una cartera ministerial.

Apuré mi vaso y me armé de valor para lo que quería preguntar.

—Hay un tema bastante escabroso que no sé cómo plantear. Inspector, usted me habló en una conversación telefónica que Melitón había sido condenado por malos tratos. Más tarde, en otra conversación lo desmintió y

me dijo que se trataba de una broma que le había querido gastar. Una broma entre colegas. Pero yo sé que no se trató de una chanza.

—¿Y por qué lo sabes? —me preguntó Luis.

Pues porque según me enteré, le increpé a Melitón para que me lo contase, y cantó como un pajarillo —le aclaré.

—Vaya, eso te lo debería explicar el propio Melitón —trató de excusarse el inspector.

Pero esa respuesta no me satisfacía.

—Debo insistir —ataqué de nuevo.

—Creo que la chica se lo merece, Luis. Esta vez te quito la razón, lo siento —terció en mi favor Holmes—. Debo decir que cuando te vi por primera vez, en este despacho, yo no sabía que Melitón trabajaba a las órdenes de Luis.

—Como se entere de que te cuento esto, me mata —carraspeó Luis—. Lo que te conté es verdad. A nuestro amigo le jugaron una mala pasada, se lio con quién no debía, una mujer casada y mayor que él. Su marido sí la maltrataba. Pero por ello no pagó él, pagó Melitón. No hubo forma de convencer al juez. Te lo conté sin saber que entre vosotros había algo. Fue una broma que le quise gastar, sí, pero si llego a saber en lo que ibais a acabar, me lo callo.

—¿Y eso no comprometió su empleo como policía? —quise saber.

—Hubo que echarle una mano —me confesó el inspector. Recordé como Melitón me había dicho que hubo amigos que le ayudaron a seguir adelante y velaron porque sus meses de cautiverio no fueran traumáticos—. Fue duro para él

No quería saber más, me bastaba. Miré al detective y antes de que este abriese la nevera para llenar de nuevo los vasos, le abordé con una pregunta sobre la que tenía bastante interés.

—Holmes, me he quedado sin trabajo. Probablemente no vuelva a ejercer como auditora en mi vida. Pero creo que he descubierto una vocación oculta para mí hasta ahora. Quiero ser detective, tengo cien mil euros que un alma caritativa me dio para emitir un informe que no he tenido ocasión y deseo ejercer. ¿Algún consejo?

Todos reímos. Javier Holmes extrajo de nuevo la botella y vació el contenido sobre nuestros tres vasos. Brindamos por la futura detective, que era yo, y también brindamos por Marisol Romerales, la que fue socia y amante de Javier Holmes.

Epílogo

Raúl Blanco había quedado con Elena Malmierca para celebrarlo, no era para menos. Les había costado, pero lo habían conseguido. La oficina que él había creado con un par de mandamases más del partido había resultado adjudicataria de la gestión de los fondos europeos para formación. La prensa lo acababa de publicar y la resolución se haría pública en breve en el DOCE, el diario oficial de la UE. Eso sí, solo por dos años en lugar de los cinco inicialmente esperados. Los escándalos de los últimos días habían ensombrecido el proceso y Gloria y su colega Ferdinand habían hecho lo que habían podido. Aun así, no estaba mal.

De él sería el 10 % de todos los fondos que llegaran procedentes de Europa, lógicamente depositados en una cuenta en las Barbados. Pero había merecido la pena, aunque solo fuera por dos años, le daría tiempo a hacerse rico. No se debe ser demasiado ambicioso, la vida luego te podría castigar, pensaba Raúl haciendo de esa frase su lema.

Elena estaba deslumbrante cuando descendía del escalón del portal de su casa. Llevaba esa minifalda roja que él le había regalado. Esperaba que también llevase puesto el resto de los regalos con los que le había agasajado. Estaba dispuesto a, durante la cena, en la marisquería que más le gustaba, aceptar la propuesta sobre la que habían bromeado unos días antes. Dejar a su mujer y oficializar su relación con Elena. Y si dentro de dos años no se repetía la adjudicación europea o no había prórroga, ambos se irían juntos a las Islas Barbados a recoger su botín y vivir una vida de felicidad.

El dinero estaba para eso, para disfrutarlo.

Elena no se quitó las anchas gafas de sol, todavía le perduraba la marca que le había dejado la mocosa esa de la auditora. Pidieron dos langostas a la plancha y un poco de caviar iraní para estimular el paladar. Todo ello regado con un [Dom Pérignon](#) . La ocasión lo merecía, les había tocado la lotería, aunque por supuesto, ellos habían contribuido a su suerte con su esfuerzo.

El camarero uniformado de blanco y con corbata negra, muy estrecha, les acercó la botella, les sirvió dos copas y depositó la botella en la cubitera de plata. Más tarde regresó con un carrito de hostelería en cuyo centro había un plato de negras huevas de esturión.

Y más tarde llegó el segundo plato que habían ordenado.

Pero no llegaron a probar la langosta. El efecto del veneno servido

disimuladamente en el caviar tuvo efectos inmediatos.

Cuando un camarero vino a socorrerles nadie reparó en el otro camarero, el que les había servido el caviar, que abandonaba discretamente el restaurante en el que estaba contratado desde hacía días. Era el restaurante habitual y preferido del consejero de educación de la Comunidad de Madrid.

Tampoco nadie reparó en el matrimonio septuagenario que estaba en la mesa de al lado, de rasgos italianos, y que siguieron comiendo sin inmutarse a pesar de lo que suponía que, en el mejor restaurante de Madrid, un consejero de la Comunidad de Madrid yaciese sobre la mesa junto a su ayudante. El hombre los miró, miró a su bella y elegante esposa y siguieron degustando su caviar iraní, este limpio de cianuro de hidrógeno, un mortal e inmediato veneno capaz de matar en pocos minutos.

—Nuestra sobrina Carla, que ha pasado unos meses en Madrid, nos ha recomendado encarecidamente este restaurante —había dicho el matrimonio al maître cuando este les acomodó en la mesa próxima a donde más tarde se sentaría el consejero y su acompañante.

*En su mirada cómplice, se adivinó la frase que Al Pacino puso en boca de Michael Corleone: «**Si hay algo seguro en esta vida, si la historia nos ha enseñado algo, es que se puede matar a cualquiera**»».*

FIN

Este libro se acabó de escribir en Las Rozas de Madrid el 20 de agosto de 2017, tres días después de los execrables atentados en Las Ramblas barcelonesas y en Cambrils.

Ruego al lector que me permita la licencia de desear que las víctimas, estén donde estén, se encuentren bien.

Y pido al lector que me permita la licencia de desear que los terroristas, los que murieron y los que no, estén donde estén, tengan la justicia que les corresponde.

Javier Holmes.

**Otros títulos publicados de JAVIER HOLMES por Ediciones B de
PINGUIN RANDOM HOUSE:**

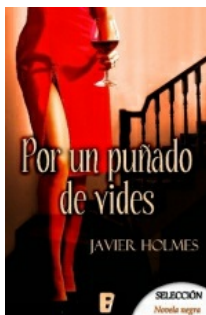


Cuatro son las plantas que Javier Holmes tiene que ascender todas las mañanas, a través de unas escaleras que crujen por la edad, hasta llegar a su despacho donde una deslucida placa de latón con su nombre le indica su profesión: «DETECTIVE PRIVADO».

Seis millones de euros han sido sustituidos por una cacerola vieja en la caja fuerte de una sucursal bancaria. Para encontrar el botín, una directiva de seguridad del propio banco contrata a Javier Holmes y, además, le orienta para que dirija sus pesquisas hacia la directora de la sucursal robada: Marisol Romerales.

A Javier Holmes, hombre divorciado y cuyo único vicio son los tres churros con los que acompaña su desayuno cada mañana, pronto la principal sospechosa le cautivará, ¿será todo una engañifa de esta para enredarle en su tela de araña? En medio de la metamorfosis que le transformará en el detective inspirado en los héroes de las novelas con las que creció, Holmes se debatirá entre escuchar a su corazón o entregar las pruebas contra una Marisol amenazada a través de cartas anónimas.

En este, su primer caso, se forjará la personalidad de un investigador al que le aguardan muchas más aventuras.



En su segunda aventura, el detective Javier Holmes, ya con Marisol como socia, deberá resolver el caso del supuesto suicidio de un rico hacendado que apareció ahorcado en su casa de Fuensaldaña, pueblo próximo a Valladolid. Las sospechas apuntan a la joven que le asistía, de origen peruano y beneficiada por el testamento. Pero durante el transcurso de la investigación, se sumarán otros personajes con un móvil tan sólido como el de la principal sospechosa.

La aventura de los dos detectives se convierte en un canto a la avaricia, la cual se verá reencarnada en casi todos los personajes de una trama que los llevará desde tierras castellanas hasta Requena, donde una explotación vinícola es regentada por personas mezcladas en turbios asuntos.

Mientras tanto, Holmes deberá luchar contra el impulso que siente de estrechar en sus brazos a su socia y confesarle que aún la sigue amando.

Al más puro estilo de las novelas de misterio en las cuales se inspira Holmes, y guiado por su héroe y mentor Philip Marlowe, se sumergirán los dos detectives en los procelosos lodazales de la codicia y la maldad, poniendo en peligro su propia vida.

Y emulando a otro de sus héroes favoritos, Hércules Poirot, la verdad será esclarecida en una reunión en la casona que vio morir al anciano hacendado, ante unos personajes que, todos ellos, parecen tener sólidos motivos para ser autores del asesinato.

«Esta novela fue finalista del Premio Fernando de Lara 2016».



Con la resolución de los dos grandes casos anteriores, la fama ha comenzado a llamar tímidamente a la puerta de la agencia de detectives sobre la que luce una nueva placa: «Marisol Romerales & Javier Holmes – Detectives».

Coincidiendo en el tiempo llegan dos nuevos casos con cierta similitud: dos esposas solicitan que se investigue la desaparición de sus maridos. Uno apunta a ser un caso menor, sin embargo, el camino está sembrado de pistas falsas, un camino que se tornará peligroso y cada vez más confuso; el otro caso se presenta un tanto más complejo al tratarse de un ingeniero que estaba trabajando en un proyecto para la seguridad de los trenes.

Y así, Javier y Marisol se verán enredados en unos asuntos que, en el devenir del tiempo, se mostrarán dramáticos. Incluso para la propia socia de Holmes que verá como su vida corre serio peligro.

Los detectives tendrán que navegar por las turbias aguas de la corrupción. Contratos amañados y subvenciones millonarias capaces de despertar la codicia de las almas débiles. Y cuando la avaricia invade el espíritu de una persona, ya no se detiene ante nada.



Acción, misterio, suspense y romance se aúnan a la perfección para ofrecernos una nueva y trepidante aventura de la pareja de detectives Holmes y Marisol.

Elaine, nacida en el Sáhara Occidental, se presenta en el despacho de Holmes y su socia Marisol para solicitar que retomen la investigación de la desaparición de su hermano acontecida dos años antes. El motivo de esta petición es porque ha recibido un misterioso envío: un muñeco de trapo que reconoció como un juguete de su hermano cuando era niño. ¿Quién había tenido la macabra idea de reavivar su sufrimiento?

Las pesquisas llevarán a los dos detectives a relacionarse con activistas de los derechos humanos, se adentrarán en el interior de un centro de internamiento para extranjeros y lo más peligroso: acabarán en el desierto saharauí, en una jaima bajo la luz de la luna, donde empezarán a darse cuenta del riesgo que supone la investigación que se traen entre manos.

Un libro escrito en 2003, La arena del tiempo, quizá les pueda aportar la pista decisiva. Entre sus páginas encontrarán la vida, el miedo y las miserias de algunos combatientes del Frente Polisario... Uno de ellos era Adel, el padre de Elaine.

Una novela repleta de acción y misterio en la que también, sin abandonar el ámbito de la ficción, se rinde homenaje a un pueblo que aún no ha encontrado el espacio en nuestro recuerdo que se merece. El pueblo saharauí.

ÍNDICE

[Bio Autor](#)

[Dedicatoria](#)

[Cita Marqués de Sade](#)

[Lista personajes](#)

[Prefacio](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Epílogo](#)

[Final](#)

[Otros libros](#)

[Mi primer gran caso](#)

[Por un puñado de vides](#)

[Olivas de acero](#)

[La arena del tiempo](#)



Nzofrenick

*"La lectura hace al hombre completo;
la conversación lo hace ágil,
el escribir lo hace preciso".*

Francis Bacon

